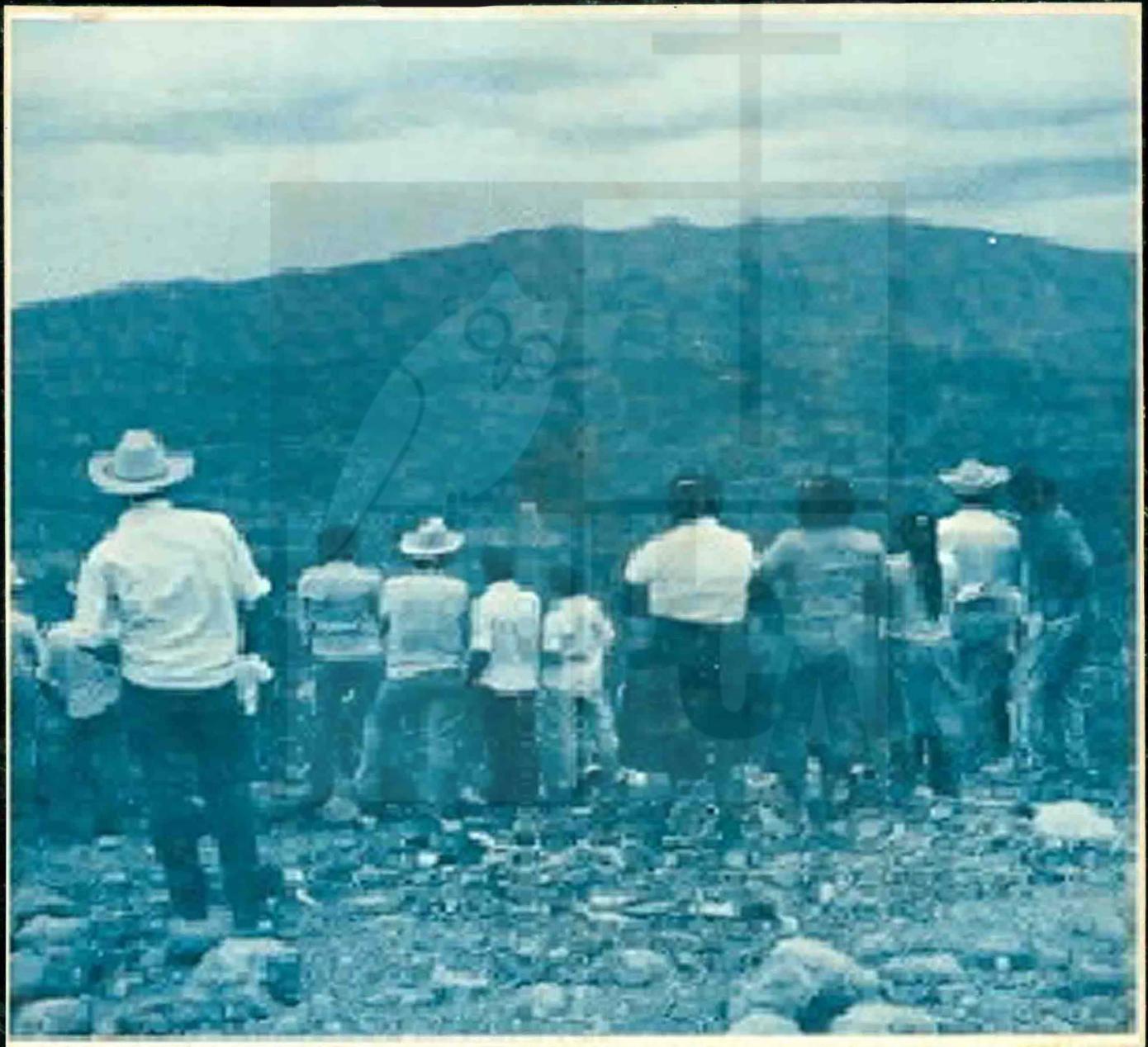


# EL SALVADOR

## La tierra prometida



STEVE CAGAN

BETH CAGAN

# EL SALVADOR, LA TIERRA PROMETIDA

Fotografías por Steve Cagan  
Textos por Beth Cagan  
y Steve Cagan

Hace diez años miles de hombres, mujeres y niños de El Salvador huyeron hacia Honduras para escapar de la violencia y represión por parte del gobierno. Ellos se establecieron en un campo de refugiados en Colomoncagua. Lo que comenzó como un desorganizado colectivo de individuos se desarrolló y convirtió en una casi utópica comunidad con 8,400 personas. Los refugiados llegaron como tímidos campesinos analfabetas, con poca experiencia acerca de instituciones democráticas; en pocos años transformaron el campo en una sociedad económicamente activa, democrática y participativa.

Steve y Beth Cagan cuentan la historia del escape de los refugiados, su determinación por hacer una vida mejor y su fuerte decisión por retornar a El Salvador.

"Nosotros aprendimos de los exitosos esfuerzos en el desarrollo de la educación, talleres ocupacionales, mejoramiento en la nutrición, atención médica, igualdad entre hombres y mujeres y democracia participativa. A pesar de la extrema pobreza, el confinamiento y la represión por parte del gobierno de Honduras. Pero aunque ellos estaban creando una nueva vida, también anhelaban su tierra, El Salvador".

Después de largas y complejas negociaciones con los gobiernos de Honduras y El Salvador, los refugiados atravesaron la frontera a El Salvador literalmente cargando la comunidad con ellos.

# EL SALVADOR, LA TIERRA PROMETIDA

---



# EL SALVADOR, LA TIERRA PROMETIDA

---

## LA HISTORIA DE LA CIUDAD SEGUNDO MONTES

*Fotografías por Steve Cagan*

---

*Textos de Beth y Steve Cagan  
Con un prólogo de  
Segundo Montes, S.J.  
Traducción del inglés americano  
de Richard Paolo Lüers*



Título original en inglés:  
This promised land, El Salvador  
1991. Rutgers University Press  
copyright c 1991 by Steve and Beth Cagan  
Printed in U.S.A.  
ISBN 0-8135-1679-X

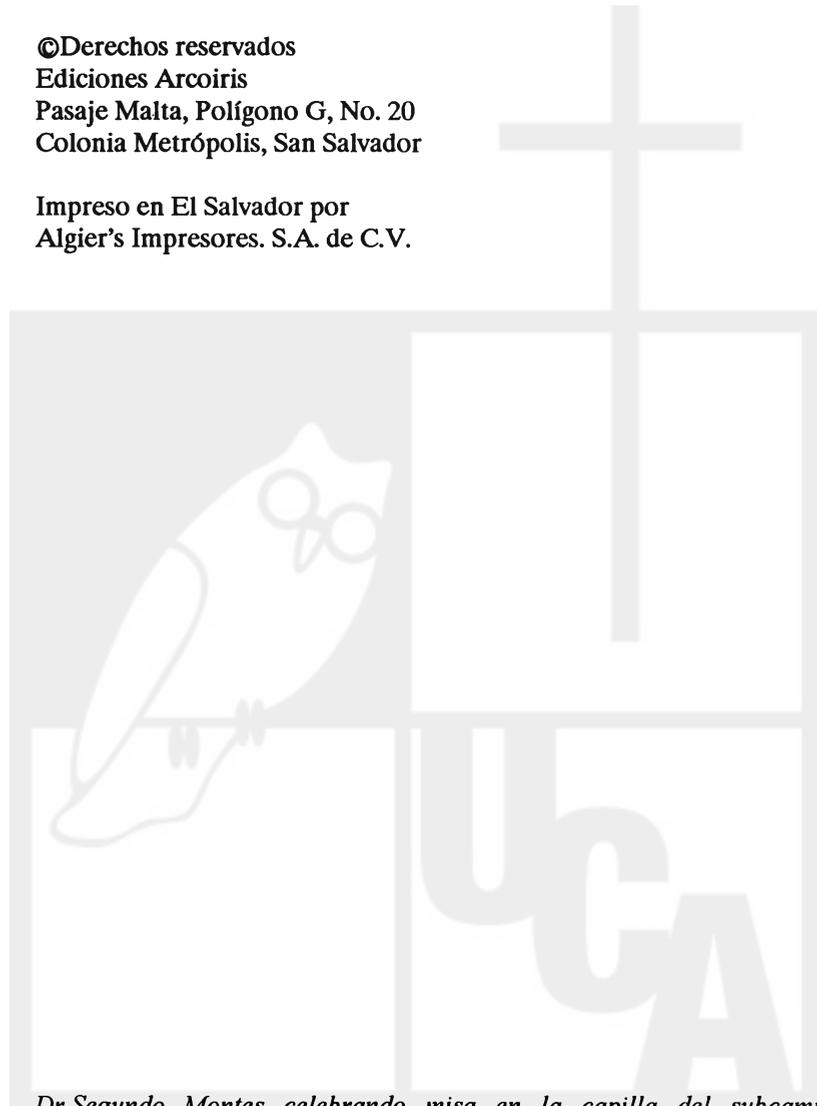
Traducción al español:  
Richard Paolo Luers

Diseño de la portada:  
Equipo de diseño de Editorial Arcoiris

Primera edición en español: Agosto, 1993

©Derechos reservados  
Ediciones Arcoiris  
Pasaje Malta, Polígono G, No. 20  
Colonia Metrópolis, San Salvador

Impreso en El Salvador por  
Algier's Impresores. S.A. de C.V.



*Dr. Segundo Montes celebrando misa en la capilla del subcampamento Copinol, agosto de 1989.*

*En memoria del Dr. Segundo Montes, S.J.*



# PROLOGO

## "LOS REFUGIADOS SALVADOREÑOS EN HONDURAS" DE DR. SEGUNDO MONTES, S.J.

---

*En el campamento de Colomoncagua, en la comunidad que él amaba y admiraba, lo conocieron como "el hombre de la sombrilla", ya que para muchos era la primera persona que jamás vieron con paraguas. En agosto de 1989, tuvimos la buena suerte de conocer a Segundo Montes en Colomoncagua, donde pasamos juntos tres días, concluyendo las comidas con largas conversaciones. Nos contó que la comunidad de refugiados era la experiencia sociológica más excitante de su vida. A esa altura, no sabíamos que aquella iba a ser su última visita a la comunidad.*

*Segundo Montes era el jefe del departamento de sociología y el director del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana, la universidad católica en San Salvador. El 16 de noviembre de 1989, junto a cinco de sus colegas jesuitas, una empleada y su hija, fue asesinado por miembros de la Fuerza Armada de El Salvador. Segundo Montes era uno más en la lista demasiado larga de mártires por la causa de la paz y la justicia para los pobres que la gente de El Salvador ha tenido que llorar.*

*Cuando los refugiados de Colomoncagua regresaron a El Salvador para volver a establecer su comunidad en el nororiental departamento de Morazán, bautizaron su asentamiento en su honor, con el nombre Ciudad Segundo Montes.*

En los campamentos de Colomoncagua y San Antonio hay cerca de 10,000 salvadoreños refugiados, que huyeron de la violencia y de la guerra en la zona nororiental de El Salvador, fronteriza con Honduras. Históricamente han existido estrechas relaciones entre las poblaciones de ambos lados de la frontera. Antes de la guerra entre ambos países -julio de 1969- la economía de la región fronteriza hondureña estaba muy vinculada con El Salvador, con intenso mercado, e incluso con la circulación de moneda salvadoreña de curso legal; las mejores comunicaciones y la cercanía a poblaciones más desarrolladas en el lado salvadoreño hacían que gran parte de la población hondureña buscara soluciones a su salud, comunicaciones, comercio y otros

bienes y servicios, en territorio salvadoreño; además, los vínculos familiares y los enlaces matrimoniales entre las poblaciones de ambas nacionalidades estaban bastante generalizados. Esto facilitó el que al penetrar en Honduras la población salvadoreña refugiada fuera aceptada, asistida y acogida en un primer momento por la población hondureña, hasta que se implantó un control y aislamiento en los campamentos.

El hecho de que los salvadoreños estén confinados en áreas muy restringidas, aislados del resto de la población y del país, y asistidos con ayuda internacional, hace que su presencia y existencia en Honduras no represente problema ni social ni económico para el país huésped. Los salvadoreños, en efecto, no tienen prácticamente ningún contacto con el resto de la población y de la sociedad hondureña, por lo que su intercalación social es casi inexistente -a no ser como efecto de demostración y como consecuencia del problema político publicitado oficialmente y por los medios de comunicación. Tampoco representan problema económico para Honduras, que no destina recursos ni bienes a su manutención, sino que es de fuentes externas de donde se abastecen los refugiados salvadoreños y las agencias -algunas de ellas nacionales, como Caritas- de los bienes y servicios que requieren, con la excepción, últimamente, de la atención a la salud a través del correspondiente Ministerio hondureño.

Sin embargo, no hay duda de que los salvadoreños refugiados en Honduras sí son percibidos oficialmente como un problema político de gran riesgo, al ser considerados como familiares y base de simpatía y apoyo al FMLN. El problema, por lo tanto, se inscribe en el ámbito ideológico y en el político-militar, como amenaza de infiltración y contaminación ideológico-subversiva, que puede influir en la población vecina y dar paso a problemas de grave repercusión en el futuro de Honduras y en la tranquilidad social ulterior. La diferencia de actitud hacia los nicaragüenses se entiende a la luz de esta consideración, ya que estos no cuestionan la sociedad ni la ideología dominante en Honduras, sino que más bien la refuerzan -aunque sólo sea en antagonismo a la del régimen imperante en Nicaragua-, mientras que los refugiados salvadoreños cuestionan no sólo la situación de su país, sino las estructuras mismas de los países subdesarrollados y dependientes de la región y sus causas, luchando por construir una sociedad distinta.

La organización social en los campamentos de refugiados salvadoreños es muy densa y planificada, con participación igualitaria de toda la población, que elige sus representantes a tres niveles ascendentes, desde las "colonias", o grupos de viviendas y familias, al de "subcampamentos" semiautónomos -nueve en la actualidad en Colomoncagua, y dos en San Antonio-, hasta los comités y directiva general en cada uno de los dos campamentos. Hay una división racional de las tareas, según las capacidades y habilidades de cada uno -sin diferencias por sexo, en Colomoncagua-, y una asignación de trabajos y funciones en beneficio del conjunto de la unidad o de la comunidad total, de modo que se atiendan debidamente todas las demandas y necesidades, desde la producción, distribución, educación, salud, recreación, hasta el arte, la pastoral, la seguridad o la concientización. Ninguna persona queda abandonada, sino que se conforman grupos sociales nucleares -a modo de familias- integrando a viudas, ancianos, huérfanos, u otras personas abandonadas o minusválidas en unidades sociales y psicológicas cuasifamiliares. Se ha logrado, en fin,

desterrar el alcoholismo, la delincuencia, las drogas, la holgazanería, y cualquier otra lacra social, por convencimiento de la comunidad y por la presión social en esa dirección.

Tanto la organización social como la económica parecen estar muy condicionadas por la gran homogeneidad ideológica imperante, la identificación con su historia y su destino, y la esperanza de retornar colectivamente al país de origen cuando se den las condiciones exigidas de paz con justicia, democracia y libertad, para reproducir el modelo experimentado en los campamentos y ayudar a construir una sociedad nueva en beneficio del pueblo más pobre y marginado de los beneficios de la civilización durante décadas y siglos. El factor religioso, a su vez, constituye otro elemento aglutinador social, por la vivencia compartida, la formación y la participación litúrgica, en un catolicismo comprometido que es profesado por la casi totalidad de los refugiados salvadoreños, sin división en confesiones diferentes, pero respetando la creencia de las ínfimas minorías no católicas, con las que hay estrecha colaboración y respeto en toda la vida social de los campamentos. Una tal organización social no puede menos de generar tensiones y algún tipo de rechazo o de no aceptación en algunas personas, que son forzadas por el control social de la comunidad y de la dirigencia, o buscan alternativas distintas individualmente o en pequeños grupos, dando pie con ello a críticas externas, a tensiones con ACNUR, o a medidas de resocialización y de cierta coerción interna.

El modelo económico adoptado y desarrollado por estos refugiados implica una serie de elementos indispensables. El trabajo es para beneficio común de la colectividad, y la retribución es igualitaria para todos, de acuerdo a sus necesidades personales y/o familiares -con especial atención a ancianos y niños desnutridos. Ni se posee bien productivo alguno en forma individual, ni circula moneda alguna, ni se puede adquirir bienes en el inexistente mercado interno- incluso se hacen las tortillas en forma colectiva para toda la población, a fin de asegurar ese alimento mínimo, al mismo tiempo que se ahorra combustible y mano de obra, para dedicarlo a otros rubros productivos o de servicios. La diversificación en el trabajo y en la producción busca una especie de economía autosuficiente en rubros y sectores complementarios, optimizando la mano de obra y los insumos y equipo disponible. La economía de los campamentos de salvadoreños no es monetaria, sino aislada, cerrada, dependiente de la ayuda externa y de la provisión de insumos, lo que puede ir generando en sus integrantes una inhabilidad frente a las leyes del mercado y de la competencia con el sistema exterior.

Las áridas laderas de los cerros en que se encuentran los campamentos han sido transformadas en terrazas para el cultivo de hortalizas y frutas -se carece de tierra para la producción de maíz y frijol, indispensable para su dieta alimentaria, y que por tanto, tiene que ser suministrado por las agencias-; pero al mismo tiempo se han creado y desarrollado granjas para la producción de las proteínas convenientes a la población: huevos, carne de pollo, cabras de carne y leche, cerdos, conejos, patos. Simultáneamente se ha desarrollado una producción industrial de otros bienes necesarios, en talleres y "fábricas", metalmecánicos, de madera, de calzado, vestido de algodón y lana, utensilios de hojalata, productos de la jarcía, cerámica y artesanías, suficiente para el consumo interno, cuando hay materia prima

disponible, y que podrían participar en el mercado si dispusieran de permiso y oportunidades, tanto para la adquisición de los insumos como para la venta libre de los productos manufacturados. Las plantas de energía eléctrica de que disponen son indispensables para la producción, una serie de actividades de servicio e incluso para la recreación: todas las noches ven comunitariamente "El Noticiero" del Canal 6 de la TV salvadoreña, antes de que suspendan la electricidad a las 9 de la noche. Como una muestra adicional de su preocupación por el desarrollo normal de la población y de respeto a la naturaleza, de su humanismo y sensibilidad, han creado en Colomoncagua un pequeño zoológico para que los niños conozcan y vean otros animales no domésticos.

Para poder desarrollar su modelo económico ha sido indispensable, no sólo el suministro de bienes de equipo y maquinaria, sino el abastecimiento de materias primas y otros insumos, dado el aislamiento a que están sometidos los habitantes de los campamentos; así como también la disponibilidad de instructores y técnicos que ayudan a la formación acelerada en cada uno de los rubros y sectores. Otro factor indispensable, además de la organización y estructura social adoptada, es el proceso acelerado e intenso de educación-aprendizaje, con la asistencia de prácticamente toda la población, infantil y adulta, a la escuela -que comprende desde el kinder hasta sexto grado, con maestros formados en la misma comunidad refugiada- y a los talleres de aprendizaje, combinando la enseñanza con el trabajo, y estimulando la afición a la educación por la exigencia de conocimientos que les plantea el mismo trabajo; igualmente, la salud es otro elemento fundamental para el modelo, por lo que se le da una importancia prioritaria, entrenando personal sanitario y laboratorista para la atención primera y mínima, o para remitirlos al tratamiento médico en el mismo campamento o en un hospital. Posiblemente, en condiciones de menor confinamiento, con una organización social más laxa, con menor homogeneidad de ideas y objetivos, sin la ayuda y asistencia para la alimentación y para la producción, y sin los instructores adecuados, no se habría podido lograr el éxito del modelo; pero tampoco se logra por sí solo con las condiciones anteriores, sino que tiene que existir un grupo humano de esas características de trabajo, mística, entrega comunitaria y esperanza.

El profundo cambio operado en esa población durante su estancia en los campamentos es un fenómeno posiblemente único y digno de estudio, análisis y aprendizaje de pautas y valores. Era anteriormente una población con estructuras y comportamientos individualistas, analfabeta en más del 85%, que utilizaba las técnicas más primitivas -casi precolombinas- para el cultivo del campo en paupérrimas parcelas, relegada de los adelantos de la civilización moderna y aislada de los procesos y de la sociedad general. En escasos años -en 1983 comienza el proceso de organización y capacitación para la producción- se ha convertido en una población alfabetizada en más del 85%, organizada solidariamente, que utiliza nuevos métodos y técnicas de cultivo, dirige granjas de animales con las técnicas alimenticias y sanitarias adecuadas, maneja complicadas máquinas eléctricas y mecánicas, planifica, contabiliza y es auditorada en la producción, distribución e inventarios, forma sus propios educadores y sanitarios, sus dirigentes y todo el personal requerido para que el modelo siga en marcha, se perfeccione, diversifique y complemente. Los niveles requeridos de dirección, de

capacitación, de desarrollo intelectual y manual, de capacidad de abstracción y de síntesis, si por un lado parecen imposibles de alcanzar en tan corto tiempo, por otro vienen a deshacer una serie de mitos sobre la población campesina, su fatalismo mítico y tradicional, su cosmovisión atávica, su actitud supersticiosa y afincada en el pasado, frente a sus capacidades de cambio, reflexión analítica, adaptación y potenciación acelerada, o de organización, dirección, gestión empresarial y social, así como abren una posibilidad de que una sociedad configurada con tales elementos sí pueda ser viable y en la medida en que se extendiera y aplicara al conjunto de la sociedad salvadoreña, podría convertir a El Salvador, de un país que con frecuencia se lo considera como inviable desde diferentes indicadores y perspectivas, en uno previsiblemente viable.

Las relaciones de los salvadoreños refugiados en los campamentos visitados, hacia instituciones y población circunvecina, son de distinta índole. Con los oficiales de ACNUR hay una relación tensional de exigencia, demandas, presiones diversas, al mismo tiempo que valoran su protección y asistencia indispensables, y actualmente también el que duermen en el mismo campamento como garantía de seguridad para los refugiados; por su parte, los oficiales de ACNUR, si bien se sienten exigidos a veces más allá de su mandato y tensionados en las relaciones con los refugiados salvadoreños, a cambio perciben que su trabajo es bien aprovechado por éstos y que su dinamismo y aun su exigencia es para un mayor y mejor desarrollo de la comunidad. Con los voluntarios de las demás agencias hay una relación más positiva, dada la cobertura que les brindan, la convivencia generosa, los grandes servicios de capacitación, la opción e identificación con los refugiados, hay que excluir la relación con los "Médicos Sin Fronteras" (MSF), que fueron extrañados de los campamentos por decisión de los refugiados salvadoreños, tras una serie de problemas y tensiones que no es el caso evaluar.

Respecto a la población hondureña circunvecina, ya se ha indicado los lazos tradicionales que los unían, y el apoyo que recibieron en un inicio; en la actualidad la relación entre ambas poblaciones es mínima o caso inexistente, no sólo por el aislamiento de los campamentos, sino también por la presión de las autoridades civiles y militares hondureñas para impedir las relaciones y la posible contaminación ideológica-política en la población de la zona; no se benefician más de algunos servicios esporádicos que se les presta también en casos de emergencia, o de insignificantes rebalses económicos derivados de la presencia de las agencias, frente a la ansiedad y desventaja comparativa en que se encuentran, ya sea por el abastecimiento de bienes y servicios -la electricidad y el agua no son los menores, si bien el ACNUR ha ayudado en algunos proyectos de este tipo para la comunidad-, ya sea por el testimonio modélico inaccesible para ellos de educación, capacitación, organización, tecnificación y desarrollo en los campamentos, en una población similar a la de ellos en su origen y vinculada por estrechos lazos de parentesco y de relaciones comerciales y sociales. El que la población hondureña circunvecina a los campamentos de refugiados salvadoreños se vea impedida y privada de aprovechar una oportunidad, posiblemente única en su vida, de aprender y capacitarse para un nuevo tipo de vida y sociedad, por el peligro de la contaminación ideológica-política, no sólo es una frustración incomprensible para ellos, sino que es el desperdicio

## xii • PROLOGO

de recursos humanos y materiales en una coyuntura irreplicable en perjuicio de los interesados, de sus comunidades y del país de Honduras en su conjunto -el atraso tecnológico y de niveles de vida de la población rural hondureña circunvecina se puede percibir, entre otros indicadores, por el hecho de que se admiren de ver en territorio salvadoreño los pueblitos iluminados en la noche, lo que para ellos es inusitado, alejado de sus aspiraciones realizables, y espectacular.



# CONTENIDO

---

<b>PROLOGO: "LOS REFUGIADOS SALVADOREÑOS EN HONDURAS", DE DR. SEGUNDO MONTES, S.J.</b>	<b>vii</b>
<b>LISTA DE MAPAS Y GRAFICAS</b>	<b>xv</b>
<b>RECONOCIMIENTOS</b>	<b>xvii</b>
<b>INTRODUCCION</b>	<b>4</b>
<b>CAPITULO UNO</b>	
EL EXODO: HUYENDO DE EL SALVADOR	16
<b>CAPITULO DOS</b>	
LA VIDA EN EL EXILIO	28
<b>CAPITULO TRES</b>	
CONSTRUYENDO LA NUEVA COMUNIDAD	50
<b>CAPITULO CUATRO</b>	
LA TRAVESIA POR LA FRONTERA	112
<b>CAPITULO CINCO</b>	
CREANDO UNA NUEVA VIDA EN MORAZAN	160
<b>CONCLUSION</b>	<b>184</b>
<b>EPILOGO</b>	<b>194</b>
<b>APÉNDICE A</b>	
ESQUEMA ORGANIZATIVO	225
<b>APÉNDICE B</b>	
ORGANIZACIONES QUE TRABAJAN CON LA NUEVA COMUNIDAD	227
<b>GLOSARIO DE ABREVIACIONES, SALVADOREÑISMOS, etc.</b>	<b>229</b>

# LISTA DE MAPAS Y GRAFICAS

---

## Mapas

<i>El Salvador en la Región Centroamericana</i>	8
<i>El Departamento de Morazán</i>	9
<i>El Campamento de Refugiados en Colomoncagua</i>	29

## Gráficas

<i>Dibujos infantiles de la Represión en Morazán</i>	22
<i>Afiche de los Refugiados</i>	61
<i>Plano original de los Arquitectos para los Nuevos Asentamientos</i>	125



# RECONOCIMIENTOS

---

Los autores quieren dar su reconocimiento y gracias a las siguientes personas que nos ayudaron a hacer posible este libro:

Primero, a la comunidad de Colomoncagua y Meanguera y los muchos nuevos amigos que ahí hicimos, demasiados para mencionarlos individualmente, por darnos ánimo para el proyecto, por su franqueza, su hospitalidad y su calor. También tenemos que agradecerles el haber compartido con nosotros los documentos de su tan cuidadosamente llevado archivo.

A numerosos hondureños, europeos y norteamericanos que trabajaron o siguen trabajando para las agencias humanitarias y para ACNUR y quienes nos apoyaron con información y antecedentes.

A Laura Jackson de la estación de radio WHYY-FM de Filadelfia quien compartió con nosotros las transcripciones de sus entrevistas con refugiados.

A Barbara Wein y el equipo de Voces en la Frontera, por el apoyo al proyecto y su trabajo por la comunidad.

A numerosos amigos por darnos ánimo, especialmente a Stu Greenberg por facilitar el intercambio entre nuestras computadoras, y a Jim Miller, Deborah Van Kleef, Claudia Reiter, Kathleen Greenberg y Jessie Cagan por sus críticas y propuestas respecto a texto y fotografías, y a todos ellos por las distintas formas de ayuda que nos brindaron en los momentos que las necesitábamos.

Al equipo de Rutgers University Press, en particular a Marlie Wasserman, Ken Arnold, Barbara Kopel, Steve Maikowski y Katie Harrie, quienes tan inmediatamente entendieron que era lo que queríamos lograr con este libro y quienes nos ayudaron tanto para hacer de esto una realidad. A nuestro agente literario, Edy Selman, por su apoyo y trabajo para nosotros.

Al equipo de editorial Arcoiris, por su apoyo, su ayuda y su trabajo en este proyecto; por habernos permitido actualizar el libro y, quizás más que nada, por haber hecho posible que los miembros de la comunidad de Ciudad Segundo Montes pudieran leer este libro.

Finalmente, a nuestras hijas Joanna y Shauna, por su entusiasmo, apoyo y valor, y por su amor y paciencia.

## xviii • RECONOCIMIENTO

Las investigaciones para este libro han sido posible, en parte, debido a fondos proporcionados por las universidades Cleveland State y Rutgers.

Todas las citas en este libro, a menos que se indiquen otros autores, son de los mismos refugiados, de entrevistas o de documentos elaborados por ellos. En algunas partes, hemos cambiado los nombres de la gente para proteger su identidad.



# LA TIERRA PROMETIDA: EL SALVADOR

---

Creemos que hemos vivido, en nuestra propia carne, las mismas circunstancias que el pueblo de Israel experimentó en su éxodo, caminando por países extranjeros, sufriendo y gritando, pero siempre teniendo el apoyo de Dios y con la esperanza y la fe en firme. Este mismo Dios Libertador nos está dando la tierra prometida que conocemos con el nombre de El Salvador.

Comunidad Cristiana de Base de los  
refugiados en Colomoncagua, Honduras

Cré que no había futuro para El Salvador, pero al ver su modelo de organización y desarrollo cambié de opinión.

Dr. Segundo Montes, S.J.

*Este libro trata de refugiados de El Salvador, quienes dejaron su país para huir de las bombas y la represión del gobierno y de los estragos de una sangrienta guerra civil. Es la historia de más de ocho mil salvadoreños quienes vivieron por casi una década en un campamento de refugiados en Colomoncagua, Honduras. En medio de las penurias del exilio, esa gente se volvió comunidad, y como comunidad retornó a su país natal para construir una nueva vida. Su historia comienza con tragedia y sufrimiento, pero termina en triunfo y esperanza.*

**INTRODUCCION**

.....

# INTRODUCCION

---

Una buena tarde en agosto de 1989 arribamos en el pueblo hondureño de Colomoncagua, cerca de la frontera salvadoreña, en el departamento montañoso de Intibucá. Nos habíamos pasado todo el día viajando desde Tegucigalpa, la capital, de la manera que la mayoría de la gente, hondureños o extranjeros, lo hacen para este viaje: primero, el bus de madrugada que sale por la ruta noroeste para la ciudad de Siguatepeque, donde dejamos atrás las carreteras pavimentadas; después, otro bus que cruza una estrecha pero dramática sierra llena de cafetales y plantaciones de banano, pasando por el valle de Otoro, con los campos abundantes y verdes a esta altura del año, para enseguida escalar aun más alto y llegar a una cordillera más grande en cuyas alturas está ubicada la cabecera departamental, La Esperanza. Y desde allí nos llevó uno de estos maltratados pickups que transportan carga y pasajeros en estas carreteras serpenteadas que, siguiendo las faldas de la montaña, lentamente descienden hacia la frontera con El Salvador, en el Sur.

Ya avanzada la tarde, llegamos al pueblo de Colomoncagua. Aunque habíamos descendido bastante desde La Esperanza, todavía nos encontramos en unas montañas quebradas y muy bellas, una zona que nos parecía áspera, de tierra rojiza y escasa vegetación, con excepción de los pinos ralos. Buitres negros, aquí llamados zopilotes, sobrevolaron lentamente, descarados como los cuervos de nuestra tierra. Como buena parte de Honduras, el área era poco poblada, pero de vez en cuando se veía, desde la calle polvosa y desnivelada, una casita blanca con techo de tejas. Ahora estábamos muy cerca de la frontera con El Salvador. Desde la carretera que lleva al pueblo, se ve gran parte del Oriente salvadoreño; los volcanes de San Miguel y San Vicente son rasgos prominentes del panorama.

Finalmente nos encontramos en las calles empedradas del pueblo.

*Páginas anteriores: De la carretera que lleva al pueblo de Colomoncagua, mirando al Sur. Al fondo, se ven las montañas de El Salvador.*

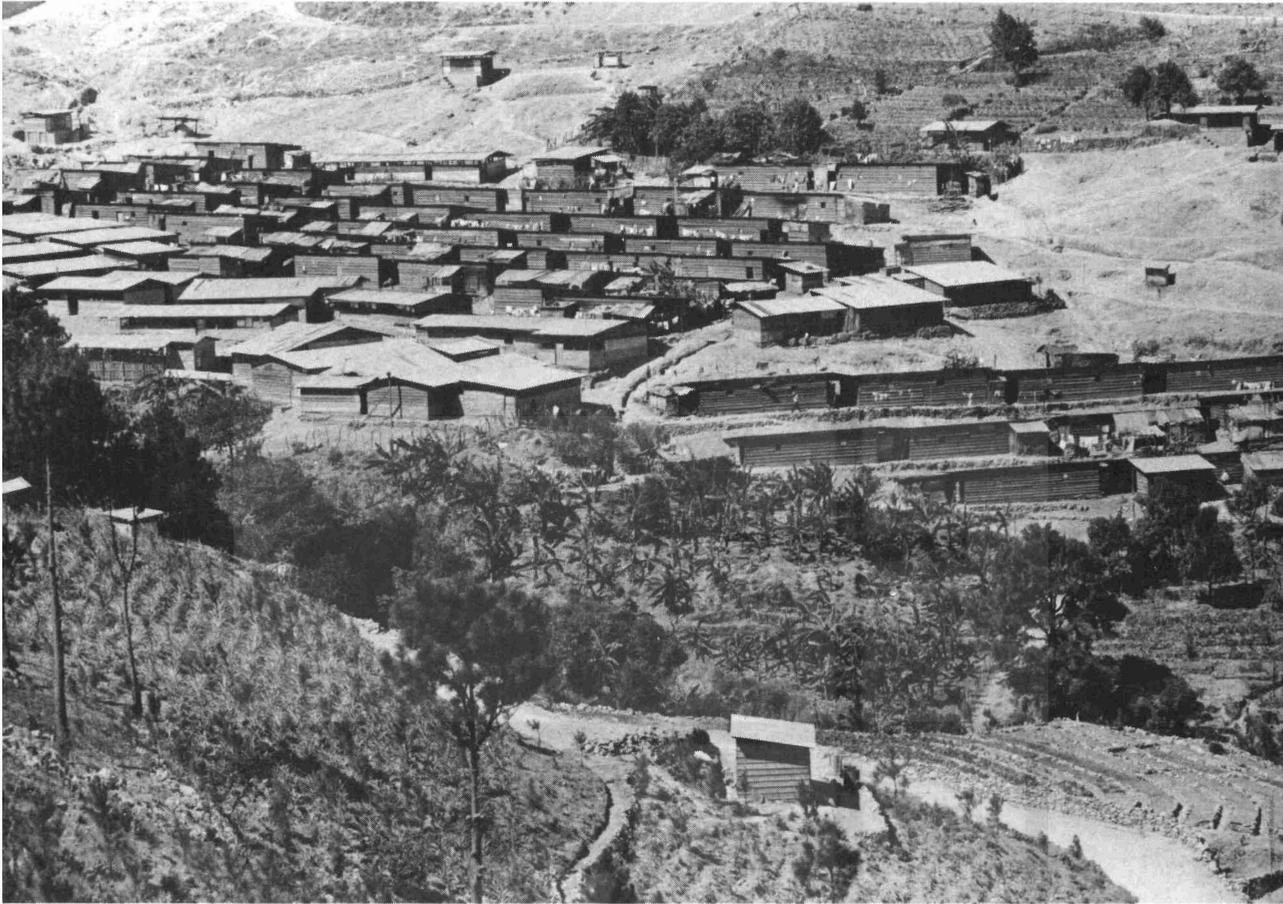


*Un rancho campesino típico de la zona, con abundancia de plantas, incluyendo plátanos.*

Aunque es uno de los principales centros de este rincón de Honduras, Colomoncagua es esencialmente un pueblo dormido de unos cuantos cientos de habitantes que ha atraído atención internacional por el campamento de refugiados de El Salvador cerca del pueblo.

Habíamos llegado a esta zona remota para visitar este campamento, también llamado Colomoncagua, que albergaba unos 8,400 salvadoreños que habían huido de los bombardeos y la represión en su país y quienes ya tenían hasta nueve años en este lugar. A principios de 1989, pidieron a Steve que fuera al campamento para tomar fotos, para ayudar a lanzar una campaña en los Estados Unidos en apoyo a la comunidad de refugiados. Ahora, era su tercer viaje en año y medio (y su cuarto desde 1982). En sus visitas anteriores, tomando fotos, entrevistando y buscando material para la campaña, había llegado a admirar, respetar y querer a la gente del refugio. Para Beth, aunque había estado trabajando en la misma campaña en Cleveland, fue la primera visita.

Como muchos que conocían el campamento de refugiados en Colomoncagua, los evidentes y extraordinarios logros de la comunidad nos habían



*Vista del subcampamento El Limón II. con terreno terraceado para huertas.*

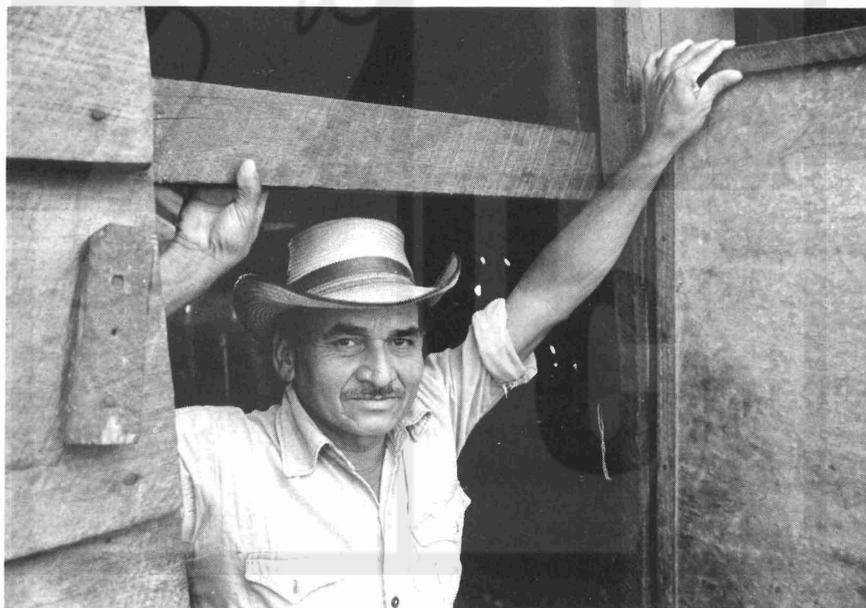
impresionado. Ahora regresamos para estudiar de manera más formal las estructuras sociales y organizativas creadas por los refugiados, para obtener una idea más precisa de la vida cotidiana en el campamento, y para comprender mejor cómo pudieron lograr tanto y de qué manera podrían servir de modelo para otra gente pobre en la región. Estas interrogantes se habían vuelto un poco urgentes, ya que los refugiados acababan de anunciar su intención de regresar a El Salvador y restablecer su forma de comunidad en el departamento norteño de Morazán.

Después de nuestra llegada al pueblo, tuvimos que dar una serie de pasos para poder entrar al campamento. El permiso para visitar el campamento ya lo habíamos obtenido en Tegucigalpa de la Comisión Nacional para Refugiados (CONARE), la agencia del gobierno hondureño encargada de supervisar la situación de los refugiados. Ahora, hicimos una visita de cortesía a la oficina local de ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas de Refugiados) en el pueblo y después a la delegación de migración del gobierno y al comandante militar local para que nos pusiera sus firmas y sellos en el permiso. Finalmente, mugrientos y cansados del largo viaje, pero felices de tener en orden todos los documentos y ansiosos de llegar al cam-

pamento, salimos del puesto militar para buscar un jalón con quien fuese que subiera para allá.

En este momento, escuchamos una serie de explosiones, de lejos, pero inconfundibles. Uno, dos, tres... en total, una docena de bombas de 500 libras, lanzadas por avionetas del otro lado de la frontera, en el departamento salvadoreño de Morazán, precisamente en la zona a la cual los refugiados estaban planificando su retorno. Fue un momento perturbante. De repente, la guerra en El Salvador parecía muy cerca. Y nos preguntamos: ¿Cómo podían estar planificando regresar a eso? ¿A las mismas bombas y la misma represión que los habían hecho huir? Fue una pregunta a la cual íbamos a regresar muchas veces durante nuestra estadía en el campamento.

Durante las próximas dos semanas vivimos en el campamento, compartiendo el hogar de una familia refugiada y volviéndonos, por ese corto tiempo, parte de la comunidad. Nos metimos con la gente y caminamos arriba y abajo en todos los nueve subcampamentos que conformaban Colomoncagua, tomando fotos y grabando, entrevistando un montón de gente (tanto refugiados como colaboradores de las agencias internacionales), monitoreando sus reuniones, coleccionando numerosos documentos elaborados por los refugiados, observando y participando en la vida cotidiana del campamento. La gente nos respondió con una combinación de curiosidad, timidez, y calor humano. Estaban acostumbrados a visitantes, especialmente extranjeros, pero cuando se dieron cuenta que íbamos a quedarnos por dos semanas enteras, irradiaron de alegría, ya que la mayoría sólo se quedaba unos cuantos días. Al final de las dos semanas, habíamos hecho estrecha amistad con algunos y nos sentimos buenos vecinos con muchos más. En nuestra despedida, en una ceremonia que los refugiados hicieron para todos los visitantes, hubo algunas lágrimas, muchos abrazos y manos apretadas. "Nos vemos el año que viene... en El Salvador", nos com-



*Retrato hecho en el campamento de Colomoncagua.*

## 8 • INTRODUCCION



*El Salvador en la región centroamericana.*

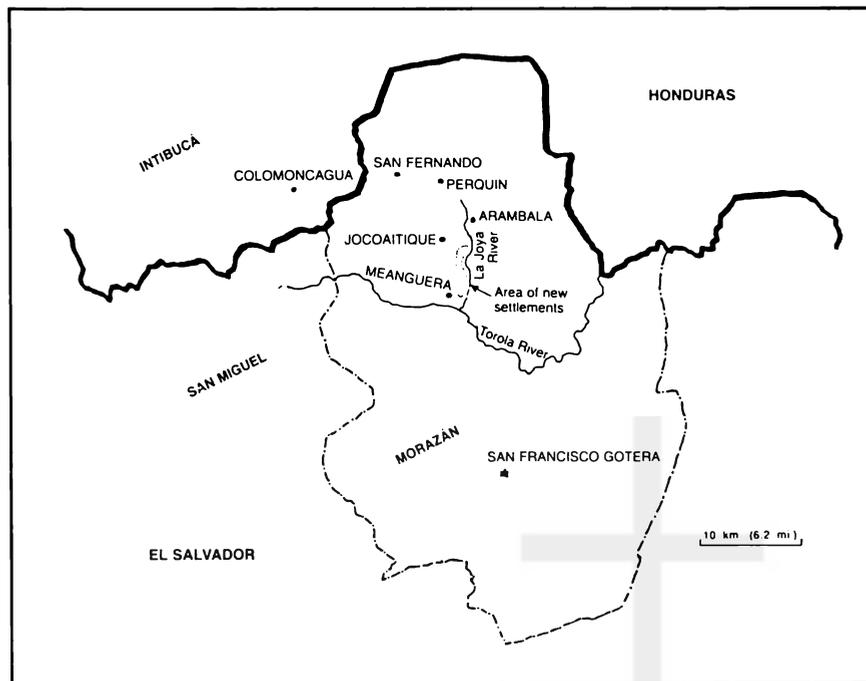
prometimos, aunque no muy seguros si fuera posible, para ellos o para nosotros. Resultó que sí.

Steve pudo regresar a Colomoncagua y quedarse por un mes en enero de 1990, cuando la comunidad estaba en el proceso de retornar a su país. Fue uno de los primeros internacionalistas que obtuvo el permiso de las autoridades salvadoreñas de cruzar la frontera junto con los refugiados, y se quedó un día en el nuevo asentamiento en el nororiental departamento de Morazán, compartiendo la emoción de finalmente estar en casa. En marzo, estuvo presente en la ceremonia de inauguración de la nueva ciudad que estaban construyendo en Meanguera, en Morazán, y ambos pasamos un tiempo allá en junio y julio de 1990, consiguiendo el material para nuestro capítulo final.

Este libro basado en las experiencias de este extraordinario grupo de gentes, conocidas mediante nuestras conversaciones con ellos y con quienes les asistieron. Esta es su historia.

\* \* \*

Uno tendría que ser muy duro para leer la historia de El Salvador sin



*El departamento de Morazán.*

obtener un claro sentido de la larga trayectoria de sufrimientos de los pobres en este país. Desarraigados de sus tierras, primero por conquistadores europeos, y después por una oligarquía empeñada en extender sus privilegios a través de alianzas con los militares, los campesinos salvadoreños han luchado para a duras penas ganarse la vida de lo poco que les queda de tierra y trabajo. A pesar de literalmente siglos de vivir bajo poder represivo, han buscado con persistencia mejorar sus condiciones de vida, construyendo sindicatos y cooperativas, estableciendo organizaciones campesinas, grupos pastorales y otras organizaciones de base para defender sus intereses -y pagaron por estos esfuerzos con incontables asesinatos, desapariciones, atropellos y amenazas-.

A finales de los 70, este ambiente general de represión y terror escaló hacia una guerra civil completa, cuando los grupos de oposición tomaron conciencia que un cambio pacífico era imposible y tomaron las armas. Envalentado y fortalecido por grandes cantidades de ayuda militar por parte de los Estados Unidos, el régimen salvadoreño hizo el intento de eliminar a todo aquel que se opusiera a su dominio. De acuerdo con algunos cálculos, una cuarta parte de la población de este pequeño país de cinco millones y medio de habitantes se han convertido en refugiados o desplazados, desde 1980.

El campamento en Colomoncagua era uno de varios establecidos en la frontera entre El Salvador y Honduras para dar cabida a las víctimas de esta cruel guerra civil. A partir de diciembre de 1980, miles de refugiados buscaron protección allá. A mediados de los 80, la población en este campamento administrado por ACNUR había llegado a casi 8.400 habi-



*Retrato hecho en el campamento de Colomoncagua.*



*Dos muchachos buscando refugio de una tormenta en un taller del campamento.*

tantes, la mayoría campesinos del vecino Morazán, un departamento al nor-este de El Salvador y uno de los más pobres de este país.

Llegaron a Colomoncagua horrorizados y miserables, todos íntima-mente tocados por la violencia y destrucción. El gobierno de Honduras reaccionó a su presencia con desconfianza, viéndolos como guerrilleros; establecieron un cerco militar alrededor del campamento para impedir la "contaminación" de la vecina población hondureña. Por casi una década, los refugiados estaban confinados a su campamento; lo llamaron "la cárcel sin paredes". Deseaban ardientemente regresar a sus casas y ser libres.

Sin embargo, al mismo tiempo el campamento tenía un significado mucho más positivo para los refugiados. Con la asistencia desinteresada del personal de las agencias humanitarias contratadas por ACNUR -sobre todo de Caritas, una organización católica internacional de socorro-; de los Servicios Católicos de Socorro (Catholic Relief Services) y el Comité Central Menonita (Mennonite Central Committee), los dos últimos con sede en Estados Unidos; y de CEDEN, una agencia evangélica de socorro de Honduras- los refugiados se transformaron de campesinos analfabetas y sin educación en una comunidad capaz, sofisticada y coherente. Colomoncagua les sirvió de escuela.

Los logros de esa comunidad durante sus nueve años de exilio son impresionantes. Se defendieron contra asaltos por parte de los soldados hondureños y contra reducciones de la asistencia por parte de ACNUR, y lograron resistir los intentos de reubicación de su campamento en zonas



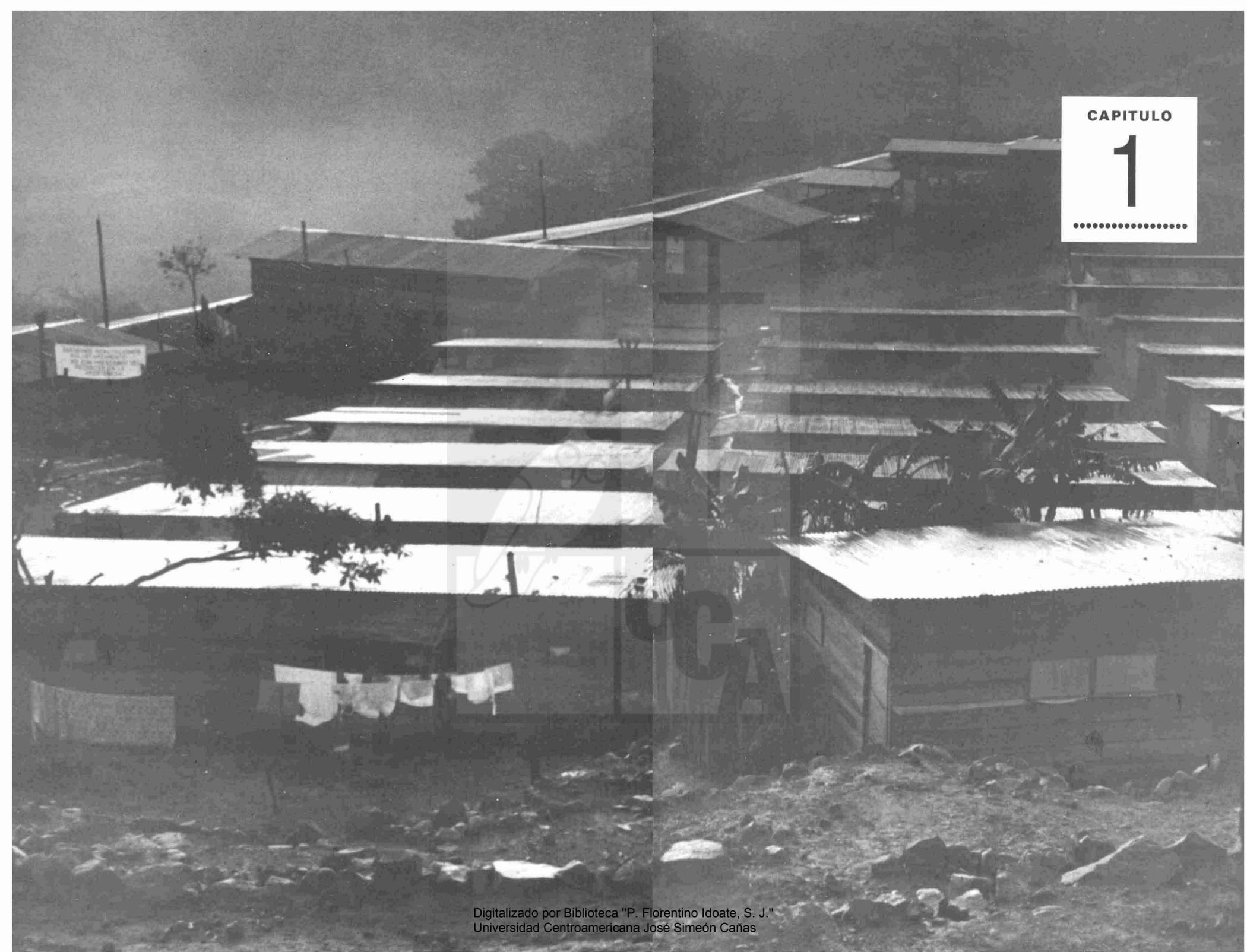
*Expresión de amistad durante un momento tranquilo en la capilla en Limones.*

lejanas de la frontera. Desarrollaron un sistema de gobierno interno que funcionaba bien y era democrático, estableciendo una forma de vida comunal en la cual todos tenían el mismo derecho a recursos y nadie vivía mejor que los demás. Condujeron programas culturales y de educación para adultos y niños, poniendo fin al analfabetismo y desarrollando un equipo de educadores calificados, y promovieron creciente conciencia de salud, sanidad y nutrición. Manejaron una escuela de formación técnica, un taller de mecánica, y muchos talleres de capacitación vocacional y de producción, produciendo casi todos los bienes que se necesitaban en el campamento. Escribieron y produjeron sus propios periódicos semanales así como otros documentos y publicaciones, incluyendo tres boletines directamente dirigidos a la comunidad internacional. Coordinaron y hospedaron numerosas delegaciones de observadores internacionales en el campamento -periodistas, diplomáticos, investigadores, religiosos- y mantuvieron correspondencia con grupos en todo el mundo, abogando eficientemente a nivel local, nacional e internacional por sus intereses colectivos. Negociaron con funcionarios de los gobiernos de El Salvador y Honduras, conquistando una serie de condiciones que les permitieron su retorno como comunidad, y después planificaron y administraron el traslado y la construcción del nuevo asentamiento en Meanguera, Morazán.

Los refugiados se vieron como los antiguos hebreos en el desierto, quienes crearon una comunidad nueva, autosuficiente y basada en el apoyo mutuo, y después decidieron que era tiempo de cruzar el río y regresar a su tierra prometida.

Sobre todo, se lanzaron adelante hacia un futuro construido por ellos mismos, un producto de la nueva conciencia labrada de sus extraordinarias circunstancias y experiencias. Comenzaron como refugiados, horrorizados e impotentes, y terminaron como ciudadanos de un país nuevo.





## EL EXODO

### HUYENDO DE EL SALVADOR

---

Los miles de barrancos que tuvimos que pasar por las noches, sin nada que comer, -eso no se olvida.

Parece que hay una historia de horror por cada pueblo o caserío en los departamentos nororientales de Morazán, San Miguel y La Unión de donde la mayor parte de los refugiados de Colomoncagua habían huido. Dejaron sus pueblos -El Mozote, Perquín, La Guacamaya, Joateca, Cerro Pando, San Fernando- no simplemente por la guerra, sino por un conflicto civil especialmente cruel, en el cual su gobierno los consideraba enemigos porque demandaban una sociedad más justa. Zonas donde se disparaba a lo que se moviera, campañas de tierra arrasada y programas de pacificación -técnicas perfeccionadas por los militares de los Estados Unidos en Vietnam y enseñados a sus aliados salvadoreños- significaban que los civiles, sobre todo en el campo, eran presa lícita.

Sólo miedo y sufrimiento terribles pueden forzar a la gente a abandonar sus casas y cultivos, pueden desarraigarnos de sus comunidades, pueden arrancarnos de sus vidas anteriores. Para los refugiados de Colomoncagua, estas experiencias eran la tragedia común que los había forzado al exilio y la fuente de la extraordinaria unidad que desarrollaron en el campamento: "Llegamos para acá por la represión, los bombardeos. Los miles de barrancos que tuvimos que pasar por las noches, sin nada que comer, eso no se olvida. Y cuando regresemos, eso no lo vamos a olvidar".

Rufina Amaya es una de las pocas sobrevivientes de la infame masacre de El Mozote, en la cual casi un millar de habitantes fueron masacrados sin misericordia, en diciembre de 1981, por el notorio batallón Atlacatl de la Fuerza Armada Salvadoreña -irónicamente el mismo batallón que fue responsable de los asesinatos de los sacerdotes jesuitas, ocho años después. Ella describe sus experiencias en este día fatídico:

Tal vez era el helicóptero que traía la orden de matar a toda la gente, porque después [de que aterrizó] comenzaron a amarrar a los

*Páginas anteriores: Los techos de Limón I. El texto de manta dice: "Queremos repatriación voluntaria, no con presiones de recortes en la asistencia."*

hombres de las manos y a vendarlos. Y los tiraron al suelo, boca abajo, uno sobre el otro, y se pararon encima de ellos... Y entonces, entraron donde estaban [las mujeres y los niños], con los cuchillos en sus manos y con fusiles. Se acercaban a los niños y los niños comenzaron a gritar, y también las madres. Y luego, como a las diez, pude ver que estaban matando a los hombres, estaban cortándoles las cabezas y las tiraban en el convento. Estuve amamantando a mi bebé cuando vi que estaban matando a los hombres, y le dije a las otras mujeres: "Nos van a matar". Y entonces, las mujeres gritaban y oraban -nadie podía aguantar las cosas terribles que pasaban a las gentes-.

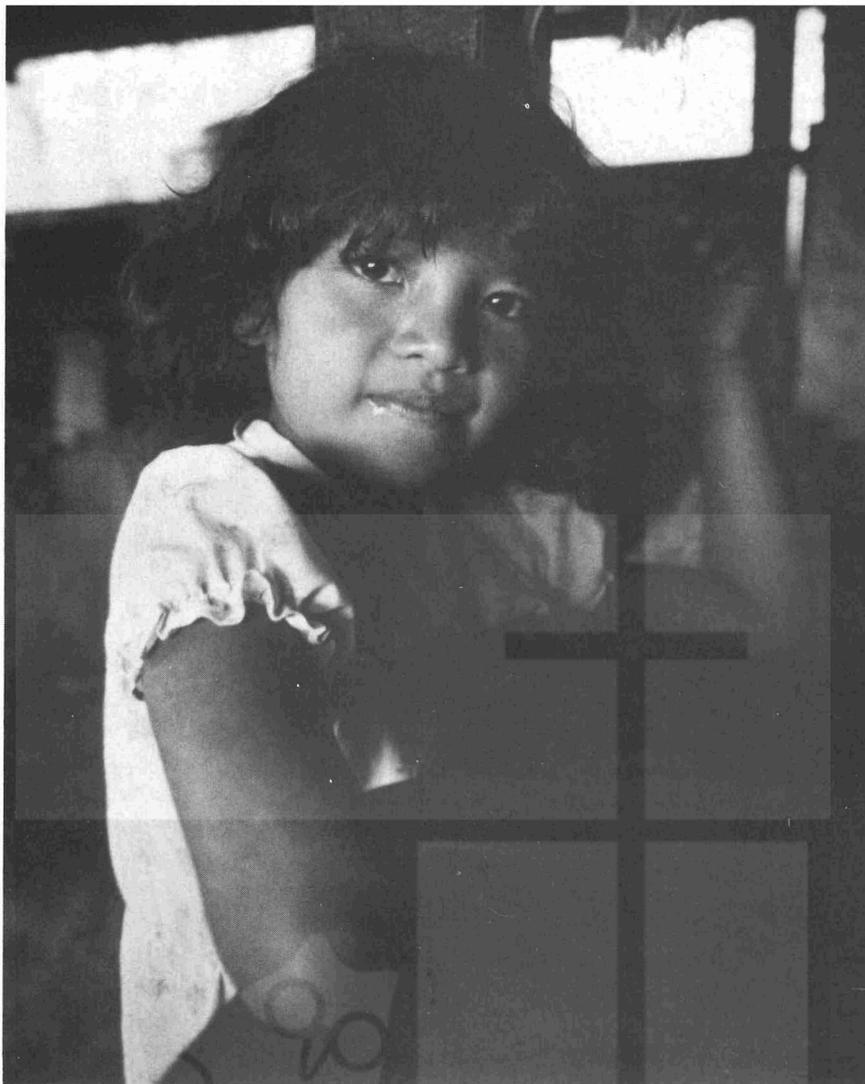
Logrando de alguna manera escapar en medio de este frenesí de muerte, obligada a dejar sus cuatro niños, Rufina observó desde su escondite cómo quemaron el pueblo y asesinaron a la población entera.

Yo estaba allí cuando escuché que estaban matando a los niños. Podías escuchar los gritos de los niños, llamando a sus madres, gritando que los mataban, que les cortaban la garganta con los cuchillos. No se escuchaba ningún tiro, sólo los niños gritando que los estaban matando, los mayores y los pequeños, la gran gritazón que se escuchaba. En este momento, yo oraba a Dios que me diera la fuerza de no regresar, porque yo quería regresar y tirarme en la calle porque escuchaba los gritos de mis niños.

Después de varios días de furtiva huida, Rufina se encontró con otros refugiados, escapando de atrocidades similares, quienes estaban cruzando la frontera a Colomoncagua. Eran 400 que llegaron al campamento. La huida era de unos cuantos días para algunos, hasta dos semanas para otros. Los refugiados caminaron principalmente de noche, temiendo ataques de helicópteros, escondiéndose en cuevas, sobreviviendo con agua, plátanos, caña de azúcar y otros pedazos de comida que podían encontrar. Dos niños nacieron en el camino, y muchos murieron.

Cuando visitantes norteamericanos la entrevistaron nueve años más tarde, en el campamento, Rufina admitió que era doloroso revivir sus experiencias. "Pero cuando estaba allá escondida, siempre pedí a Dios que sobreviviera, para contar la historia, porque es la historia de la vida y del sufrimiento en la guerra en mi país. No teníamos defensa porque no sabíamos lo que era una guerra, no sabíamos nada. Simplemente vivíamos, trabajando la tierra. Tanta gente que no sabía nada y tener que sufrir esta terrible masacre, es una gran injusticia contra todos nosotros".

La mayoría de los refugiados que buscaban asilo en Colomoncagua eran víctimas de ataques similares sobre muchos de los cantones y pueblos en Morazán, algunos igual de atroces que la masacre de El Mozote, aunque menos conocidas. Las experiencias de Ignacia M. del cantón Delicias de Concepción son típicas: "El ejército mató a dos de mis hijos y mi suegra en el rancho donde ella vivía. La quemaron con todas sus pertenencias. Era una anciana de 75 años. Sólo logramos enterrar los huesos que no estaban quemados. Huimos con niños muy desnutridos. No teníamos nada que comer, pues los soldados nos habían robado todo. Cuando nos contaron que



*Arriba y página opuesta: Madre e hija, en el Centro de Nutrición de Quebrachito.*

había un refugio, agarramos camino bajo la lluvia. En el camino nos juntamos con otra gente, y así es como llegamos a este refugio".

Doña Paquita se recuerda de detalles de su huida: "Debería habernos visto en el 80, corriendo campo abierto. Yo con cinco niños, dormimos al lado del río. Corríamos para arriba y abajo para evitar la muerte... Una noche, dormimos en una quebrada, y doce soldados, tan cerquita... Con un trapo tapé la boca a la pequeña, para que no gritara. Así pasábamos la noche, y en la mañana temprano salíamos de nuevo".

María R. huyó de Los Quebrachos, otra pequeña población en Morazán.

Había mucha represión allá. El ejército nos estaba bombardeando, lo que llaman "tierra arrasada", donde no quedaba nada. Ellos lo hicieron, pero nosotros salimos de nuestras casas y nos estuvimos en el monte porque vimos que ya habían matado a un montón de gente y no podíamos hacer nada allá. Eramos



mujeres, así que huimos con los niños al monte [donde quedaron durante tres meses]... Hemos sufrido bastante en El Salvador. Mataron a tantas de nuestras familias, por eso fue que buscábamos ayuda. Era muy duro. Algunos no podían salir porque estaban enfermos. Ellos estaban indefensos; no entendían... Los quemaron en sus propias casas. Pero nosotros buscábamos refugio y aquí nos dieron protección.

Llegamos para acá en diciembre de 1980. Primero los hondureños nos dieron ayuda. Gente de los caseríos cercanos vinieron y nos dieron comida. Pero todavía estuvimos como tres días aquí en el pueblo antes de conseguir comida. Y luego vino la Iglesia y nos dio ayuda, el padre Correa y otro sacerdote. Y así que nos trajeron cositas, otros guineos, o pan o harina. Era una harina que no conocíamos, y en la tarde hicimos atol sin azúcar y lo dimos a los niños más chiquitos. Muchos niños se enfermaron y tenían una terrible diarrea, ya que no habían comido nada por tanto tiempo.



*Durante la misa dominical.*

También los viejos se enfermaron. A nosotros nos fue mejor, como éramos más jóvenes y más fuertes. Nos enfermamos pero no era para tanto. Luego nos trasladaron aquí a los campamentos.

Cuando los primeros refugiados arribaron en Honduras, desesperados e impotentes, pensaban que se iban a quedar por una o dos semanas y después regresarían a su casa. Nadie de ellos se imaginó que iban a permanecer en su nuevo lugar por casi diez largos años. El primer grupo, unos 600, arribó en tierra hondureña el 13 de diciembre de 1980. Al día siguiente, arribó otro grupo de 400, entrando por el pueblo Las Flores. Los estaban esperando representantes de las Naciones Unidas y de la Iglesia Católica, mediante Caritas. Después los refugiados escribieron en un documento que elaboraron sobre su historia: "Nos llevaron a Colomoncagua, donde se quedó una parte de grupo, mientras la otra fue llevada a la pista de aviación. Unos vivieron durante varios días en la iglesia, otros en el mercado, no sólo sufriendo el gran frío que hizo en este tiempo, sino también las amenazas de la Fuerza Armada hondureña".

De acuerdo a ACNUR, en el pueblo había cierto resentimiento, porque los refugiados estaban recibiendo ayuda de las Naciones Unidas, mientras que a los habitantes de la zona que eran también terriblemente pobres, no se les ofrecía asistencia. Los refugiados pensaban que era más bien la presencia del ejército hondureño que impedía una reacción más amable de la población local, porque al principio fueron recibidos con simpatía por muchos vecinos hondureños. Una mujer describe su experiencia: "Los primeros días viví en el patio de una casa. La señora me dio comida. Al tercer día, me dijo que le daba mucha pena, no tenía nada en mi contra, pero que no podía darme más comida. El ejército le había dicho que no, y ella tenía miedo".

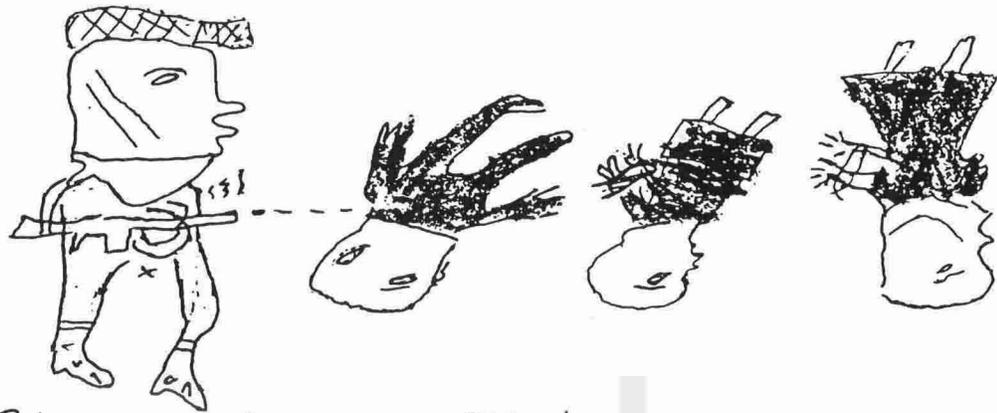


*En una de las guarderías.*

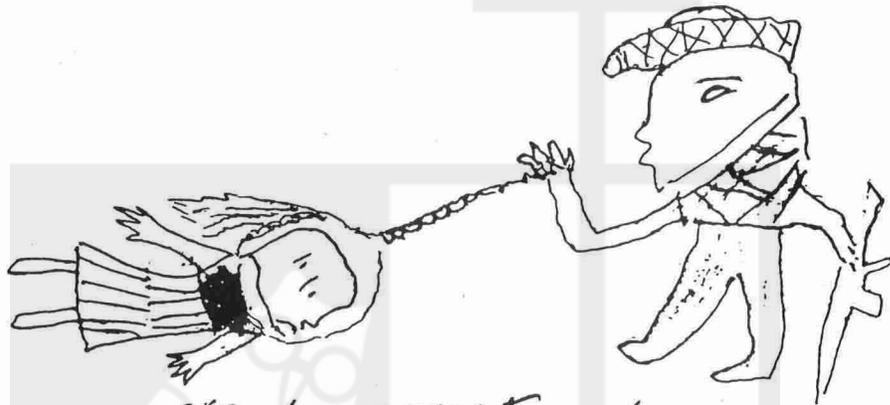
Primero, los refugiados vivían en el pueblo de Colomoncagua, buscando techo donde lo pudieran encontrar y cualquier asistencia que se les ofreciera. Sin embargo, por las tensiones pronto fueron trasladados a un sitio a unos cinco kilómetros de distancia, donde se construyó un campamento. Allí tenían que vivir en tiendas de campaña -"con todas las dificultades de higiene, etc.", como después escribirían- hasta que se pudiese terminar de construir estructuras permanentes. "La vida cotidiana era difícil, y por ello comenzamos a organizarnos en colectivo. Lo primero que logramos era la cocina colectiva, donde se hacían las tortillas para toda la población".

María R. describe las experiencias de este primer grupo que arribó en Colomoncagua en diciembre de 1980:

No era fácil. Nadie quería así no más regalar tierra para que la usáramos nosotros. Estaba el ejército. Una vez había una reunión en el pueblo, y una mujer me dijo que fuera para ver que es lo que hablaban, que estaban hablando sobre los refugiados. Y yo fui para allá, y un militar me preguntó que era lo que estaba haciendo allá, si me habían invitado. Y yo le dije: "Sí, me invitaron". Y el me dijo: "Largate, antes de que te de una patada". Así que me fui, pero ya había escuchado lo que estaban diciendo. Había agencias que nos querían ayudar y gente que estaba solidaria con nosotros, y ellos estaban hablando a dónde nos iban a poner. Después se pusieron de acuerdo sobre este lugar que le llaman Callejones. Tenían que negociar con el dueño de este lugar. Y después de unos pocos días, empezaron a molestarlo por dejarnos usar esa tierra. Pero esas tierras las pagaron. El gobierno de Honduras no regaló esas tierras, ni nadie de los demás aquí. Fue comprado con la asistencia humani-



*Abbo mata niñas amarradas*



*orcada arrastrandola*



*Dibujos infantiles de la represión en Morazán.*



Cabo Mata

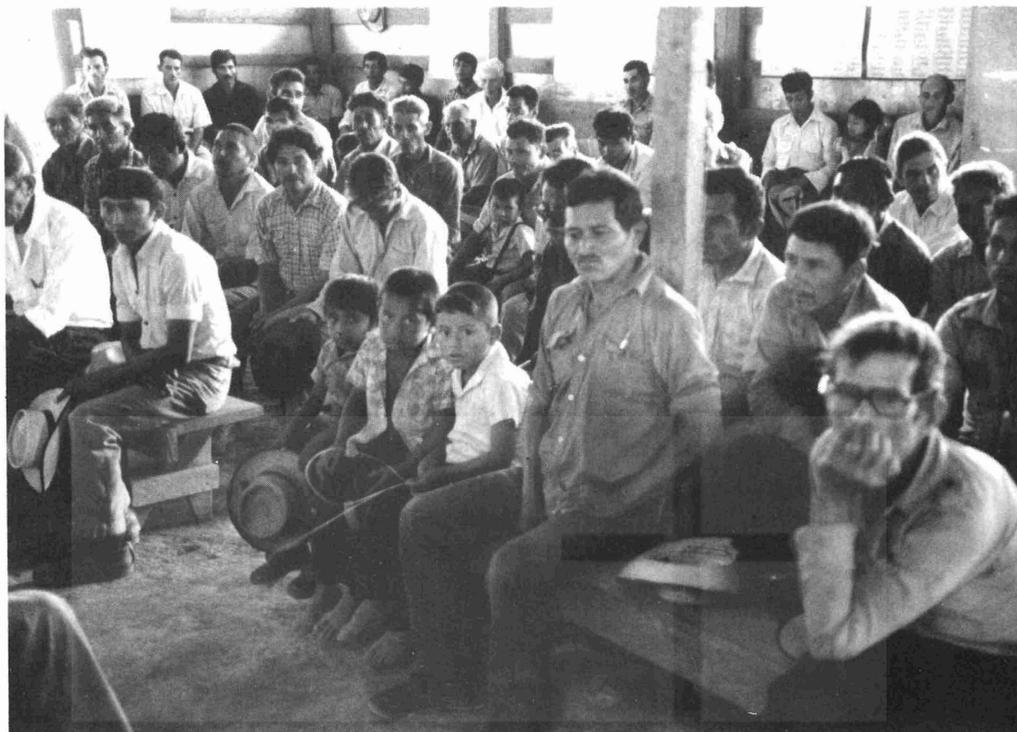


matando

mueren orcado  
en el arbol



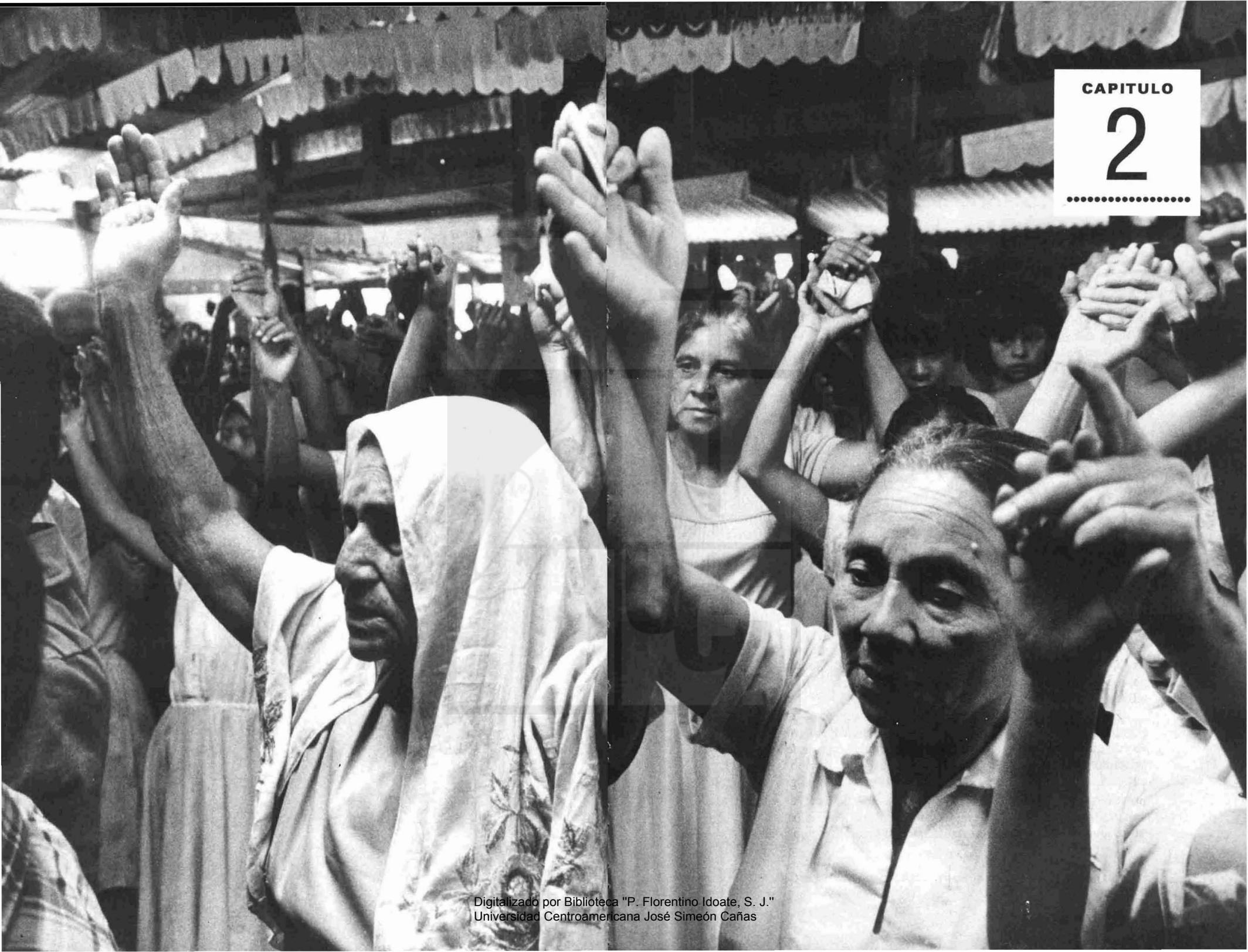
guardias  
→



*Una reunión de la Congregación de Hombres Cristianos por la Paz.*

taria de otros países. Pero al dueño de esa tierra lo llevaron a Marcala [a la base militar]. El les dijo que sólo era alquilada, y al fin, lo dejaron ir.

Después de haber huido de la brutalidad y violencia inconcebibles en su propia tierra, los refugiados se dieron cuenta que en el país vecino tampoco eran bienvenidos; que los toleraban, pero con desconfianza; que les dieron asistencia, pero bajo condiciones extremas de confinamiento, aislamiento y hostigamiento. Estas condiciones difíciles eran el marco en el que los refugiados se esforzaron a construir una nueva vida, obligándoles a lograr un alto grado de unidad y militancia. Su fe y ánimo, primero puestos a prueba por los horrores que los llevaron al éxodo, ahora se vieron aun más retados por las penurias que enfrentaron en el país de su exilio.



# LA VIDA EN EL EXILIO

Nos mandaron como ovejas en medio de lobos, pero aun así confiamos que la Presencia Viva nos acompañó durante el exilio.

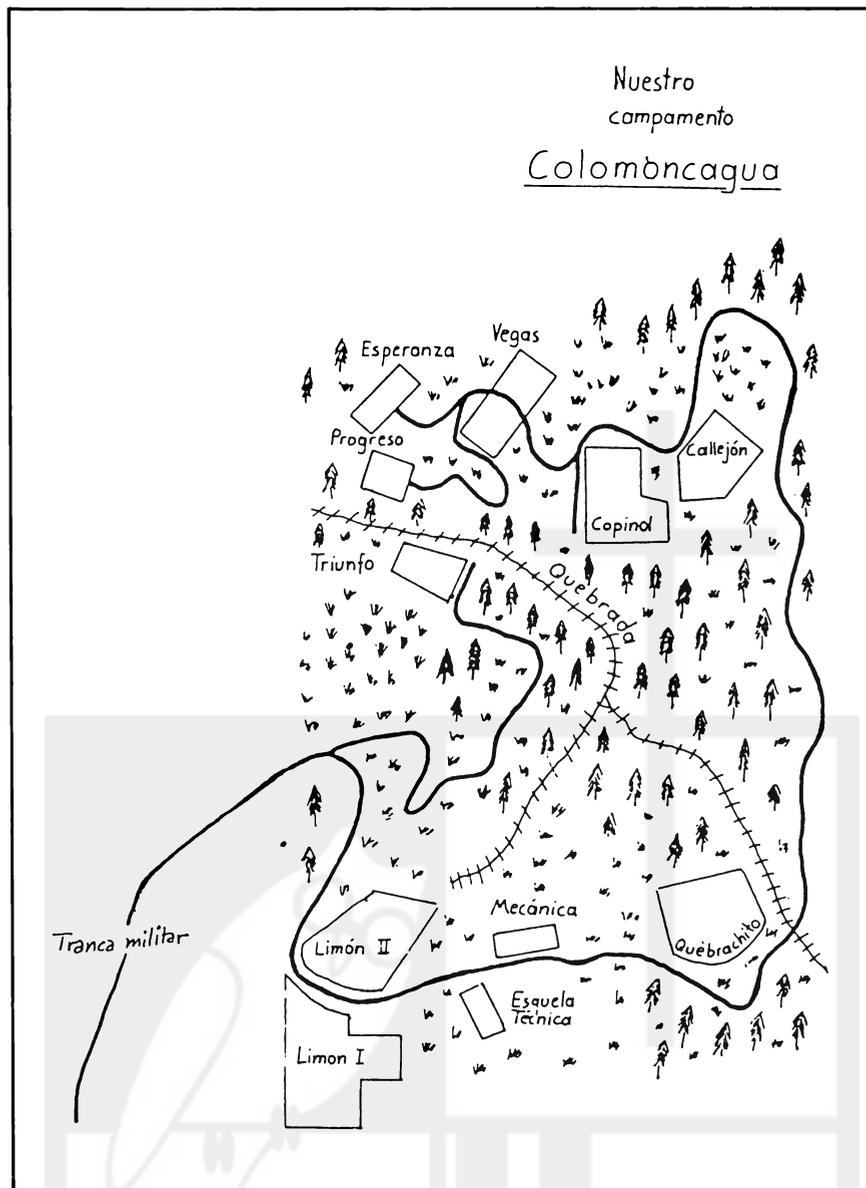
A principios de 1981, había más de treinta mil refugiados salvadoreños en distintos campamentos en Honduras. La reacción oficial del gobierno hondureño era negarles el status de refugiados y tratar de mantenerlos cerca de la frontera, esperando que pronto fueran a regresar a El Salvador. Por una parte, existía una historia de conflicto en la región fronteriza entre ambos países, donde campesinos salvadoreños, sedientos de tierra, desbordaron hacia la poca poblada Honduras, culminando en la corta pero sucia "guerra de fútbol" de 1969. Los combates concluyeron con un tratado negociado por la Organización de Estados Americanos, pero las tensiones seguían siendo fuertes. La precisa línea fronteriza en este área continúa estando en disputa.

Por otra parte, los nexos tradicionales -mediante matrimonios, amistades, relaciones comerciales- entre los campesinos en ambos lados de la frontera significaban para las autoridades hondureñas que los salvadoreños, con sus supuestos vínculos con el movimiento revolucionario salvadoreño, representaban una amenaza para la estabilidad política de Honduras.

De esta manera, los gobiernos y las élites militares de El Salvador y Honduras se encontraron en una alianza temporal y a veces accidentada. Desde luego, identificaron al Frente Farabundo Martí para La Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador como enemigo común. Un tratado de 1980 estipulaba que había que mantener a las fuerzas guerrilleras fuera de la región fronteriza, y durante los años 80, las unidades militares de Honduras cruzaron la frontera para chocar con los guerrilleros, para hostigar a la población salvadoreña y en ocasiones, para participar en operativos militares conjuntos con el ejército salvadoreño.

En enero de 1981, la comisión de asuntos de refugiados establecida por el gobierno hondureño se reunió con agencias privadas de voluntarios y se acordó que Honduras iba a respetar el derecho de *non-refoulement*, o sea el principio establecido bajo la Convención de Ginebra de no repatriar a refugiados que enfrentaran persecución política. Sin embargo, el gobierno hondureño no permitía a los refugiados que trabajaran y los confinaba a ciertas zonas fronterizas, en campamentos controlados por los militares. En esta región de la frontera, se establecieron dos campamentos de este tipo:

*Páginas anteriores: Rezando el Padrenuestro durante la misa, Copinol.*



*El refugio de Colomoncagua; un mapa publicado por los refugiados.*

uno en San Antonio, con unos 1.200 refugiados, y en Colomoncagua, con más de 8.400 a finales de los 80.

El campamento de Colomoncagua, sólo a unos cuantos kilómetros de la frontera con El Salvador, consistía de nueve subcampamentos, distribuidos a lo largo de una calle polvosa que describía un círculo de unos ocho kilómetros, acurrucados en las faldas de las montañas que rodeaban una larga y profunda quebrada. Algunos subcampamentos estaban colocados uno al lado del otro, otros a distancia de media hora de caminata penosa. El refugio se dividía en dos zonas, la baja y la alta, esencialmente separadas por



*El subcampamento Limón II.*

la quebrada y conectadas por la calle.

La vegetación, en su mayor parte, consistía de delgados y altos pinos, y muchos de estos fueron cortados para construir los campamentos, dejando a las casas muy expuestas a la intemperie. El suelo era bastante infecundo: en la estación de lluvia, la tierra rojiza se convertía en un lodo liso; en la estación seca, se volvería polvo.

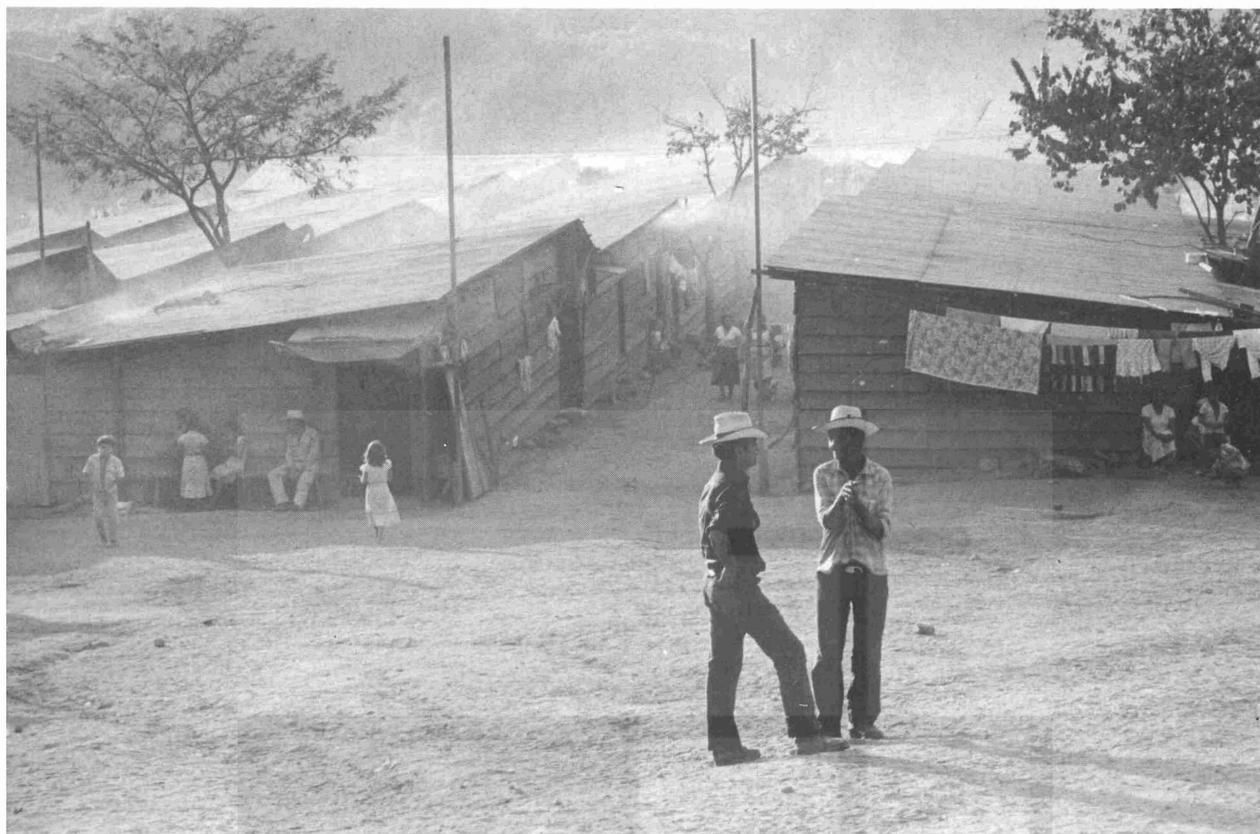
La mayor parte de los edificios en el campamento eran largas y toscas estructuras de madera (las tiendas fueron sustituidas en 1983), con techos de lámina de zinc. Estos techos, que se han vuelto muy comunes en la región, desplazando los de teja y paja, son calientes bajo el sol y ruidosos bajo la lluvia, que en el invierno es diaria e intensa.

Cada subcampamento tenía una pequeña área abierta, una plaza donde el programa de Comunicación Social tenía su oficina y un periódico mural con noticias, carteles y mensajes. Esto era el centro de información y la oficina de correo del subcampamento, y un lugar donde la gente se reunía. El trabajo de Comunicación Social era buscar maneras para mantener a la comunidad informada. A mediados de los 80, monitoreaban los noticieros radiales y distribuían boletines mimeografiados. Estos se sustituyeron en 1989 por un noticiero diario, emitido mediante un sistema de altavoces en cada subcampamento y montado de extractos de los noticieros -sin comentario editorial- de las estaciones comerciales de El Salvador, la Voz de América, la Voz de Nicaragua y Radio Venceremos, una emisora del FMLN.

Además, la comunidad quedó en contacto con el mundo de afuera mediante la televisión. A finales de los 80, en cada subcampamento que tenía electricidad (todos menos tres), se instaló un televisor (regalo de las agencias internacionales) en un lugar público, así que la gente podía ver, por algunas horas al día, los canales comerciales de El Salvador. Los adultos



*Pasaje entre viviendas, subcampamento El Copinol.*



*Subcampamento Callejón.*

preferían los noticieros y las telenovelas, mientras que a los niños les gustaban los dibujos animados y las comedias.

La mayor parte de los demás edificios eran de vivienda. En realidad eran galeras, divididas en pequeñas unidades familiares (que después de nueve años, todavía los llamaron carpas), cada una con dos o tres habitaciones. Las separaciones entre las unidades familiares eran de láminas delgadas, así que del otro lado se escuchaba fácilmente las conversaciones y los llantos de los bebés. Muchas viviendas no tenían ventanas, pero todas tenían dos puertas, que se mantenían abiertas durante el día para dejar entrar luz y aire, y en la noche se cerraban para no dejar entrar la lluvia, el frío y las vacas. Apacentando libremente, los animales eran de hondureños y caminaban arriba y abajo en todo el campamento, a veces dañando las huertas e hiriendo a los habitantes.

Cada vivienda tenía un área pequeña de cocina, normalmente afuera, pegado a la casa, para mantener el humo afuera. Las viviendas no tenían electricidad ni agua corriente, aunque la mayoría de los subcampamentos

*Lavando ropa en la quebrada.*





*Haciendo fila para agua. El agua en los pocos chorros estaba tratado con cloro, lo que no les gustaba a los refugiados, aunque tenían que reconocer el beneficio para la higiene.*

tenían luz en algunos de los edificios públicos y una pila para agua. La ropa del día se lavaba con agua de lluvia o del chorro, guardado en barriles, o en la pila común. Para bañarse y lavar la ropa grande se iba a la quebrada, donde habían construido pozas, rodeadas de árboles y arbustos.

También habían escuelas, talleres, almacenes, capillas, centros de nutrición y puestos de salud, pero de afuera eran difíciles de distinguir para los visitantes. Variaban en tamaño y forma, pero todos eran hechos de materiales similares, con excepción de algunas estructuras más viejas de paredes de ladrillos de barro. Los edificios estaban amontonados, con pasajes estrechos entre uno y otro. Caminando por estos pasajes, cada uno podía ver los espacios de vida de todos los demás, volviendo pública la vida privada y reforzando el sentido de vidas compartidas.

Cada grupo de viviendas tenía en su cercanía una serie de letrinas, normalmente ubicados cuesta arriba. En la mayoría de los casos, contenían seis o más asientos de cemento separados de paredes que no llegaban hasta el techo, para permitir la ventilación. No había letrinas separadas para hombres y mujeres, y la gente reaccionaba a esta situación con discreción pero sin perturbación. El olor era fuerte y las moscas molestaban, pero las letrinas se limpiaban diariamente. De hecho, la primera impresión que el subcampamento daba al visitante no era la de un tugurio, sino más bien un asentamiento extremadamente limpio, aunque muy pobre.

El tono marrón-rojizo de las laderas en los alrededores hacía fuerte contraste con el verde de las terrazas con huertas regadas, cultivadas por los refugiados para aumentar su dieta limitada de tortillas de maíz, arroz y frijoles suministrada por ACNUR. Los vehículos de las agencias (normalmente los fuertes jeeps Toyota de doble tracción, repletos de refugiados que

viajaban de un subcampamento al otro) que pertenecían a las Naciones Unidas o cualquiera de las cinco agencias humanitarias que dieron servicio a los campamentos, zumbaban por las accidentadas calles del campamento.

Para un visitante extranjero, Colomoncagua era un lugar terriblemente empobrecido, una especie rara de colonia semi-urbana de pobres colocada en medio de la aridez rural. Para entrar al campamento, uno tenía que pasar por una tranca, un retén del ejército hondureño con un tosco portón que cerraba la calle, donde soldados adolescentes pero armados examinaban los documentos y registraban las pertenencias -aumentando el ambiente áspero del lugar.

Desde un principio, el gobierno hondureño trató a los refugiados con desconfianza y hostilidad, viéndolos como colaboradores de la guerrilla que usaban Colomoncagua como santuario para combatientes del FMLN y como fuente de abastecimiento y nuevos reclutas. El campamento estaba bajo la vigilancia de las fuerzas armadas hondureñas, y nadie de los refugiados tenía permiso de salir, excepto en circunstancias inusuales como emergencias médicas. Adentro, los refugiados en esencia eran prisioneros, sujetos a hostigamiento e intimidación por parte de los soldados hondureños. En nueve años de la existencia del campamento, el número de víctimas de la represión era alto: 46 refugiados asesinados, 34 desaparecidos; 11 deportados, tres violados, y muchos más golpeados o capturados.

\* \* \*

Doña Nacha es una mujer mayor de edad y corpulenta. Ella y su esposo perdieron a sus niños en El Salvador y huyeron a Colomoncagua en 1980, con los sobrevivientes de su familia. Sentados en su vivienda, con nietos y sobrinos corriendo arriba y abajo gallos armando un alboroto en la casa, ella explica lo que le pasó a su padre:

En 1981, soldados hondureños llegaron a la carpa. Preguntaron por mi papá y por otros hombres más jóvenes por sus nombres. Ellos no estaban, estaban trabajando en una huerta. Esa noche, le pedí a mi papá que no se quedara en la carpa, porque pensaba que iban a volver. Pero dijo que no quería esconderse. El día siguiente, los soldados volvieron. Se llevaron a mi papá y a dos muchachos. El tenía 80 años. Luego escuchamos que entregaron a los tres a los soldados salvadoreños que estaban en el pueblo, y los llevaron de regreso para El Salvador. Nunca supimos nada más de ellos. Estoy segura que allá los mataron.

La historia que cuenta Doña Nacha no es la única, especialmente en los primeros años del exilio. Otro refugiado explicó :

Desde que nos quedábamos aquí, los soldados hondureños nos han molestado día y noche. Primero, en 1982, llegaron a catear los campamentos [y] dijeron que teníamos comida suficiente para tres o cuatro meses, así que nos cortaron el suministro que venía

por un rato en 1982... No había nada para darles de comer a los niños; todo lo que teníamos se había acabado. A partir de entonces, los soldados comenzaron a catear regularmente los campamentos... día y noche. Nosotros estábamos siempre vigilantes para ver qué iban a hacer ellos. Los confrontamos y les gritamos que no queríamos al ejército aquí porque estábamos huyendo del ejército en El Salvador. Pero, seguían viniendo.

A veces estos asaltos eran mortales. "Estaba parada cerca del molino", reportó una mujer, "cuando [los soldados] me dijeron que presentara a mi esposo que [según ellos] era guerrillero. Les dije que lo buscaran ellos mismos, que abrieran la puerta ellos mismos. Y abrieron fuego sobre la casa; 85 balas tiraron. Una me pegó en la espalda. Así que caí herida allá por un palo. El día siguiente cuando abrimos la puerta del molino, encontramos los grandes sacos de maíz totalmente destrozados. No comimos este maíz. Se llevaron a una de la gente que habían matado ahí. No supimos a dónde lo llevaron, pero nunca lo volvimos a ver".

Protegerse de los soldados hondureños era uno de los retos permanentes para la comunidad. Otra amenaza aún más grande era el intento del gobierno de Honduras de reubicarlos lejos de la frontera. A partir de diciembre 1983, a los refugiados se les dijo que tenían tres opciones: repatriación a El Salvador; reubicación en un tercer país; o traslado a un campamento nuevo a construirse en Olanchito, como a 300 kilómetros de la frontera, donde estarían juntos con los refugiados de otros dos campamentos.

Los refugiados rechazaron enérgicamente este plan, conscientes de lo que había pasado con similares comunidades de refugiados en La Virtud y Guarita, que en 1981-82 fueron reubicados lejos de la frontera en Mesa Grande, donde se dieron cuenta que las promesas de mejores condiciones eran sólo un engaño. Los refugiados argumentaron que con la reubicación iban a perder los beneficios de la conveniente infraestructura física y social desarrollada en Colomoncagua, que tanto les había costado conquistar. Y estando tan lejos de la frontera se haría imposible que refugiados de la continúa violencia en El Salvador lograran llegar hasta el campamento. Además, sabían que el gobierno hondureño quería utilizar el área de los campamentos de Colomoncagua como base militar, aprovechando su amplia vista sobre la parte nororiental de El Salvador. Esto sólo serviría para prolongar la guerra y fortalecer la posición del ejército salvadoreño que trabajaba estrechamente con las fuerzas armadas de Honduras.

Los refugiados tuvieron que emprender una campaña de seis años contra la reubicación forzada o repatriación, insistiendo en su derecho de quedarse en Colomoncagua hasta que las condiciones en El Salvador hicieran posible su regreso. La campaña incluía manifestaciones masivas dentro del campamento, la publicación de numerosas declaraciones dirigidas a la comunidad internacional, y mucha agitación pública. Al fin, tuvieron éxito, pero a un costo significativo.

En enero de 1984, el Coronel Abraham Turcios, el entonces jefe de CONARE, la agencia del gobierno hondureño responsable para asuntos de refugiados, informó a los refugiados que se necesitaba Colomoncagua para una base militar. Si se niegan a salir, les dijo, las ametralladoras "los van a

convertir en polvo a todos", van a evacuar el campamento con bombas lacrimógenas y arrasarlo a puro fuego, no importando cuánta sangre costaría. En 1985, pusieron un cerco militar al campamento, registrando a todos los que entraban o salían en un retén militar. La vigilancia desde helicópteros y con soldados patrullando dentro de los campamentos con las bayonetas montadas se volvió rutina. Había hasta tres patrullajes al día, a veces involucrando soldados salvadoreños juntos con los hondureños. En una ocasión, un miembro del equipo de Caritas acusado de simpatizar con la guerrilla fue detenido por tres días y golpeado por el ejército hondureño.

La represión e intimidación llegaron al punto culminante en agosto de 1985, cuando 200 efectivos hondureños entraron al subcampamento de Callejón, sosteniendo que estaban buscando a guerrilleros supuestamente escondidos en el lugar. Los soldados abrieron fuego en todas las direcciones, sacando a la gente de sus casas llevándolos del pelo, golpeándolos e hiriéndolos con las bayonetas. Tres refugiados resultaron muertos, entre ellos un niño de dos meses, matado a patadas por un soldado, y un sordomudo de 70 años. Otros 50 resultaron heridos en el ataque, incluyendo 16 mujeres seriamente golpeadas y dos niños de cuatro años heridos de bala. Trabajadores de las agencias de socorro trataron de intervenir, pero recibieron patadas de los soldados. Diez refugiados fueron capturados, aunque todos tenían las tarjetas oficiales de identidad que comprobaban su status de refugiado. (Después recibieron asilo en Canadá.) ACNUR protestó formalmente contra los ataques, así como el obispo católico de esta región de Honduras y la arquidiócesis de San Salvador. Este brutal incidente dejó una huella en la conciencia de los refugiados, y erigieron un simple mausoleo sobre la tumba de las víctimas.



*Las tumbas de los tres refugiados asesinados por el ejército hondureño durante el ataque a Callejón, en agosto de 1985.*



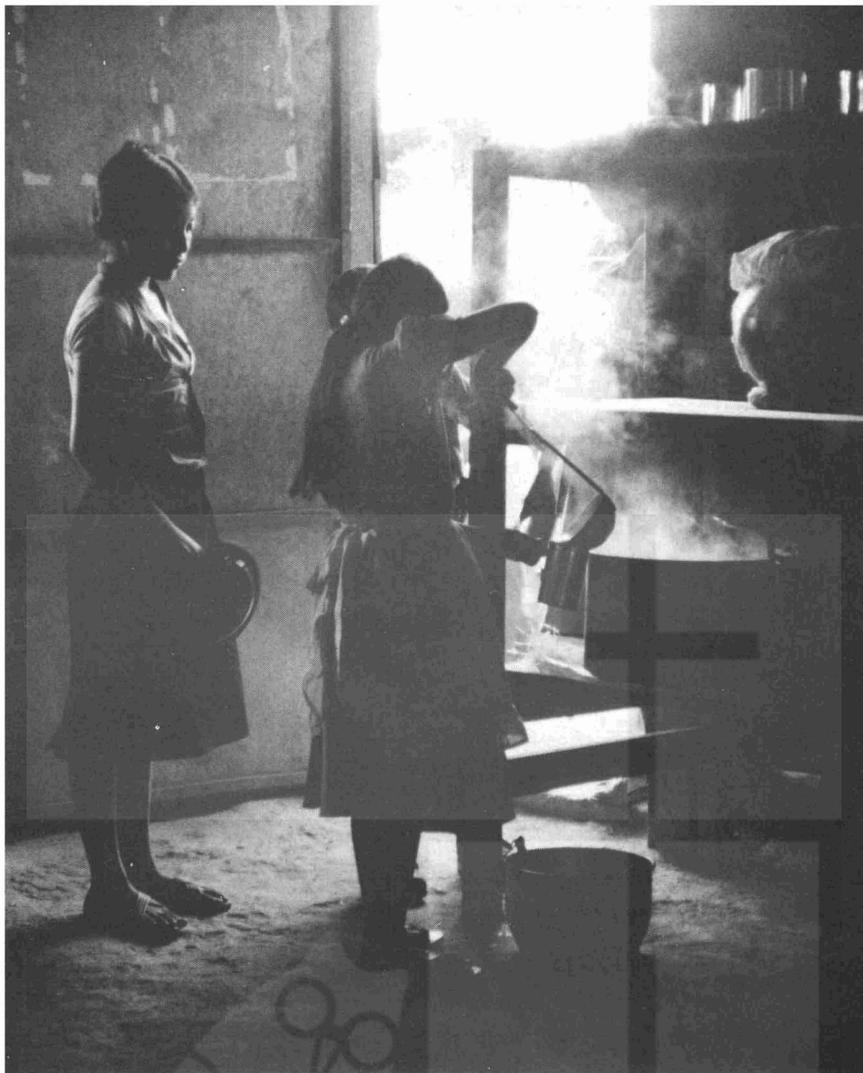


*Yita, en cuya casa vivimos, por dos semanas, en agosto de 1989, echando tortillas.*

El coronel Turcios regresó al campamento a finales de 1987, sin anuncio previo y anónimamente, en un vehículo particular. Los refugiados fueron a su encuentro con una manta demandando poner fin al cerco militar y a los ataques. Turcios respondió con enojo, tratando de pasar encima de la manta y negándose a hablar con los refugiados. Rodearon su carro y le pusieron piedras a las llantas para impedirle que pasara encima de la gente o saliera. En su enojo, el coronel sacó su pistola y amenazó con represalias. La prensa hondureña, usualmente hostil contra los refugiados salvadoreños, afirmó que Turcios fue atacado por guerrilleros dentro del campamento. Después del incidente, el canciller hondureño formalmente pidió a ACNUR que moviera a los refugiados afuera de Honduras, y la represión en el campamento escaló. Amenazaron con sustituir el personal de las agencias internacionales por representantes de CONARE.

Durante la mayor parte de 1987, prohibieron a los refugiados moverse entre los subcampamentos, sea caminando o en vehículos, impidiendo la visita a familiares y la asistencia a talleres, los comités y las actividades pastorales. No permitían la entrada de material de construcción al campamento. Los trabajadores internacionales, con excepción del personal de ACNUR y Médicos Sin Fronteras, tenían prohibido quedarse en el campa-

*Fredy, en cuya casa vivimos por dos semanas, en agosto de 1989, en la entrada de su vivienda.*



*Dando comida suplementaria a los niños desnutridos y ancianos en el Centro de Nutrición de Quebrachito.*

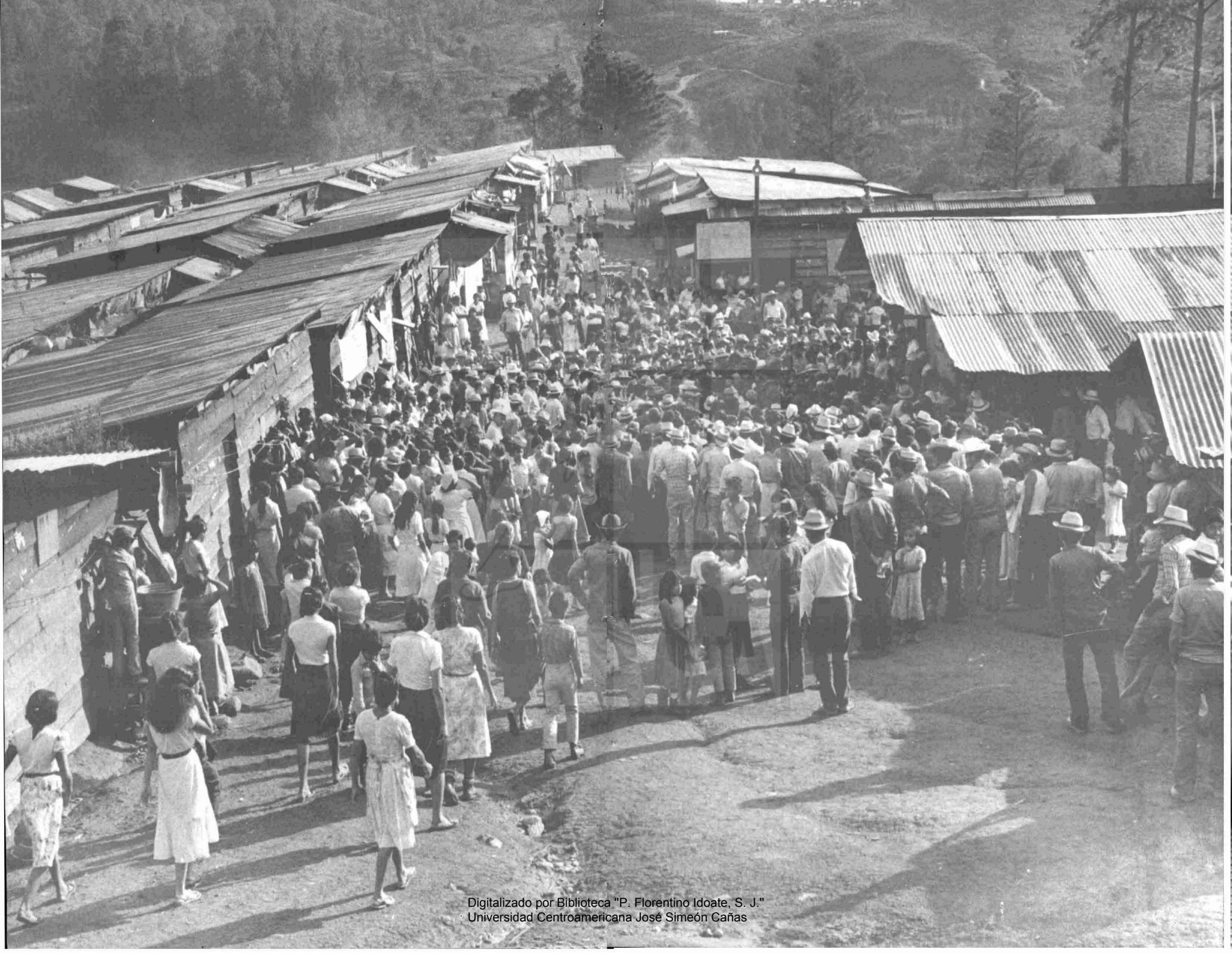
mento durante las noches, dejando a la comunidad más vulnerable a los ataques militares. No se permitía la entrada de visitantes extranjeros, y se impuso un toque de queda desde las 9 pm. Los militares, tanto las regulares tropas territoriales como las fuerzas especiales entrenadas por Estados Unidos, cercaron completamente el campamento, y escoltaron cada camión que llevaba suministros al campamento. Durante este año, había más de 400 patrullajes dentro del campamento, muchos secuestros, y entre 300 y 400 incidentes de tiroteos en y alrededor del campamento.

Los refugiados interpretaron estas acciones como calculadas para forzarlos a salir del campamento, mediante la repatriación "voluntaria" o la reubicación en Olanchito. La región fronteriza se volvió aun más militarizada, con nuevas bases en construcción y fuerzas especiales entrenándose allá. Los hondureños de la zona eran sujetos a reclutamiento forzoso por parte del ejército y les advirtieron que no se involucraran con grupos pastorales, ya que "así es como las cosas empezaron en El Salvador".

La represión continuaba en 1988. El 23 de abril, soldados hondureños



*Escuchando la misa desde afuera de la capilla de Limones.*



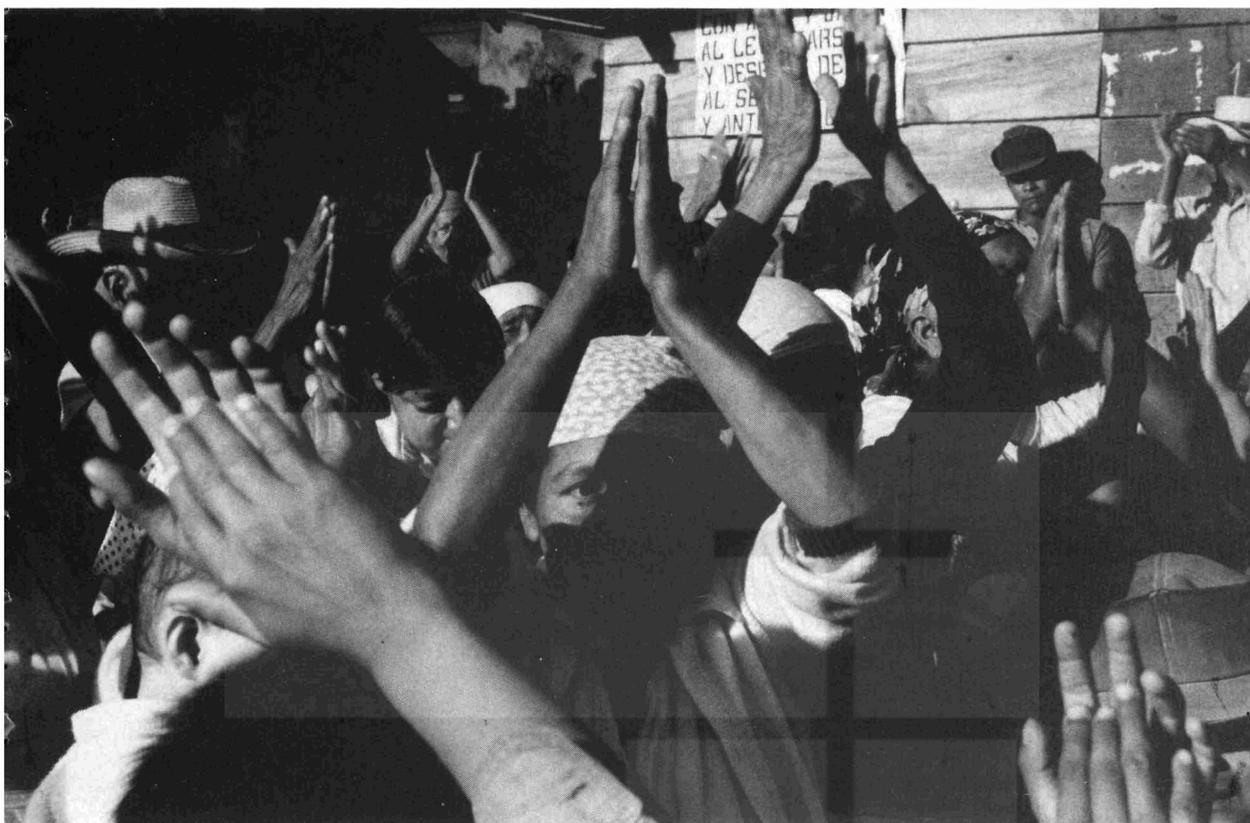
mataron, de un balazo en la espalda, a un refugiado de 63 años de edad que trabajaba la tierra en la periferia del campamento. Estupefactos por ese incidente, los refugiados se levantaron furiosos y demandaron ayuda de ACNUR. Un refugiado explicó:

Después de esto, la comunidad se reunió, y cuando después llegó el teniente para reconocer al muerto, no tuvimos miedo, y no quisimos que entrara para ver al cadáver, y no lo dejamos acercarse al cuerpo. Luego un camión lleno de soldados entró al campamento. Pero nosotros sentimos un profundo dolor, y así la comunidad entera salió a las calles y tuvimos una manifestación en repudio a este asesinato. No estábamos de acuerdo con que los soldados estaban manejando por el campamento; y los camiones propiedad de las agencias que prestaban servicio a la comunidad tenían que utilizarse para jalar a las tropas, así que hicimos que los soldados se fueran, saliendo del campamento, caminando.

La reacción fuerte de la comunidad tuvo su efecto: cesaron los patrullajes dentro del campamento, aunque los soldados continuaban permaneciendo visibles en la periferia del campamento. Sintiendo su creciente eficiencia en defenderse mediante la acción militante, los refugiados lanzaron una huelga de hambre, en junio de 1988. Este "Ayuno Contra el Hambre y la Represión" enfocó en los crecientes cortes de la asistencia alimenticia, la persistente carestía de medicinas, el deterioro en el tratamiento médico, y la continua falta de seguridad y protección. Al principio, 20 personas participaron; a los cuatro días, se habían sumado 300 personas. El ayuno concluyó poco después, cuando arribó una delegación de la central de ACNUR en Ginebra para discutir mejoras en las condiciones de vida en el campamento, y fue recibida con una manifestación grande y animada. Estas expresiones de militancia tuvieron su impacto; es a partir de este punto que la comunidad marca su habilidad de organizarse libre de significativa interferencia militar. Inspirados por su propio éxito, después los refugiados vieron este ayuno como el evento giratorio en su desarrollo hacia la autodeterminación.

Sin embargo, la violencia no cesó por completo. Refugiados que se encontraban en algún lugar de la periferia del campamento corrían el riesgo de ser capturados por la fuerzas hondureñas; a algunos los llevaron cuando iban a bañarse en la quebrada o cuando estaban buscando frutas o atendiendo cultivos en las afueras del campamento. A veces esta gente volvía a aparecer, después de haber sido interrogados o incluso torturados; a otros nunca los volvieron a ver, y nunca se supo de su suerte. Como un mes antes de que los refugiados salieran para repatriarse en Morazán, dos adolescentes desaparecieron y más noche se escucharon disparos de fusil. Los desesperados padres tenían miedo que en caso que los muchachos estuvieran vivos, la comunidad fuera a trasladarse en su ausencia. Incluso durante los últimos días de su status de refugiados, la comunidad de

*Páginas anteriores: Las asambleas eran un elemento importante en la vida del campamento. Aquí la gente se reúne para despedir a unos visitantes.*



*Una asamblea comunal.*

Colomoncagua siguió experimentando hostilidad y represión.

Sin embargo, los refugiados aprendieron importantes lecciones de estas experiencias, especialmente la necesidad de la acción militante y solidaria. Sus luchas contra los ataques del ejército fueron exitosos solamente cuando colectivamente demandaron que a ningún soldado le fuera permitido entrar al campamento: ¡No pongan sus pies aquí! anunciaban sus mantas, y soldados que las ignoraron, se vieron rodeados por furiosos refugiados gritando: "¡Ya no vas a tener licencia para matar a nuestra gente!" Algunas veces, los soldados que entraron fueron rodeados por mujeres, quienes les hablaron en la forma familiar de vos, así como si estuvieran hablando con sus propios hijos, diciéndoles: "Vos sos campesino igual que nosotros; somos iguales que tu madre en casa. ¿Porqué nos estás haciendo esto?" Muchas veces los soldados, que de hecho eran campesinos como los refugiados, se volvieron confundidos y trastornados. Esta táctica de llamados personales combinados con acción militante contribuyó a la decisión del ejército de retirar sus patrullas del interior del campamento.

Solos, los refugiados no podían proteger a sus hijos del secuestro o a sus queridos del hostigamiento y de la intimidación; pero, juntos por lo menos podían restringir la libertad de acción de sus capturadores. Su exitosa campaña de seis años contra la reubicación les enseñó que podían lograr sus objetivos sólo si se mantenían firmes y unidos.



## CONSTRUYENDO LA NUEVA COMUNIDAD

---

Unidos en dolor, angustia y miseria, aprendimos a compartir lo poco que teníamos, y a comprender lo que significaba la solidaridad humana. Hemos dejado atrás un pasado de miseria, opresión e ignorancia; de bajeza y maldades; y entramos a una nueva fase de convivir.

Llegando a Honduras en cuestión de días o semanas, cientos y, luego, miles de personas, la mayoría completamente extraños uno del otro, se vieron obligados a convivir como refugiados, teniendo que compartir los pocos recursos hechos disponibles por la amabilidad de otros desconocidos. Después de haber vivido su vida dispersos en el campo -en un ranchito por allí, otro por allá, cuando mucho en un grupo de casas formando un caserío, los refugiados se vieron obligados a vivir codo con codo bajo condiciones de espacio limitado y de confinamiento.

Algunos refugiados, frente a estas condiciones, se vuelven pasivos, totalmente dependiendo de las agencias que les asisten, o sucumben ante las tensiones y los conflictos que inevitablemente surgen por la superpoblación, privación e impotencia. Sin embargo, los refugiados de Colomoncagua lograron trascender su situación, sacando de ella lecciones importantes sobre como vivir en comunidad.

### LA ESTRUCTURA ADMINISTRATIVA

En aquellos primeros días, en el campamento trabajaba principalmente Caritas, el brazo internacional de servicio social de la Iglesia Católica. La filosofía de Caritas era promover en su trabajo con los refugiados el máximo grado posible de independencia y autosuficiencia, a diferencia de algunas

*Páginas anteriores: Mitin para recibir a la delegación.*

agencias de socorro que fomentan dependencia y pasividad. El personal de Caritas incluía muchos trabajadores sociales con experiencia en organización comunitaria, quienes estimularon a los refugiados a hacerse cargo lo más posible de sus propias vidas. Esto, indudablemente, tenía un fuerte impacto en el campamento, fomentando un ánimo de cooperación y democracia.

Pero ciertamente, este ánimo también surgía de los mismos refugiados. Aunque la mayoría eran humildes campesinos, trabajando la tierra y viviendo en unidades familiares aislados, muchos habían estado en contacto con la amplia red de organizaciones populares en El Salvador. Algunas eran miembros de Comunidades Cristianas de Base, participando en formas más democráticas de practicar la fe y la comunidad religiosa; otros habían estado involucrados con federaciones campesinas y sindicatos de trabajadores de la tierra, experimentando de primera mano el significado de la actividad colectiva y la auto-organización. Algunos incluso habían sido activistas en grupos políticos revolucionarios, incorporando al campamento una concepción más sofisticada de organización y liderazgo. Entonces, no era para sorprenderse que de las filas de la comunidad rápidamente surgieran dirigentes y organizadores, y que echara raíces una visión de un estilo de vida cooperativo e igualitario.

No obstante, es importante reconocer que el vivir en colectivo y manejar sus propias asuntos, para este grupo de personas, muchas de las cuales nunca habían asistido ni siquiera a una reunión, significaba un logro extraordinario. Un documento del campamento explica: "Esto fue uno de las cosas más duras para la comunidad, encontrar un mecanismo de coordinación de la comunidad. Como todos somos campesinos, todos vivíamos individualmente. Cada uno estaba pendiente de sí mismo".

Un hombre de mediana edad describió su transformación de campesinos no educados y aislados en ciudadanos de una comunidad auto-gestionada: "Cuando llegamos aquí, un 85 por ciento éramos analfabetos, no teníamos habilidades; sólo sabíamos cultivar, y ni eso muy bien. También nuestro nivel cultural era muy bajo. Ahora, podemos decir: ¿Quién entre nosotros sería bueno para hacer esto o lo otro? Esto es la base de la administración." Otro refugiado agregó: "En El Salvador, no teníamos ninguna noción de solidaridad -cada uno rezaba a su propio santo. Pero aquí la experiencia nos enseñó algo diferente".

En la visión de los refugiados, la mera necesidad era el principal impulso detrás del nivel de organización sin precedentes que tenían que desarrollar en Colomoncagua. Las condiciones de vida en el campamento demandaron un alto grado de cooperación, organización y liderazgo. "Esta es una comunidad que ha sido considerada muy política", explicó un dirigente, "pero en realidad era un asunto de eficiencia. Cuando se dice que la comunidad es política, suena como si estuviera respondiendo a problemas más amplios, como el apoyo al FMLN, y no respondiendo a necesidades dentro de la comunidad. Esta comunidad ha cobrado conciencia de sus necesidades y que la única forma de responder a estas necesidades es organizándose. Por eso es que somos politizados, se trata de una comunidad consciente de cómo resolver sus problemas".

La primera tarea que había que organizar colectivamente era la preparación de la comida. Los refugiados tenían que enfrentar el problema

de alimentarse sin los recursos individuales que, por pobres que sean, estaban acostumbrados a tener. Como un hombre lo describió: "Cuando llegamos para acá, no teníamos trastes para cocinar. Caritas nos regaló ollas, pero eran grandes, así que tuvimos que cocinar en colectivo. La necesidad nos enseñó a hacer cosas en colectivo".

La vida colectiva que surgió era tanto una respuesta a las condiciones impuestas sobre los refugiados como una deliberada opción filosófica que surgió de sus experiencias como pobres que buscaban una vida mejor. Imbuidos en los valores espirituales de la teología de liberación (que vamos a tratar después), con su énfasis en igualdad y comunidad, e influenciados por gente con una conciencia política más desarrollada, para los cuales igualdad era un objetivo político y económico, los refugiados trabajaron para crear una sociedad que reflejara su emergente visión de una vida radicalmente diferente de la que conocían en El Salvador.

Eso significaba desarrollar procedimientos y estructuras para la toma de decisiones, para coordinar las actividades y para asignar recursos, que eran consistentes con estos valores. Experimentando, equivocándose y corrigiendo mediante discusión y crítica, los refugiados llegaron a su propia forma de gobernarse que era igualitaria, participativa y democrática.

Cuando llegamos a Colomoncagua, en 1980, uno de los problemas nuevos que encontramos fue la necesidad de buscar una forma de coordinación que nos permitía organizar las diferentes tareas que enfrentábamos, por ejemplo, cómo administrar los pocos recursos que las organizaciones humanitarias y de solidaridad nos trajeron. Así fue que nació la primera forma de elegir a nuestros representantes, en asambleas abiertas donde elegimos a los primeros coordinadores para dirigir el trabajo y distribuir los alimentos. Esto fue cuando todavía estábamos en el pueblo de Colomoncagua. Cuando nos trasladaron al campamento, se presentaron otras necesidades y formas de organización, las cuales, en el transcurso del tiempo y con la experiencia, se vinieron modificando hasta que llegaron a su forma actual.

La modificación y el desarrollo de esas formas organizativas nos cuentan bastante sobre como los refugiados resolvían sus problemas. Como un dirigente lo describe, "esta comunidad avanza experimentando". Al principio, establecieron una estructura de administración relativamente simple, basada en la subdivisión geográfica del refugio en colonia que comprendían entre 100 y 125 personas, y subcampamentos -con el tiempo eran nueve- con hasta 1,000 habitantes cada uno. Cada colonia y cada subcampamento elegía coordinadores y subcoordinadores que eran responsables para todos los aspectos de la vida en el campamento: producción, educación, salud, nutrición, construcción, etc. Los coordinadores de los subcampamentos se reunieron como asamblea para representar las necesidades de todo el refugio y para negociar con ACNUR y otras agencias.

Este sistema funcionó considerablemente bien por varios años, pero con el tiempo surgió descontento con ineficiencias y desigualdades. Ya que los subcampamentos eran bastante autónomos, con control sobre sus propios talleres, por ejemplo, el acceso a comida y las experiencias de



*Los refugiados tomaron las discusiones muy en serio y se prestaron mutuamente atención en las reuniones.*

trabajo variaban considerablemente. Juntar al gran número de coordinadores para responder a problemas a nivel del refugio era difícil, y la dirigencia era incapaz de presentar a ACNUR y a las demás agencias un frente unido. Y como el alcance de sus responsabilidades era tan amplio, estos coordinadores no siempre tenían la comprensión adecuada de cada uno de los áreas de trabajo y cada una de las necesidades. Finalmente, y tal vez ese es el punto más importante, la participación en la toma de decisiones era limitada, y había quejas que algunos coordinadores estaban aprovechándose de su considerable autoridad personal para mejorar sus propias posiciones.

A principios de 1988, esto llevó a una especie de crisis. Los refugiados



*El conjunto del refugio tocaba en asambleas, fiestas y celebraciones religiosas; en las fiestas de bienvenida y despedida a los visitantes nunca faltó la música. Felipe (con acordeón) perdió a casi toda su familia en una masacre del ejército en La Guacamaya. El organizó el conjunto y enseñó a los demás a tocar los instrumentos.*

iniciaron un proceso de dos meses para evaluar la estructura y diseñar una que fuera mejor. Se lanzó una campaña cultural para estimular la participación en las discusiones y movilizar a la comunidad para enfrentarse a sus problemas. Se convocaron asambleas de colonia, subcampamento, áreas de trabajo. Se expresaron quejas, se hicieron y discutieron sugerencias. La comunidad evaluó el rendimiento de cada uno de los coordinadores, y los que resultaron deficientes fueron sustituidos.

Una estructura nueva y más compleja -"porque nuestros problemas son complejos"- surgió de esta expresión de voluntad popular. Se organizaron comités a nivel de refugio en torno a áreas específicas de necesidades (nutrición, educación, construcción, etc.), asegurando conocimientos más especializados en cada área, más participación y mejor coordinación a nivel del refugio como tal. En cierto sentido, los refugiados estaban aprendiendo a pensar en ellos mismos como una unidad más grande, una población

entera de más de 8,000 trascendiendo el enfoque más local en los subcampamentos que tenía la estructura anterior.

Como un dirigente nos contó, "el desarrollo interno de la comunidad no fue la única condición que faltaba para lograr estos cambios. También dependieron de la libre movilidad en todo el campamento. No los podíamos lograr mientras el ejército hondureño limitaba los movimientos de un subcampamento a otro. Con ellos patrullando dentro del campamento, era imposible tener asambleas de la comunidad". En este sentido, la lucha de defenderse de la presión militar era íntimamente relacionada con el desarrollo político de la comunidad.

La nueva estructura organizativa estableció un sistema integral de dirigencia electa y nombrada, con clara división de responsabilidades y autoridades. Los dirigentes a nivel de colonias surgieron de elecciones directas; y esta dirigencia de base seleccionaba los dirigentes para el nivel de subcampamento y refugio, de forma piramidal. Toda la dirigencia era más bien colectiva en vez de individual, y las responsabilidades divididas entre diferentes comités con clara definición de sus autoridad y considerable autonomía, así que ningún grupo -o individuo- manejaba todo el campamento.

Un miembro de uno de los comités de alto nivel explicó el balance de poderes en este sistema de administración:

Cuando uno es dirigente, es muy difícil que siempre salga bien. Pero haciéndolo de nuestra manera, tenemos la ventaja de poder resolver los problemas de la comunidad de manera más fácil. Y de esta forma, la comunidad realmente se beneficia de todo lo que produce. No hay un grupo que va a recibir más y otro grupo menos... Si alguien trata de sacar ventajas, hay alguien más que va a decir que no es correcto. Y así los representantes ven que deberían hacer las cosas de manera correcta. Además, los representantes sufren los mismos problemas que todos los demás, y así sienten y saben que las necesidades son necesidades de todos, no sólo de unos pocos. Así lo ve también la comunidad. Y así tienen confianza en sus representantes que hacen las cosas como se debe.

La estructura administrativa formal que finalmente se desarrolló en Colomoncagua (vea el organigrama en apéndice A) fue así: Cada colonia realizaba una asamblea para elegir los responsables de las diferentes áreas de servicio y administración. Este grupo constituía el Comité de Colonia, la instancia de dirección a nivel de la vecindad. Dirigentes de colonia de todo el subcampamento entero se congregaban por área de trabajo y elegían a una persona al Comité Comunal, la instancia de dirección a nivel de subcampamento.

La estructura de dirección para el refugio en su total, el Comité Comunal del Refugio, se componía de un representante de cada Comité Comunal de los nueve subcampamentos. Este grupo, entonces, nombraba comités que a nivel del refugio se responsabilizaban de diferentes áreas de trabajo: educación, producción y distribución, salud, alimentación, etc. Todos estos comités de trabajo juntos constituían la máxima autoridad del campamento: la Asamblea de Comités. Como este grupo era muy grande y

no podía reunirse con mucha frecuencia, se formaba una Comisión Coordinadora, para manejar las decisiones diarias, compuesto por un representante de cada comité de trabajo y un representante para todos los Comités Comunales de los subcampamentos.

La Asamblea de Comités también elegía los miembros de una instancia especial, el Comité de Relaciones, que tenía la importante tarea de tratar con las organizaciones externas, como el ACNUR, las organizaciones de socorro, gobiernos, delegaciones, etc. Un miembro de este Comité se delegaba a la Comisión Coordinadora.

El mandato para todos estos cargos era de dos años, aunque la gente podía servir varios períodos si funcionaban bien, así como podía ser (y fueron) sustituidas si existía descontento.

Un elemento único de la nueva estructura administrativa era lo que los refugiados llamaban "sectores". Los subcampamentos estaban divididos en grupos demográficos -mujeres, hombres, jóvenes, niños, y lisiados- que se reunieron frecuentemente para discutir problemas de la comunidad como tal o problemas específicos de su sector. (A veces, también los grupos pastorales se mencionaban como un sector, aunque en realidad funcionaban independientes del aparato administrativo).

Mediante esas estructuras múltiples, cada persona en el campamento, cada mujer, cada hombre, cada niño, estaba incluida de varias formas -por colonia, por subcampamento, por área de trabajo, por sector- y de esta manera tenía muchas oportunidades de participar en las deliberaciones de la comunidad, fortaleciéndose los vínculos entre individuos y comunidad mediante estos múltiples y entrelazados niveles de interacción e involucramiento.

No es nada sorprendente que en una organización tan compleja y tan estrechamente tejida, siempre había reuniones o asambleas, en las colonias y a nivel del subcampamento, en los talleres y otros lugares de trabajo, de los grupos sectoriales o pastorales, en comités de trabajo y en todos los niveles de liderazgo. Estas frecuentes reuniones aumentaron el nivel de participación al mismo tiempo que fomentaron la cohesión y la unidad. La base tenía muchas oportunidades para influenciar a la dirigencia, y al revés.

Generalmente, la toma de decisiones en el campamento era un proceso abierto y fluido que incluía considerable discusión de gente de todos los niveles. Un ejemplo de esta manera abierta se pudo observar cuando los refugiados estaban planificando su traslado de Colomoncagua a Meanguera. Se formó una comisión para la construcción de las viviendas en el nuevo asentamiento. La decisión sobre como iban a diseñarse estas nuevas casas pasó por numerosas discusiones involucrando a toda la comunidad, con muchas concesiones mutuas por parte de la base como de la dirigencia. Las reuniones del grupo que era responsable para la planificación del traslado eran abiertas, y miembros de la comisión de construcción se metieron y dieron sugerencias. Para estimular aportes y participación a nivel amplio, en uno de los subcampamentos se construyó una casa modelo.

Una buena tarde, un grupo de mujeres y niños se reunieron para hablar con uno de los miembros del equipo de construcción.

-¿Les gusta donde pusimos las ventanas?"

-La ventana está buena, pero hay otro problema más serio. No pusieron ninguna puerta de atrás. Necesitamos una puerta de atrás".



*Frecuentemente se convocaba a mitines para leer los noticieros monitoreados y transcritos de varias emisoras. Después, fueron sustituidos por lecturas transmitidas mediante los sistemas de altavoces instalados en cada subcampamento.*

En caso de un ataque del ejército salvadoreño, no tendrían ninguna ruta de escape. El equipo de construcción aceptó la crítica, y se hizo una puerta de atrás. Otro cambio, esta vez para ahorrar material y tiempo, se hizo al diseño del techo.

El balance logrado por esta estructura organizativa sin igual, entre eficacia por un lado y democracia y participación por el otro lado, era impresionante. Aunque el proceso de elegir a las instancias de más alto nivel era un poco indirecto, la dirección era variada, transparente y controlable, con poca separación entre dirigentes y bases. Los que estaban en posiciones de liderazgo trabajaban duro y recibieron muy pocos privilegios palpables; estaban igual de pobres que todos los demás, vivían en las mismas circunstancias y estaban afectados de igual manera por las decisiones que tomaron para toda la comunidad.

Además, había mucha oportunidad de participación y aporte para la comunidad entera. Esto implicaba mucho esfuerzo y aprendizaje porque los refugiados tenían poca experiencia para manejar sus propios asuntos o para expresar sus puntos de vista antes de llegar al campamento. Su



*Distribución de aceite de cocina a las familias de Callejón.*

inexperiencia, pasividad y bien justificada cautela, desarrolladas durante generaciones de pobreza y represión, no eran fáciles de superar. Un hombre describió este cambio de la siguiente manera: "Antes, muy pocos hablaban. Los demás estábamos sentados en las reuniones como iguanas, cabeceando y asintiendo. Ahora, la gente ha aprendido a proponer, a presentar sus ideas. Ahora, hay mucho más discusión". El hombre continuó explicando que cuando estaban en El Salvador, muchas veces las peleas se resolvieron con violencia (normalmente resultado de alcohol) o mediante intervención de autoridades externas, como el alcalde, que dispuso una multa o cualquier otra sanción. "Aquí, hemos llegado a ver la discusión como manera de

resolver problemas".

\* \* \*

Estamos reunidos con el Comité de Nutrición, a cargo de garantizar la adecuada y justa distribución de los alimentos en toda la comunidad. Las siete personas, tres hombres y cuatro mujeres, están sentados alrededor de una pequeña mesa. Dos de las mujeres jóvenes tienen consigo sus niños pequeños; durante la reunión, uno de ellos, un bebé, de vez en cuando está mamando. Les preguntamos cómo llegaron a la decisión de matar algunas de las gallinas cuando ACNUR redujo el suministro de alimentos. Nuestro propósito es obtener una idea clara de quién en la comunidad tiene la autoridad de tomar las decisiones importantes, los comités de trabajo o las instancias más amplias de dirección.

"Vemos el problema, lo discutimos entre nosotros, en comunidad. Luego, llevamos propuestas a la Comisión Coordinadora, que es una instancia más amplia y donde cada comité tiene un miembro, incluidos nosotros. La comisión aprueba la propuesta". La mujer que habla clarifica lo que acaba de decir: "Cada comité tiene autonomía; ellos toman las decisiones. La decisión con las gallinas funcionó así: el trabajador de la agencia sugirió matar dos terceras partes de las gallinas. Lo discutimos y decidimos que la idea era buena. Entonces, hicimos un informe para la comisión -no para que nos decían que hacer, sino para consultar. La decisión fue tomada por el comité".

La mujer con el bebé lo sostiene para que pueda orinar en el suelo polvoso. Insistimos más: "Supongamos que hubiera habido un conflicto; o sea, que la comisión sólo hubiera querido matar la mitad de las gallinas. Entonces, ¿qué hubiera pasado?".

"Hasta la fecha, esta situación no se ha dado. Si se diera, nosotros los escucharíamos y, entonces, buscaríamos otra manera de hacerlo. Pero realmente es decisión nuestra".

\* \* \*

Las actividades de un coordinador de colonia ilustran los nuevos papeles sociales desarrollados en Colomoncagua para fomentar la vida comunitaria del campamento. Luisa es una joven madre de tres niños que por tres años fungió como coordinadora de colonia en uno de los nueve subcampamentos de Colomoncagua. Era responsable de un vecindario de una docena de hogares. Trabajando en equipo con los demás coordinadores de colonia del subcampamento, Luisa más bien era trabajadora social y organizadora comunitaria, asegurando que la gente asumiera satisfactoriamente sus responsabilidades, que se resolvieran las necesidades de los habitantes, y que los canales de discusión funcionaran. Cuando la gente no estaba haciendo su trabajo como debía, Luisa iría a hablar con ellos para ver cuál era el problema. Muchas veces, la solución era



*Aprendiendo joyería con varias semillas locales, en un taller de artesanía.*

· simplemente persuadirlos de lo importante que era que se cumpliera con el trabajo; en otras ocasiones, tal vez era posible encontrarles otro trabajo más satisfactorio.

"Digamos yo me doy cuenta que alguien no quiere trabajar", explica Luisa, "alguien que parece desanimado y que se queda aparte de la gente. Entonces, yo hablo con ellos, trato de encontrar cuál es el problema. Les explico que si ellos no expresan cuál es el problema, sólo lo van a seguir sintiendo. Trato de motivarlos en su trabajo". ¿Y qué pasa si el individuo siente que está siendo tratado injusto? "Tal vez el problema es que ven que hay cosas que se distribuyen y que ellos no han recibido su parte. Podrían sentirse resentidos. Si yo me doy cuenta, puedo hablar con ellos, explicarles las razones. Además, les señalo que si se enojan y no van a trabajar, y otros hacen lo mismo, vamos a tener menos gente trabajando y aun menos que distribuir".

\* \* \*

El éxito de este modelo finamente tejido de organización social se debía, en gran medida, a las circunstancias especiales del exilio de los

refugiados. Primero, el grupo era extremadamente homogéneo: todos de la misma zona rural de El Salvador; casi todos católicos; todos pobres y con poca educación, arribando al campamento con el mínimo de pertenencias personales, sin ningún privilegio especial a defender o extender, y con la experiencia común de terror y sufrimiento.

Segundo, los refugiados estaban unidos contra un enemigo común, el ejército hondureño, el cual los trataba como subversivos peligrosos, manteniéndolos sin libertad de movimiento y, en varias ocasiones, entrometiéndose agresivamente. Los años de amenaza con reubicación forzosa por parte del gobierno hondureño obligó a los refugiados a defenderse y a luchar por su propia sobrevivencia.

Tercero, el éxito de los refugiados en su defensa y en la conquista de mejores condiciones de vida mediante acciones colectivas de por sí era un factor importante que los impulsaba aún más. Muchas veces, los campesinos tienen una visión fatalista de la vida, aceptando las cosas que les tocan, por más terribles que sean -lo que puede volverlos resistentes frente a penurias,

PARA DEFENDER NUESTROS  
DERECHOS NOS ORGANIZAMOS



CON LA AYUDA HUMANITARIA TRAJAMOS  
PARA CUBRIR NUESTRAS NECESIDADES  
Y NOS TECNIFICAMOS PARA EL FUTURO

¿SERA ESTO SER GUERRILLEROS ?

*Afiche de los refugiados.*

pero también puede llevarlos a ser pasivos. En Colomoncagua, perdieron esta pasividad, y en vez de esto desarrollaron una conciencia más afirmativa. Cada amenaza que desafiaban, cada avance que lograron, representaba un paso más en la creciente confianza de los refugiados que podían determinar su propio destino, pero sólo unidos y organizados.

Naturalmente, había gente en la comunidad que no se sentía cómoda con los permanentes llamados a la unidad y participación, y quienes rechazaban el camino colectivo tan vehementemente propuesto por los dirigentes de la comunidad. Unas 50 familias y tal vez unas cuantas docenas de individuos salieron del campamento, algunos para repatriarse individualmente, otros para buscar refugio en otros países, como Canadá, y otros para formar su propia comunidad de refugiados -ésta sin ningunas restricciones por parte del ejército hondureño- en el pueblo de Colomoncagua. Los refugiados se quejaban que ACNUR constantemente trataba de estimular a la gente para que saliera individualmente del campamento, ofreciéndole dinero para su repatriación; ACNUR afirmó que la gente los buscaba en las noches, diciendo que quería salir, pero que tenía miedo de represalias por parte de los dirigentes del campamento.

Las circunstancias del exilio, especialmente el cerco militar, pero también el trasfondo de violencia y miedo impuestos por la guerra civil y la represión, significaban que la comunidad de Colomoncagua fue forjada en un ambiente artificial y deformado. El hecho de que la democracia y decencia lograran florecer, en medio de esas condiciones, es prueba del singular espíritu de la población del campamento. Lo que lograron construir bajo esas condiciones adversas era verdaderamente impresionante.

## EDUCACION

"La educación tuvo un montón que ver con la forma comunitaria de pensar... El hecho de ser educado desarrolla a la persona y la hace pensar de una manera nueva. Vivir en completa ignorancia, sin poder ni siquiera leer o escribir su propio nombre, sin poder agarrar un libro..."

El orgullo tal vez más grande de los refugiados son sus logros en el campo educativo. El 85% de los refugiados eran analfabetas cuando llegaron al campamento, pero durante su estadía en Colomoncagua, invirtieron esta situación. Como al principio no había educadores preparados, los pocos que sabían leer y escribir comenzaban a enseñar a los demás que no sabían. "No había ninguna institución que nos ayudaba, pero esto no era un obstáculo", escribieron los refugiados, "porque con la moral en alto y con lo poco que sabíamos, escribimos con carbón sobre pedazos de cartón, los compañeros que sabían escribir algunas pocas frases enseñando a los demás cómo hacerlo".

Después, Caritas respondió a su solicitud de asistencia y les mandó voluntarios para preparar profesores y para establecer clases de alfabetización para los adultos y de primaria para los niños. Durante su estadía en el campamento, los refugiados dieron los pasos necesarios para asegurar que ellos,



*Leyendo un periódico traído por un visitante. Cualquier material de lectura que llegaba al campamento fue leído con mucho interés por los refugiados recién salidos del analfabetismo.*

y no gente de afuera, se convirtieran en educadores de la comunidad. Así que los extranjeros (principalmente voluntarios europeos de Caritas, pero también algunos hondureños) conducían los programas de preparación de educadores, mientras que los refugiados conducían las escuelas. Esto se convirtió en objeto de pleito, cuando en 1987 el gobierno de Honduras se quejó de que en el campamento no habían profesores formalmente preparados y certificados, y anunció que iba a mandar a unos 100 hondureños para enseñar en las escuelas primarias. Los refugiados ofrecieron una resistencia efectiva, argumentando que les había ido muy bien educándose ellos mismos y sugiriendo que mejor gastaran el dinero para mandar a

los profesores a las zonas rurales de Honduras donde realmente hacían falta dolorosamente.

Una y otra vez, cuando uno les preguntaba donde aprendieron a leer y escribir, los refugiados responderían: "Aquí en el campamento". "Cuando yo llegué aquí, conocía una sola letra, la c", admitió un dirigente de la Congregación de Hombres Cristianos por la Paz, quien acababa de leerle con gracias a su grupo varios pasajes de la biblia. "En El Salvador no fuimos mucho a la escuela porque teníamos que trabajar, o porque éramos pobres y no podíamos pagar los libros. O la escuela estaba demasiado lejos", explicó un anciano. Y una pareja ya entrada en años, quienes ambos aprendieron a leer en el campamento y a quienes ahora les gustaba leer libros, se quejó que simplemente no habían suficientes libros disponibles: "Ahora tenemos una necesidad de libros porque ya sabemos leer".

Los avances en la alfabetización eran tangibles: en todo el campamento se podía ver gente haciendo uso de sus nuevas capacidades, apuntando cosas en sus pequeñas libretas durante las reuniones, leyendo periódicos o volantes (a veces leyendo de voz alta como suelen hacer los recién alfabetizados), tomando notas y leyendo manuales en los talleres. Había rótulos colocados en todo el campamento: consignas políticas en mantas o carteles, mensajes de todo tipo pegados a paredes, tanto afuera como adentro de las casas. Los talleres tenían rótulos escritos a mano enumerando las normas de protección física y sanidad, sobre cómo trabajar de manera responsable y colectiva. Leer y escribir realmente eran habilidades funcionales y tenían su utilidad en el campamento, de manera que lo que uno aprendía en la aula, lo podía poner en práctica y fortalecerlo en la vida cotidiana.

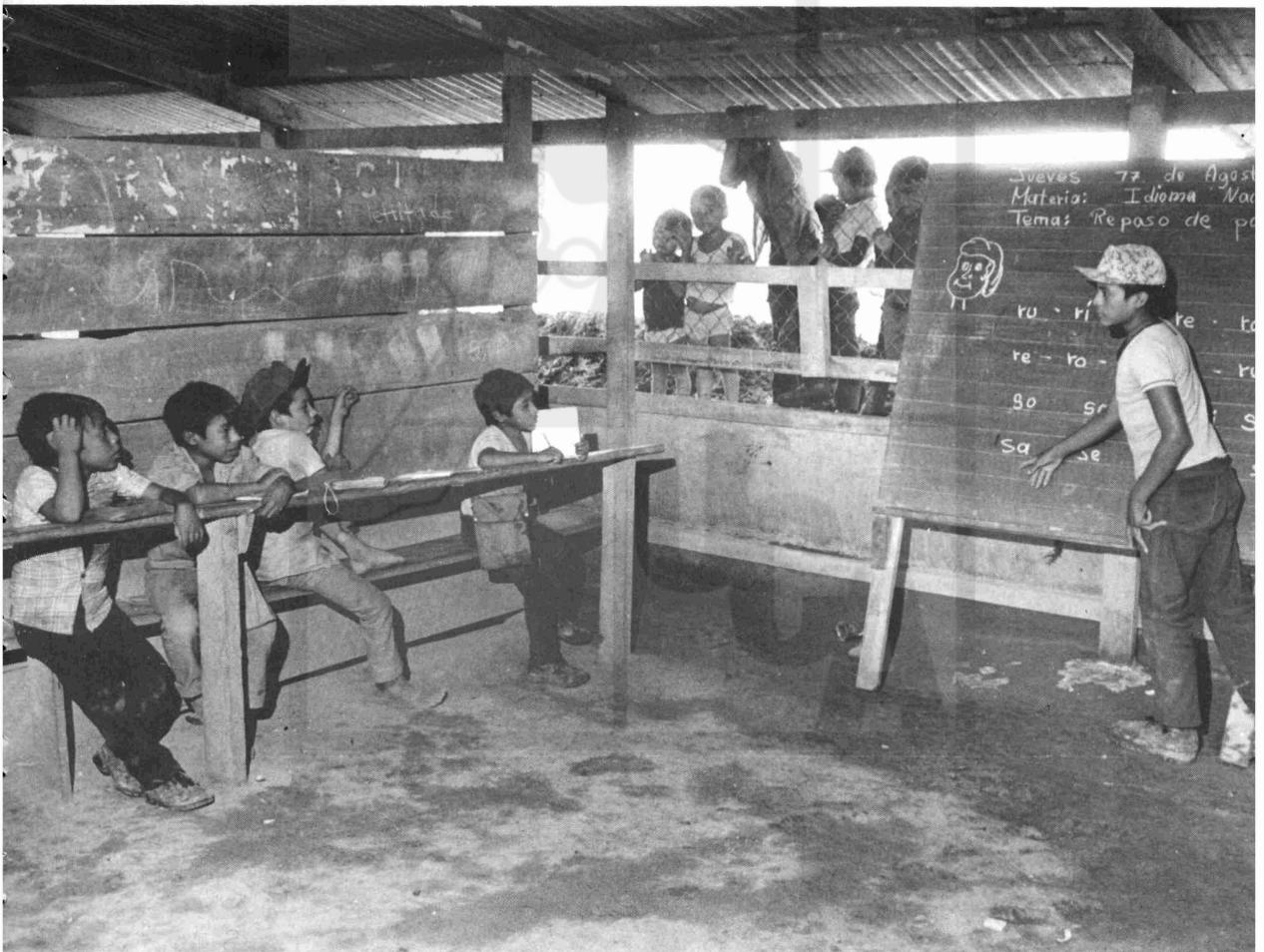
Casi todos en el campamento, de una u otra forma, eran estudiantes, y la educación incluía mucho más que alfabetización. Se establecieron escuelas para niños hasta el sexto grado y para adultos hasta quinto. El curriculum era completo: estudios sociales, ciencias naturales, matemáticas, el idioma castellano. Las clases para los niños eran todos los días de lunes a sábado, la mitad del día; para los adultos en las noches, o durante la tarde para aquellos cuya vista requería de más luz. (La mayor parte de las clases nocturnas se celebraban con humeantes lámparas de querosene, e incluso en las escuelas que tenían luz eléctrica, lo único que había era un foquito al centro de la aula). Los educadores, muchos de ellos apenas adolescentes, atendían sus clases de preparación o antes o después de la escuela, aprendiendo la materia con un solo paso de ventaja sobre sus alumnos. En las noches, no era nada inusual observar a adultos como niños sentados en sus pequeñas mesas en sus casas, haciendo sus tareas bajo la luz de un "candil" (lámpara de querosene), o de día, sentados en la entrada de su casa, con libreta y lápiz, haciendo sumas o copiando sus lecciones.

Como la mayoría de las campañas efectivas de alfabetización en los países del llamado Tercer Mundo, los refugiados en Colomoncagua utilizaban las técnicas del famoso educador brasileño Paolo Freire. Para ponerlo simple: su concepto utiliza palabras claves que vienen de la experiencia del alumno y proveen la base para un diálogo entre profesor y alumno. Este proceso produce un cambio de conciencia, no sólo la adquisición de habilidades, lo que Freire veía necesario para superar las barreras del analfabetismo. Este concepto es notablemente diferente de otros que utilizan palabras escogidas principalmente por sus características fonéticas y que se

basan en una relación más tradicional entre profesor y alumno.

En el campamento, la palabra refugiado era muy útil para enseñar a leer, por la obvia resonancia de su significado y la ventaja adicional de contener todos los vocales. Sin embargo, era muy largo para principiantes. Por esa razón, se desarrolló una modificación de la técnica de Freire, escogiendo palabras más sencillas que no eran tan ideales semánticamente pero útiles para captar las bases de la fonética.

Mientras la educación de adultos estaba bajo fuerte influencia de Freire, las escuelas de niños eran más tradicionales. En gran medida, esto reflejaba la tendencia de los refugiados de reproducir lo que tenían de experiencia en las escuelas rurales de El Salvador, donde los niños están sentados pasivamente en sus banquitos y los profesores apuntan con el dedo las sílabas y palabras escritas en la pizarra, conduciendo ejercicios repetitivos y en coro. Los voluntarios internacionales de Caritas trataron de animar a los refugiados a desarrollar técnicas didácticas más flexibles y modernas -discusiones, juegos, lecciones individuales, énfasis en comprensión más que en memorizar, etc., pero se impuso el concepto más



*Una típica clase de educación primaria.*

familiar.

Es interesante que en Colomocagua, los adultos tenían menos problemas aprendiendo a leer y escribir que los niños, precisamente lo contrario de las experiencias con programas de alfabetización para adultos en Estados Unidos. En el campamento, los adultos eran altamente motivados: los refugiados veían la superación del analfabetismo como un derecho por el cual había que pelear y comprendieron su importancia para su desarrollo individual y colectivo. Su aprendizaje fue reforzado por la numerosas oportunidades de utilizar sus nuevas habilidades: podían leer el montón de documentos publicados en el campamento; podían participar más eficientemente en las reuniones; y podían adquirir otras habilidades que dependían de la capacidad básica de leer y escribir. En fin, la comunidad entera estaba aprendiendo colectivamente, con las actividades del día organizadas para dejar tiempo para las clases.

En cambio, para los niños, la motivación era más desigual. Las aulas eran ruidosas e incómodas, con bancos duros y pisos de tierra, y los niños distraídos por otras actividades, incluyendo, por supuesto, juegos. El estilo tradicional de enseñanza, con su énfasis en la recitación a gritos, no lograba mantener el interés de todos los alumnos ni detectar a los niños que tenían dificultades. Como resultado, un gran número de niños -en algunos años, más de la mitad- tenían que repetir el primer grado y perdieron tiempo en la adquisición de los elementos básicos de lectura.

Otros factores contribuyeron al problema. Aunque la mayoría de los niños pasaban dos años en kinder antes de entrar al primer grado, allí no recibían una real preparación a la escuela, sobre todo porque las mujeres que trabajaban en este programa no tenían preparación de educadoras. Y aunque la mayoría de los padres de familia ahora sabían leer y escribir, no tenían capacidad de transferir sus habilidades a sus niños, por la falta de libros infantiles que hubieran podido leer con ellos. Las condiciones de pobreza en el campamento -la falta de material adecuado y un atractivo de lectura para niños, falta de luz adecuada, las apretadas viviendas- eran barreras significantes para los niños en su esfuerzo de aprender a leer. Además, ellos pasaron la mayor parte de su tiempo, cuando no estaban en escuela o talleres, jugando con otros niños en las "calles", y esto los distraía de sus lecciones.

Sin embargo, los avances que los refugiados hicieron tanto en la educación de niños como de adultos, en efecto fueron impresionantes. Viniendo de un país donde asistir a la escuela era un lujo para la mayoría de la gente en áreas rurales, los refugiados establecieron en Colomocagua firmemente el derecho de todos, jóvenes como viejos, a aprender e hicieron de la educación una parte central de sus vidas. Además, la comunidad salvó efectivamente las diferencias generacionales entre educadores y alumnos. Era común ver a un muchacho o una muchacha de 15 años instruyendo a un grupo de adultos entre 20 y 60 años. Y desarrollaron cuadros profesionales de educación -alrededor de 400- que van a jugar un papel invaluable en una zona que tenía como 20 profesores antes de que los refugiados se reasentaran ahí.

La educación en Colomocagua trascendió los programas de alfabetización, las guarderías y primarias, los programas de preparación de educadores. Los refugiados manejaban su propia escuela técnica para proveer



*Niños en guardería.*

instrucción más avanzada en áreas específicas. Aquí, mujeres y hombres estudiaban dibujo técnico, mecanografía, administración de empresas, geometría y los principios básicos de mecánica, electricidad y ciencias químicas. La educación también incluía un programa atractivo y bien organizado de deportes, con ligas para equipos de hombres y mujeres (fútbol para los hombres, balonmano para las mujeres), completo con uniformes (donados por los organismos internacionales), árbitros y campeonatos. (Se podía ver algunos hombres mancos jugando fútbol, recordando que aquí, siempre estaba al acecho la guerra.) El programa educacional también proveía clases y presentaciones de música y teatro, y talleres para niños y adultos de artesanía y producción de juguetes.

\* \* \*

En la escuela técnica, el encargado, un hombre de mediana edad, nos demuestra orgullosamente la biblioteca. Hay unos 50 libros y folletos en el librero, no precisamente una colección generosa pero mucho más de lo que la mayoría de la gente jamás había encontrado. La mayor parte es donación del personal de los organismos, algunos producidos y reproducidos en el

## 68 • CONSTRUYENDO LA NUEVA COMUNIDAD

campamento. El responsable saca un documento del librero, un manual hecho en mimeógrafo para el curso intermedio de dibujo técnico. Lo muestra con una mezcla de timidez y orgullo. Al pie de la portada están las palabras: "Hecho por Daniel."

- "Pero, ¿usted es Daniel, verdad?"

- "Sí, yo escribí el texto".

- "¿Dónde aprendió a hacer esto?"

- "Aquí vino un voluntario internacional y nos enseñó dibujo técnico. Yo tomé ese curso. El internacional nos dejó unos libros más avanzados, así que los leí, para poder enseñar a otros. Y escribí nuestros textos".

- "¿Hizo este tipo de trabajo antes, en El Salvador?"

- "No, lo aprendí todo aquí".

En el cuarto pegado, un pequeño grupo de cuatro hombres y dos mujeres está aprendiendo sobre metales férricos. En las paredes hay carteles de color que explican la estructura de motores y radiadores de automóviles, y un cartel hecho a mano que identifica los diferentes tipos de herramientas. En otro cuarto, una mujer joven está escribiendo en la pizarra, mientras que sus estudiantes, tres mujeres y un hombre, están copiando en sus libretas lo que ella ha escrito. Esto es una clase de administración de empresas, y las frases en la pizarra tratan del mantenimiento y control de inventarios: "Asegurar que los materiales están bien protegidos del clima". "Estudiar los



*Clase en la escuela técnica.*



*La clase de mecánica automotriz en la escuela técnica.*

manuales sobre el cuidado de cada material". Al final del pasillo, dos hombres tranquilamente están trabajando juntos en problemas de divisiones largas.

Uno de los logros muy especiales de los refugiados en Colomoncagua fue establecer una pequeña biblioteca. Un voluntario de Alemania contribuyó con su pequeña casa y sus libros cuando salió del campamento, y poquito por poquito, la comunidad fue acumulando más. La biblioteca era un lugar donde la gente podía llegar a leer o llevarse un libro prestado, por una semana. El proyecto apenas había empezado, cuando los refugiados tomaron la decisión de retornar a El Salvador, así que sabían que no iba realmente a despegar hasta que se trasladaran. "Esto probablemente no es gran cosa en la historia del campamento", admitió el hombre anciano a

cargo del proyecto. "Tal vez va a funcionar aquí sólo unos pocos meses. Pero vamos a establecer la idea de una biblioteca que la gente la va a querer tener una vez de regreso", agregó orgullosamente. "Cuando vayamos para allá y establezcamos esta biblioteca, la gente allá lo va a admirar, como signo de lo que aprendimos".

## SALUD

"Por primera vez, llegamos a entender los factores principales que causan la desnutrición entre los pobres, y la manera de combatir esta enfermedad".

En las zonas rurales de El Salvador, el servicio de salud es un verdadero privilegio, no un derecho. Como en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, hay pocos médicos que viven y trabajan en el campo, y no hay ningún sistema adecuado y formal de servicio público de salud. La gente adquiere y se muere de enfermedades que son fácilmente prevenibles o curables, y la pobreza contribuye al nivel generalmente bajo de bienestar físico y mental.

En Colomoncagua, a pesar de que el personal de asistencia y los suministros médicos eran limitados, los refugiados probablemente recibieron más atención a su salud que nunca. Además, durante su vida en el campamento aprendieron a tomar la prevención de enfermedades en sus propias manos, y se desarrolló un grupo de promotores de salud para mantener la sanidad en la comunidad e incluso para tratar enfermedades.

A partir de 1984, el servicio de salud en Colomoncagua estaba a cargo de la organización humanitaria francesa Médecins Sans Frontieres (Médicos Sin Fronteras). MSF proveyó un personal rotativo de un médico, una partera y dos enfermeras. Establecieron dos clínicas en el campamento, una para cada zona, con un pequeño laboratorio en cada clínica. El personal médico vivía en el pueblo de Colomoncagua, no en el mero campamento, y también daba atención a los 1.200 refugiados en San Antonio, apenas una hora de viaje en carro en verano, pero en la estación de lluvia un viaje mucho más largo. Un solo médico, entonces, era responsable para aproximadamente 10,000 personas en dos locaciones. Aunque elogiando a MSF por su dedicación, los refugiados se quejaban que muchas veces gente enferma no recibía atención porque no había suficiente personal. Además, cuando pacientes necesitaban hospitalización, tenían que viajar por tierra o en avioneta hasta Tegucigalpa, por tierra un viaje que duraba la mitad de un día y pasaba por muchos retenes del ejército. Muchas veces, los soldados interrogaban a los pacientes, acusándoles de ser guerrilleros e interfiriendo en su atención.

Para proveer un sistema más permanente que respondiera a sus necesidades en el campo de la salud, los refugiados establecieron una estructura paralela consistente de un centro de salud (o "filtro") manejado por los refugiados en cada subcampamento, con cuatro personas, más otra que funcionaba como una especie de promotor de salud para las colonias. Estos puestos paramédicos de salud se encargaban de los problemas rutinarios de



*Además de los equipos de trabajo que diariamente limpiaron las letrinas había movilizaciones frecuentes para barrer y limpiar las diferentes áreas del campamento.*

salud, llevando pacientes al médico cuando era necesario. Proporcionaban medicinas como aspirina, antiácidos, mezclas contra la diarrea y los parásitos, e incluso antibiótico; atendían heridas y enfermedades menores; atendían partos; pesaban y medían bebés; y mantenían estadísticas y expedientes médicos... Respondiendo de manera amplia a las necesidades de la comunidad, estos trabajadores de salud hacían visitas domiciliarias, daban seguimiento a pacientes en recuperación y ofrecían educación a los pacientes -explicando, por ejemplo, los resultados de los exámenes de laboratorio y dando asesoría nutricional a mujeres embarazadas y madres lactantes. Los promotores de salud asignados a las colonias comenzaban cada día visitando casa por casa para ver si alguien necesitaba atención médica, así que podían detectar las enfermedades antes de que se volvieran serias.

Originalmente, MSF cooperaba en esta estructura paralela, ayudando a establecerla y proveyendo entrenamiento y asistencia, incluyendo suministros de medicamentos y otros recursos. Pero los médicos siempre eran algo reacios para entrenar a refugiados como trabajadores de salud o

para permitir que ellos asistieran a las consultas. Finalmente, en 1988, la organización retiró totalmente su apoyo al programa de los puestos de salud comunitarios. Parece que este retiro fue reflejo de un viraje filosófico y político hacia una posición más conservadora en la cúpula de MSF en Francia que se dio en este tiempo, así como de la suposición tradicional de que el propósito de un médico es curar al paciente, no educar a la comunidad. Algunos médicos individuales en el campamento continuaron dando asistencia, pero ya no existía un programa regular para la capacitación de refugiados como trabajadores de salud. Los refugiados se vieron obligados a basarse en materiales escritos, particularmente el libro "Donde no Hay Doctor", un texto escrito por un norteamericano, David Werner, para "doctores descalzos" y utilizado en todo el Tercer Mundo.

La tensión entre los refugiados y MSF creció hasta convertirse en un conflicto político significativo, producto de la creciente capacidad de la comunidad y su confianza en si misma. Los trabajadores de salud del refugio se quejaron que los médicos les tenían desconfianza, dándoles pocas responsabilidades, negándoles medicamentos y equipos para sus centros, y poniendo en duda la información que les daban sobre los pacientes. La tensión creció; MSF acusó a los refugiados de desviar medicamentos a la guerrilla, de promover un clima de control y hostilidad, y además de tomar



*En las excavaciones para nuevas letrinas, como en casi todas las tareas del campamento, niños y adultos trabajaban juntos.*

medidas deliberadas para impedir que los refugiados buscaran el servicio del personal médico profesional, para después poder reclamar mala atención. Los refugiados, por su parte, se quejaron que MSF estaba asumiendo una actitud negativa e insensible con ellos, y denunciaron que el tratamiento inadecuado por parte de los médicos de MSF era responsable de la muerte de muchos refugiados. Documentaron sus denuncias con los expedientes médicos y testimonios de numerosos pacientes:

"Desde 1987, he pasado consulta con los doctores", dice el testimonio de una mujer de 101 años de edad... "y al final el doctor me dijo: 'No le voy a dar medicina porque usted ya ha vivido bastante y es muy vieja. Gente vieja como usted no necesita atención médica'". Una mujer de 20 años, que estaba en tratamiento por un crónico problema cardíaco, declara: "Los médicos me dijeron que yo era guerrillera, y que les diera los nombres de mis familiares. Realmente me metieron miedo". Otras dos mujeres jóvenes contaron que "los doctores de MSF nos dijeron que no teníamos ninguna enfermedad, que lo único que necesitábamos era buscarnos un marido".

En agosto de 1988, los refugiados hicieron un llamado a ACNUR para que suspendiera el contrato con MSF y expulsara la organización del campamento. Durante varios meses, hubo intensas negociaciones entre la dirigencia de los refugiados y ACNUR, con ACNUR más bien defendiendo el trabajo de MSF en el campamento, y los refugiados insistiendo en que había que encontrar una organización más adecuada para hacerse cargo de sus necesidades en el campo de salud. Al vencerse el contrato de MSF, en diciembre de ese año, la organización se retiró oficialmente del campamento, aunque de hecho ya había cortado sus vínculos antes. A partir de eso, el Ministerio de Salud de Honduras asumió el servicio de salud.

Los refugiados estaban contentos con el servicio provisto por los profesionales médicos hondureños, quienes mostraban una actitud más compasiva. Sin embargo, los problemas básicos de salud no se resolvieron. Dieta inadecuada, pobres condiciones de vida, la tensión del confinamiento y la falta de medicamentos básicos continuaron cobrando su cuota de sufrimiento humano innecesario. Un bebé llorando inconsolablemente porque en el campamento no había aspirina para aliviar el dolor de una infección del oído; una mujer joven, limitada en sus actividades por una crónica pero curable anemia, un viejo incapaz de leer por que no había anteojos, casi todos los adultos desdentados debido a la falta de atención dental y una dieta demasiado blanda; la lista de miserias evitables era interminable.

El servicio de salud no es sólo un asunto de curar enfermedades; sin duda, la prevención es igualmente importante. Durante su estadía en el campamento, los refugiados aprendieron bastante sobre cómo mantener la sanidad mediante un buen sistema sanitario y de higiene. Las condiciones de superpoblación en Colomoncagua demandaban una atención exigente a estos problemas. A primera vista, las viviendas se parecían a los tugurios urbanos tan comunes en toda América Latina: un revoltijo de champas techados con lámina de zinc; sin alcantarillado, agua corriente, electricidad; un clima caliente que, durante la mitad del año, convierte la tierra en polvo y, durante la otra, en lodo; pandillas de niños corriendo arriba y abajo, la mayoría descalzos; gallinas libremente vagando, y de vez en cuando una vaca o dos caminando por las champas, especialmente de noche, dejando detrás sus excrementos. Pero a diferencia de otros barrios o ciudades pobres y

superpoblados de América Latina, Colomoncagua era muy limpio. La higiene era un área de trabajo importante en el campamento, y los comités a nivel de colonia y subcampamento se encargaban de garantizar que de las calles y pasajes se barrieran los desechos y los excrementos de los animales, que en las letrinas se hiciera limpieza completa todos los días, que la basura se recogiera y quemara apropiadamente.

\* \* \*

Don Andrés es un hombre en sus sesenta y sobador, o sea da masajes. Después de varios años de trabajar en los talleres, cambió al equipo de higiene, limpiando y lavando letrinas.

- "¿Qué le parece su trabajo?"

- "¡ Ah! Me gusta".

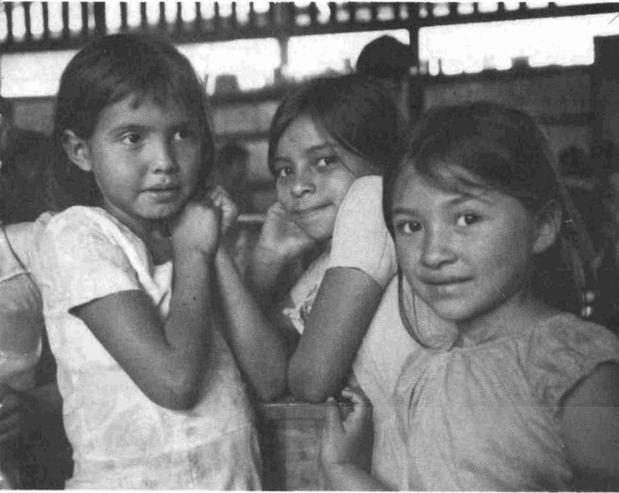
- "Pero, ¿cómo le puede gustar limpiar letrinas?"

- "Porque yo sé que es algo para el bien de la comunidad".

\* \* \*

La comunidad aprendió que esterilizar el agua de tomar y lavarse las manos son medidas para prevenir enfermedades. Cada hogar tenía su propio cántaro de agua hervida, cuidadosamente cubierto por una manta para que no se metieran las moscas. La gente normalmente se lavaba las manos antes de comer, echándose un poco de agua del gran barril que tenían afuera de sus casas para quitarse el jabón. La mayoría nunca había conocido el lujo de agua corriente en la casa, y mantenerse aseados no era un problema serio, con excepción de la estación seca cuando había escasez de agua. Muchas veces, las mujeres se bañaban al mismo tiempo que lavaban la ropa, en las pequeñas corrientes o pozas que se llenaban durante la estación de lluvias (y que nunca llegaban a secarse del todo en la estación seca) en la quebrada que pasaba en medio del campamento, o en una de las pilas del sistema de agua patrocinado por las Naciones Unidas. No eran tímidas para bañarse con los pechos descubiertos (de todos modos, amamantaban a sus niños muy abiertamente), pero no se quitaban sus enaguas, para no desnudar demasiado sus cuerpos. Los hombres preferían bañarse con más privacidad en partes más remotas de la quebrada.

El único serio problema higiénico que no tenía atención, era el hábito ubicuo de escupir, práctica común entre los salvadoreños del campo. Incluso niños pequeños, muchachos como muchachas, aprenden cómo escupir con fuerza y sonido. La gente escupía tanto adentro como afuera de las casas, en reuniones como en eventos sociales, y aparentemente con más intensidad cuando estaba nerviosa o agitada. Les parecía tan común y natural como a nosotros en Estados Unidos bostezar o aclararse la voz. Sin embargo, es un peligro para la salud, ya que la saliva es una fuente de propagación de infecciones. Pero en Colomoncagua no había carteles para informar a la gente



*Muchachas en un taller en Colomoncagua.*



*Muchachos en un taller en Colomoncagua.*

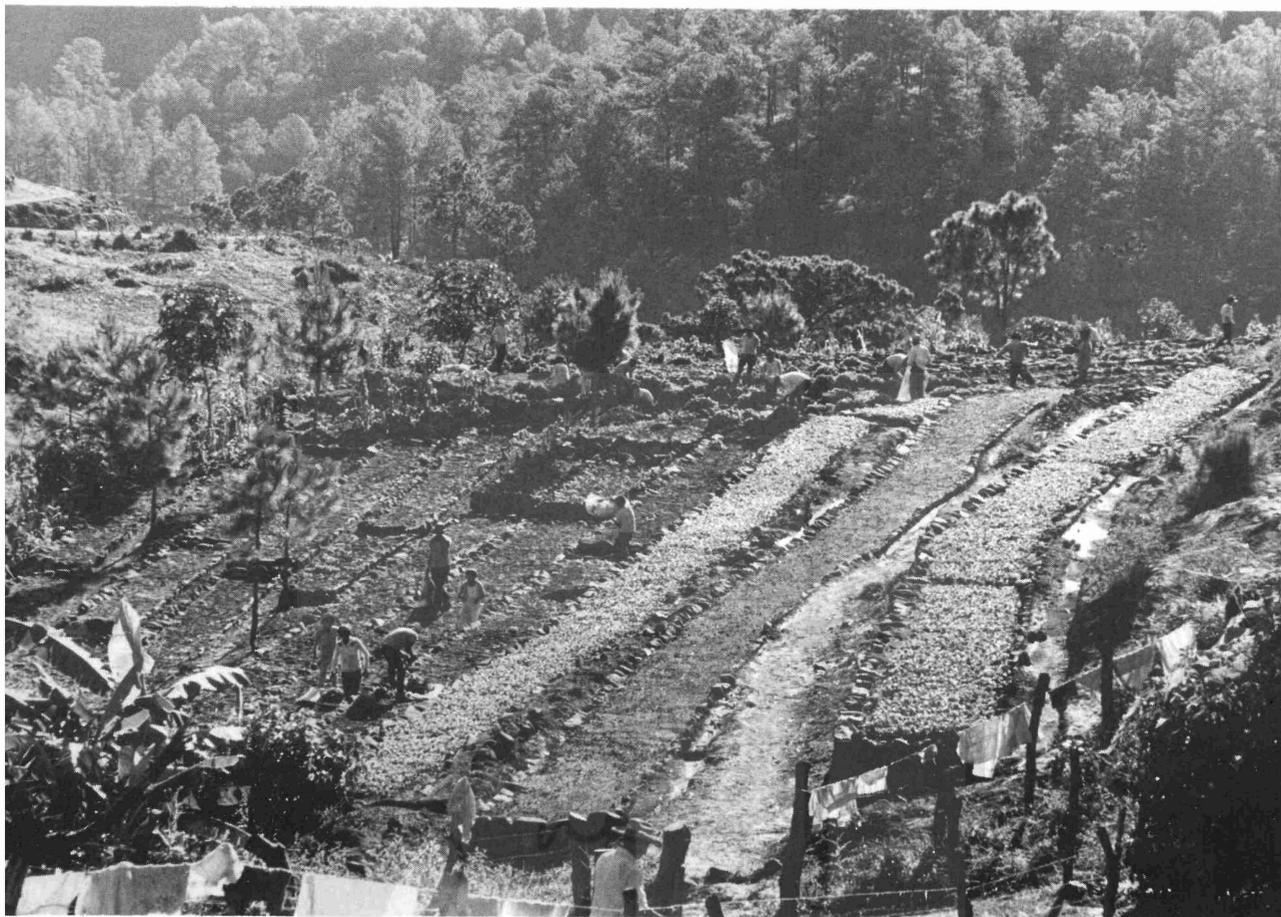
sobre el problema, como los había para promover que la gente se lavara las manos y usara las letrinas.

Otra área de salud preventiva atendida exitosamente por los refugiados era la nutrición. El personal de Caritas y ACNUR se encargaba de garantizar una dieta adecuada y enseñaron a los refugiados los requisitos nutricionales para evitar enfermedades y mejorar la salud. Se establecieron comités a nivel de subcampamentos y campamento, en los cuales los refugiados elaboraban y ejecutaban planes para resolver las necesidades dietéticas, y la nutrición se convirtió en un área de trabajo importante.

En mayo de 1981, bajo la dirección de dos mujeres norteamericanas, ambas profesionales en el campo de nutrición, la comunidad estableció dos centros de nutrición, una en cada zona del campamento, con un personal de 12 hombres y mujeres. Para lograr esto, hubo que superar algún escepticismo de los coordinadores del campamento, quienes no sabían mucho sobre la importancia de la nutrición y el nivel de trastornos nutricionales en el campamento. El enfoque inicial del programa estaba en los niños. Se hizo un censo de todos los niños hasta seis años, y se identificaron tres niveles de desnutrición; los primeros dos requerían complementar la dieta normal, y el tercero era suficiente serio para demandar toda una dieta especial.

El personal de los centros de nutrición tenía la responsabilidad de desarrollar dietas suplementarias para todos los refugiados a su cargo, niños como adultos, identificando una ración de frutas, verduras, carne, huevos, y productos lácteos, para mejorar su salud. Después de ser empujado un poco, ACNUR comenzó a proveer asistencia para estos esfuerzos y ayudó a establecer centros de nutrición en seis subcampamentos. Caritas mandó a un especialista de nutrición francés.

Las huertas cultivadas en terrazas en las laderas pedregosas del campamento, las gallinas y los conejos en las granjas de la comunidad proveían pequeñas cantidades de verdura y carne suplementarias y un número considerable de huevos para la comunidad. (Muchas familias tenían



*Huertos terracedos, que proveen tanto de trabajo como variedad para la dieta de los refugiados.*

unas cuantas gallinas que posaban en la cocina o en pequeños gallineros en el patio y que vagaban libremente en la colonia, proveyendo los hogares individuales con huevos adicionales.) Una parte de los alimentos colectivamente producidos se apartaba para los centros de nutrición antes de distribuirlos a la población. Sin embargo, por la pobre calidad de la tierra y la falta de agua durante la mitad del año, este recurso era muy limitado.

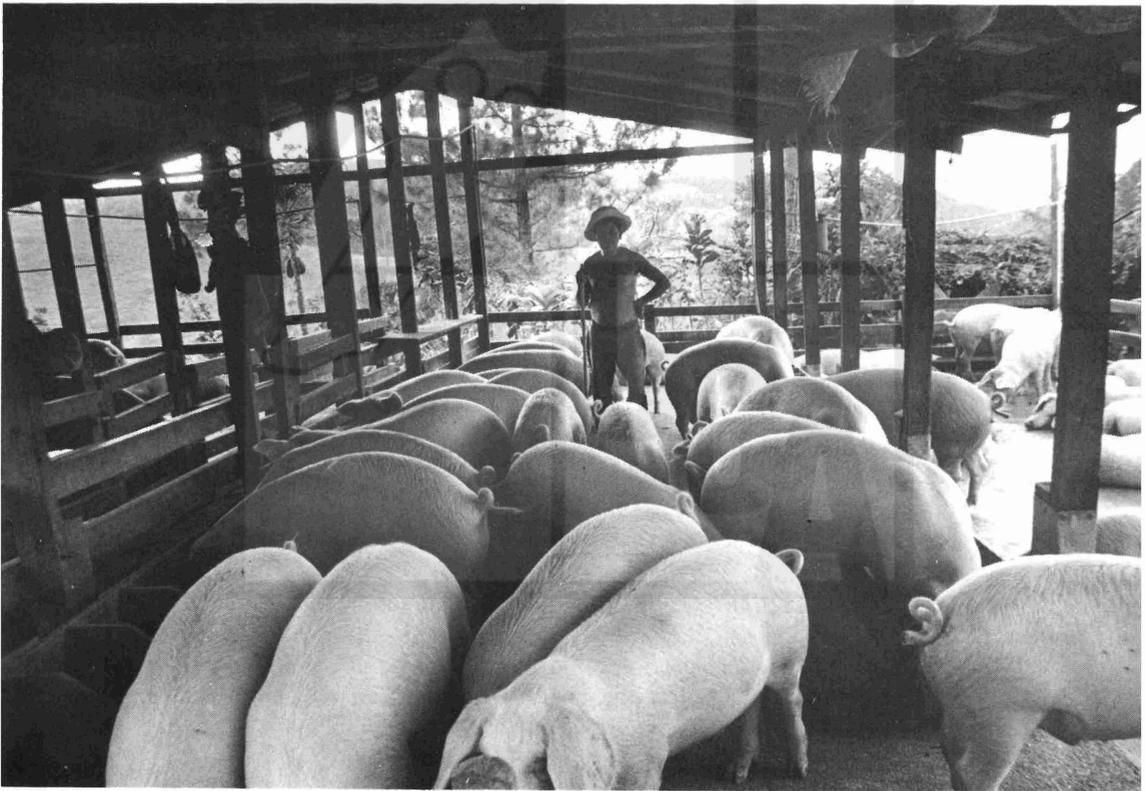
Los centros de nutrición mantenían seguimiento de la cantidad de alimentos disponibles para toda la comunidad, anotando insuficiencias, respondiendo a reducciones, y generalmente presionando a ACNUR a que garantizara una dieta más adecuada. También proveían educación nutricional a los refugiados, dando charlas sobre la relación entre la dieta y la salud.

Durante el primer año más o menos de su operación, los centros de nutrición estaban bien abastecidos, permitiendo al personal curar 76 personas con tuberculosis y garantizando que las mujeres embarazadas y las madres lactantes recibieran suficiente alimentación suplementaria. Los

refugiados habían aprendido bastante sobre como atender sus propios problemas de nutrición y los de gente pobre en general. Pero en 1983, ACNUR, con el argumento que ya no había desnutrición, redujo su apoyo para los centros de nutrición, y los profesionales extranjeros de nutrición salieron del campamento. Los refugiados presionaron a mantener los centros, y después de seis meses de empate, ACNUR propuso que el equipo médico del campamento se hiciera cargo a comprar los alimentos suplementarios. Entre 1984 y 1987, los centros se mantuvieron abiertos, pero con mucho menos recursos. Hasta en el 1987 se volvió a proveer raciones suplementarias a las mujeres embarazadas. Pero en 1988, se volvió a cortar este servicio.

En ese año, nuevamente recortaron los suministros para los centros de nutrición, así que sólo con una prescripción especial de los doctores se podía recibir alimentos complementarios. Para los demás, la única manera de darles una dieta suplementaria era restar una parte de las raciones para la comunidad. Cuando los refugiados estaban al punto de retornar a su país, a finales del 1989, sólo niños desnutridos y los ancianos estaban recibiendo alimentación adicional.

La cantidad general y la variedad de los alimentos suministrados al campamento por ACNUR siempre eran objeto de preocupación de los refugiados. A veces el problema era que la gente no estaba acostumbrada a



*La granja de cerdos, para producción de carne.*

ciertos alimentos (como leche o sardinas en lata, por ejemplo), o que les daban una especie de frijol que no les gustaba. El problema más típico era, especialmente en los últimos años de su estadía en Colomoncagua (y aparentemente escalando dramáticamente una vez anunciada su intención de repatriarse), que la dieta provista era terriblemente limitada tanto en cantidad como en variedad. Los refugiados se quejaban amargamente que en El Salvador, por más pobres que eran, podían aprovecharse de la gran variedad de frutas y verduras disponibles en el campo. En el campamento, sin embargo, su dieta era reducida a maíz, frijoles y arroz, con muy pocas cantidades de carne, huevos, frutas y verduras. Su ración de carne, por ejemplo, era de cuatro onzas al mes -apenas suficiente, decían, para que los niños no se olvidaran del sabor. Esa dieta reducida no sólo llevaba a desnutrición, sino también les quitaba el apetito y los deprimía considerablemente.

"En El Salvador, teníamos carne de res tres veces a la semana", se quejó un refugiado que trabajaba en la granja. "Aquí no hemos tenido carne de res en años. [Allá] podíamos tener un montón de frutas y verduras -mangos, sandías, melón, piña. Aquí, no. Los niños crecen sin jamás haber conocido estos sabores".

## LOS TALLERES

"La idea es: cuando llegemos a nuestro país, aprovecharnos de todo lo que hemos podido aprender aquí. Porque esto ha sido una escuela para nosotros; ha sido un desarrollo para todos nosotros".

Capacitación es una palabra clave para la comunidad, ya que significa el grado que los refugiados lograron adquirir capacidades y confianza durante su estadía en Colomoncagua. La mayoría de ellos llegó sabiendo muy poco más allá de los trabajos rudimentarios de agricultura (en el caso de los hombres) o la preparación de tortillas y otra comida (en el caso de las mujeres). Durante su período de exilio adquirieron una amplia gama de habilidades, primero de aquellos refugiados que tenían algunos conocimientos especiales o del personal de los organismos internacionales; entonces, estas habilidades se pasaron dentro del campamento de un refugiado al otro. De esta manera, los refugiados desarrollaron la capacidad de hacerse cargo de sus propias necesidades y desarrollar su potencial como individuos y como comunidad. "Aquí nos gusta compartir", explicó el responsable de un taller de zapatería. "A cualquiera que aprende algo le gusta compartirlo con alguien más".

Los refugiados describieron francamente cuán subdesarrollados eran cuando llegaron a Colomoncagua. "Antes, no sabíamos nada, ni siquiera cómo sembrar verduras. Aquí, hasta los niños saben qué fertilizante echar a cada planta. No sabíamos administrar. ¿Cuántos de nosotros sabíamos hacer las cosas? Así como eran las cosas, nosotros íbamos a los pueblos grandes y veíamos las cosas que producían -no sabíamos cómo hacerlas, ni siquiera



*Tejiendo trenzas de hojas de palma, de las cuales luego se hacen sombreros, en el taller de producción de sombreros.*

tejer". "Allá en El Salvador, tal vez veíamos calcetines que vendían en el mercado. No sabíamos ni siquiera de dónde venían, mucho menos cómo esas cosas se hacían. Y ahora las hacemos," agregó un refugiado, con evidente orgullo. El retraso de la mujeres era aun más dramático. Como lo definió una mujer, miembro de una instancia de dirección de alto nivel: "Las mujeres campesinas nunca veían dinero, ni hubieran reconocido un peso. Eran analfabetas e ignorantes".

Durante su estadía en Colomoncagua, los refugiados establecieron una amplia gama de talleres, que funcionaban como sitios tanto de aprendizaje como de producción. La agencia que proveía más asistencia en este campo era Catholic Relief Service (CRS). Su personal instruía a los refugiados,



*En un taller de costura.*



*Aprendiendo manualidades - en este caso, hacer bordados- en un taller de capacitación de artesanía.*

conseguía los equipos y materiales (por ejemplo, máquinas de coser, tela, tornos, herramientas, metal en chapa) y prestaba asistencia técnica. Los mismos refugiados organizaban, supervisaban y llevaban a cabo los trabajos. Los talleres estaban bajo la coordinación del comité que a nivel del refugio estaba a cargo de distribución y producción, con un responsable para cada taller, nombrado por la dirigencia con base en sus habilidades, su trabajo y su dedicación. Muchos de los responsables eran mujeres.

Cuando los refugiados ya estaban listos para regresar a El Salvador, producían casi todos los bienes que se consumían en el campamento: zapatos, alfarería, hamacas, instrumentos musicales, muebles, pelotas de fútbol, herramientas como machetes y cuchillos, baldes de estaño, bolsas tejidas, ropa (incluyendo suéteres, gorras y calcetines), sombreros de paja y una variedad de artesanía como animales grabados en madera, juguetes (camiones y carros de madera), servilletas, ropa bordada, y joyas tradicionales hechas de semillas y otros materiales. Algunos de estos artículos, especialmente la artesanía y las hamacas, se vendían a los visitantes, con las ganancias destinadas a la comunidad.

Los talleres eran verdaderos centros de trabajo, abriendo a las 8:00 am y cerrando a las 4:00 pm, con una hora para almuerzo, trabajando seis días por semana. La gente tomaba en serio el trabajo porque sabían que ellos mismos usarían los productos y porque el aprender nuevas habilidades les causaba satisfacción. Los talleres recibían solicitudes del almacén, que era el



*En la fábrica de zapatos en Quebracho.*

depósito central de los productos y desde donde se distribuían a los subcampamentos. Sin embargo, no había definición de cuotas individuales de producción. En casi todos los talleres había niños trabajando, y algunos tenían específicamente personal joven: artesanías, bordados (en la mayoría muchachas), y producción de sombreros (muchachos). De cada persona apta del campamento se esperaba realizar algún tipo de trabajo, y se estimulaba a la gente a escoger el tipo de trabajo que quería hacer. La comunidad tenía que garantizar que se realizaran todas las tareas necesarias; cuando un taller necesitaba más voluntarios, se reclutaba gente para este trabajo. Podrían quedarse con un tipo de trabajo por mucho tiempo, o tratar algo nuevo si lo deseaban, dependiendo de los cupos disponibles.

En el campamento, el trabajo no se pagaba, y nadie apuntaba cuántas horas cada persona aportaba. La gente no trabajaba por salarios para sostenerse o para ganar ventajas para sus familias; trabajaban para el bien de la comunidad, para satisfacer las necesidades de todos. La única base de distribución eran cuotas por cabeza o por hogar, no correspondiendo a la cantidad de trabajo realizado por el individuo. Sin embargo, si alguien no estaba haciendo su justa parte, el respectivo responsable hablaba con él sobre el problema.

El taller de producción de instrumentos de música que suministraba violines, guitarras y bajos para el conjunto del campamento, fue iniciado por un refugiado ya de años quien había llevado su violín consigo al campamento, y enseñaba a otros como construirlos. Tenía asistencia de un refugiado de San Antonio, a quien las autoridades hondureñas dieron permiso de visitar Colomoncagua por algunos días para enseñar en el taller. El taller de alfarería igualmente utilizaba las habilidades llevadas al campamento por



*En la fábrica de zapatos en Quebracho.*



*Reparando un pequeño motor de gasolina en el taller de mecánica.*



*Cántaros y otros recipientes, hechos con la rueda de pedal en el taller de alfarería.*

los refugiados. En este caso, era una mujer de edad que conocía las tradicionales técnicas manuales y formas para cántaros y ollas de barro, útiles para cocinar y como depósitos de agua. Sus propias habilidades se completaron cuando vino un instructor hondureño quien enseñaba a ella y otros cómo sacar las ollas en una rueda de alfarero operada a pedal.

En general, el ritmo de trabajo era relativamente relajado e informal, así que el personal de CRS estaba preocupado, porque al regresar los refugiados a El Salvador, tendrían que esforzarse más y establecer metas de producción más rígidas si querían llegar a ser económicamente autosuficientes. La dirigencia estaba consciente del problema. Había discusiones en los talleres para prepararse a las cosas que los esperaban al regreso.

\* \* \*

En un taller de sastrería, los trabajadores -en su mayoría mujeres, pero también algunos hombres jóvenes- estuvieron sentados en silencio, sus

*Página opuesta: En el campamento se fabricaban muchos instrumentos, incluyendo los violines y bajos.*





máquinas paradas, cuando la mujer responsable les dijo: "Tenemos que pensar cómo vamos a trabajar allá [en Meanguera]. Tal vez vamos a trabajar de 7 a 12 y, entonces, almorzar. Vamos a necesitar ocho horas de trabajo, una jornada completa; la gente no puede simplemente llegar cuando les da la gana". Hizo una pausa y sugirió: "Tal vez alguien más tiene ideas que compartir". Nadie habló, así que ella continuó: "La primera cosa que tendremos que hacer allá es construir casas. Tal vez que serán seis meses hasta que podamos comenzar a trabajar en los talleres. Allá no tendremos instrucciones, así que tenemos que aprovechar el tiempo que tenemos ahora aquí". Hizo una pausa, y volvió a pedir a los demás que hablaran, de esta manera en que la mayoría de los líderes en el campamento solían hacerlo: "Esa es mi idea, pero ustedes deberían decir lo que piensan."

Tomando descanso de su trabajo en el taller mecánico, un joven respondió a la pregunta si la vida en el campamento era difícil para los jóvenes. "No, en realidad no", respondió. "Hay bastante trabajo que hacer aquí. La única cosa que aburre es que no hay ningún lado a donde ir". Su vista se fijó en los distantes cerros de su país natal, no lejos pero inalcanzables. "Es aburrido estar pasando todos los días por los mismos lugares, y nunca poder salir del campamento".

## LAS MUJERES

"Es bueno que ahora las mujeres están construyendo igual que los hombres. Todos trabajamos en un proyecto, todos trabajando igual".

Una mujer de mediana edad de Washington, Estados Unidos, regresando con una delegación religiosa a Colomoncagua en diciembre de 1989, comentó entusiasmada, "Nunca en mi vida he visto tantas mujeres tan fuertes y capaces!". Aún para ojos norteamericanos, las mujeres de Colomoncagua han avanzado un largo trecho en el camino de emanciparse de las tradicionales restricciones de sexo, y en el contexto centroamericano, sus logros eran muy extraordinarios.

Había casi dos mujeres por cada hombre en el campamento, y la mayor parte de los hogares tenían como jefe de familia una mujer, datos no tan sorprendentes en un país destrozado por pobreza y guerra. Uno podría asumir que era la ausencia de hombres que dio a las mujeres el espacio para jugar un papel más integral en la vida de la comunidad, pero esa sería una explicación demasiado simple. Más bien, hubo una combinación fortuita de convulsión social, idealismo revolucionario y oportunidades pragmáticas que hizo posible un espacio social más sinceramente compartido. Lo más importante: la ética de los refugiados alababa el valor de todo ser humano y su igualdad básica ante Dios; tomado en serio -y la gente de esa comunidad tomaron muy en serio sus valores- esto significaba que las mujeres tenían derecho a los mismos privilegios y responsabilidades que los hombres.

*Página opuesta: Lavando el maíz, el primer paso en la producción de tortillas.*

Dos hermanas de edad mediana discutieron estos cambios en la conciencia sobre el papel de las mujeres. "Ahora, las mujeres valen lo mismo que los hombres", explicó María S. "Antes, decían que sólo el hombre valía y que las mujeres no valían mucho. Vivíamos en la cocina. Ahora hemos aprendido un montón de cosas. Por ejemplo, las mujeres que están en el frente luchan igual que los hombres, así que tienen que subirlas de nivel. Nosotras también, aunque seamos viejas, pero por lo menos hacemos lo que podemos. Antes, nos sentimos oprimidas de varias formas. Los hombres siempre tenían el dinero y la mujer era sumisa a él. Ahora, eso no debería existir, ella no debería someterse a él. Aunque el amor entre mujeres y hombres es normal, ni uno ni otro debería ser sumiso".

Su hermana describió de qué manera la fuerza ética de esta nueva actitud tenía sus raíces en la teología de liberación. "Esto cambió a través del estudio [de la biblia] y de las charlas que se dieron. Antes, como en 1972, yo tomé un curso que duraba todo un año que [el padre] Miguel Ventura daba sobre las mujeres. El hablaba de esas cosas, daba algunas explicaciones. En el campamento, los cambios de conciencia eran más rápidos. Todas esas cosas que el padre nos había enseñado, las llegamos a realmente entender hasta aquí en el campamento. Ahí entendí, ya que estaba sufriendo, y porque había sufrido antes también. Ahí vimos las cosas que él nos había explicado".

La igualdad social entre mujeres y hombres en Colomocagua era más evidente en la vida pública, y la vida pública se centraba en el trabajo. La mayoría de los trabajos los hacían hombres y mujeres de manera igual, aunque algunos tendían a estar a cargo de uno u otro sexo. A veces esto se ajustó a patrones conocidos: los trabajadores en los talleres de costura, tejido y cerámica eran mayoritariamente mujeres; y eran generalmente hombres quienes hacían herramientas e instrumentos musicales. Pero, la división sexual de trabajo reveló también una considerable variedad. En los talleres de mecánica, donde los refugiados aprendían dar servicio a automóviles y maquinaria, alrededor de una cuarta parte de los aprendices eran mujeres. Y en la escuela técnica, mujeres aprendían -y enseñaban- administración, dibujo técnico, artes, matemáticas y trabajos de oficina, a la par de los hombres. No sólo a nivel de los trabajadores, se hacía evidente la igualdad de los sexos. Muchas veces, los responsables eran mujeres, aun cuando la mayoría de los trabajadores eran hombres. Por ejemplo, en un taller de producción de hamacas, la única mujer era una muchacha de menos de 20 años; ella estaba a cargo del taller, supervisando a hombres que podrían ser sus abuelos y muchachos con no más de 10 ó 11 años. "¿Es un problema para usted?", la preguntamos, y la respuesta vino con una sonrisa: "No, ningún problema". Una y otra vez, esa fue la respuesta a la misma pregunta dirigida a mujeres en escenarios no tradicionales de trabajo.

En el campamento, los papeles de mujeres se expandieron al mismo tiempo que se abrieron nuevas oportunidades para los hombres. La forma de organización social que surgía, así como la asistencia de organismos internacionales con recursos de capacitación y producción, permitieron a hombres como mujeres a desarrollar habilidades y competencias antes ni



*Después de moler el maíz en el molino, es convertido en masa en una piedra, de la misma manera que hace miles de años. En este paso, se agrega agua y cal.*

siquiera considerados posibles. Nadie tenía el derecho de monopolizar estas conquistas. Como lo expresó una mujer, "pensamos que la cosa que nos permitió participar ha sido la vida colectiva. Esto es lo que hizo posible que cualquiera que lo deseaba podía trabajar. Antes, allá, los hombres sentían que no era correcto para las mujeres que trabajaban, que eso era sólo para hombres. Pero aquí sentimos que todo el mundo tiene derecho a trabajar en lo que le interesa. Tenemos el derecho de participar en igualdad con el hombre".

Otra mujer describió el progreso que las mujeres habían hecho en el campamento de la siguiente manera: "Los hombres han aprendido que las mujeres somos aptas para trabajar, han llegado a aceptar eso... Han reconocido que allá [en El Salvador] tenían una relación injusta con las mujeres, y aquí, muchos de ellos han aprendido a vivir como compañeros, o sea como iguales. Tal vez ambos trabajan, la mujer en un taller, el hombre en otro; salen juntos a trabajar, los niños van a la guardería. Si él llega a casa primero, se encarga de los niños. O por lo menos en algunos casos, porque

muchas mujeres no tienen compañeros".

Admitiendo los pleitos que esto acarreaba, continúa diciendo: "Hay algunos hombres que tratan de impedir que sus mujeres trabajen o que desarrollen habilidades de trabajo, o que hagan el trabajo que ellas quieren hacer, pero algunas de las mujeres están aprendiendo de esta situación y tienen criterios más amplios que el esposo y no aceptan que el esposo no las deje ir a trabajar. Las mujeres lo hacen aún cuando los hombres no las quieren dejar hacerlo".

Donde la división de labores en la comunidad reflejaba segregación de sexos, era resultado más de preferencias y viejas tradiciones que de restricciones y presiones activas. Por ejemplo, hacer tortillas es un trabajo muy intenso; normalmente lo hacen las mujeres, solas en sus casas. En el campamento se involucraban tanto hombres como mujeres, aunque no de manera igual en todos las etapas del proceso de producción. Ambos trabajaban juntos en la laboriosa tarea de lavar y moler el maíz, levantando el peso de los granos empapados de agua en las grandes pailas de zinc y operando el primitivo molino eléctrico para producir la masa. Pero en las cocinas colectivas llenas de humo, donde seguían moliendo la masa, pero ahora a mano, en las piedras de moler, para después formar, a puras palmadas, las tortillas y cocerlas en el comal, sólo trabajaban mujeres. Parece que algunos hombres intentaron hacer este trabajo, pero todos coincidieron que eran demasiado lentos. En el nuevo asentamiento, sin embargo, les enseñan este trabajo tanto a muchachos como a muchachas, así que la próxima generación tal vez podrá superar del todo este vestigio de la segregación de los sexos.

El mero hecho de que en el campamento la producción de tortillas se había convertido en un área de trabajo y que la cocina colectiva era un centro de trabajo como cualquier otro ilustra el compromiso de la comunidad de mejorar la situación de las mujeres. En El Salvador, hacer tortillas -cada mujer aislada en su hogar- es una de las principales tareas diarias de las mujeres, además de cuidar los niños, preparar la comida, atender el huerto y los animales. Mientras en las áreas urbanas muchas mujeres salvadoreñas han hecho grandes progresos, en el campo las vidas de las mujeres todavía están restringidas a servir a sus esposos y familias, realizando una labor que, como tiene carácter privado, es desvalorizado. En Colomoncagua, esto cambió, no sólo mediante pronunciamientos sobre la igualdad de la mujer, sino de manera más concreta, socializando el trabajo de las mujeres y, con esto, volviéndolo tarea de la comunidad como tal. De esta manera, la comunidad mostró que valorizaba el trabajo de las mujeres, haciéndolo visible como labor real y dándole la misma legitimidad que cualquier otra producción o actividad de servicio. De hecho, las condiciones de trabajo particularmente duras en las cocinas colectivas (especialmente el permanente humo) se reconocían, proveyendo personal adicional que asumía los sábados y concediendo al personal regular una semana de trabajo más corta, pero siempre garantizando tortillas frescas durante seis días de la semana.

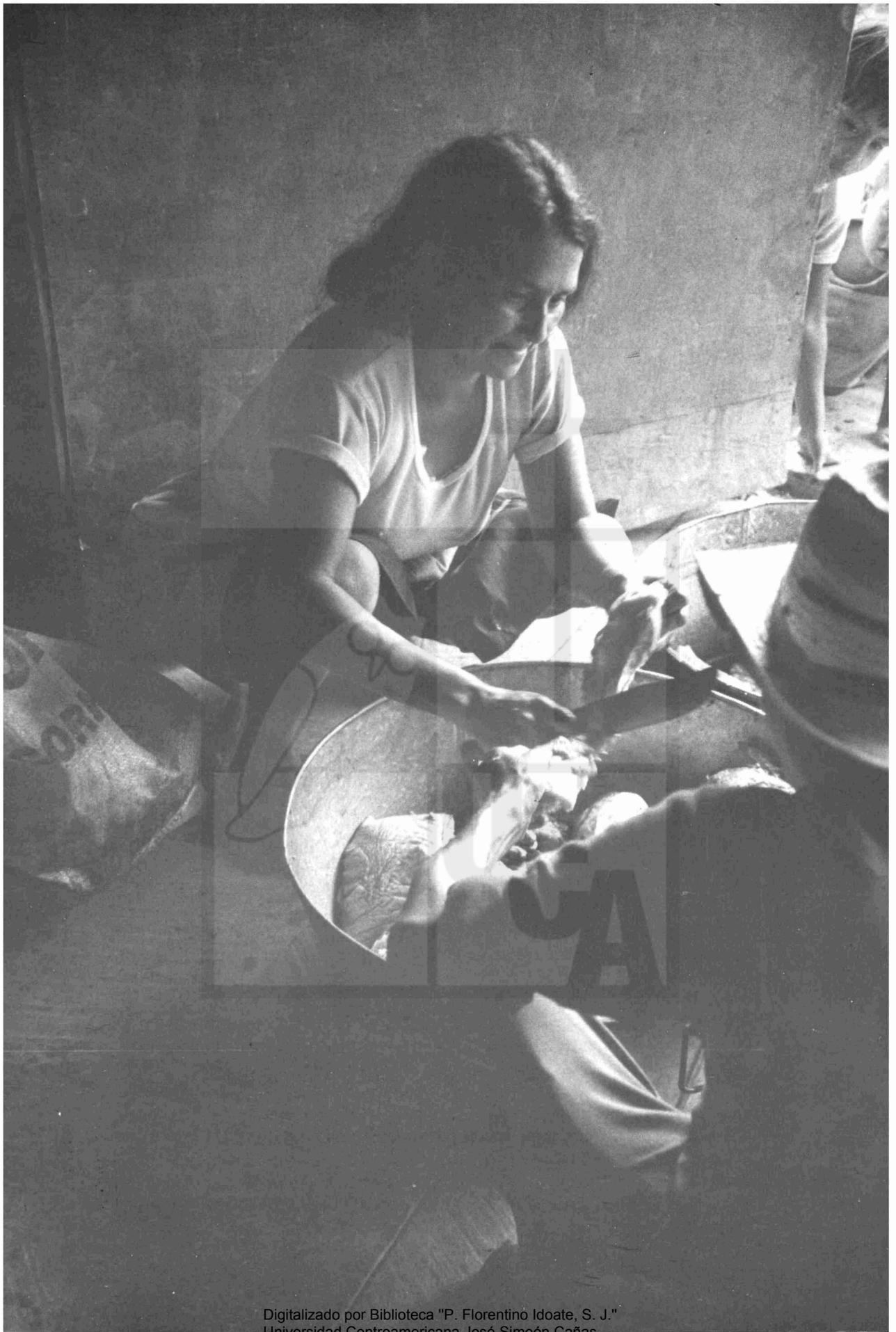
El establecimiento de guarderías para los niños pequeños era otra parte de la estrategia de liberar a las mujeres para papeles sociales más variados en el campamento. Las formó el Comité de Madres que era parte de la estructura pastoral; pocos hombres participaban en los labores de los



*Fabricando muebles en el taller de carpintería.*

centros, aunque muchos hombres asumían la atención a los niños mayores, como coordinadores de niños. De esta manera, la atención a los niños se volvió responsabilidad de todos como comunidad, no sólo de las madres y las familias individuales. Se podía pedir permiso del trabajo, así que madres (y supuestamente, también los padres) podían hacerse cargo de sus niños enfermos. Y la facilidad con la cual los niños se volvieron parte integral de la vida general del campamento indudablemente contribuyó bastante a hacer posible la plena participación de las mujeres. No era ningún problema amamantar a un infante durante una reunión o aprovechar su descanso en el taller para ir a visitar al niño en la guardería. En algunos talleres, entraban niños a visitar a sus padres durante la jornada. Como en el campamento los centros de trabajo y las viviendas normalmente se encontraban cerca uno del otro, las fronteras entre el papel de padres y el papel de trabajadores eran permeables y flexibles.

Con esto no planteamos que en Colomoncagua se haya logrado la plena igualdad entre mujeres y hombres, ni tampoco que la erradicación de las distinciones entre sexos haya sido el propósito de los refugiados. En muchas maneras, la comunidad estaba organizada sobre la base de sexos. Eso era aparente con los niños, cuyos juegos informales normalmente eran segregados por sexos. En la mayoría de los casos, niños y niñas jugaban en grupos del mismo sexo, muchas veces con tipos de juegos muy diferentes: los





*Distribuyendo pellejo y grasa de cerdo a las familias.*

niños menores hacían carreras cuesta abajo en pequeños carritos de madera, mientras que los muchachos (y hombres) jugaban naipes o se juntaban para un alegre juego de alcanzar y tocar. Las niñas jugaban una especie de jacks, con guijarros sustituyendo las piezas de metal y normalmente incluso la pelota. A veces jugaban alcanzar y tocar, pero en sus propios grupos vigorosos, separadas de los muchachos. Los deportes organizados también eran separados para muchachos y muchachas, con los niños y los hombres jugando fútbol, y las niñas y las mujeres jugando balonmano -un juego vigoroso donde se tira la pelota con la mano- y, al final de su estadía en el campamento, una animada versión de softball, que ellos llamaron "bate".

La ropa para muchachos y muchachas era generalmente distinta. Mujeres y niñas casi siempre lucían faldas o vestidos, la típica manera de vestirse de las mujeres en América Central, en particular en el campo.

*Página opuesta: En agosto de 1989, los refugiados empezaron a sacrificarlos mientras aún estaban gordos. Aquí, se corta la carne para la distribución a las familias.*

Muchas mujeres en el campamento decían que querían ponerse pantalones; pero cuando lo hacían, los soldados hondureños las acusaban de ser guerrilleras, y entonces, la comunidad generalmente no lo fomentaba. Sin embargo, algunas mujeres que trabajaban en áreas tradicionalmente de hombres, normalmente llevaron pantalones. Y mujeres como hombres se ponían las toscas botas de trabajo que los refugiados habían aprendido a producir, coronadas por los característicos calcetines rayados tejidos en el campamento. Sin embargo, muchas veces parecía que las mujeres preferían las cómodas sandalias de hule usadas en toda Centroamérica.

A pesar de los enormes avances logrados por las mujeres en el campamento, en los hogares persistían relaciones más bien tradicionales. En la casa, las mujeres todavía asumían las responsabilidades de preparar la comida, limpiar la casa, lavar la ropa y cuidar a los niños. Tal vez los hombres les ayudaban -jugando con los niños mientras la madre estaba cocinando, o de vez en cuando lavando los platos o limpiándole las nalguitas a un niño- pero su papel en los oficios domésticos normalmente era secundario. Esta desigualdad no era tan significativa que pareciera, ya que en el campamento la mayor parte de la vida se desarrollaba en la esfera pública. Se pasaba poco tiempo en casa -o separado, en la unidad familiar- así que no había tanto trabajo que hacer en la casa. Las comidas eran simples e informales, cada uno agarraba un plato o una tortilla llena de guiso y comía sentado en la entrada o en una hamaca. Y mantener el orden en la casa no era gran cosa con tan pocas posesiones: sin mesa que poner, sin muebles que pulir, sin fregadero y sin tantos platos para amontonarse.

Pero aunque la división entre sexos en la vida privada continuaba siendo aparente en el campamento y era punto de agenda para por lo menos algunas mujeres, otras preocupaciones se volvieron prioritarias. Las mujeres de la comunidad tienen una visión de cambio a largo plazo que les da confianza que están construyendo una nueva sociedad, a pesar de residuos de resistencia. Como una mujer lo expresó, "los hombres todavía piensan que no son capaces de aprender cocinar o hacerse cargo de la casa, pero aquí los niños están aprendiendo que si quieren comer, cocinan. Cuando llegan a la casa y tienen hambre, encuentran un huevo o consiguen alguna comida; no pueden depender de su madre que lo haga para ellos. En este sentido, los niños están aprendiendo".

A nadie debería sorprender el hecho que el avance hacía la igualdad entre mujeres y hombres en el campamento era más grande en la vida pública que en la vida privada. Esa ha sido la experiencia de las mujeres en todo el mundo, en todos los países, los pobres como los ricos. Es típico que las crecientes oportunidades para las mujeres en los centros de trabajo no tiene correspondencia en igualdad en el hogar; en todo el mundo, las mujeres se quejan de la doble carga que tienen. Y hay que recordar que pocas mujeres en países pobres gozan del derecho a una igualdad formal en la vida pública como lo tienen las mujeres de esa comunidad.

Además, las diferencias entre hombres y mujeres aquí descritas no implican una jerarquía generalizada de poder y status dentro de la comunidad. En realidad, la toma de decisiones y el liderazgo en el campamento era extraordinariamente bien balanceada entre mujeres y hombres. Ambos tenían casi el mismo número de miembros en las instancias de dirección y comisiones de todo tipo y nivel, y la participación

de las mujeres era lejos de ser simbólica o detrás del escenario. Como en la comunidad había mucho más mujeres que hombres, la representación equitativa tal vez, a primera vista, no parecía cosa tan significativa. Sin embargo, dado el trasfondo de esta gente -y el hecho real que, en situaciones similares, los hombres muchas veces continúan dominando, aun cuando son minoría- consideramos que la representación equitativa tiene un importante significado simbólico. Y la verdad es: esas mujeres ejercieron un liderazgo real. En reuniones pequeñas así como asambleas grandes, ellas jugaban un papel fuerte y visible, expresando públicamente sus posiciones y orientando activamente el proceso. El modo lento e indeciso de los refugiados, reflejo de sus orígenes campesinos, indudablemente abría espacio para que las mujeres hablaran y participaran, en un fuerte contraste al estilo rápido y agresivo muchas veces requerido en Estados Unidos o Europa para participar en reuniones.

Los convivios de bienvenida para visitantes extranjeros, con música y discursos de miembros de la comunidad y de los invitados, normalmente eran presididos por mujeres, así que su papel fuerte en la comunidad era inmediatamente visible para los forasteros. Cuando los refugiados organizaron una confrontación masiva con funcionarios de ACNUR para desafiar las reducciones de los abastecimientos, las mujeres gritaron preguntas y protestas juntos con los hombres. Y fue una mujer que, en noviembre de 1989, estuvo a cargo de la primera repatriación, conduciendo un grupo de 700 refugiados en su marcha de regreso a El Salvador, en una maniobra audaz sin permiso formal de las autoridades ni de El Salvador ni de Honduras. Antes, todo esto hubiera sido imposible; después de las experiencias de Colomoncagua, se ha vuelto normal.

Las mujeres llegaron a Colomoncagua como típicas campesinas salvadoreñas, confinadas y sumisas porque eran mujeres. Salieron como compañeras, como socias en una experiencia nueva y compartida, impacientes a iniciar sus nuevas vidas en El Salvador.

## LA RELIGION

"Antes de llegar aquí, solía rezar el rosario. Pensaba que Dios estaba en el cielo y me iba a recompensar cuando muriera. Ahora pienso que Dios está en la comunidad".

Como la mayoría de los salvadoreños, la comunidad de refugiados es casi completamente católica, ya la religión tiene un gran significado para muchos de ellos. En El Salvador, monjas y sacerdotes e incluso un arzobispo habían abrazado su causa, muriendo en su nombre, como mártires. La Iglesia Católica dio respetabilidad a su demanda de justicia social y les ofreció la protección y el consuelo que pudo.

Pero no era la misma Iglesia de sus padres y abuelos, que tradicionalmente se aliaba a las élites y que no prestaba mucha atención a los pobres. Era un catolicismo nuevo nacido de la teología de liberación, el movimiento de reforma que se extendía en toda América Latina en los años

70 y 80. Inspirada de los teólogos Leonardo Boff de Brasil y Gustavo Gutiérrez del Perú, alimentada por la política de liberalización del Segundo Concilio Vaticano de 1962 y confirmada por las conferencias episcopales de América Latina en Medellín, Colombia, en 1968, y Puebla, México, en 1979, la teología de liberación afirma que la Iglesia tiene que ponerse al lado de los pobres y preocuparse de asuntos terrenales como la injusticia y la opresión. Regresando a antiguas prácticas y enseñanzas cristianas, esta teología radical pone el énfasis en la igualdad de todos los hombres ante Dios y la santidad de la comunidad humana. Rechaza la naturaleza jerárquica del catolicismo tradicional en favor de una visión más democrática de la comunidad de creyentes.

Propagándose como reguero de pólvora entre los pobres en muchas regiones de América Latina, la teología de liberación era extremadamente popular en El Salvador. Comunidades cristianas de base, grupos de creyentes con líderes laicos que proveían una instrucción religiosa basada más en el diálogo y la discusión que en la doctrina y el ritual, se convirtieron en focos de organización comunitaria tanto en el campo como en las ciudades. En esos grupos, la gente discutía el significado de la biblia para sus propias vidas, y encontraban en ella inspiración para sus sufrimientos y la esperanza de una nueva sociedad más justa. Muchas veces, esas comunidades no sólo eran estructuras para el culto y la reflexión espiritual, sino también vehículos para construir comunidades cohesionadas y para movilizar a la gente a la acción. La teología de liberación representa un igualitarismo radical en la práctica religiosa y en la vida social y económica; aceptarla implicaba cambiar su enfoque de la salvación personal hacia la liberación de la comunidad.

En un sentido muy real, la comunidad desarrollada por los refugiados en Colomoncagua representaba la encarnación de los valores de la teología de liberación. Aquí, vivían juntos en armonía e igualdad, compartiendo lo poco que tenían para responder a las necesidades de todos, fomentando la participación de cada uno y dando valor a las preocupaciones de todos. Sin embargo, su comunidad era secular. La ideología religiosa ciertamente proveía inspiración y orientación y era fuente de fuerza para que los refugiados se sostuvieran, pero las estructuras sociales que crearon no tenían característica teológica. La administración era separada de la práctica religiosa; las referencias y el vocabulario religioso eran parte del discurso diario solamente de algunos miembros de la comunidad. Había un núcleo activo de organizadores religiosos y gente que atendía misa de manera frecuente, pero también había un grupo grande que se confesaba católico, pero que no se involucraba en actividades eclesiales. Había una pequeña minoría de protestantes y unos cuantos que no eran creyentes. Pero para todos esos grupos la teología de liberación significaba una inspiración social y humana, y todos trabajaban juntos en armonía.

Las necesidades espirituales de la comunidad se satisfacían de varias maneras. El culto formal, incluyendo las misas, estaban al cargo del sacerdote del campamento, al principio, el padre Miguel, un español, quien sirvió a la comunidad por varios años y después fue sustituido por el padre Dennis, un jesuita de la ciudad de Nueva York. Los grupos de base del refugio trabajaban con el sacerdote y proveían su propio liderazgo religioso: primero, los Delegados de la Palabra, catequistas laicos (hombres o

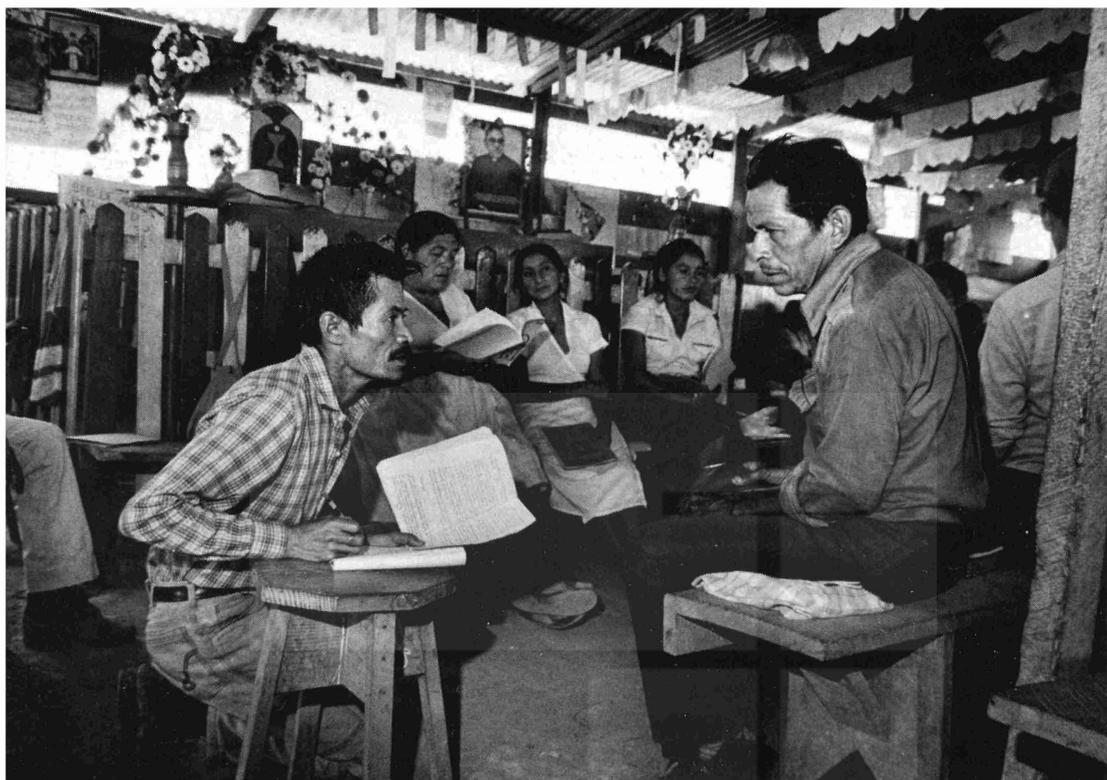


*Misa dominical.*

mujeres) quienes asistían en la misa, hicieron celebraciones de la palabra en la ausencia de Dennis, y conducían los estudios de la biblia. Además había la Congregación de Hombres Cristianos por la Paz, una organización establecida por el Padre Dennis en 1987 para hombres "comprometidos a una vida cristiana en palabra y hecho", y el Comité de Madres, una organización correspondiente de mujeres que, entre otras cosas, manejaba las guarderías y se preocupaba de los más de 200 huérfanos en el campamento, a los cuales ubicaron en familias de refugiados. Además, los niños recibían regularmente lecciones de catecismo, dentro de las actividades organizadas por los coordinadores de niños.

"Originalmente, nos juntamos como extraños", explicó un miembro de la Congregación de Hombres Cristianos por la Paz, hablando tanto de su grupo como de la comunidad de refugiados en general.

En nuestro país, éramos católicos, pero no teníamos la oportunidad de entender que significaba la religión. Los padres nos leían la misa y los rezos, pero nunca realmente comprendimos nada sobre la biblia; no podíamos tomarla y leerla para analizar como Dios quiere que vivamos en el mundo. En la misa, los únicos que hablaban eran los padres, y hablaban en otro idioma. Nosotros no conocíamos los principios de lo que Dios quería. Aquí en el exilio, hemos sido capaces de hacer la biblia más clara, de acuerdo a

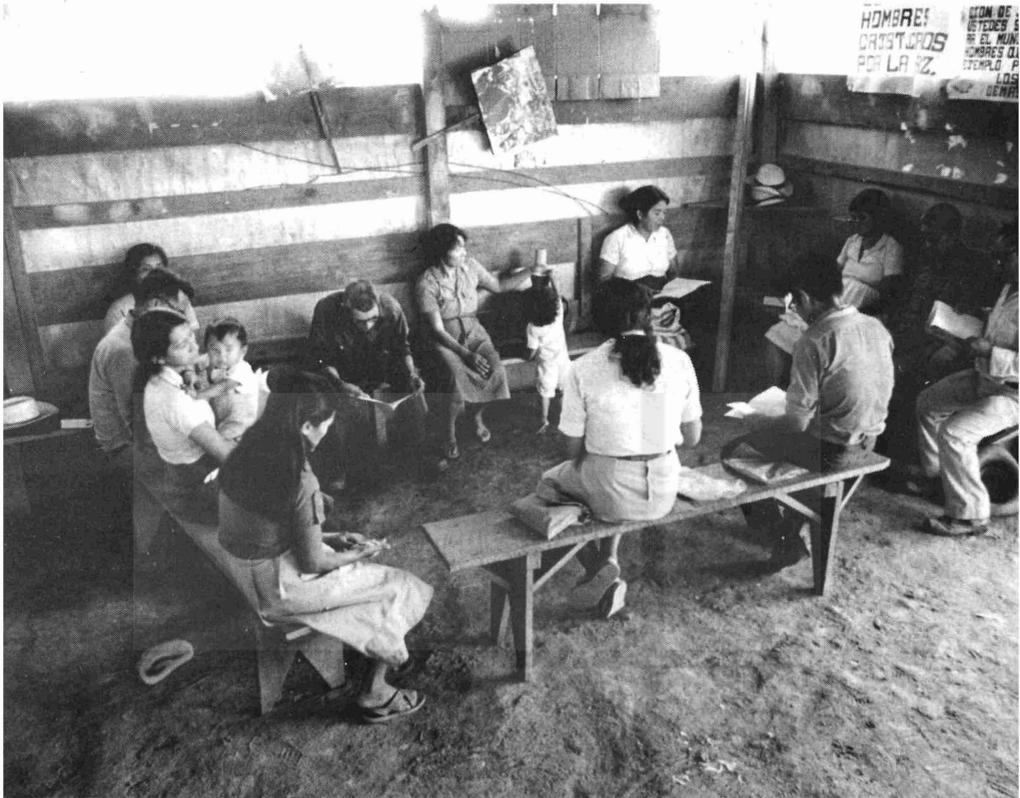


*Reunión de delegados de la palabra, activistas laicos.*

nuestras discusiones. Por esa razón, nos sentimos más contentos, sentimos amor uno al otro, y nos juntamos como hermanos.

Otro miembro de la Congregación le asistió: "Aquí hemos sido capaces de crecer. En nuestras organizaciones, tenemos la oportunidad de hacer propuestas, entre nosotros y hacia países que son solidarios con nosotros. Abrimos caminos de comunicación. Aquí nos han visitado sacerdotes y se llevaron con ellos esas experiencias nuestras. Cuando vivíamos en El Salvador, hablábamos sobre la Iglesia, pero no la practicábamos, todo era individual, nada en comunidad. Aquí ha sido diferente. Soñamos que vayamos a ser los mismos cuando regresemos".

Las reuniones semanales de la Congregación en cada subcampamento combinaban el estudio de la biblia con amplia educación política, analizando folletos, por ejemplo, sobre la historia de Centroamérica o los derechos humanos. El líder leía un párrafo, en voz alta, y entonces provocaba una discusión sobre el contenido de lo leído. Para ellos, esa era la manera que "celebraban" su trabajo. Las discusiones enfocaban temas como el peligro de la codicia, la dominación del hemisférico por Estados Unidos, y la manera en que los ricos explotaban y se aprovechaban de los pobres. Cuando se leía la biblia, los hombres se incorporaban respetuosamente, y



*Reunión de delegados de la palabra, activistas laicos.*

varias veces durante la reunión, la congregación se levantaba y cantaba himnos. Una vez al mes, los líderes de la congregación de cada subcampamento se juntaban para planificar sus actividades.

Los delegados de la palabra tenían un concepto similar de trabajo, aunque este grupo estaba compuesto de hombres y mujeres y proveía un liderazgo religioso más amplio a la comunidad, trabajando juntos con el clero o en su ausencia. Los delegados también estaban organizados a nivel de subcampamento, y los líderes de todos los subcampamentos tenían frecuentes reuniones para su propia instrucción y para planificación.

\* \* \*

Un domingo en agosto, la reunión matutina de los delegados de todo el refugio tiene un invitado especial: el padre Dennis estaba acompañado de un sacerdote jesuita de El Salvador, el padre Segundo Montes, quien de vez en cuando había visitado el campamento y a quien los refugiados querían bastante. La sesión se desarrolla como un seminario: los aproximadamente 60 hombres y mujeres están sentados, con las libretas sobre las piernas,

escuchando a los dos sacerdotes que dan una presentación informal, para después dispersarse en grupos pequeños para la discusión. Antes de empezar, en la pizarra se escribe la agenda y se cuenta a los presentes para asegurar almuerzo para todos. El clima es serio y sojuzgado, mas sin embargo relajado y acogedor.

La reunión enfoca el quinto mandamiento: No matarás. Se leen versículos de Exodo para mostrar la contradicción entre la estricta prohibición de matar dada a Moisés y la frecuente transgresión de esa prohibición, aparentemente con la aprobación de Dios. "¿Qué significa eso?" pregunta el padre Dennis. "¿Cómo es que algunas veces la biblia dice que es necesario quitar una vida humana?".

Una mujer norteamericana, una trabajadora social que trabaja en el campamento como voluntaria jesuita, nos explica que esto es un tema doloroso para la comunidad, ya que muchos de los refugiados no sólo han experimentado el matar, sino han participado en ello, como combatientes en la guerra. Sienten una profunda crisis de conciencia, la cual el padre Dennis está tratando de curar.

Segundo Montes se levanta para hablar, su figura alta, su cabello canoso y su voz grave dándole especial autoridad. "El principio fundamental es no matar", afirma. "Pero hay muchas maneras de matar. Hacer que la gente no reciba medicina o comida, es matar. Un patrón que paga demasiado poco a sus trabajadores para hacer más dinero para él mismo, está matando a sus trabajadores. La norma en toda la biblia es: cualquiera que mata por razones egoístas es pecador. Gente que mata por interés propio, para mantener su poder, está haciendo mal".

Los delegados escuchan atentamente, algunos asintiendo con la cabeza, cuando el padre Segundo continúa: "Si alguien mata en solidaridad con aquellos que han sufrido, el testamento antiguo siempre lo defiende cuando no hay otro camino. Incluso la constitución de El Salvador de 1952 dice que el pueblo tiene el derecho a la rebelión. Lo más importante es la vida. Si una lucha pacífica no ha ayudado, entonces tomar las armas es defender la vida. La autodefensa siempre se reconoce como justa, incluso cuando significa que alguien muere. Esa es la contradicción que aparece en la biblia".

El padre Dennis pide al grupo expresar sus reacciones y dar sus puntos de vista. Surgen varias preguntas -si la pena de muerte es correcta, sobre los móviles del discípulo que traicionó a Jesús, sobre las razones por las cuales la Iglesia salvadoreña se encuentra dividida. "¿No es verdad", dice un anciano, "que los obispos no están en favor de los pobres? ¿Cómo es posible, no estudian la misma biblia?" El padre Dennis le contesta recordando que no todos tienen el mismo punto de vista: "La persona que no escucha el clamor de los pobres no puede comprender las leyes de Dios". El padre Segundo señala que algunos líderes de la Iglesia tienen miedo:

Ellos ven lo que pasó a Monseñor Romero. Otros no quieren que les quiten su poder. Han olvidado sus propósitos. Lo mismo pasó en los templos de la biblia, los sacerdotes terminaron defendiendo el templo, olvidándose del pueblo. Porque viven con los privilegiados, olvidan a los pobres. Hay otros que no han superado la noción de que todo lo que es marxismo es malo. Los dirigentes de la guerrilla son marxistas y también cristianos, pero

ellos no pueden aceptar eso. Los ven con sospecha, como una amenaza a la Iglesia. No es la verdad, pero es como si tuvieran cataratas, les nubla la vista.

"Algunos de los dirigentes eclesiales pueden tener orígenes humildes", continúa Montes, "pero se volvieron privilegiados, como los oficiales del ejército. Espero que la misma cosa no les pase a ustedes", bromea, "porque esas cosas pasan. Dirigentes sindicales, por ejemplo, consiguen una mejor posición, quieren ir a Estados Unidos, y olvidan sus raíces. Esto pasa, con dirigentes del gobierno, con sacerdotes. Así somos".

Hay una discusión general sobre las complejidades morales que resultan del hecho que hombres son reclutados forzosamente al ejército salvadoreño y obligados a matar. El grupo está de acuerdo de que Dios comprende mejor a los reclutas que a sus superiores, quienes sí tienen otras alternativas. Y por otra parte, señala alguien, puede haber gente que lucha por razones malas; tal vez se incorporan a la guerrilla sólo porque quieren matar soldados, y los van a matar aun cuando podrían capturarlos.

Después de un descanso de cinco minutos, la asamblea se disuelve en grupos de discusión más pequeños. Este formato, con su énfasis en el intercambio de ideas, era desconocido para la mayoría de los refugiados antes de que llegaran a Colomoncagua. Estaban acostumbrados a escuchar y seguir instrucciones, no a tomar decisiones para ellos mismos. Todavía están en proceso de aprender a participar y tienen que practicar a hablar con voz suficientemente alta para que los demás los puedan escuchar. En los pequeños grupos, las discusiones arrancan con vacilación, pero después se vuelven más fluidos. En tono sereno, hablan sobre el sufrimiento que su pueblo tuvo que resistir, especialmente de la pobreza, y cómo eso representaba una especie de violencia contra la cual tenían el derecho de levantarse. Algunos toman notas, para después poder reportar a la asamblea plenaria. Unos 45 minutos después, los grupos pequeños se vuelven a unir en sesión plenaria, cada grupo dando un resumen de los puntos tocados. Entonces, es tiempo para el almuerzo, y los Delgados hacen fila para lavar sus manos y caminan al centro de nutrición para compartir la comida.

\* \* \*

Durante la misa, cientos de gentes llenan uno de los cuatro simples edificios que sirven de capillas en el campamento, algunos sentados en bancos rústicos, otros parados. Había dos misas cada domingo, rotando entre los subcampamentos, así como los días de navidad, año nuevo y otros días especiales. Del techo cuelgan pedazos decorativos de papel de colores para dar al lugar un aire de fiesta. Las mujeres están en mayoría aquí, muchas de ellas de edad, sus cabezas cubiertas con pañuelos o mantas. A los bebés se chinean y amamantan cuando lloran, y los niños pequeños observan atentamente, con los ojos muy abiertos. Hay una buena porción de música en la ceremonia; toca el conjunto del campamento, el violín cantando con las voces del coro de niños. Los pasajes de la biblia los leen delegados y otros miembros de la comunidad. Algunos apenas han aprendido a leer y les cuesta. Todos escuchan con paciencia y apoyan con

saludos de cabeza. Los delegados, pasando por las filas, distribuyen las hostias para la comunión.

El sentimiento comunal es fuerte, y se vuelve aun más intenso cuando entonan la canción "Dame la Mano" y cada quien extiende la mano a los que le rodean. Sus voces son claras y fuertes:

No importa de qué raza seas,  
pobre o rico, Cristo te llama,  
si tu corazón es como el mío  
dame la mano y seremos hermanos.

## LOS NIÑOS

"Mire los niños no pelean. Han aprendido a vivir. Aquí tenemos un ambiente que los anima a vivir como hermanos".

Lo primero en que cualquier visitante a Colomocagua se fijaría es en los niños. Montones de niños curiosos le seguirían por todas partes, algunos tímidamente, de distancia, otros más audaces, estrechándole la mano o orgullosamente exhibiendo que habían aprendido el nombre del visitante: "¡Hola, Esteban!". La vida parecía despreocupada, con niños vagabundeando por todo el campamento, casi siempre en grupos, jugando, platicando, riéndose. Metían sus cabezas en las puertas, curiosaban por las ventanas, los ojos brillantes, produciendo sonrisas enormes cuando alguien les prestaba atención. A veces se volvían demasiado intensos, molestando a los adultos, quienes entonces les gritarían o les harían gestos amenazantes, pero raras veces habían enojos o golpes reales. En general, los adultos se portaban bastante pacientes, amables y cariñosos con los niños.

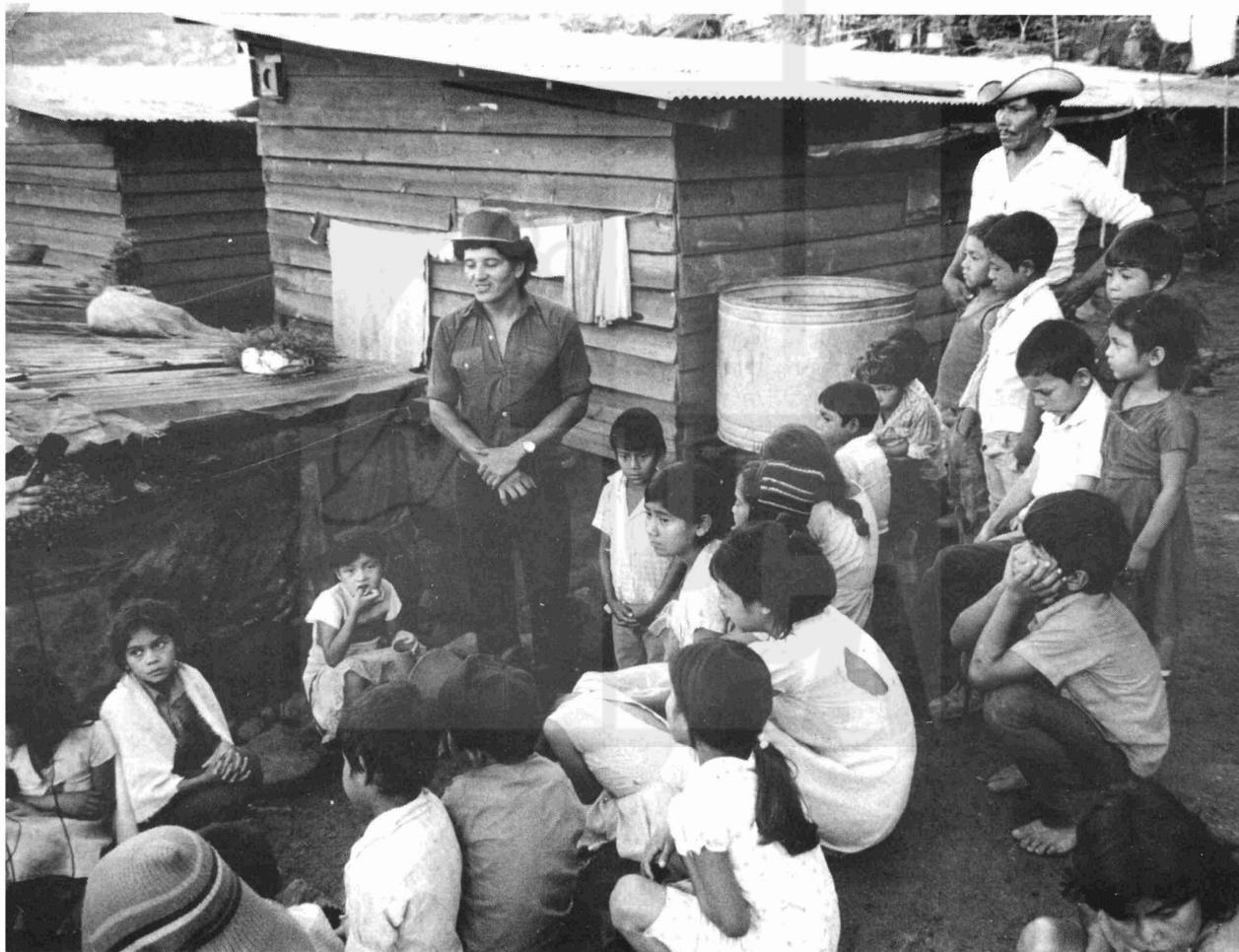
En el campo salvadoreño, los niños no actúan así, explicaron los refugiados. Allá, los niños viven más aislados uno del otro, usualmente teniendo sólo a sus hermanos o primos de compañeros, y son más tímidos, especialmente con forasteros. Los niños salvadoreños normalmente son bastante temerosos y obedientes con los adultos, temiendo la disciplina estricta de sus padres.

"Hemos aprendido a ser padres diferentes a los padres nuestros quienes nos castigaban mucho", dijo un hombre de mediana edad y padre de cuatro niños. "Nuestros niños están aprendiendo y nosotros estamos aprendiendo cómo enseñarles, así que ambos estamos aprendiendo. Estábamos acostumbrados a usar mucho el cincho, pero es como si hemos aprendido en otras áreas: si se mete la gente en la cárcel, salen peores. Así que queremos encontrar otro camino".

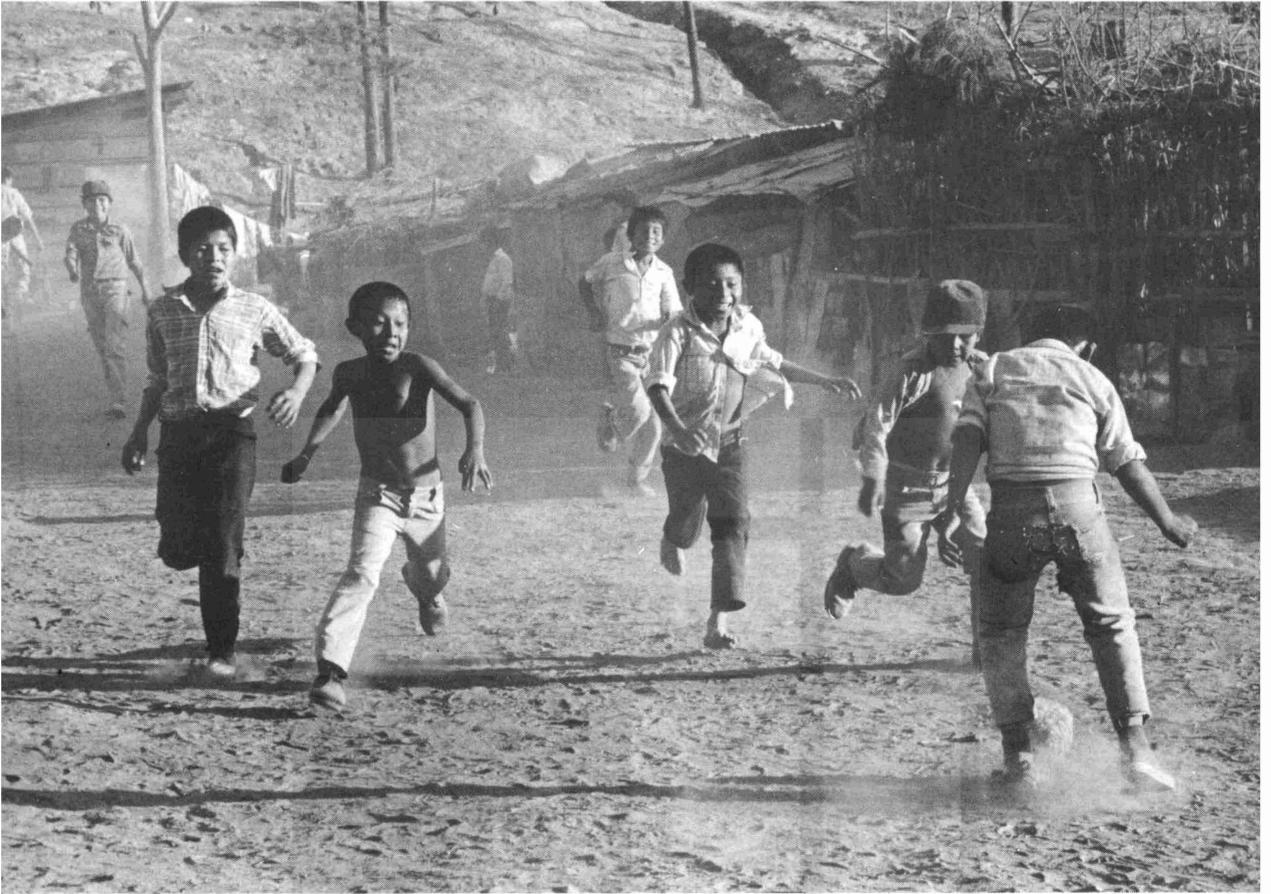
Durante su período en el exilio, los refugiados reflexionaban sobre este nuevo camino de educar a los niños. Los niños dejaban de ser la responsabilidad sólo de sus padres; ahora, la comunidad tenía un interés en su comportamiento y en cómo eran tratados. Se abrieron guarderías para los infantes y niños pequeños, y se seleccionaron coordinadores de niños para

organizar y supervisar las actividades de los niños mayores, así que las mujeres efectivamente se liberaron del peso de cuidarlos. Como en tantas áreas de su vida, el método de los refugiados era desarrollar, mediante discusiones y reuniones, una concepción común sobre cómo lidiar con los niños. Se hacían sesiones de orientación, para que los aproximadamente 100 personas en el campamento que trabajaban con niños pudieran hacerles sugerencias a los padres sobre cómo tratarlos. La paciencia y orientación suave tenían preferencia por sobre la coerción y el castigo.

Una joven madre explicó: "En el pasado, cada quien criaba sus propios niños de la mejor manera que podía. Pero aquí, los cipotes se organizan desde muy corta edad. Hablan de las cosas, sobre la vida, sobre la nueva forma de vivir, sobre organización, nosotros nunca pensábamos sobre cosas como estas". Otra mujer joven con tres niños explicó la eficiencia de los nuevos métodos: "Los padres tenemos el derecho de darles consejos a nuestros niños. Al mismo tiempo, los coordinadores hablan con los niños sobre no pelear, sobre disciplina. Entre los dos, hemos logrado poner fin a



*Los niños de Limón II, en su mitin sectorial en la madrugada.*



*Los salvadoreños son locos por el fútbol. Estos cipotes están jugando con una pelota hecha de trapos y pita.*

los pleitos".

Su padre atribuyó este logro a la consistencia de la orientación que los niños recibían en el campamento: "Aquí, la enseñanza es una cosa unificada. Los instructores en la escuela les dicen que no peleen, que vivan aquí como hermanos. El coordinador de niños les dice la misma cosa, y también los padres. Así que hay una unidad en todos los mensajes que reciben. Los padres están teniendo una idea nueva de cómo lidiar con los niños, de no castigarlos, de decirles qué hacer".

Todas las mañanas excepto domingo, a las cinco cuando los gallos se calmaban de su canto de madrugada, los coordinadores de niños de cada vecindario caminaban por los pasajes, tocando una pequeña campana para juntar a los niños para las actividades matutinas. Había un horario: dos veces a la semana había clase de catecismo, otros dos días, juegos y deportes, y los restantes dos días eran para reuniones. Las actividades no se prolongaban más de una hora, antes de la escuela o el trabajo. La participación era voluntaria y usualmente anticipada con entusiasmo; era la hora especial de los niños, una manera de comenzar su día en la comunidad.

\* \* \*

En la clase de catecismo hay unos 60 cipotes, entre cuatro y diez años de edad, sentados en un círculo, escuchando al líder quien está leyendo en voz alta de su libreta. "¿Cuál es el camino correcto?" pregunta en el estilo de recitación de la pedagogía católica. El líder provee las respuestas igual que las preguntas: "Vivir en fraternidad y comunidad, amarse verdaderamente uno al otro. Seguir el primer mandamiento significa amar a tus prójimos. ¿Qué es justicia? Justicia es estar con la comunidad, no permitiendo que pasen cosas malas, como la guerra. ¿Qué es injusticia? Injusticia es miseria e ignorancia y pobreza y guerra".

Los niños están medio escuchando, medio inquietos, como si estuvieran en la escuela, a veces riéndose entre ellos, pero los adultos no los regañan ni insisten que estén quietos. "Espero que todos estén escuchando", les dicen. "Poquito por poquito lo van a aprender. Aprender significa no sólo las palabras; vamos a ver si van a vivir así, todos los días... Porque cuando regresemos a nuestro país, ahí van a estar niños de Morazán, y ellos van a ver a los niños de Colomoncagua, ¿qué clase de ejemplo van a ser ustedes?" Cuando el maestro ha terminado, los niños se forman a enumerarse, para saber cuántos han asistido, y después todos marchan a la cocina para recibir una taza de leche (si hay) o atol.

Los adultos parecen despreocupados de que los niños sean inquietos y no pongan atención, tal vez porque saben que las lecciones serán repetidas tantas veces y en tantos contextos diferentes que inevitablemente van a penetrar. Su paciencia también viene de una aceptación de los niños como realmente son, en vez de imponer una disciplina artificial o expectativas no realistas.

\* \* \*

El fuerte papel que jugaba la comunidad en estructurar la vida de los niños en el campamento, sin ninguna duda, surgió como respuesta a la situación potencialmente caótica de una concentración juvenil tan grande en un espacio confinado y a veces peligroso. En el campamento habían más niños que adultos, ya que tener muchos niños era casi tan común aquí que allá en El Salvador. Pero los niños no podían vagabundear por donde les daba la gana por el peligro que representaban las patrullas de soldados hondureños, quienes tenían fama de atacar y capturarlos. Las condiciones de vida en un campamento tan densamente poblado, haciendo virtualmente inexistentes los espacios privados, combinados con una vida social altamente organizada -donde el trabajo, la escuela, las reuniones y otras actividades de grupo llenaban el día tanto de los adultos como de los niños- significaban que la vida comunitaria, hasta cierto grado, sustituía la vida familiar. Esto no significaba que la familia no era importante -de hecho, los vínculos familiares eran muy fuertes entre los refugiados- sino más bien que los niños pasaban más tiempo con sus compañeros, en juegos informales o en las actividades sociales organizadas en el campamento, que con sus

padres, y la gente pasaba más tiempo en grupos grandes que en sus unidades familiares.

En realidad, los programas y las estructuras para niños se convirtieron en medidas de socializarlos hacia un vida comunal y de construir una conciencia colectiva. Los refugiados acostumbraban a sus niños conscientemente y desde temprana edad a una vida social arraigada en discusión y acción colectivas, y en hacer esto, los tomaban en serio como miembros de la comunidad. Los niños en Colomoncagua constituían un sector, una especie de grupo de interés demográficamente definido, como las mujeres, los hombres, los jóvenes, los lisiados, quienes tenían sus reuniones regulares y separadas para discutir sus problemas. De esta manera, la comunidad formalmente estableció la niñez como propio sector con sus propias necesidades, derechos y responsabilidades. Aunque las reuniones de los niños eran más bien dirigidas por adultos, proveían a los niños un sentido concreto de su importancia y propósito en la vida de la comunidad.

\* \* \*

Alrededor de 50 cipotes atienden un mitin de niños a las 5:30 de la mañana, algunos de no más de dos o tres años, acompañando a sus hermanos o hermanas mayores. Escuchan cuando un coordinador, un hombre joven de modo benévolo, habla de la importancia de cuidar los bienes de la comunidad. Repetido con dulzura y persistencia, el mensaje al fin queda entendido. El problema específico es el daño que se causa jugando en áreas recién cultivadas, pero el tema más al fondo es el papel de los niños como miembros de la comunidad. Tenemos que cuidar las plantas, no podemos ir y arrancar o fregarlas. Ahora, ¿cómo podemos cuidarlas? Con la ayuda de todos, ¿verdad? No es sólo la responsabilidad del coordinador de niños; yo solo no puedo cuidar las plantas. Tienen que ser todos. Porque aquí los niños son partes de la comunidad, ¿correcto? Y como toda la comunidad ha ayudado a sembrarlas, todos nosotros tenemos el derecho de cuidarlas. Claro, si como niños comenzamos a cuidarlas, o lo que sea que tengamos, entonces en el futuro vamos a ser mejores jóvenes y adultos quienes cuidan las cosas, y mañana vamos a enseñar esto a los demás.

El coordinador asegura a los niños que sus necesidades son igualmente importantes. "Tenemos que arreglar un lugar donde puedan jugar, porque entendemos que jugar es una cosa de recreación que mantiene los ánimos. La cosa importante, repito, es tratar de ayudarse uno al otro. Si hay un niño haciendo algo que no está bien, tienen que corregirlo, y no esperar que sea el coordinador de niños el que viene y lo corrige. ¿Están de acuerdo?" Aquí unos pocos niños responden: "Sí". El hombre sigue insistiendo: "Entonces, ¿están de acuerdo? Parece que sólo unos cuatro de ustedes están de acuerdo. ¿Están de acuerdo?" Entonces, con una sonrisa y entusiasmo gritan: "¡Sí!".



*Niñas peleando por la pelota en un partido improvisado de balonmano.*

\* \* \*

El papel de los coordinadores de niños incluía más que conducir mitines y organizar actividades; se hacían cargo de todos los problemas de los niños. Cuando un niño resultaba herido o enojado, los coordinadores intervenían, buscando a los padres del niño si era necesario. Calmaban a los niños cuando hacían relajo, corriéndolos de donde estaban haciendo maldades. Como la vida en el campamento estaba estructurada de manera bastante libre, con niños -incluyendo los pequeños- vagabundeando para arriba y abajo todo el tiempo, el servicio de estos coordinadores era un factor crítico para asegurar un ambiente de seguridad para los niños.

Lo más extraordinario era que en Colomncagua nunca se veían niños peleando o jugando a la guerra. La importancia de este hecho no debería subestimarse. Se trataba de un grupo de 8,400 personas, casi las dos terceras partes niños, quienes vivían desde nueve años en circunstancias incómodas, de pobreza, cercados por soldados hondureños y perseguidos por sus recuerdos a la guerra. Hubiera sido natural, bajo esas condiciones, ver a los niños metidos en juegos de guerra o peleando entre ellos, así como los niños en Irlanda del Norte o el Medio Oriente, o en los pueblos de El Salvador, imitan la violencia que los rodea. Pero, eso no ocurrió en Colomncagua, un

hecho confirmado por nuestra observación y por entrevistas con refugiados y con personal internacional que había vivido por años en el campamento.

Un dirigente de los refugiados explicó que, cuando primero llegaron al campamento, los niños comenzaron a imitar a los soldados hondureños, y que los refugiados estaban preocupados. ¿Qué podían hacer? Como en el caso de tantos otros asuntos en esa comunidad, trataron el problema mediante discusiones en los vecindarios, en los grupos de hombres y de mujeres, y en las reuniones de niños. Mediante una combinación de una presión social suave y un sentimiento fuerte de valores compartidos, la comunidad logró guiar a sus niños y apartarlos de la violencia.

No es que los niños de Colomoncagua hayan sido angelitos. A veces eran traviesos y no ponían atención a nada; los pequeños de vez en cuando gimoteaban y se agitaban y peleaban, como los niños en todo el mundo. A veces, los cipotes podían ser intrusos, y algunos adultos sentían que necesitaban más disciplina y control. Pero los niños evidentemente era una parte bienvenida de la vida comunitaria en el campamento, plenamente integrados en el tejido de actividades compartidas, tareas y recompensaciones. Los niños participaban en los talleres, asistían a las



*Una asamblea comunal con representantes de ACNUR, en agosto de 1989, en Copinol.*



*Retrato hecho en el campamento de Colomoncagua.*

reuniones, y apoyaron en numerosas ocasiones: haciendo cola para recibir la asignación de carne de su familia, descargar los camiones de leña, distribuir pollos a todos los hogares (llevándolos orgullosamente, agarrándolos de las patas, cabeza abajo y aleteando). Incluso hacían sus propias marchas de protestas, llevando banderas y mantas para presionar por una repatriación pacífica o por el fin de la represión que sufrían por el ejército.

Y los niños se cuidaban mutuamente, exhibiendo niveles sorprendentes de cariño y responsabilidad. Si un niño pequeño que todavía no sabía caminar bien lloraba, otro niño lo consolaba; tanto cipotes como cipotas llevaban o cuidaban a los más pequeños. Los adultos les definieron a los niños expectativas claras y consistentes en el campamento, proveyéndoles dirección y liderazgo, pero entonces, les dieron un gran espacio de libertad para resolver sus propias disputas, diseñar sus propios juegos, encontrar su propios placeres. Y los cipotes respondieron bien. Para muchos de ellos, la vida en el campamento era su mundo entero. Era un mundo de privaciones y confinamiento, pero también un mundo de solidaridad, responsabilidad y respeto. Eran los nuevos ciudadanos de una nueva sociedad, de la tierra prometida.



SOMOS LA ALTERNATIVA  
PARA EL FUTURO  
DE EL SALVADOR

## LA TRAVESIA POR LA FRONTERA EL RETORNO A EL SALVADOR

---

En el fondo de nuestros corazones, siempre existía el deseo de regresar. Los años pasaron y la paz no apareció, y llegó el momento para decidir de ser partícipes en la construcción de la paz.

Hasta mayo de 1989, los refugiados mantuvieron su determinación de quedarse en el campamento en Colomoncagua. Durante años habían resistido la presión del gobierno y ejército de Honduras y de ACNUR de reubicarlos en el interior de Honduras, de trasladarlos a otros países, o de repatriarse. Su posición era simple: ellos eran refugiados de guerra; querían regresar, pero hasta que en El Salvador hubiera condiciones de paz y seguridad para que pudieran retornar. Además, regresar antes de que la guerra terminara y se estableciera la paz, permitiría al ejército hondureño ocupar el área como base militar, algo que había querido hacer desde hacía varios años. La militarización del campamento completaría un cadena de bases a lo largo de la frontera y también eliminaría la presencia internacional que el campamento proveía a la zona fronteriza. Estos acontecimientos permitirían una creciente cooperación militar entre Honduras y El Salvador y así prolongarían la guerra.

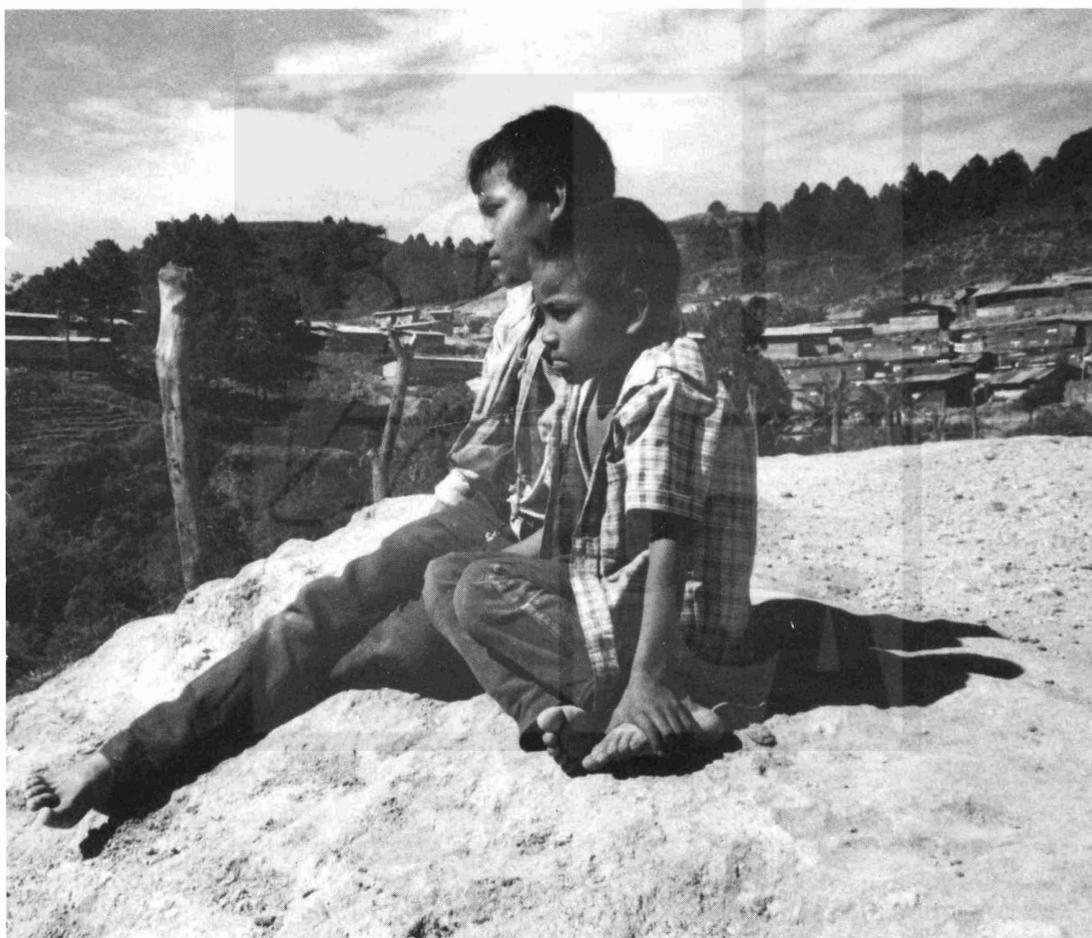
En los primeros meses de 1989, la posición de la comunidad cambió. A finales de mayo, ACNUR auspició la primera Conferencia Internacional sobre los Refugiados en Centro América (CIREFCA), celebrada en Guatemala. Se invitaron gobiernos, organizaciones no gubernamentales, agencias humanitarias y académicos, pero no a los refugiados. Aunque no estaban directamente representados, la comunidad de Colomoncagua mandó un mensaje en el cual presentaron una nueva posición. En vez de reiterar su llamado por apoyo internacional para su determinación de no regresar hasta que en El Salvador existieran las condiciones necesarias, solicitaron ayuda para lograr esas condiciones. En ese documento, empezaron a hablar públicamente sobre el regreso a Morazán, pero en comunidad. Esta discusión desató el deseo de retornar, reprimido por los refugiados desde diciembre de 1980, cuando la primera gente que arribó pensó que iban a quedarse para una o dos semanas hasta que se calmaran las cosas en casa.

*Páginas anteriores: Manta en la ceremonia de inauguración de la Ciudad Segundo Montes.*

## RETORNANDO A CANAAN

En agosto de 1989, la comunidad ya estaba decidida a regresar, y proyectó la posibilidad de hacerlo antes del fin de año; la idea de un retorno inminente rápidamente se convirtió en un elemento abrumador y dominante en la conciencia de la gente en todo el campamento, a pesar de las bombas que todavía se escuchaban desde el otro lado de la frontera. Casi cada conversación incluía alguna referencia al retorno, lo que normalmente evocaba grandes sonrisas y aprobación entusiasta. El estado de ánimo era de expectativas y optimismo, y de preparación para una transición difícil.

¿Cómo podemos comprender este cambio profundo y dramático en la posición de la comunidad? "Ya no podemos ser observadores; tenemos que regresar y ser actores", explicó uno de los dirigentes del campamento. Detrás de esa expresión aparentemente simple se encontraba un contenido complejo y crecientemente urgente, el resultado de varios sucesos internos y externos. Dentro del campamento, los acontecimientos del año anterior -



*En enero de 1990, estos dos muchacos descansan de su juego, con vista a la quebrada y los subcampamentos.*



*Misa al aire libre en Limones, Navidad de 1989. Cuando el campamento estaba empacando para el retorno, las capillas se convirtieron en bodegas.*

la consolidación de la nueva estructura administrativa; una creciente confianza en su propia capacidad, basada en numerosos éxitos y logros en lo económico, social y político; y la comprensión que no había mucho más que podrían lograr mientras no estuvieran en una posición de trabajar en función de la autosuficiencia económica (lo que resultaba imposible en Honduras) hizo aparecer el regreso como una conclusión casi inevitable. Los refugiados sintieron que el próximo reto que enfrentaban era transferir lo que habían logrado en el ambiente duro, pero asilado y subvencionado, del campamento a la realidad de la sociedad campesina de El Salvador, y volverse parte de la economía nacional, la estructura social y la política. Se sintieron listos para regresar llevándose las habilidades vocacionales, la educación, las habilidades políticas y administrativas que habían desarrollado. Según su propia descripción, ellos habían llegado como refugiados aterrorizados, analfabetos, atrasados y miserables; ahora estaban listos a retornar como personas preparadas para cooperar, con confianza en sus capacidades y con experiencias. Entre su población contaban con literalmente cientos de

educadores, docenas de promotores de salud, un montón de trabajadores pastorales laicos y cientos de habilidosos obreros, mecánicos y agrónomos entrenados en técnicas modernas, mujeres experimentadas en liderazgo político, etc. Para seleccionar sólo un ejemplo dramático para este cambio, el regreso de los refugiados elevó el número de maestros de primaria en el Norte de Morazán de unos 20 a más de 400.

Además, y tal vez más importante a largo plazo, traerían de vuelta toda su experiencia en autogestión y administración autónoma así como un modelo altamente desarrollado de vida comunitaria y colectiva, que pensaban era directamente aplicable a las vidas de sus compatriotas, especialmente los campesinos.

Externamente, la elección del gobierno derechista de ARENA en marzo de 1989 dibujó la perspectiva poco alentadora de que la guerra en El Salvador iba a prolongarse por muchos años. Paradójicamente, esta perspectiva contribuyó a la determinación de los refugiados de regresar; la idea de esperar la llegada de la paz comenzó a significar que tal espera iba a ser eterna. El surgimiento de contradicciones dentro de ARENA; el desarrollo de un movimiento opositor mucho más amplio, aunque todavía no orgánicamente unido, en El Salvador; y el impulso de la conferencia de CIREFCA que indicaba el interés internacional en los movimientos de repatriación, todo esto fue sumando apoyo directo e indirecto a la idea de retornar pronto. La conferencia cumbre de los presidentes centroamericanos en Tela, Honduras, en los primeros días de agosto fue un acontecimiento importante para la paz en la región y demostró el aislamiento y la debilidad diplomática del gobierno de Cristiani. En el campamento, se percibió la cumbre como una señal alentadora. Y al fin, los nuevos movimientos hacia negociaciones entre gobierno y FMLN, por muy lejos que pudieron haber aparecido de un progreso real, agregaron más impulso a la idea del retorno.

La decisión de regresar fue una declaración que los refugiados iban a participar en la lucha para construir un nuevo El Salvador, tanto mediante sus vínculos con la población (muy reducida) que se había quedado en el área de Meanguera, como a través del esfuerzo de reproducir las estructuras y actividades sociales, políticas y económicas desarrolladas en el campamento. Eso era el contenido de "convertirse en actores".

Por supuesto, la comunidad entendió que retornar significaría hacer algunos ajustes serios en su forma de vida. Un problema principal fue que en El Salvador tendrían que incorporarse en la economía de dinero, y esto significaba pensar cómo pagar a los trabajadores y cómo la comunidad iba a continuar satisfaciendo las necesidades de sus miembros no aptos para el trabajo. Un ejemplo de las distintas maneras como empezaron a resolver este problema fue el esquema que diseñaron para administrar la producción de huevos en el nuevo asentamiento. En el campamento, ACNUR proveía el alimento para las gallinas, hasta que cortaron este programa, en agosto de 1989. Los huevos, como todos los alimentos, se distribuían a todo el campamento, con una cuota por persona. Cada quien, independiente de su edad, oficio (o falta de trabajo) o posición, recibía la misma cantidad. Las necesidades especiales de niños desnutridos, mujeres embarazadas, ancianos y otros se resolvían mediante la dieta suplementaria provista por los centros de nutrición. Los trabajadores de la granja de gallinas, igual que cualquier otro en el campamento, no recibían remuneración por su trabajo.

Uno de los planes bajo consideración para el nuevo asentamiento en Morazán era dividir la producción de huevos en tres partes. Una tercera parte iría a los trabajadores, como salario -supuestamente iban a consumir una parte de los huevos y vender el resto. Una tercera parte se vendería en el mercado nacional o regional para obtener fondos para la adquisición de alimento para las gallinas y otras cosas necesarias y para hacer el programa económicamente autosuficiente. La última tercera parte se distribuiría a los niños, ancianos y otros que no podían trabajar.

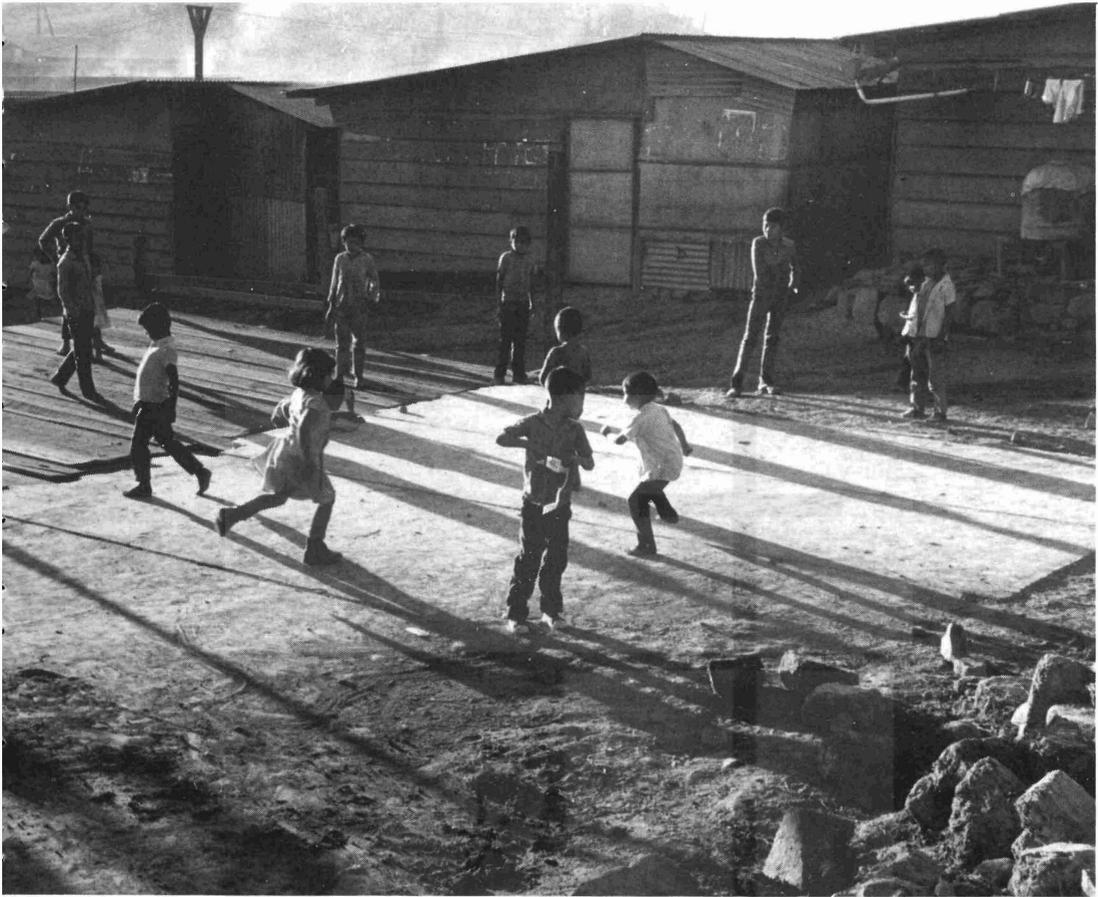
Este modelo plantea un problema interesante. Para poder vender sus huevos, la nueva empresa necesitaría tener acceso al mercado y poder adquirir alimento para las gallinas y otros abastecimientos. Ambas operaciones eran muy problemáticas porque los militares a veces no dejaban pasar los camiones de carga que salían y entraban en el Norte de Morazán. Una de las condiciones que los refugiados propusieron -con éxito- al gobierno salvadoreño era la garantía de libre tránsito y comercio entre la zona y el resto del país.

Los refugiados creían que su retorno iba a contribuir al desarrollo de Morazán, dar un impulso al proceso de paz y, en general, permitirles a reconstruir una "vida real". Pero, para que la repatriación jugara esa función, tenía que ser el retorno de toda la comunidad. En cierto sentido, esto era casi demasiado obvio. Lo que se había creado era una comunidad, no una serie de mejoras individuales. Los talleres y otras instituciones sociales que habían creado dependían de una población que vivía y trabajaba en colectivo.

Además, las formas de relaciones y el apoyo mutuo que eran partes integrales de ese nuevo sentido de comunidad requerían que esa población se mantuviera unida. Uno de los logros en Colomoncagua fue el sentido de responsabilidad colectiva para con todos los miembros de la comunidad. Este tema se planteó en el editorial "¿Porque Regresar en Comunidad?" en su boletín La Esperanza:

Seguidamente nos situamos en el marco de un país con una severa crisis económica con el agravante de una guerra que lleva nueve años... con un desempleo de 40%... con serios problemas en las áreas de salud, educación, vivienda, etc. Cabe preguntarse, entonces: ¿cuáles son las perspectivas reales de subsistencia que tendrían... mil madres solteras con un aproximado de cinco hijos cada una, los ancianos que suman una cantidad de 500... que por la represión u otras causas han perdido sus familiares... y los huérfanos que son 211...? Por todo lo anterior, la necesidad de una repatriación en comunidad, no sólo es determinada por las ventajas concretas que este modelo de vida otorga a los hombres en la resolución de sus problemas; sino porque en las actuales circunstancias del país, no hay un margen para solucionar esos problemas desde una perspectiva individual. Especialmente cuando se trata de una comunidad como la nuestra.

Por esto, los residentes de Colomoncagua insistieron en retornar todos de una sola vez, llevando con ellos cada casa, cada taller, cada establo; cada herramienta y pedazo de maquinaria; sus cerdos y cabras y gallinas, en fin,



*Niños jugando en el piso de cemento del centro de nutrición ya desmantelado de Limón I, diciembre de 1989.*

todo lo que poseían, para reasentarse en cuatro lugares cerca del pueblo de Meanguera. Meanguera está ubicado justo al norte del río Torola, la efectiva frontera entre la parte noroeste de Morazán que estaba bajo control del FMLN y el resto del departamento que estaba bajo control gubernamental. Es una área fuertemente bombardeada y casi despoblada, y casi toda la gente en Colomoncagua era de ahí o lugares cercanos.

En agosto del 1989, llegó al campamento, por primera vez en nueve años, una delegación oficial de El Salvador. Aunque la delegación sólo era para abrir el diálogo y no para negociaciones serias, los refugiados fueron cuidadosamente optimistas sobre el contacto. La gente en el campamento expresó verdadera alegría ante la posibilidad de regresar, y algunos miembros de la delegación gubernamental parecieron genuinamente impresionados de los logros en el campamento (obviamente, el gobierno no tenía ninguna idea clara de lo que estaba pasando en el campamento).

Sin embargo, altos oficiales del ejército salvadoreño ya se habían pronunciado contra el retorno, sobre todo, contra un retorno en comunidad. Aproximadamente una semana después de la visita gubernamental al

campamento, el vicepresidente salvadoreño, Francisco Merino, anunció que los refugiados podían repatriarse, pero solamente en grupos pequeños, dispersándose entre la población o cada uno regresando estrictamente a su lugar de origen. El refugio fue acusado de ser un escondite de guerrilleros y un vivero de futuros guerrilleros, una imagen promovida por el gobierno y el ejército de Honduras así como por los medios de comunicación en Honduras, El Salvador y Estados Unidos.

El 3 de marzo de 1989, el corresponsal Mark A. Uhlig, después de haber pasado un par de horas en el campamento, escribió en el New York Times un artículo que esencialmente reflejó lo que la embajada de Estados Unidos manejaba para la prensa: que Colomoncagua era un lugar temeroso y represivo, una sociedad autoritaria controlada por una pandilla afiliada al FMLN. Distorsiones similares se podían escuchar en una radio latina de Washington, Estados Unidos, y en algunos periódicos europeos, aunque fueron públicamente rechazadas por observadores que habían visitado el campamento y por el personal de las agencias, quienes estaban más familiarizados con la situación en Colomoncagua. Para los refugiados, esto era parte de un esfuerzo de largo plazo de desacreditarlos y tildar de subversivos o terroristas peligrosos a todo la oposición al status quo en El Salvador.

Mientras tanto, en El Salvador, el tema del retorno despertó un gran



*Cargando las láminas de techo sobre los camiones, para el traslado a Meanguera; 4 de enero de 1990.*

interés. En julio 1989, el tema ya estaba casi todos los días en los medios de comunicación. En agosto, ya existía una comisión de apoyo al retorno, una coalición de organizaciones de base y organismos no gubernamentales. Poco después de la visita de la delegación gubernamental, esta comisión también mandó una delegación, conformada por miembros de las organizaciones constituyentes -las Comunidades Eclesiales de Base de El Salvador (CEBES), el Patronato para el Desarrollo Comunal de El Salvador (PADECOES), la Fundación de Autogestión y Solidaridad de los Trabajadores Salvadoreños (FASTRAS), y la Federación Mundial Luterana- para discutir cómo construir un ambiente de apoyo y preparar las condiciones materiales para el retorno.

Aparte de las planificaciones y negociaciones para su traslado, los refugiados tuvieron que enfrentar serios problemas durante el período de espera. El más serio fue una serie amplia de profundos recortes en el presupuesto de ACNUR, consecuencia supuestamente de una desastrosa crisis económica que la organización confrontaba a nivel mundial, con deudas de miles de millones de dólares (durante los ocho años de la administración Reagan, los Estados Unidos no pagó su cuota, correspondiendo a una tercera parte del presupuesto de ACNUR). Los líderes de los refugiados reconocieron los problemas que enfrentaba ACNUR, sin embargo, preguntaron porqué anunciaron estas reducciones drásticas precisamente en el momento que saliera la propuesta de CIREFCA. Ellos sintieron esto como una presión más para que salieran de Honduras, sin importar en qué circunstancias.

En agosto de 1989, cuando la administradora de ACNUR para el Occidente de Honduras vino al campamento, ella explicó, en dos mitines al aire libre atendidos por cientos de refugiados, que los recortes sólo iban a afectar los programas menos urgentes y que no iban a tocar nutrición o salud. La multitud respondió con escepticismo, gritando preguntas como: "Si las gallinas se nos mueren por falta de alimento, entonces, ¿ACNUR nos va a traer huevos?... Si se nos mueren los chanchos, entonces, ¿ACNUR nos va a traer carne?... Si se nos acaba el cuero para zapatos, ¿ACNUR nos va a traer zapatos?... "Si no se han hecho reducciones en medicina, entonces, ¿por qué en los centros de salud ni siquiera hay aspirina?"

Se ha tratado de explicar de diferentes formas los frecuentes conflictos que ACNUR, en todos estos años, tuvo con los refugiados. No encontramos ninguna explicación particular que sea satisfactoria, pero parece que los funcionarios de ACNUR y muchos miembros de su personal de campo se sientan incómodos con la responsabilidad sobre esta población políticamente embarazosa, que no estaba dispuesta a jugar el papel de dóciles y agradecidos recipientes de ayuda, y que insistía en desarrollar su propio camino hacia su propio futuro. Los refugiados querían que ACNUR fuera su abogado ante las autoridades hondureñas; ACNUR se veía más bien en un papel de mediador. Ciertamente, las reducciones en los presupuestos para los talleres, higiene y programas agrícolas ponían seriamente en peligro, de manera inmediata, la capacidad de los refugiados de mantener su comunidad con buena salud y con la moral en alto, y a largo plazo el grado de éxito que podría lograr su reasentamiento.

Además de negociar con el gobierno salvadoreño las condiciones de su retorno y con ACNUR las condiciones de vida durante el período de espera,



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S. J."  
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

*Empacando el subcampamento de Copinol; 9 de enero de 1990.*



*Desmantelando casas, subcampamento Copinol, 9 de enero de 1990.*

la comunidad tuvo que prepararse para el traslado como tal. Tuvieron que desmontar todos los edificios -cada vivienda, escuela, taller, clínica, capilla, letrina- para llevarlos a El Salvador. Tuvieron que empacar todos sus pertenencias individuales y comunales: maquinaria, abastecimientos, herramientas, muebles, materiales de educación y salud, comida, etc. Y por supuesto, tuvieron que desarrollar una estructura para organizar toda esa empresa.

Finalmente, había el problema de la ruta a tomar para Meanguera. Tenían la esperanza de poder llevarse todas sus pertenencias en vehículos, en una carretera que aún habría que completar que conduciría directamente hacia la zona donde iban a asentarse. Si tenían que regresar por las carreteras existentes, enfrentarían un viaje con rodeos de varios días por el interior de Honduras. Asegurar que se cumpliera la promesa del gobierno salvadoreño de completar la carretera era una prioridad.

Sorprendiendo a muchos, el gobierno salvadoreño, en pláticas en septiembre de 1989, abandonó su oposición a que los refugiados regresaran como comunidad a Meanguera. También prometió garantizar el libre tránsito y comercio entre Meanguera y el resto del país. El gobierno mandó una delegación al campamento para proveerles cédulas provisionales de identidad a los refugiados, e hizo el compromiso de reparar la calle polvosa que comunica Colomoncagua con Morazán. Se elaboró un calendario para el traslado en camiones alquilados por ACNUR, empezando en noviembre.

Por supuesto, para un proceso de esa magnitud se necesitaba mucha

preparación organizativa, tanto para el traslado como tal como para enfrentar la nueva situación que encontrarían en El Salvador. Se estableció una serie de comisiones, de traslado y transporte, de reactivación económica, de logística, de salud, de desmontaje y montaje, todas bajo responsabilidad de la Comisión Coordinadora. Cada comisión consistía de cuatro o cinco personas quienes desarrollaron planes para sus áreas y organizaron equipos de trabajo en los subcampamentos.

La preparación iba más allá de las condiciones logradas en las negociaciones con autoridades gubernamentales y de la creación de las condiciones físicas para un traslado efectivo. Si la comunidad retornaba a El Salvador con el propósito de extender aún más el modelo social desarrollado en el campamento, necesitaban una serie de planes para la vida en el nuevo asentamiento. Esto significaba desarrollar modelos para la reactivación económica y la organización social. Pero también significaba crear una visión de cómo iba a construirse la nueva comunidad.

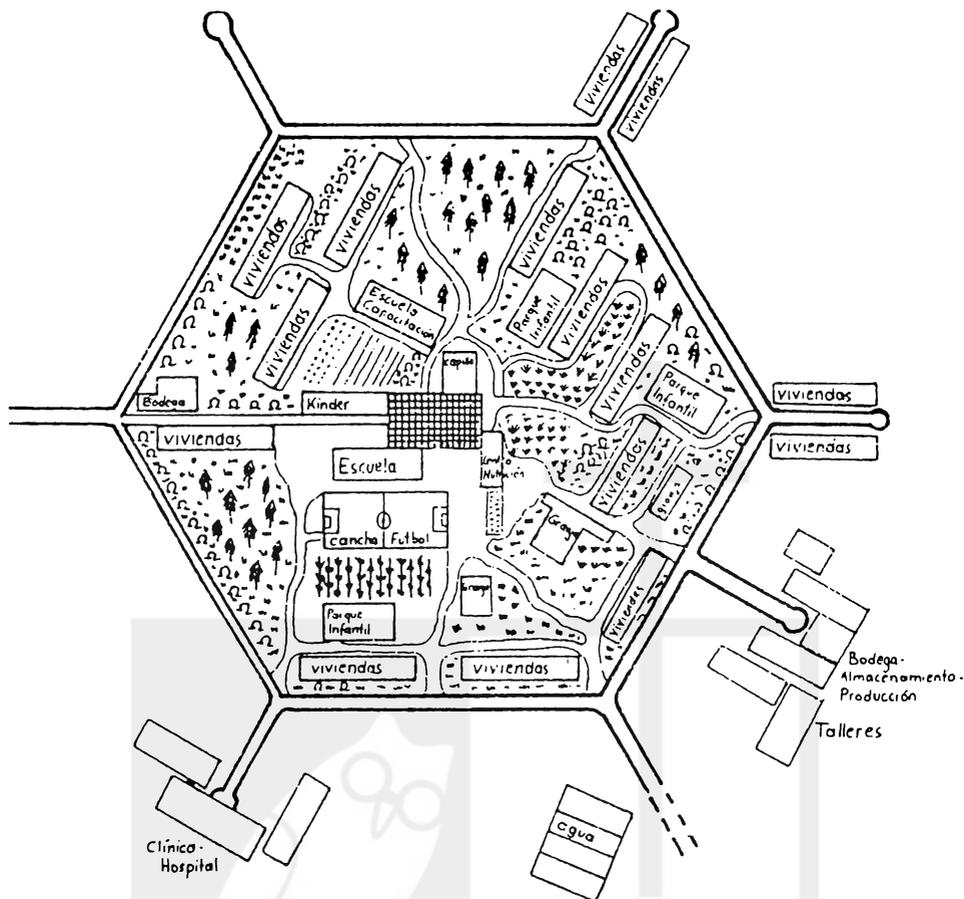
Para desarrollar esa visión, la comunidad consiguió el apoyo de arquitectos y planificadores europeos. De las consultas con ellos, surgió el esquema completo de una nueva ciudad, con la idea de construir en etapas hasta terminar con viviendas modernas y ecológicamente sanas, cada casa con agua corriente y conexión al sistema de desagüe. El diseño de la nueva ciudad contemplaba espacios reservados para escuelas, clínicas, capillas, casas comunales, bodegas, talleres, áreas de recreación, huertos comunitarios, y lotes familiares para casa y jardín. El plan propuso la creación de cuatro centros hexagonales para unos 2,000 habitantes cada uno. En este diseño, los módulos urbanos podrán expandirse y últimamente conectarse uno con otro. Para garantizar la seguridad y tranquilidad, el tráfico iba a concentrarse en la periferia, donde se ubicarían los centros de producción, dejando el centro para escuelas, capillas y parques.

Jamás se ha visto en el campo centroamericano algo parecido. De hecho, si a largo plazo se realizaran estos planes, los nuevos asentamientos se colocarían en la vanguardia del desarrollo comunitario a nivel mundial.

\* \* \*

El proceso acordado ya estaba en marcha (aunque la comunidad se quejaba que la documentación y la construcción de la carretera avanzaban de manera mucho más lenta que lo prometido), cuando comenzó la ofensiva del FMLN en todo El Salvador, el 11 de noviembre de 1989, sorprendiendo al gobierno, a la comunidad internacional y los refugiados por su audacia y vigor. En respuesta, el gobierno retiró su delegación en el campamento y suspendió indefinitivamente el proceso de repatriación.

Era una crisis para la comunidad. Confrontado, por un lado, con una población ansiosa e impaciente -a esta altura, ya se había avanzado bastante en el proceso de desmontaje de los talleres y la gente estaba sin trabajo, esperando el traslado- y por otra parte, la intransigencia del gobierno; los dirigentes del campamento decidieron actuar. Un pequeño equipo de trabajo compuesto de 100 personas de cada una de las dos zonas de Colomoncagua y organizado clandestinamente, saldría a pie a Meanguera para empezar a trabajar en algunas instalaciones mínimas (esencialmente



*Diseño original de los arquitectos para los nuevos asentamientos.*

letrinas provisionales, bodegas y reparación de caminos). Para evitar obstáculos, mantuvieron el plan en secreto, ya que el grupo iría sin permiso de los gobiernos de Honduras y El Salvador y, por lo tanto, sin apoyo de ACNUR. A pesar de la falta de ayuda oficial y la incertidumbre, más de 200 personas querían ir y la dirigencia decidió incluir otras 500, con sólo que fueran aptos a trabajar en la construcción de los nuevos asentamientos.

Santos, cuyo esposo, un hombre en sus sesenta, era uno de los voluntarios, estuvo descansando de sus tareas con sus hijas. Estuvieron sentadas en su vivienda, describiendo el proceso de esta primera repatriación y la motivación detrás de ella. Una de las hijas, Gloria, de 14 años, con cuatro años de experiencia como profesora: "Primero había un montón de reuniones para discutirlo y para escoger a la gente que iba a ir por áreas de trabajo, tres por cada área de trabajo. Esperaban que iban a tener vehículos para cargar la comida para ellos, pero ACNUR no dio vehículos, así que decidieron ir a pie. Sólo estos 200 iban a ir, pero cuando vieron que había tanta gente que quería ir, decidieron tener voluntarios".

"Entonces, al fin toda esa gente estaba feliz que iban a ir. La manera que mi padre decidió ir, era viendo la gente alistándose para salirse, él dijo que ya no podía quedarse".

Santos, de 59 años de edad: "Mi esposo me dijo que iba a ir en el primer grupo. Dijo: 'Voy a ir para allá para trabajar, porque aquí no hay trabajo, pero allá voy a trabajar. Y les voy a estar esperando por allá, y ojalá que tengamos las cosas ya desarrolladas cuando ustedes lleguen.' Dijo que yo debería sentirme bien, animada, esperando para llegar allá".

- "Y, ¿cómo se siente?"

- "Uno se siente bien, porque sabe que él está feliz, que se fue para trabajar. Claro, uno se pone triste, pero al mismo tiempo quiero decir que le da ánimo viéndolo salir y tan feliz, y que nosotras vamos a llegar allá también".

Silvia, otra hija, de 19 años: "La mayoría de la gente está sintiendo mucho entusiasmo sobre el hecho que ellos están allá del otro lado. Y estamos felices sabiendo que él está allá y que está haciendo algo (para) cuando lleguemos... y entonces, nos sentimos llenos de ánimo. Tenemos la fe que todos nosotros vamos a llegar pronto para allá, porque con este viaje, la primera salida que hizo esta gente, pudimos ver que íbamos a salir también".

La repatriación sin autorización del 18 de noviembre fue un evento



*Los camiones con los refugiados en repatriación, saliendo de Copinol; 14 de enero 1990.*



*Subiéndose a los camiones para abandonar el campamento.*

alegre, lleno de un profundo significado para los refugiados. Un observador internacional describe la escena:

Mujeres, niños, ancianos y hombres llenaron la calle... a la tranca del campamento, cargados con las posesiones que podían cargar. La marcha por el campamento estuvo llena de cantos, gritos de "¡Qué viva!", lágrimas y aplausos por parte de los que se quedaban. Los visitantes internacionales se incorporaron, y todo el mundo se dirigió hacia la tranca. Cuando los refugiados llegaron al retén militar, la multitud fue detenida por una gran cantidad de soldados hondureños... El teniente local hondureño inicialmente tomó la posición de que nadie iba a tener permiso de salir. Ante la determinación de los refugiados y con la mediación de Naciones Unidas, sin embargo, finalmente accedió a dejarlos pasar, pero dejó claro que una vez salidos no iban a permitirles volver... Cuando marchamos por la calle hacia el pueblo, pudimos ver cientos de gentes en el campamento, vitoreándonos, saludándonos. La frontera de El Salvador es a unos cuatro kilómetros del pueblo de Colomoncagua, y los refugiados en marcha a su país no perdieron ningún tiempo en el pueblo, sino pasaron de una vez. Se hizo muy caliente, y finalmente, luego de subir una larga cuesta, el grupo se detuvo para descansar. La gente anduvo con todo lo que no quiso dejar, las mujeres llevaron en las cabezas grandes cargas de ropa, ollas, y platos; los hombres llevaron palas, herramientas, incluso guitarras en sus manos mientras cargaron grandes bultos en sus lomos; hasta los niños tuvieron mochilas improvisadas y ambas

manos llenas, con gallinas, un radio, una libreta muy querida, una cajita con cosas...

La repatriación no tenía autorización oficial, y todos sabían que si forzaban su derecho de regresar a su patria sin permiso, los refugiados estaban corriendo un gran riesgo... Como resultado, la marcha era tensa; en su esfuerzo de llegar rápidamente a la frontera, los adultos no tuvieron tiempo de alegrarse de su libertad recuperada, los niños de mirar y conocer un mundo que vieron por primera vez, casas de adobe, exuberantes flores, una iglesia, la plaza de un pueblo, un grupo escolar en la carretera. Temiendo que tal vez el ejército hondureño podría cerrar la frontera para impedir su salida, la mujer que dirigió la repatriación sólo dio un mínimo de descanso, pasando por todo el grupo para mantener en alta la energía y el entusiasmo de la gente.



*La caravana de camiones saliendo del campamento de Colomoncagua rumbo a Meanguera; 14 de enero de 1990.*



*Buscando posesiones personales, el día después de la llegada a Meanguera.*

En Morazán, los refugiados repatriados fueron recibidos con gran alegría por sus familias y amigos, y pasaron dos días en Perquín y Jocoaitique, hasta llegar a Meanguera. Trágicamente, el día 29 de noviembre fueron atacados con fuego de morteros por el ejército salvadoreño, y cuatro miembros de la comunidad resultaron seriamente heridos, entre ellos un niño de siete años y una niña de 18 meses. Un informe de PADECOMSM (Patronato para el Desarrollo Comunal de Morazán y San Miguel) afirmó que el ataque fue dirigido por el Coronel René Emilio Ponce, jefe del Estado Mayor salvadoreño, quien aparentemente había acusado al grupo de haber sido armado por el FMLN. Pero aún esta violencia no pudo desanimar a los refugiados en Colomncagua en su esfuerzo de continuar con su repatriación.

El gobierno de Honduras, desde hacía mucho, estaba ansioso de ver salir a los refugiados, y a partir de la exitosa partida del 18 de noviembre empezó a cooperar con la planificación para la próxima salida, el 9 de diciembre. CONARE alquiló 27 camiones para transportar a los habitantes

del subcampamento de La Esperanza y sus pertenencias. Para la comunidad, era la primera oportunidad de trasladar un grupo entero de gente, familias, sus pertenencias, los materiales de casas y edificios desmontados, etc. Como el gobierno salvadoreño todavía no estaba cooperando (de hecho, el gobierno había caracterizado la repatriación del 18 de noviembre como una "invasión"), los camiones sólo iban a llegar hasta el paso fronterizo en Las Flores. Como la repatriación no tenía la aprobación del gobierno salvadoreño, ACNUR no podía brindar ninguna ayuda sustancial ni pagar los beneficios normalmente dada a los refugiados repatriados y prometida a esta comunidad. Pero, cuando los camiones llegaron a la frontera, los refugiados a bordo se encontraron con mucha gente del primer grupo y residentes del área, esperándolos para ayudar, junto con unos pocos vehículos para seguir moviendo sus pertenencias.

Las repatriaciones de noviembre y diciembre eran eventos importantes para la comunidad. En primer lugar, pusieron a prueba su preparación organizativa, su capacidad de conducir las salidas, y su disciplina social. Los resultados eran alentadores, aunque en el transcurso de cada partida aprendieron bastante, ahora estaban más convencidos que nunca de su capacidad de realizar la repatriación.



*Construyendo una bodega, en Los Hatos, 15 de enero de 1990. Bodegas, junto a letrinas y caminos, eran la infraestructura más fundamental y tenían que construirse inmediatamente.*

Las partidas también eran importantes para la moral de la comunidad, demostrando la seriedad de su compromiso de retornar y que el retorno iba a ocurrir pronto. También demostraban la habilidad de la comunidad de enfrentar exitosamente reveses. Por último, generaron trabajo y actividad - parece que nada es tan dañino para la moral de este grupo de gente que el ocio.

La comunidad evidentemente estaba lista. Cuando el año se estaba acabando, la gran interrogante fue si estarían listas también las autoridades.

\* \* \*

A mediados de diciembre se iniciaron una serie de discusiones para volver a encaminar la repatriación. Representantes de CONARE, ACNUR y el gobierno salvadoreño elaboraron un plan de reiniciar la repatriación de la comunidad de Colomocagua a Meanguera, comenzando el 14 de enero de 1990. Según este plan, las Naciones Unidas contratarían los servicios de unos 100 camiones para transportar la comunidad con sus bienes personales y colectivos en grupos de unos 500 personas cada cuatro días. El plan también incluía la repatriación de la comunidad de refugiados en el vecino campamento de San Antonio, aunque todavía no había decisión sobre su destino (por último, el gobierno salvadoreño cedió y les permitió también a asentarse donde ellos querían, en Gualcho, Usulután).

El 22 de diciembre, llegó al campamento una delegación tripartita de las partes arriba mencionadas y se reunió con los dirigentes del refugio quienes en principio aceptaron la propuesta. A partir de este acuerdo, se generó un optimismo cauteloso en la comunidad, a pesar de algún escepticismo sobre si el gobierno cumpliría sus compromisos.

Durante algunos días antes de Navidad, un fuerte norte soplabla por el campamento, un viento seco y helado que producía tos y labios agrietados y encerraba a la gente en las noches en sus viviendas y otros edificios. Pero el frío no pudo contener el entusiasmo de Navidad y ante el pronto traslado. "¡Los cuches, los cuches!", gritaron los niños con deleite cuando trajeron un camión lleno de puercos, donados por las agencias para hacer tamales. Las agencias y los visitantes extranjeros trajeron harina y azúcar, y en el campamento se hicieron variedades de panes. Finalmente, en la Noche Buena hubo un baile y una misa de medianoche, celebrada bajo las estrellas y expuesta a un fuerte norte de temperaturas cerca del punto de congelación. Todas esas celebraciones tuvieron el sabor especial de ser la última Navidad en Colomocagua.

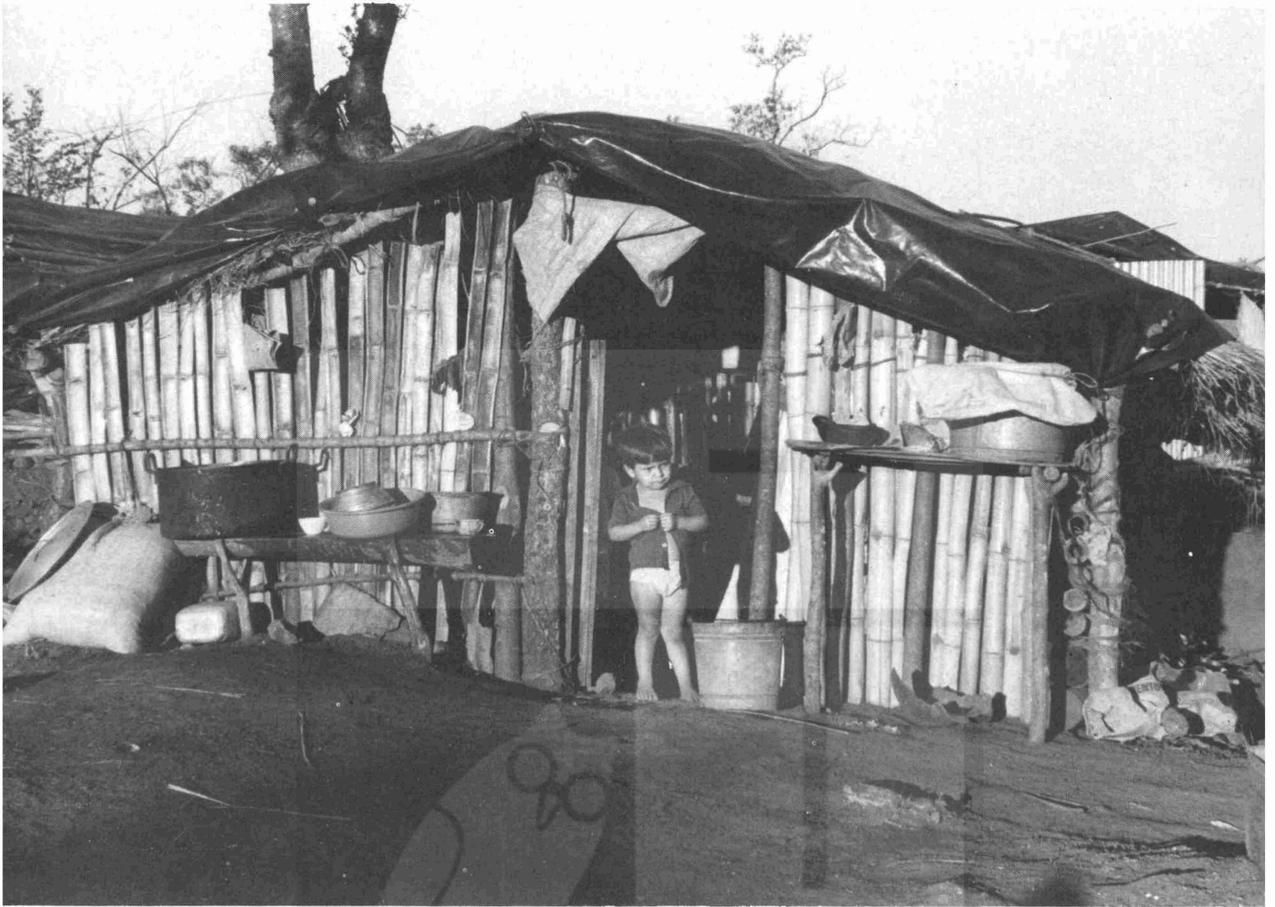
El día de Navidad era un día de trabajo normal para la mayor parte de la gente, irrumpido por las detonaciones de las bombas que cayeron precisamente en el área al que la comunidad iba a retornar. "Esto es una violación al cese de fuego de Navidad", dijo un hombre. "Es un mensaje para nosotros". Y el mensaje era claro: el gobierno salvadoreño continuaría bombardeando áreas de población civil, y retornar a Morazán podría ser peligroso. Sin embargo, la determinación de regresar se mantuvo firme. Un refugiado, un hombre de 48 años quien en el campamento había aprendido a leer y se había convertido en profesor de matemática, acompañó a un



*Dando comida a los equipos de trabajo que están limpiando los terrenos, descargando los camiones y construyendo la bodega en Los Hatos, Meanguera; 14 de enero de 1990.*

visitante por el sendero que sube de la quebrada, le ofreció agua potable del barril de su casa, y le dijo:

Sabemos que el país está en guerra, y que tal vez vamos a sufrir, pero igual estamos sufriendo aquí. Porque aquí estamos en prisión, podríamos decir, porque no podemos salir para ir a ninguna parte. Y tenemos represión por parte de las autoridades, los soldados. Podríamos decir que estamos cercados. Haber salido de allá por la represión y estar aquí con la misma represión, y a veces no hay suficiente comida para llenarse... Entonces, todos hemos decidido que es mejor salir en comunidad para Meanguera y ver cómo vamos a vivir allá... Claro que tenemos miedo [de los bombardeos], pero uno coge valor por el mismo miedo... Si nos morimos, morimos en nuestro propio país. Y eso es lo que queremos. Porque yo no quiero morirme en ningún otro lugar, huyendo.



*Una de las champas en El Quebrachal, donde habitaban las familias repatriadas hasta que se construyan las casas provisionales.*

El último día del año, el tiempo se calmó, y la celebración era más grande y más alegre, ya que los refugiados sintieron la cercanía de la repatriación.

Bajo los términos del acuerdo, el 4 de enero supuestamente iba a llegar un pequeño grupo de cinco camiones para recoger materiales de construcción, herramientas y alimentos para la gente que había salido a Meanguera en las dos primeras partidas. La gente vio esa fecha como una prueba del compromiso y la buena voluntad de los dos gobiernos y de ACNUR.

A eso de las cuatro, antes de la salida del sol, arribaron los camiones frente a la casita de control de tránsito construida por los refugiados en la entrada al campamento. Fueron recibidos por los refugiados a cargo de transportación y carga quienes los dirigieron a los distintos lugares donde estaban esperando los materiales.

Uno de los camiones necesitaba la reparación de un resorte, y la soldadura se hizo en el taller mecánico. Esto atrasó la salida del grupo por algún tiempo, pero fue otra muestra de la habilidad de la comunidad de manejar los problemas que podrían enfrentar en el proceso.

Finalmente, a eso de las 10 de la mañana, los camiones salieron. Cargados de cemento, tablas de madera, clavos, herramientas, maíz, arroz y frijoles, y con un refugiado que se repatriaba sentado en la cabina de cada vehículo, al lado del motorista hondureño, pasaron por una bullosa, alegre despedida de parte de la comunidad.

El día siguiente, cuando regresaron unos periodistas que habían acompañado los camiones, trajeron una carta abierta de los 1,200 miembros ya patriados de la comunidad. Fue dirigida a la gente que les apoyaba en el exterior, pero los refugiados leyeron las copias mimeografiadas con ansiedad:

Hemos sido bien recibidos por las comunidades del Norte de Morazán..., quienes por un primer momento nos han donado alimentos, y últimamente nos lo dan a crédito, debido a sólo producen maíz y de este venden para cubrir todas sus necesidades básicas.

...Hemos cortado cuatro lotes de café en Perquín; se han construido cuatro bodegas, 69 champas con plásticos y zacate, se terminó de arreglar la calle de San Fernando a la frontera. Apreciamos que hay condiciones para vivir en Morazán; hay grandes esperanzas de parte de las comunidades de Morazán que con la llegada de nosotros, Morazán será la ventana para su desarrollo. El problema que tenemos es que el Destacamiento Militar Número Cuatro no da permiso a ninguna institución, el cual necesitamos exponerles las necesidades emergentes, como alimentos, medicinas, instalar el agua, construir y arreglar más calles, transporte, construir champas y otro, ya que no contamos con fondos suficientes para solventarlas. Con respecto a nuestra seguridad, no hemos tenido ningún incidente de parte ambos bandos, con excepción del 25 de diciembre que dos aviones A-37 bombardearon los alrededores de Perquín y Jocoaitique.

El envío de los abastecimientos a Morazán y las noticias entusiastas de la gente que ya estaba en Meanguera le dio otro importante impulso a las preparaciones para la repatriación masiva que venía. Todos los poderes e instituciones que tenían que colaborar con los refugiados habían cumplido con los acuerdos. La moral dio otro salto visible, y se iniciaron las preparaciones para el desmontaje de las casas de los 500 habitantes, más o menos la mitad del subcampamento Copinol, quienes serían los próximos en salir, en unos diez días.

Durante esta semana y media, se aceleraron los trabajos de preparación. El equipo de construcción que trabajaba en el modelo de las viviendas provisionales a construirse en los nuevos asentamientos, hizo cambios en los planes originales y solicitó comentarios de la comunidad. La delegación de migración de El Salvador llegó el 8 de enero y empezó a producir cédulas de identidad. La dirigencia del campamento, en consulta con las autoridades hondureñas y ACNUR, elaboró los detalles de las partidas. Se hicieron planes para la recepción de los invitados, diplomáticos y periodistas que se esperaban. La Asamblea de Comités se reunió para considerar una nueva estructura política para el asentamiento.



Digitizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S. J."  
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

*Más champas en Quebrachal.*

La dirigencia elaboró una propuesta a la comunidad sobre un asunto potencialmente delicado: los más o menos 1,200 refugiados que habían salido en las primeras dos repatriaciones no habían recibido la asistencia en efectivo -el equivalente de 50 dólares- para refugiados repatriados que ACNUR ofrecía para cada adulto (los niños tenían derecho a la mitad de esta suma). Aunque era una suma pequeña, era más dinero que lo que la mayoría de los refugiados había visto en su vida. La propuesta fue que los que salieran ahora, compartieran su cuota con los demás que habían salido antes. Se discutió esta idea en asambleas en los subcampamentos. Aunque ganó amplia aprobación, hubo algunos quienes objetaron:

"Este dinero pertenece a mi familia, para tener más recursos para comenzar de nuevo en Morazán. No pretendo compartirlo con nadie".

"Pero la gente que fueron por adelantado han estado trabajando para todos nosotros durante todo este tiempo. Porque fueron antes para hacer este trabajo, ahora no recibieron la asistencia. Creo que es muy importante que les mostramos nuestro apoyo y compartimos lo que tenemos".

"Todo lo que hemos logrado en este campamento, lo hemos logrado por nuestra unidad. Nuestra unidad es lo más importante que tenemos. Creo que tenemos que mostrar unidad con aquellos que ahora están en Meanguera, y darles algo de lo que recibimos".

La discusión continuó hasta que todos los que querían hablar tuvieran la palabra. Entonces, votaron. Hubo una mayoría abrumadora en favor de compartir, pero sería voluntario y nadie se vería forzado a participar.

Una buena mañana, cinco días antes de la primera repatriación oficialmente negociada, gente de todo el refugio convergieron en Copinol para ayudar con los preparativos para la salida de la mitad de este subcampamento. Hubo que desmontar las casas, y apilar la madera, las puertas y las láminas de zinc de la manera más adecuada para cargar los camiones. Cientos de refugiados estuvieron trabajando, con palancas y martillos, destechando casas, botando paredes y horcones. Docenas más estuvieron llevando las tablas a los lugares donde las almacenaban, donde otros se encargaron de apilarlas. Alguna gente (en su mayor parte niños) anduvieron por las áreas de trabajo recolectando clavos y poniéndolos en barriles y sacos para volverlos a usar en Meanguera.

Al deshacer las casas, las camas se dejaban en su lugar; las familias dormirían las próximas noches "a la pura pampa", o sea al aire libre. No había amenaza de lluvias, aunque el norte podría regresar en cualquier momento y en las noches hacía frío. Pero el entusiasmo por el pronto retorno hizo que esta situación se viera más como aventura que sacrificio. "Cuando llegamos para acá, dormimos bajo los árboles y las estrellas porque no teníamos nada. Ahora lo volvemos a hacer, pero esta vez porque vamos a casa. Somos muy felices. Regresamos a nuestro país, a nuestra tierra". La mayor parte de la gente pasó los restantes días en el lugar que habían ocupado sus casas, en el polvo todavía se veían los contornos de las habitaciones.

Las pertenencias personales, como mesas, estantes, cántaros, cajas, bolsos, camas, hacía mucho tiempo ya se habían marcado con el nombre del propietario, subcampamento y colonia. Ahora todo menos las camas y unos cuantos artículos personales fue empacado en grandes redes, bolsos o cajas, o amarrado en bultos, ya listos para cargarse en los camiones. Esta actividad comenzó cuando todavía se estaban desmantelando las casas.



*Cocina colectiva debajo de un árbol, en Los Hatos; marzo de 1990.*

En medio de este ambiente ruidoso, sucio, sudado, de fiesta y caos organizado, algunas de las mujeres cocían tortillas y comidas, horneaban diferentes especies de pan en los hornos colectivos, para comerlos en el viaje. Las gallinas y los pollos hogareños -criaturas de hábito- corrían con pánico para las cuestras, donde después los encontrarían y los amarrarían con las demás posesiones de la familia. Los niños jugaban en medio de todas estas actividades, o ayudaban a empaclar o a recolectar clavos. Familiares de otros subcampamentos llegaron para visitar y despedir a la gente de Copinol.

A mediodía del día siguiente, la mayor parte de las cosas estaban empacladas. Ahora, surgió un poco de temor. A esta altura, ACNUR todavía estaba negociando con camioneros y motoristas hondureños para contratar los 100 vehículos. ¿Realmente vendrían los camiones? ¿Y todos? ¿A tiempo? ¿Serían adecuados los planes para controlar este movimiento extraordinario? ¿Habría obstáculos de último minuto por parte de los gobiernos o de ACNUR?

Tres días después, los camiones comenzaron a entrar al refugio. Antes de entrar, cada camión recibió de ACNUR un número de identificación y una calcomanía; en la casita de entrada al campamento, fueron registrados por los refugiados, quienes les dieron otro número y una señal indicando cuál de los cuatro asentamientos en Meanguera era su destino, más instrucciones sobre dónde parquear y qué cargar. Este mismo día se

## LA TRAVESIA POR LA FRONTERA: 138 • EL RETORNO A EL SALVADOR

llenaron la mayor parte de los camiones, con madera y materiales de construcción; con maquinaria, equipos y materiales de los talleres, las escuelas, las clínicas, los huertos, y los establos; con alimentos y semillas para Meanguera; con las cosas del hogar y de las familias. Esta misma tarde, comenzaron a llegar al pueblo de Colomoncagua algunos periodistas y diplomáticos.

El 14 de enero, antes de amanecer, los refugiados de las colonias 1 a 5 de Copinol con todos sus equipajes se alistaron para subir a 20 camiones abiertos. Los lados de los camiones llevaban grandes mantas que reflejaban el ánimo de la comunidad: Hermanos Salvadoreños: Nueve Años de Exilio - Nueve Años de Experiencia; Vivir en Comunidad es la Garantía de Nuestro Desarrollo; Pueblo Hondureño: Gracias por su Hospitalidad, Nueve Años de Exilio lo Demuestran; Vamos a Trabajar en Comunidad para Desarrollar una Vida Productiva en Meanguera. Una vez cargados, los camiones pasaron por el refugio hasta la tranca, donde se bajaron los pasajeros para pasar por migración hondureña, por migración salvadoreña, y por un chequeo con ACNUR, donde recibieron su asistencia en efectivo. Después volvieron a subir a los camiones, los que ya habían pasado el retén militar hondureño.

Una vez que todos los camiones hubieron pasado por este proceso, salieron en una procesión jubilosa, acompañados por una decena de carros llenos de personal humanitario, visitantes, periodistas y trabajadores religiosos. Todos los extranjeros tenían autorización de entrar a El Salvador con los refugiados y quedarse con ellos en Meanguera por dos días. La procesión pasó por el pueblo de Colomoncagua, donde numerosos residentes saludaron a los refugiados, y se dirigió al cruce fronterizo de Las Flores.

Después de nueve largos años de exilio, los refugiados estaban regresando a El Salvador. De su estadía en el desierto, donde se habían transformado en una nueva forma de comunidad, estaban cruzando hacia su Canaan.

\* \* \*

Unas horas después, la caravana llegó a Meanguera, donde los que habían regresado antes los estuvieron esperando con frescos, mantas y abrazos. Para las primeras noches, durmieron bajo el techo de carpas comunales o bajo las estrellas, mientras buscaban sus pertenencias y construían de palos, paja y pedazos de nylon las champas que serían sus techos temporales.

En ciertos aspectos importantes, las condiciones físicas eran inferiores a lo que habían dejado en Colomoncagua: vivían en champas; virtualmente, no había edificios; habría que construirlo todo. Por supuesto, algunas condiciones eran mejores, en Meanguera había más tierras y además muy fértiles, y el pequeño, fresco y cristalino Río La Joya pasa en medio de los asentamientos, proveyendo lugares para bañarse, de los cuales los recién repatriados se apuraron a disfrutar. A pesar de las dificultades inmediatas, el



*Clase de educación primaria debajo de los árboles, el Los hatos; marzo de 1990.*

ambiente era notablemente de alivio, determinación y alegría.

Y claro, hay otras condiciones aparte de las físicas. Dentro de pocas horas de la llegada, un grupo de muchachos salió a los cantones vecinos para comprar plátanos o naranjas, o al monte para cortar mangos. Estas primeras frutas llevaban una carga inconcebible de simbolismo. Primero, significaban el derecho de moverse libremente a donde quisieran: a un pueblo, a otro cantón, a visitar familiares, a caminar por los montes o la carretera, a conseguir un "jalón" en camión para San Miguel o San Salvador. Muy pronto, los refugiados tendrían que confrontar la realidad de las

restricciones militares, siempre cuando pasarían el Río Torola; por el momento, vieron que podían ir y venir, podían salir del asentamiento, podían respirar libremente.

Segundo, la fruta representaba la libertad de escoger: ahora podemos comprar las especies de plátanos o naranjas que se nos antojan, no sólo aceptar lo que es suministrado por ACNUR o donado por otras agencias. O podemos decidir a dónde ir para cortar frutas, ¡qué alegría! (Uno de los hombres recién repatriados describió como caminando con un grupo de amigos a ver un pedazo de tierra, encontraron bajo un palo de mango a un grupo de niños, los estómagos hinchados; habían dejado al palo casi sin frutas.)

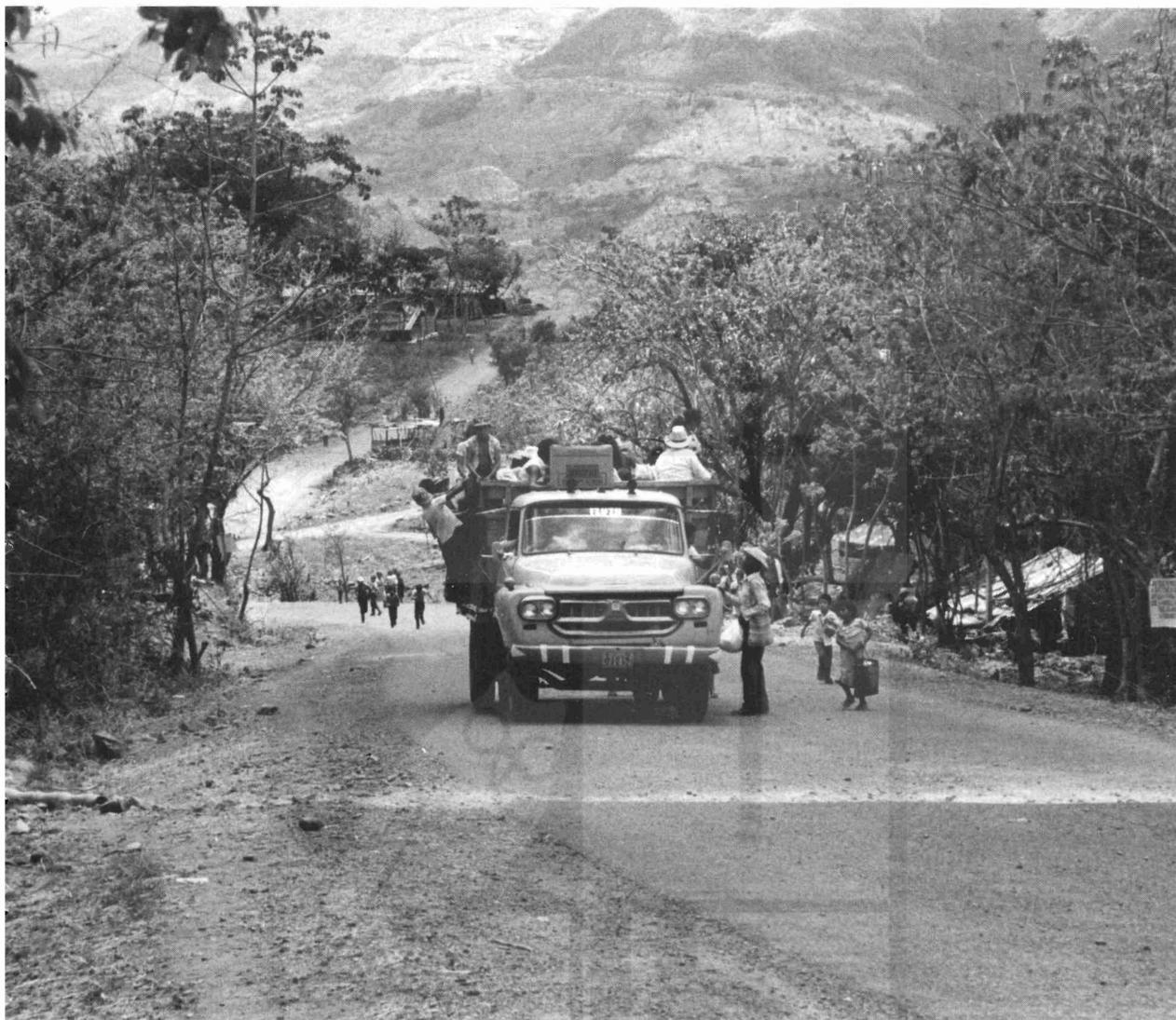
Finalmente, la fruta como tal había sido muy escasa en Colomoncagua, y durante los largos años de exilio, la habían extrañado mucho. Encontrándola ahora significaba la disponibilidad de cosas, cosas simples por cierto, que son parte de la riqueza que la vida de los campesinos pobres puede proveer.

Entonces, las frutas representaban el haber vuelto a ganar la libertad, haber retornado a casa, y la esperanza para el futuro. No es de extrañar que para las próximas semanas, hasta que terminara la temporada, la comunidad se volviera un poco loca con lo que un ex-refugiado después llamaría "la euforia de las naranjas".

Durante las semanas siguientes, el mismo proceso de repatriación se repetiría trece veces. A principios de marzo, el campamento de Colomoncagua se encontraba desierto y toda la comunidad reasentada en Meanguera. Estaban viviendo en champas, esperando que se diseñara la nueva ciudad, se asignaran los lotes, y se iniciara la construcción de las casas provisionales. Los talleres todavía no funcionaban. Era claro que hasta en un año podrían sembrar los cultivos comunales, y mediante PADECOMSM se desarrolló un proyecto con las poblaciones vecinas para el suministro de maíz y frijoles para el primer año. El sistema de salud había comenzado a organizarse, la sanidad y los programas de prevención estaban progresando, aunque aún no había edificio para el laboratorio. Todavía no había capilla. Las cocinas colectivas estaban funcionando, aunque algunas sin techos y bajo los árboles. Las escuelas de niños comenzaron en febrero, también bajo los árboles. La guarderías funcionaban. Se trabajaba en el sistema de agua, aunque traer agua por tuberías a todos los asentamientos todavía era cosa del futuro. Las plantas de electricidad aún no estaban instalados. El taller mecánico sólo operaba en forma limitada.

La recién repatriada comunidad no pensaba en recuperar lo que había tenido en Colomoncagua, sino más bien en lanzar algo que jamás se había visto en Morazán. Era un momento de preparación: alistar las tierras, el diseño de la ciudad, la infraestructura física, las nuevas estructuras sociales, políticas y económicas. La gente de la comunidad hablaba con los visitantes con gran optimismo. Era una atmósfera de expectativa. La comunidad era como un gran gato, tensa, los músculos fuertes y flexibles, listo para lanzarse.

En el asentamiento nuevo, la comunidad tendría que volverse más auto-suficiente. Esto era conveniente para su planes, su objetivo era el traslado del ambiente duro pero subvencionado de Colomoncagua a la integración en lo que ellos vieron como "realidad" -pero de todos modos, era necesario.



*Cuando un camión para, la gente lo asedia para pedir un "jalón" - un medio de transporte muy común en el campo en toda América Central. Este camión para en San Luis, en la calle negra, la carretera que atraviesa el nuevo asentamiento.*

Los organismos humanitarios que les habían brindado tanto apoyo en el campamento, no todos estaban disponibles en Morazán- no tenían autorización del gobierno de El Salvador para trabajar allí, o no tenían misiones en este país, o por otras razones. En cierta manera, los refugiados se vieron tirados al agua y tendrían que comenzar muy pronto a nadar con sus propios esfuerzos.

MSF estaba presente con una pequeña misión de emergencia; el personal parecía ansioso de cooperar con la comunidad, y nadie pensaba más en los conflictos en Honduras. La Federación Mundial Luterana, la

agencia humanitaria internacional de los países luteranos, tenía a un representante en el asentamiento. Y ACNUR estaba presente, ayudando a la comunidad repatriada lo más posible. El personal de ACNUR también parecía muy dedicado a la comunidad y las tareas que enfrentaba. Así que había un fuerte sentido de apoyo, pero el personal y los recursos eran mucho más reducidos que en Honduras.

El gobierno y ejército de El Salvador criticaban a los ex-refugiados por su decisión de regresar a una zona de "alta conflictividad". En general, la zona de Morazán al Norte del Río Torola era considerada bajo control rebelde, o sea del FMLN. Esto no significa que el ejército gubernamental no podía entrar a la zona, pero para hacerlo tenía que desembarcar con helicópteros o mandar grandes contingentes de tropas, y aún entonces, sólo podían mantenerse temporalmente, hasta que el FMLN decidiera atacarlos.

En diciembre de 1989, unos visitantes provenientes de Estados Unidos preguntaron a algunos refugiados si no estaban nerviosos por ir a una zona controlada por el FMLN. Uno contestó: "No. Acuérdense que fue el ejército gubernamental que nos expulsó de nuestras casas. El FMLN nunca nos ha matado familias, ni quemado nuestras casas, ni nos ha desplazado, sólo el ejército. Si retornamos a las áreas controladas por el gobierno, como propone [el vicepresidente] Merino, ¿sabe lo que va a pasar? En un par de meses, todos nuestros proyectos estarían destruidos por el sabotaje y el hostigamiento. No queremos botar nueve años de trabajo así no más".

Claramente, muchos en la comunidad simpatizan con los rebeldes por luchar contra el mismo sistema que los ha oprimido y los forzó al exilio. Esto no significa que el nuevo asentamiento era un centro del FMLN. No había soldados del FMLN en la comunidad, ni fusiles. La comunidad sabía que había espías del gobierno entre ellos. Un dirigente nos contó: "Una de nuestra gente del área comercial estuvo en la oficina de Corado (el comandante del Destacamiento Militar Número Cuatro) para hablar de algunos permisos, y Corado le mostró un folder con cada uno de los informes y boletines que publicamos desde que hemos regresado. Saben todo lo que estamos haciendo". La presencia de combatientes o armas no pasaría desapercibido por mucho tiempo, en un ambiente tan abierto.

La comunidad tenía mucha claridad que el éxito de su proyecto dependía de su independencia de los combates y de la vinculación con cualquiera de los llamados "dos bandos". El FMLN respetaba su posición, y los intentos del ejército de aprovechar su presencia para reafirmar el control gubernamental sobre la zona eran mínimas. El ejército gubernamental, sin embargo, era menos circunspecto que el FMLN para entrar al nuevo asentamiento. El 15 de enero, un día después de la primera repatriación oficial, un grupo pequeño bajo el mando de un sargento entró al asentamiento de Los Hatos y comenzó a preguntar por alguna gente por su nombre. Sin embargo, no hubo incidentes mayores en los primeros meses del retorno de la población.

\* \* \*

Poco antes de salir del campamento en Colomocagua, la comunidad

publicó una declaración para dar las gracias a la gran cantidad de individuos y organizaciones que les habían ayudado durante los largos años de exilio. Dirigiéndose a ACNUR y las otras agencias, la comunidad escribió :

Nueve años en un campamento de refugiados han sido muchos años. La verdad no sabemos qué hubiera sido de nosotros si hubiéramos estado solos. Pero no, desde un principio, ACNUR y agencias humanitarias nos han acompañado. Además, no sólo han sido las agencias como instituciones, sino que estas siempre han venido con personas. Personas que han compartido nuestras penas y alegrías, que han trabajado duro y nos han capacitado. En definitiva, cada uno los compañeros nos ha dado lo que tenfa...

Esta gente, para nosotros muchas veces anónima, pero que nos han estado apoyando desde sus países, haciendo de nuestra causa, la suya. Esas gentes que nos ha visitado y que han llevado a sus lugares nuestra problemática. Ellos que han divulgado nuestra forma de vida. Resulta muy difícil para nosotros, después de nueve años, expresar con palabras nuestros sentimientos, quizás la mejor manera es poder decir simplemente: MUCHAS GRACIAS POR TODO. Gracias porque hemos podido ver la realidad de la frase: SOLIDARIDAD ENTRE LOS PUEBLOS DEL MUNDO.

## **SE LANZA UNA NUEVA CIUDAD**

"Ahora ya no somos refugiados. No queremos volver a ser refugiados, y esto requiere que busquemos el camino para nuestra reintegración en la vida normal. Queremos reproducir la experiencia del refugio, pero no reproducir en El Salvador otro campamento de refugiados".

Al tiempo que desarrollaba la infraestructura física e institucional de la nueva ciudad, la comunidad tuvo que empezar a confrontar algunos importantes problemas políticos y económicos. La tarea más prioritaria era evitar el aislamiento. El gobierno había prometido libertad de tránsito y comercio entre Meanguera y el resto del país, y la comunidad inmediatamente comenzó a poner a prueba este compromiso. Se mandó delegaciones a las ciudades de la zona oriental, así como a San Salvador, a reunirse con agencias gubernamentales e internacionales, a hacer adquisiciones, a invitar empresarios a Meanguera y a hablar con la prensa.

El problema principal que encontraron era que en esta región no gobernaba realmente el gobierno, sino el ejército. Los refugiados repatriados tendrían que negociar y luchar con los militares por las mismas concesiones que supuestamente ya habían arrancado al gobierno. En Morazán, cualquiera que salía de la ciudad de San Francisco Gotera, era detenido en un retén militar. Si llevaban mercancías, tendrían que mostrar un permiso que les autorizaba llevar bienes más allá al Norte; si no eran de la zona, tendrían que mostrar su salvoconducto, o sea un permiso de viajar.

"Controlan hasta los bienes de la supuesta lista 'libre', alimentos

básicos, etc," explicó un miembro de un grupo provisional de dirección en el asentamiento. "Lo que decimos es, tener que pedir permiso para traer alimentos para acá es como tener que pedir permiso para comer".

La política que adoptó la comunidad era de firmeza, determinación y calma:

Un hombre había ido a Gotera y comprado zapatos para sus cipotes. El sargento en el retén le dijo que no podía llevar tanta ropa, sólo la que los cipotes llevaban puestas. Se puso muy triste y le pidió al sargento hacerle el favor de dejar pasar los chunches. Esta actitud lastimosa parecía que enojaba a los soldados, y la situación se puso peor. Entonces, no usamos lástima, ni enojo, sólo firmeza. A veces paran a uno de nuestros vehículos que ha ido a comprar. La gente sabe que tiene el derecho de pasar, entonces no entran en ningún argumento; sólo se bajan y se sientan al lado de la carretera, a veces por horas. Finalmente, los dejan pasar. Mientras tanto, nuestra gente se aprovechan de la situación y empiezan a hablar con los soldados -no discursos políticos, sólo conversaciones sobre lo que estamos haciendo aquí, sobre la vida. Y los soldados también dicen lo que piensan. Así que estamos abriendo el diálogo.

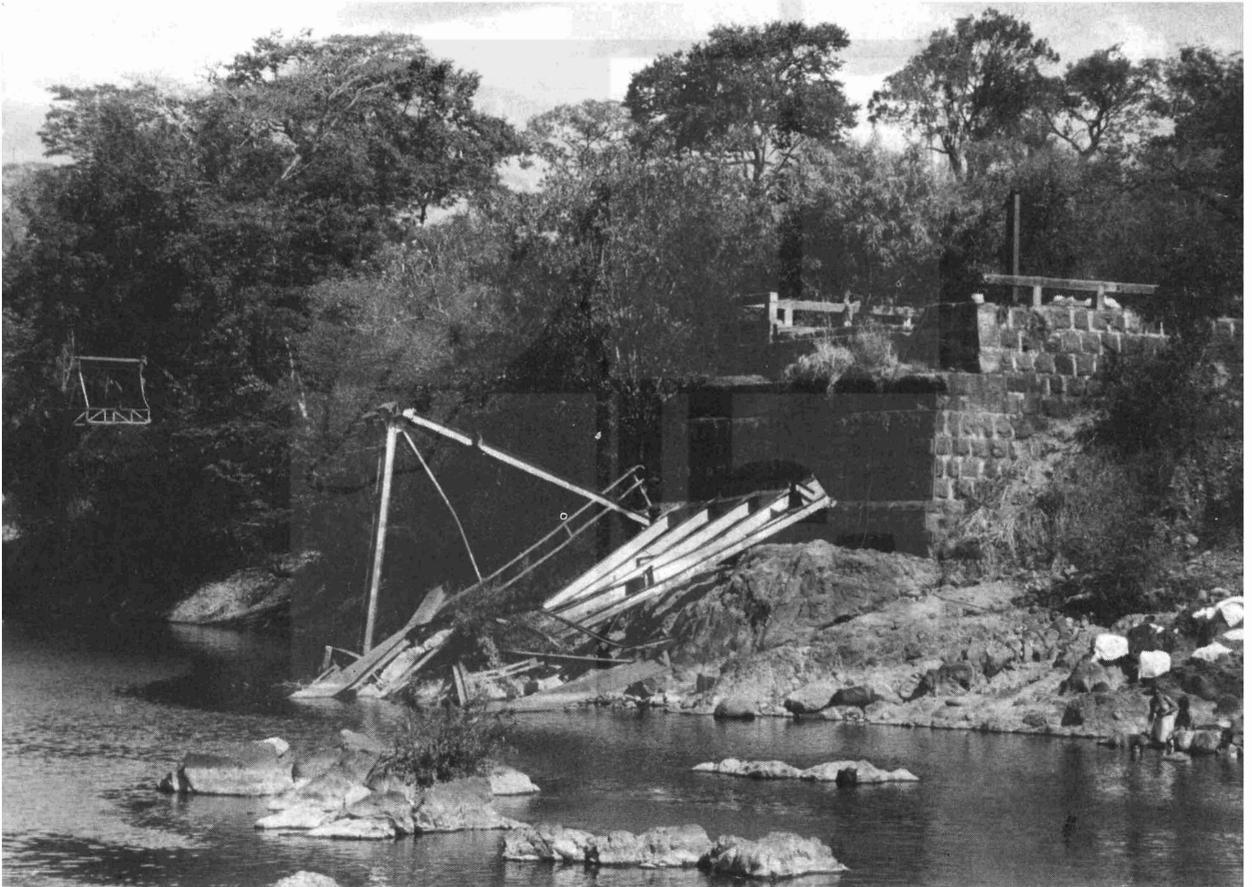
Uno de los problemas que la comunidad discutió con el gobierno era la construcción de un nuevo puente sobre el Río Torola, el cual en Morazán sirve como frontera de hecho entre las zonas controladas por el gobierno y el FMLN. El puente había sido dinamitado por los rebeldes en 1983. Reponerlo era crucial para la futura integración de la comunidad en la economía nacional; aunque en la estación seca (en la cual arribó la comunidad) se podía vadear el río, incluso en vehículo, esto sería imposible una vez llegaran las lluvias. El ejército ofreció construir un nuevo puente, pero demandó que la comunidad formara patrullas de defensa civil para cuidarlo. La gente sintió que esto convertiría el puente nuevamente en objetivo militar del FMLN, y de todos modos incrementaría el control militar sobre sus vidas. Ellos propusieron que fueran organismos internacionales los que financiaran la construcción del puente. El tema fue discutido, pero en el primer período después de la repatriación no se llegó a ninguna solución formal.

Mientras tanto, la comunidad se comenzó a mover hacia lo que ellos llamaron la "reactivación" de las instituciones económicas desarrolladas en Colomocagua. Se fundaron nuevos organismos y empresas. Uno era el Comité de Desarrollo y Emergencia en Morazán (CODEMO), que se hizo cargo de establecer la base económica necesaria para mantener la comunidad, en cuatro rubros generales de producción: agricultura, ganadería, industria y artesanía. El plan era comenzar con casi la misma estructura que en el campamento. Los talleres y otras áreas productivas se mantendrían como actividades comunales, y las utilidades de la venta de los productos se utilizarían para subvencionar los servicios "no productivos" como educación y salud y para hacerse cargo de los ancianos y niños. Los últimos ya no trabajarían en los talleres, sino estudiarían a tiempo completo.

Al volverse más productivas, estables y autosostenibles las áreas de

trabajo, y al convertirse en legítimo gobierno municipal las estructuras políticas del nuevo asentamiento, habría tres importantes cambios. Las empresas económicas se convertirían en cooperativas autónomas, conducidas por los trabajadores socios. Los trabajadores recibirían salarios de las ganancias de la empresa, ya no los desembolsos mínimos del principio. Una vez que hubieran desarrollado un nuevo y legalmente reconocido gobierno municipal, este podría financiar los servicios sociales recaudando impuestos. Pero, todo eso era para el futuro.

Se fundó otro organismo, para desarrollar las relaciones comerciales entre Meanguera (y de hecho, todo el Norte de Morazán) y el resto del país, llamado Comité de Desarrollo Comercial (CODECO). Era responsable de desarrollar mercados nacionales e internacionales para los productos de las diferentes áreas de trabajo y de crear una estructura para proveer los suministros que la comunidad necesitaba, tanto para la producción como, a corto plazo, para las necesidades diarias.



*El puente sobre el río Torola, que vinculaba al Norte de Morazán con el resto del país antes que fuera dinamitado en 1983. La reconstrucción de este puente era de alta prioridad para la comunidad repatriada.*

Porque los recursos a la disposición de la comunidad, aunque objetivamente bastante reducidos, eran más grandes que nunca, el plan incluyó la compra de mercancía a precios de mayoreo para después venderla, a precios reducidos, en las nuevas tiendas; la provisión de suministros a los productores, e incluso negociar con organismos del gobierno que volvieran a brindar servicios y beneficios en la zona.

Finalmente había el Banco Comunal de Morazán (BANCOMO), que ya había iniciado sus operaciones incluso antes de que la gente saliera de Colomoncagua. Capitalizado con cuentas de ahorro (se pidió a la gente que depositaran la mitad de lo que ACNUR les había dado; y algunos recibieron remesas de familiares en el extranjero) y donaciones, el banco invertiría en proyectos comunales, canalizaría contribuciones financieras desde afuera de la zona, y ayudaría a las nuevas empresas y otras estructuras a manejar sus libros y cuentas.

Una pequeña empresa arrancó incluso en medio de las repatriaciones: un comedor, similar al sinnúmero de lugares para comer en Centro América, a la orilla de la carretera y cerca del límite norte del asentamiento. Lo manejaba una mujer de mediana edad que había trabajado en un centro de nutrición en Colomoncagua. Describió cómo funcionaba el comedor:

Nos va bien. Durante la última repatriación, todos los camioneros e internacionales comieron aquí. Mas los motoristas que iban para Gualcho. También MSF come aquí, y la gente que está jalando agua en las pipas del gobierno. Gente de otras comunidades, en su camino a Perquín o Jocoaitique, paran para comer aquí. Algunas veces, también alguien de la comunidad. Recibimos tortillas de la cocina colectiva. Aquí están funcionando igual que en el campamento, haciendo tortillas y frijoles, y el resto, todo el mundo come lo que quiere. Nuestros precios son de conciencia, dependiendo de la comida. Una comida cuesta cinco colones o tres y medio. Pero, si alguien viene de la comunidad, y sabemos que no tiene pisto, le cobramos menos. Y [sonrisa] si es un camionero o un internacional, cobramos más. O a veces, un anciano o una mujer embarazada, o un niño entra y les doy algo de comer. Así que es en base de conciencia. Entonces, estamos haciendo algún dinero. Lo damos a la directiva. Lo usan para comprar lo que aquí se necesita. Hay un comité de compras; van para San Miguel o San Salvador para conseguir lo que necesitamos.

No recibimos ningún salario. Es como en los campamentos - trabajamos aquí, y recibimos todo lo que necesitamos. Después, vamos a recibir un salario de las ganancias.

\* \* \*

Un grupo de dirigentes de la comunidad está discutiendo algunos de los incidentes que han ocurrido al principio y que indican la necesidad de adaptarse a la sociedad. Los recién repatriados se han dado cuenta que han cambiado durante los años en el exilio, de una manera que incluso era visi-

ble para gente de afuera, y en otros sentidos más evidentes internamente.

Parecían muy aldeanos, todos vestidos iguales, con la ropa hecha en el campamento. En la zona, un visitante muchas veces podía identificar a los repatriados por su ropa, especialmente por los calcetines rayados y los pesados zapatos de trabajo hechos en los talleres, que tienen el estilo muy particular de Colomoncagua.

"Cuando vamos a la ciudad, vamos juntos. No tenemos experiencia en comprar cosas, y cómo movernos en las ciudades. A veces la gente no sabe como pedir precios más bajos, así que terminan pagando más de lo que deberían".

Tomás E. explica: "Tenemos que aprender nuevos hábitos, porque estamos amarrados a los hábitos que aprendimos en el campamento, pero estamos confrontando la realidad. Aquí hay un ejemplo: tal vez un grupo esté caminando juntos en la ciudad, y uno quiere comprar un dulce. No tiene suficiente para comprar para todos, sólo para él. Pero estamos acostumbrados a compartir todo de manera igual. Entonces, en vez de tener algo que los demás no tienen, no compra nada".

Mabel R., quien vino con la repatriación de noviembre, se ríe y dice: "El dinero es un cambio real. Allá [en Colomoncagua] no estábamos acostumbrados a andar dinero. Todo se repartía, o uno pedía algo. Si salía un carro a otro subcampamento, uno simplemente se subía". Una risita un poco penosa. "Muchas veces ni siquiera dijimos 'gracias' ni agradecimos de otro manera, y ya estuvo. Sin embargo, aquí todo se paga. La gente va a Gotera y dice: '¿Y allá van a repartir agua?' Pero no, todo se vende. Poquito por poquito, nos vamos acostumbrando a pagar, porque nada se regala".

Otra persona en el grupo agrega: "No podemos ir juntos a un comedor porque uno se siente raro cada uno pidiendo su propia comida". Todos se ríen. "Casi parece que sería más fácil si cada uno comiera solo. Pero esta es una actitud rígida. Queremos preservar nuestros valores expresados, pero perder la rigidez".

"El otro día," cuenta José, "un camión fue a Gotera para comprar cosas. La gente no sabe sobre cómo manejar en la ciudad [de hecho, un indicador del avance hecho en Colomoncagua, donde alguna gente aprendió a manejar, pero como antes nunca habían tenido la oportunidad, no conocían todas las reglas de tráfico]. Pasaron en dirección opuesta por una calle de dirección única. Llegó la policía y hubo un gran debate. Los querían arrestar, incluso dijeron que estaban borrachos. Entonces, les dieron una esquila. Para ellos, esa multa era nada más un pedazo de papel, y yo les dije: "Guarden este papel". Les digo: "Tienen que pagar una multa, porque si no, van a tener que pagarla cuando vayamos a volver a matricular el vehículo".

Catalina pregunta: "¿Y a dónde hay que ir a pagarla?" "Al mismo lugar donde uno recibe la matrícula". "Y esto, ¿dónde queda, en San Salvador?"

José, miembro de la máxima dirigencia de la comunidad, dice encogiéndolo los hombros y con sonrisa: "¡A saber dónde queda!".

En el comedor de la comunidad, a la orilla de la carretera, doña María explica a un visitante que además han habido otros cambios:

Después de nuestra experiencia, uno se siente algo diferente. No es como antes, cuando las amistades sólo eran con la familia, con los primos de uno, con las tías y los tíos de uno. Ahora, la

amistad es comunal. Esto es algo que siento. Visitamos a unos familiares en San Fernando. Nos recibieron bien; tuvieron una ceremonia, nos dieron de comer. Dormimos en sus casas, una noche por allá, otra por acá. Había confianza. Pero no me sentía realmente tranquila; en la noche, sentía miedo. No quería sentarme o acostarme. No me sentía realmente cómoda hasta que volvimos para acá. Hay una confianza especial aquí. Creo que es por eso que la gente se mantiene tan cerca".

"Aunque es cierto que esa es una comunidad de origen 100 por ciento campesino, los valores que hemos creado no nos permiten vivir de la misma manera," explica José, uno de los dirigentes de la comunidad. "Por ejemplo, aquí todo el mundo tenía la oportunidad de decidir dónde asentarse, a dónde poner su champa, y lo sorprendente es que todo el mundo se amontonó. Había bastante tierra donde nos hubiéramos podido dispersar, pero no, la tendencia ha sido mantenerse juntos".

Algunas de las familias recién repatriadas empezaron a construir casas, aún antes de que se hubieran asignado los terrenos. Preguntado si la gente podría asentarse afuera de sus lotes asignados, Tomás contesta: "Mire, algunos ya se fueron de regreso a donde vivían antes, y algunos se fueron a donde encontraron un lugar bonito para una casa. Una vez los lotes estén trazados, todavía tendrían el derecho de hacer esto, pero entonces, les va a resultar más difícil conseguir servicios -agua, electricidad, materiales para las casas que están en el plan. Pero, incluso esto podría ser posible; de todos modos, tienen la libertad de escoger. Si usted mira los domingos, va a ver grupos de gente visitando donde solían vivir, viendo sus antiguas casas, las casas quemadas, o donde tenían familia".

José agrega: "La cosa es, la razón principal que regresamos en colonias y subcampamentos era para facilitar la organización del traslado; aquí la gente tiene la libertad de cambiar de colonia, de vivir cerca de amigos o familiares. A veces parece que no tienen conciencia de esto. Pero quien quiere, puede cambiarse de lugar. No queremos reconstruir las condiciones de un campamento cerrado, esto no es un lugar cerrado ni rígido".

\* \* \*

Antes de salir de Colomoncagua, los refugiados sabían que en Meanguera cambiarían algunas de las condiciones importantes. "Sabíamos que de una comunidad asistida nos moveríamos hacia una comunidad en desarrollo". Estaban conscientes de la crítica de que la estructura administrativa que habían desarrollado, a pesar de toda su fuerza, no proveía suficiente representación directa. "Queríamos movernos de una representación indirecta a una elección más directa de las autoridades". Como paso preparatorio, la Asamblea de Comités aprobó una nueva estructura política llamada "democracia popular" para el nuevo asentamiento que llevaría el nombre Ciudad Segundo Montes. En medio de la construcción de las champas, las colonias organizaron asambleas para elegir sus representantes en la nueva Asamblea General, uno por cada dos

colonias, o sea un total de 50 delegados. La Asamblea General, la cual sería la máxima autoridad política en la nueva estructura, elegiría a una Junta Directiva que, por su parte, seleccionaría a los miembros de la Unidad Ejecutora, responsable de la administración cotidiana y de la coordinación del trabajo de las cinco instancias administrativas: CODEMO, CODECO y BANCAMO, y dos adicionales.

Estas dos eran la Comisión de Desarrollo Urbano, responsable de supervisar el desarrollo de los planes, la construcción de las viviendas y otros edificios, la creación de los sistemas de agua y electricidad, en general, todo relacionado a la infraestructura urbana de la nueva ciudad; y la Comisión Comunal, a cargo de los servicios comunales (salud, educación, sanidad y otras áreas de asistencia pública), organización comunal, actividades en otros sectores y trabajo pastoral.

Traducida a los términos políticos de Estados Unidos, esta nueva estructura sería una especie de híbrido entre el sistema de concejo municipal con su sistema de administración (aunque con mucho menos gente representada por cada concejal) y la asamblea municipal.

La comunidad recién repatriada tenía un claro sentido del significado más grande de lo que estaban tratando de hacer. Ellos creían que su capacidad de volver a desarrollar el modelo que tenían en el campamento y de integrarse exitosamente en la economía y sociedad nacionales, tendría consecuencias importantes para el Norte de Morazán y, más allá, para la región oriental del país y, en efecto, para todo El Salvador.

Primero, el desarrollo económico del asentamiento estaba ligado a desarrollo de la zona entera. Habían traído con ellos oficios desconocidos en la zona; por primera vez, cosas como zapatos, herramientas y ropa serían producidos, de manera rentable, para el mercado local que, dentro de un plazo razonable, incluiría todo el Norte de Morazán. De manera similar, comerciar estos bienes con centros económicos como San Salvador y San Miguel resultaría una integración económica que afectaría toda la zona. La comunidad poseía varios vehículos donados o adquiridos y tenía un taller mecánico, y esto también contribuiría a la disponibilidad de mercancías en toda la zona.

Además, en la comunidad se veía las tiendas (con las cuales habían experimentado en Colomoncagua sólo a un nivel muy bajo) y los talleres de producción primordialmente como servicios comunales. Aprovechándose de los precios de mayoreo y teniendo que cubrir sólo los costos administrativos (y algún día, los salarios), desarrollarían el ingreso necesario y al mismo tiempo mantendrían los precios bajos. Pensaban que esto haría disponibles bienes a precios alcanzables para toda la comunidad.

Los programas de agricultura incrementarían a largo plazo la disponibilidad de algunos alimentos. En el caso de huevos, esto comenzó a darse casi inmediatamente. Un dirigente explicó: "En Perquín, un huevo cuesta 60 centavos; aquí, la granja cobra 35. Ya la gente ha empezado a venir de algunos pueblos a comprar huevos. Por supuesto, aún no podemos satisfacer la demanda, pero vamos a mejorar. Y a corto plazo, vamos a tener un impacto sobre los precios en toda la zona, ellos van a tener que bajar sus costos para competir con nuestros precios".

Además, se estableció un proyecto de ensilaje de maíz y frijoles para poder proveerlos durante todo el año. Esto iba a estabilizar los precios que

## 150 • LA TRAVESIA POR LA FRONTERA: EL RETORNO A EL SALVADOR

antes tenían un ciclo anual, así que a veces los alimentos más básicos no estaban al alcance de la gente de la zona. "En realidad," señaló uno de los hombres que trabajaba en el área de reactivación económica, "las nuevas tiendas, la producción local de bienes, la disponibilidad de transporte y el programa de ensilaje son importantes, porque así de pobre como son aquí los pobres, el obstáculo principal para ellos para conseguir cosas no es su costo sino la falta de acceso".

Segundo, los programas sociales de la comunidad tendrían implicaciones directas para la zona. Ya se empezó a mandar profesores a varias comunidades vecinas para ayudar en la educación primaria, y fueron recibidos con mucho entusiasmo. Dos hermanas que comenzaron a enseñar en un pueblito aislado explicaron:

Cuando llegamos, había un mitin. PADECOMSM propuso que algunos de nosotros deberían ir a ayudar a elevar el nivel cultural de nuestros hermanos en algunas de las poblaciones. Nos sentimos contentas de ir a ayudar a otra gente. Y volvimos a sentirnos bien cuando llegamos para allá y vimos la alegría de la gente, estaban felices de tenernos allá. Hubo una asamblea de la comunidad para darnos la bienvenida. Por la falta de profesores, no pudieron desarrollar la educación como debería ser. Había una sola clase para los primeros grados. Yo trabajo en tercer grado; ella en segundo. Los padres nos agradecen por haber venido. Vivimos allá con una familia y sólo venimos a casa cada segundo fin de semana. La gente nos trata muy bien, vienen a visitarnos, nos traen comida, más de lo que necesitamos. Estoy feliz de estar allá .

El desarrollo de nuevos programas de salud y otros servicios beneficiaría de manera similar la zona entera. No podría ser de otra manera; el surgimiento de la Ciudad Segundo Montes como comunidad privilegiada, rodeada por cantones y pueblos más pobres podría parecer perfectamente normal dentro de un contexto estadounidense, pero en Morazán sería una situación totalmente insostenible. Y de todos modos, esto no estaba dentro de sus planes. Ellos se vieron como un foco de desarrollo social, económico y político de todo Morazán, no sólo para su propia ciudad.

Poco después de la repatriación de la comunidad de Colomoncagua comenzó la repoblación de la población vecina de Arambala. Abandonado después de los bombardeos gubernamentales de los primeros años de los ochenta, el pueblo vio retornar a sus residentes. Entonces, había esperanza que la repatriación podría ser el inicio de una repoblación general de la zona.

La lucha política contra el aislamiento estaba vinculada a la situación general de seguridad de la población civil en la zona. La presencia y el activismo de la comunidad repatriada tenía algunos beneficios inmediatos en materia de seguridad. La gente se sintió, de manera general, más segura; volvieron a usar la "calle negra", la carretera pavimentada, abandonada por miedo. La lucha por el derecho de traer bienes -tantos personales como comunales- a la zona, pasando el retén de Gotera, tenía implicaciones para todo el área.

Inmediatamente se comenzaron a dar incidentes que indicaban que la

gente se sentía más segura a partir de la presencia de los refugiados repatriados. "Una vez, hace algunos días", -contó un miembro de la comunidad- "los soldados pararon un bus cerca de Gotera e hicieron bajar a todos. Entonces, separaron a los repatriados del resto y dijeron al resto que podían irse. Ellos empezaron a decir: '¿Por qué se tiene que quedar los demás? Vivimos todos en la misma zona'. Entonces, todo el mundo empezó a argumentar con los soldados, y cedieron y dejaron ir a todos". Cada victoria alcanzada en el área de la libertad de tránsito y comercio implicaba poner límite al poder arbitrario de los militares y nuevas aperturas para toda la nación.

La comunidad repatriada se dirigió frecuentemente a la opinión pública, mediante conferencias de prensa, campos pagados y sus propias publicaciones. Se invitaba a mucha gente y trabajaba estrechamente con otras comunidades y organizaciones de base en El Salvador. De esta manera, esperaban que la gente se diera cuenta de lo que ellos estaban haciendo, y que el asentamiento pudiera servir de modelo de desarrollo económico y social para el campo salvadoreño.

## **LA DEDICACION DE UNA CIUDAD**

"Nuestra comunidad quiere contribuir a la paz, construyendo escuelas, atendiendo la salud, creando fuentes de trabajo, produciendo para que vivamos mejor; por nueve años hemos vivido con asistencia y nos hemos preparado para este momento".

El 25 de marzo de 1990, un día después del décimo aniversario del asesinato de monseñor Oscar A. Romero, la nueva comunidad de Ciudad Segundo Montes fue inaugurada, en una ceremonia pública en el asentamiento de Quebrachos. El día comenzó aproximadamente a las diez, con la llegada de una procesión del pueblo vecino de Jocoaitique. Entre 500 y 1000 habitantes de las comunidades vecinas del Norte de Morazán participaron en esta marcha animada, cargando mantas conmemorando el aniversario del martirio de monseñor Romero y otros, dando la bienvenida a la comunidad recién repatriada.

Durante los días anteriores habían llegado cantidades de visitantes salvadoreños, en su mayoría familiares de los repatriados y comerciantes que establecieron ventas para la celebración. El ambiente era de fiesta. Había una planta y un sistema temporal de alumbrado, y el gobierno había mandado dos camiones pipas que traían agua potable de un manantial.

Después de la procesión, delegaciones de invitados extranjeros, agencias internacionales y organizaciones populares salvadoreñas empezaron a llegar de San Salvador, en carros, camiones y autobuses. En medio de toda esta actividad arribó una caravana de vehículos llenos de suministros - herramientas, comida, leche en polvo, medicina- organizada por los Pastores por la Paz de Estados Unidos. La caravana era el producto de meses de trabajo de numerosas organizaciones en Estados Unidos, que recolectaron



*Una valla y una placa permanente en honor al Dr. Segundo Montes. En la ceremonia de dedicación de la Ciudad Segundo Montes, en el campamento El Quebrachal; 25 de marzo de 1990.*

el dinero para comprar los siete camiones y los suministros para llenarlos. El anuncio de su llegada provocó una bienvenida entusiasta y agradecida por parte de la multitud.

Y, por supuesto, atendió un gran número de gente de la comunidad. Era un día caliente, y había un permanente flujo de gente buscando sombra y agua afuera del campo de la celebración, pero a partir de eso de las once, siempre hubo varios miles en el campo.

A esta hora, se iniciaron las ceremonias. Desde la recién construida tarima, dieron sus discursos Juan José Rodríguez, uno de los dirigentes de la comunidad; Carlos Castro, de PADECOES, una organización con proyectos de desarrollo económico, social y comunal en todo El Salvador; José María Tojeira, un representante de los jesuitas de El Salvador; y Romeo Piñeda Reyes, gobernador del departamento de Morazán y miembro de ARENA. Por un lado, la comunidad y sus aliados estaban declarando su existencia e insistiendo que el gobierno cumpliera con los acuerdos sobre la libertad de tránsito y comercio entre la zona y el resto del país. Por otro lado, el gobierno estaba ofreciendo amenazas apenas encubiertas sobre las consecuencias de cualquier desviación del "orden legal" y de la decisión "infortunada" de reubicarse en una zona de guerra, donde "el gobierno no los podía proteger". Sin embargo, el ambiente era relajado y cordial, así



*Carlos Castro de PADECOES, hablando durante la ceremonia de dedicación.*



*Niños de la comunidad, curiosamente confrontando a uno de los soldados mandados a "proteger" a los oficiales del ejército durante la ceremonia de dedicación.*



*Mujeres recién repatriadas, escuchando los discursos durante la ceremonia de dedicación.*

como lo habían planificado y deseado.

Después de los discursos, hubo un servicio ecuménico, leído por varios sacerdotes locales así como por el padre Miguel Francisco Estrada, el nuevo rector de la Universidad Centroamericana; el reverendo Medardo Gómez, obispo de la Iglesia Luterana de El Salvador; el padre Pedro Casaldáliga de Brasil, el conocido promotor de la teología de liberación; y otros.

Durante el servicio, soldados del Destacamiento Militar Número Cuatro de Gotera, en uniformes de combate, con equipo de combate, las caras camufladas con pintura, aparecieron entre la multitud y vagabundeando por todo el área. Rápidamente se veía que era un número considerable -más de 100. Luego de un rato, se reveló la razón de su presencia- la cual al mismo tiempo fascinó y desconcertó a la comunidad, pero no interrumpió la ceremonia. En una estrepitosa nube de polvo, arribó un helicóptero y aterrizó en una esquina del campo, descargando al comandante del Destacamiento Militar Número Cuatro, Coronel Corado; su segundo, Coronel Tejada; y un sargento estadounidense quien pasaría el resto del tiempo pretendiendo aparentar que era salvadoreño, a pesar de su



*Gente huyendo de la tormenta de polvo que levantó el helicóptero.*

pésimo español. El Coronel Corado había sido invitado por la comunidad y dirigió unas pocas palabras a la multitud, secundando el mensaje de amenaza del gobernador. Pero sus amenazas no lograron destruir el tono positivo y entusiasta de este día.

Saludos cortos de miembros de algunas delegaciones, canciones del conjunto, y la revelación de una placa dedicando la nueva ciudad a la memoria del Dr. Segundo Montes, el sacerdote jesuita asesinado, concluyeron las ceremonias formales, y los miles de asistentes se retiraron para recibir su fresco, agua y sandwich.

Después hubo presentaciones culturales, y se plantó un árbol en conmemoración a este evento. Finalmente, como a las ocho de la noche, el conjunto empezó a tocar músicaailable, y la comunidad y sus invitados se unieron en el campo de ceremonia. El baile levantó una enorme nube de polvo, y como a las 10, hubo un anuncio desde la tarima diciendo que uno de los camiones cisterna del gobierno estaba por venir para regar el campo. La multitud le abrió paso al camión, y el motorista sacó una gran manguera y empezó a regar agua, aumentando el deleite de la gente quienes, en medio

**LA TRAVESIA POR LA FRONTERA:  
156 • EL RETORNO A EL SALVADOR**

de gritos y la hilaridad general, corrieron y eludieron el chorro de agua. Había sido un día largo, caliente y la gente tenía sueño. El conjunto había tocado entre los discursos desde las 10 de la mañana -el agotamiento se notaba en sus voces. Pero era un día muy especial. La gente continuaba bailando hasta las tres de la madrugada.

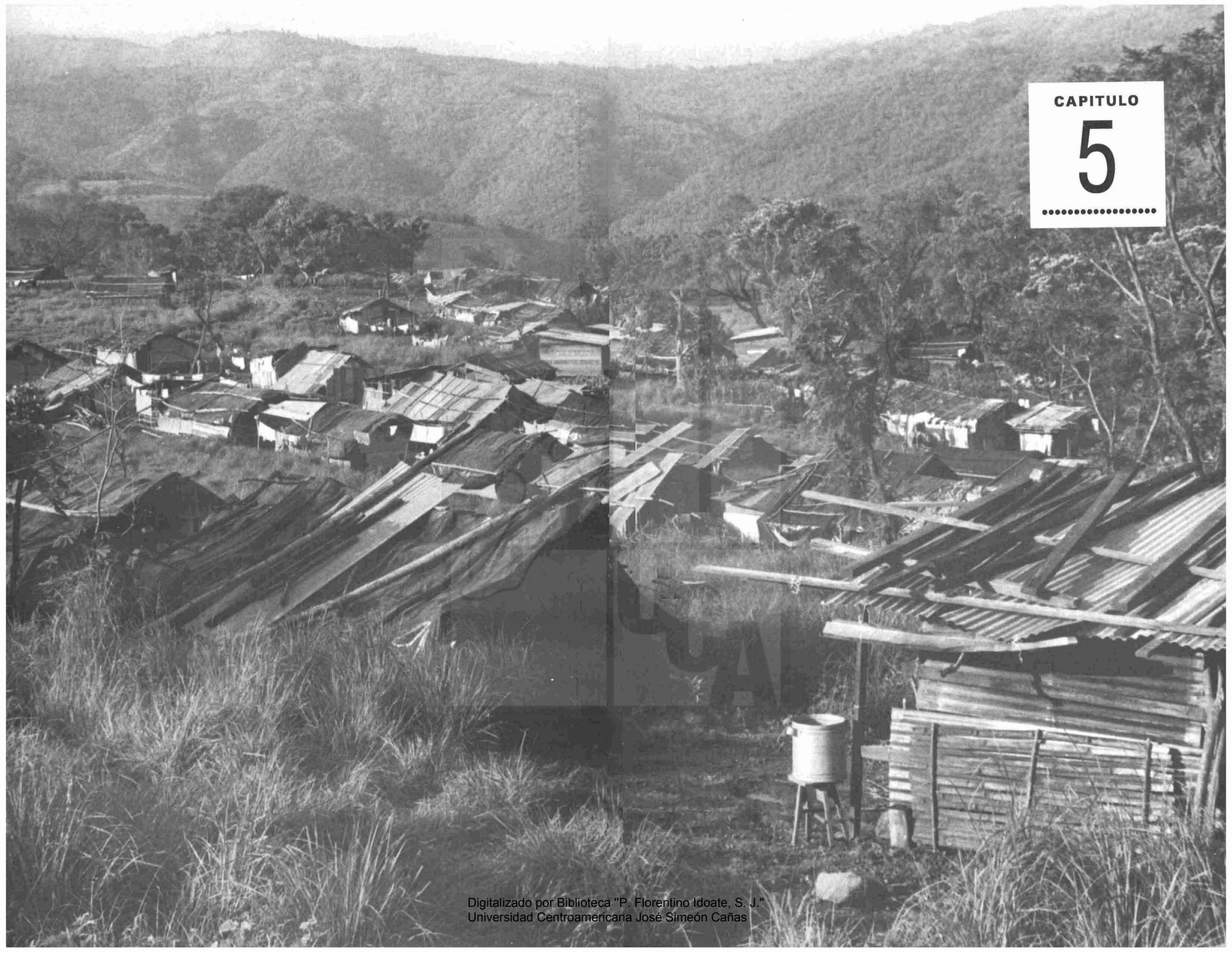
El pueblo había retornado a su tierra prometida y creado una nueva ciudad.



CAPITULO

# 5

.....



## CREANDO UNA NUEVA VIDA EN MORAZAN

---

Lo que la gente aquí quiere es un cambio total de la manera en que vivíamos antes, una vida comunal. Antes, no teníamos la capacidad de decidir ni siquiera a tener una clínica. No teníamos la educación, el aprendizaje, la preparación técnica. Vivíamos en hambre y miseria. No sabíamos que hacer para cambiar esta forma de vivir. Ahora hemos encontrado el camino a seguir para que todos nosotros tengamos una vida mejor.

A finales de junio de 1982, un nuevo puente de un carril vinculaba la Ciudad Segundo Montes con el resto de El Salvador. Construido por el gobierno de El Salvador después de meses de presión, la brillante estructura plateada significaba que de nuevo era abierto el tráfico a pie y en vehículo al Norte de Morazán. A principio de julio, una ruta regular de bus comercial llegó al norte del Río, y camiones podían traer suministros a la comunidad y los pueblos vecinos en el norte de Morazán. De manera tanto simbólica como literal, se había forjado un vínculo crítico con el resto del país.

Para muchos en la comunidad, estar de regreso en El Salvador significaba ver a la gente con los cuales habían perdido el contacto hacia una década, descubriendo seres queridos quienes durante años habían temido que fueran muertos. "Cuando abrimos la bodega en Gotera, yo estaba coordinando el acomodo del envío en el edificio", nos contó un hombre en sus cincuenta. "Era a eso de las 5:30 de la tarde... Y de repente yo vi a un grupo de gente que vinieron corriendo hacia mí y me abrazaron. Eran mis primos y los ahijados de mi papá. Eran de El Mozote. Yo no pensaba que esa gente todavía existiera; pensaba que habían muerto".

Luego de nueve años de exilio y encarcelación en Honduras, la comunidad se alegraba de poder ir y venir como les daba la gana, de ver lugares familiares, de reunirse con sus seres queridos, de trabajar la milpa que es

*Páginas anteriores: Champas en Quebrachos. Los habitantes están esperando la construcción de las casas provisionales.*

una parte tan central de la cultura campesina. Temprano en la mañana, chorros de gentes caminaban calle negra arriba para trabajar sus milpas, llevando sus cumas. Trabajarían en los cultivos familiares antes y después de su trabajo, y al final del día traerían algunos pepinos, un pipián o frijoles. En las noches, afilarían las cumas para el día siguiente.

"Nada nos quita nuestra alegría de estar aquí en El Salvador", nos contaron una que otra vez. Aunque se esperaba que muchos abandonarían la comunidad para regresar al pedazo de tierra que poseían o para ir a vivir con familiares en los pueblos vecinos, esto no ocurrió. Un grupo de cien salió para formar cooperativas de agricultura en zonas aledañas, pero esto, en vez de debilitar la influencia de la comunidad, la extendió. "Es un avance, como una colmena que envía una nueva colonia. Es parte de nuestro plan", explicó Alejandro, uno de los dirigentes de la comunidad.

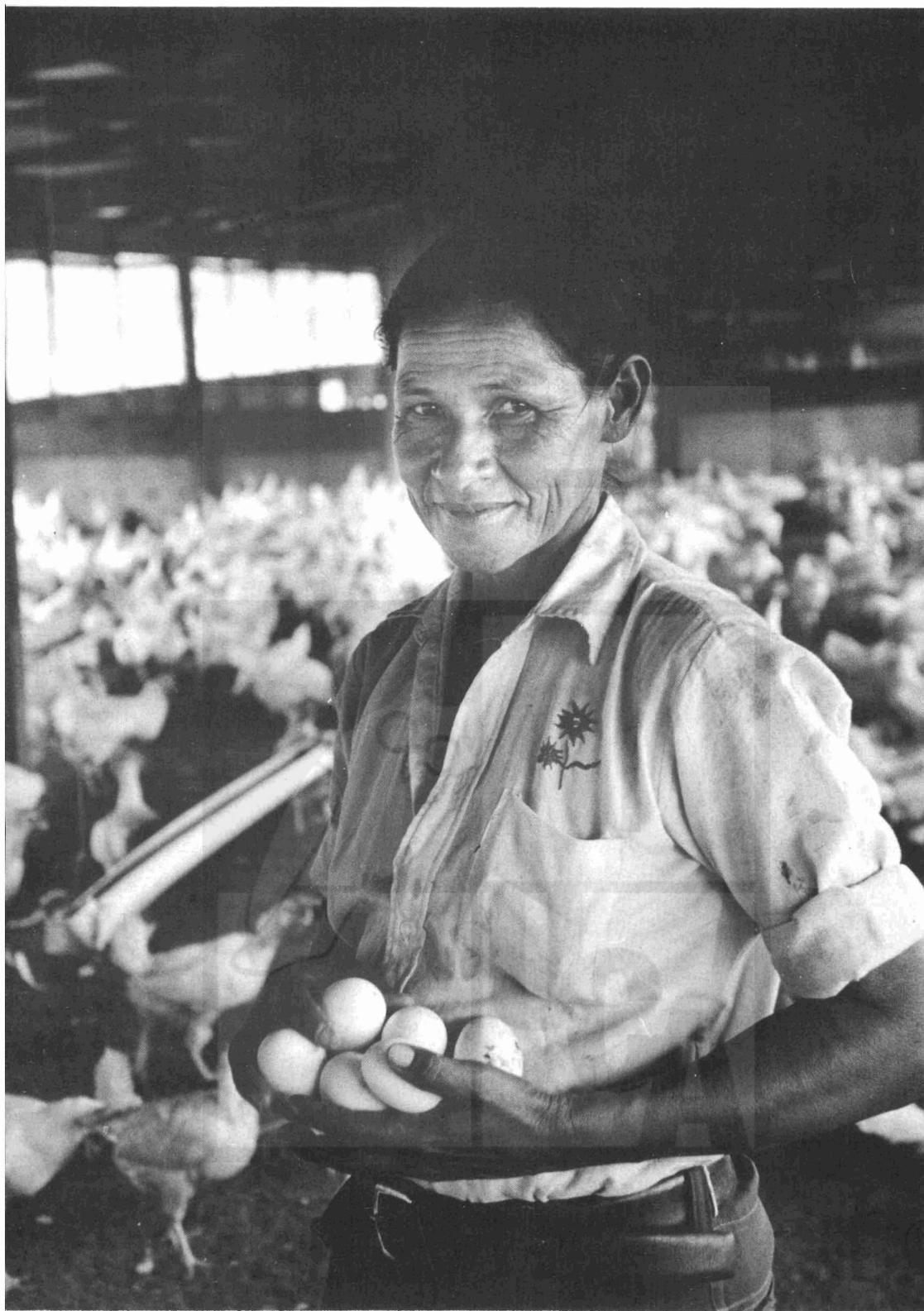
Su coherencia quedó intacta, a pesar de la pérdida de la coacción externa, por la cual la unidad había sido un asunto tan crítico en Colomocagua. "Tenemos un montón de tierra cerca de La Guacamaya", comentó don Visitación. "Nadie la está utilizando ahora. Pero nosotros no quisiéramos estar solos, separado de la comunidad. No hay nadie en toda esa zona al oriente de aquí. Da miedo caminar por allá, ningún gallo cantando, ningún chuchito ladrando, sólo un montón de venado". Otra familia describió sus planes de moverse a unas tierras de su propiedad más arriba en la carretera, para poder cuidar sus piñas. Preguntados cómo se sentían saliendo de la comunidad, dijeron: "¡No vamos a salir!". La abuela explicó: "Las muchachas van a venir a trabajar aquí todos los días. Sólo vamos a vivir por allá, pero siempre estar viniendo para acá".

Margarita, una mujer que trabajaba en la distribución de alimentos, indicó que las experiencias en el campamento han cambiado profundamente las ideas de la comunidad. "Antes, no vivíamos así; vivíamos en casas muy separadas. Algunos vivían donde nadie llegaba a visitarlos. Pero en Colomocagua, siempre éramos tanta gente viviendo juntos. Ha sido nuestro sueño, desde que llegamos para acá, quedarnos juntos y no volver a separarnos".

El traslado de Colomocagua a Meanguera representaba más que una reubicación física. Esta gente se había trasladado de la condición dependiente y auxiliada de refugiados, pasando por el status de una comunidad repatriada -motivada por su propia visión, pero todavía recibiendo asistencia para el mismo traslado- a una situación, que ellos habían deseado y creado por su trabajo, de una comunidad independiente y autogestiva que se preparaba a asumir su papel en la vida económica, social y política del país.

El campamento de refugiados, aunque en muchos aspectos una prisión, también los protegía de ciertos aspectos duros de la vida normal. Como refugiados, tenían asegurado un mínimo nivel de recursos -comida, vivienda, leña, materiales para los talleres- por parte de los organismos a cargo de su bienestar. Al mismo tiempo, no podían hacer decisiones esenciales sobre su vida, y entonces, no tenían la oportunidad de poner a prueba de experiencia sus planes y capacidades. En el refugio, habían conquistado sus logros bajo condiciones muy difíciles pero también bajo una especie de protección artificial, la cual les facilitaba un ambiente casi utópico de laboratorio.

Al haber conquistado su libertad e independencia, tenían el derecho y la necesidad de sostenerse por su propia cuenta y tomar sus propias decisiones.



*En la nueva granja de gallinas, construída y puesta en función inmediatamente después de la llegada a Meanguera.*

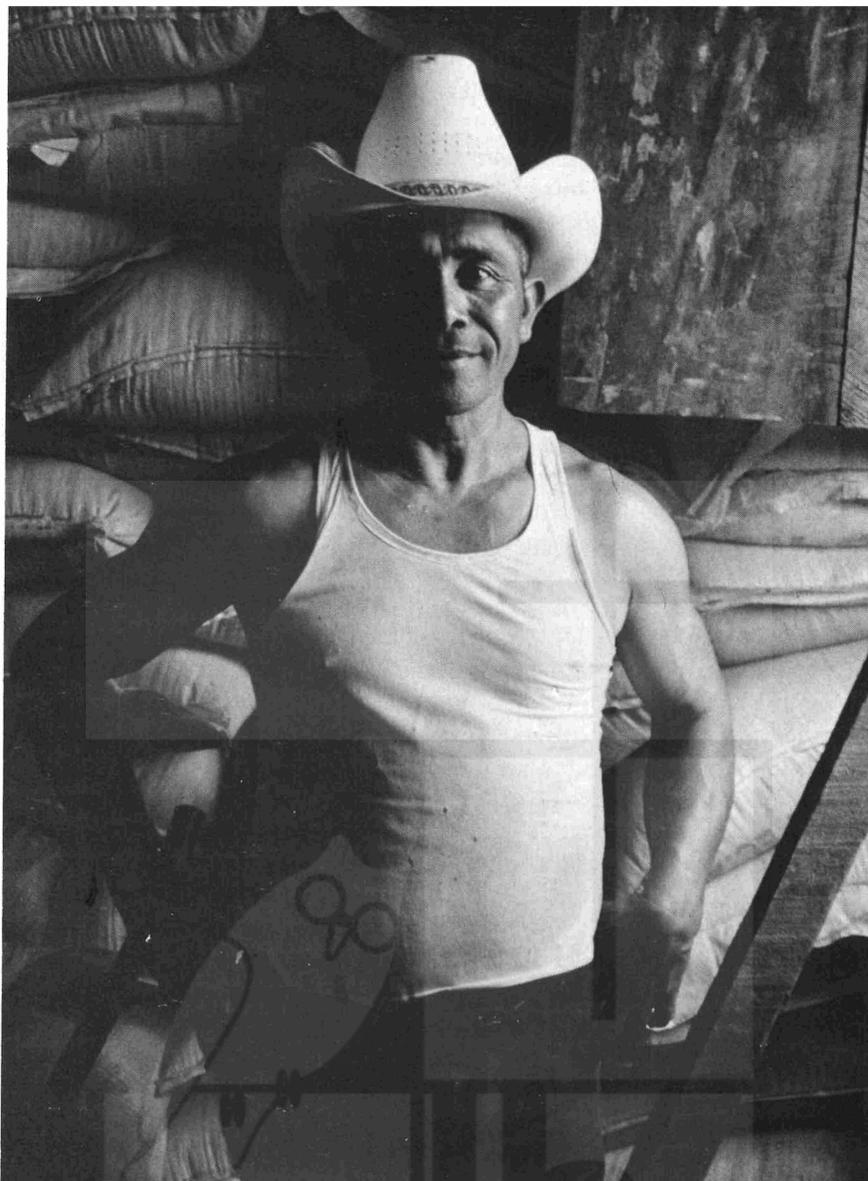
Estaban moviendo rápidamente de dependencia a desarrollo, generando nuevas expectativas, tomando conciencia de nuevas necesidades y aprendiendo nuevas habilidades. Pero, no era un proceso fácil. "Después de nueve años de estar en un refugio, recibiendo asistencia, en la persona asistida se crea una mentalidad. Después de nueve años, uno no cambia este patrón de la noche a la mañana. Es una gran lucha", admitió Darío, el coordinador de la estructura de desarrollo comunal, CODEMO.

Los refugiados repatriados tenían clara conciencia del significado de su nueva situación de independencia. También comprendieron que sin asistencia externa su proyecto no podía tener éxito. La ayuda ahora dependía de su capacidad de escribir propuestas, negociar y defender su propia causa. Agradecían la asistencia de varios internacionales quienes habían trabajado como personal de las agencias en Colomoncagua, para después convertirse en aliados de confianza, en colaboradores y consultores. Y trabajaban estrechamente con organizaciones salvadoreñas de desarrollo como FASTRAS y PADECOMSM que proveían asistencia técnica y material para proyectos específicos. A pocas semanas de la repatriación, ya tenían una oficina en San Salvador, con computadoras, una fotocopidora e incluso una máquina de fax para comunicarse con fundaciones, organizaciones de desarrollo y organismos gubernamentales.

El funcionamiento de esta oficina ilustraba la magnitud del reto que la comunidad estaba aceptando. Para preparar el personal que iba a trabajar en la capital, había que entrenar a personas quienes habían vivido toda su vida en las áreas rurales más remotas en habilidades tan urbanas como ordenar y pagar en restaurantes, movilizarse en buses y taxis, sobrevivir en el caos de las calles de San Salvador, operar las instalaciones de cocina y baño, utilizar teléfono y fax, etc. "Una de las cosas más difíciles es que nunca vamos para afuera", nos contó uno de los dirigentes. "Todo el día tenemos que pasar enjaulados adentro".

La confrontación con la realidad que caracterizaba la experiencia de la comunidad después de la repatriación era al mismo tiempo estimulante y difícil. Algunos proyectos importantes necesitaban mucho más tiempo que el previsto. Por ejemplo, el plan original era trasladar a todo el mundo a viviendas mínimas antes de que comenzaran las fuertes lluvias, en mayo. Pero el proceso de proyectar los terrenos se extendió sobre meses, retrasando la construcción de las casitas de madera, así que algunas familias tenían que pasar toda la estación de lluvias en las champas con techo de nylon. Había que redefinir las metas en la medida que se presentaban y resolvían las limitaciones.

Se dio prioridad a la solución de las necesidades básicas y a minimizar la desigualdad infraestructural entre los cinco asentamientos que componían la ciudad: Quebrachos (a veces también llamado El Quebrachal), San Luis, Los Hatos I y II y El Barrial. El último, situado en un paisaje particularmente bonito, sólo hacía poco disponía de agua y todavía se encontraba aislado, ya que la carretera era tan horrible que sólo los vehículos más robustos de la comunidad podían pasar. Alguna gente había abandonado El Barrial para ir a otros asentamientos, debido a estos problemas, pero la mayoría se adaptó a las dificultades, mostrando el acostumbrado buen humor. En general, la moral se mantenía alta en la comunidad, a pesar de que el progreso era lento y había reveses en algunas áreas.



*En la nueva granja de gallinas, construida y puesta en función inmediatamente después de la llegada a Meanguera.*

De alguna manera, la transición hacia la realidad entraba en conflicto con los valores utópicos que guiaban la comunidad. Por ejemplo, empezaron a surgir ciertas diferencias económicas entre la gente, reflejando la introducción del comercio y el hecho innegable de medios desiguales. Algunos tenían familiares que les mandaban dinero, así que podían darse el lujo de un radio, mejor ropa, alimentación adicional, o de vez en cuando ir a comer algo en un comedor en la calle o en una de las tiendas que ahora existían en la comunidad. Otros sólo tenían las pocas cosas que trajeron de Colomocagua, y su única fuente de ingreso eran los salarios simbólicos de 25 colones al mes. Unos cuantos plátanos o un viaje en bus a Perquín costaban un colón; incluso comprarse de vez en cuando una charamusca, el popular helado de jugo vendido en bolsa plástica, era un lujo fuera del

alcance de muchas familias. La gente con más recursos -y más ingenio- ya había invertido en un chanco, para engordar y venderlo o para vender lechón, o tenían suficiente suerte para poder comprar una cabra o incluso una vaca. "Uno tiene que pensar en sus recursos," dijo Vicente A., un hombre pensativo de voz suave que trabajaba de gafa para los visitantes. "Siempre decíamos que comprar un chanco es como tener una cuenta en el banco".

Sin embargo, las diferencias en las posesiones personales no eran grandes, así que el ambiente general en la comunidad todavía era de una igualdad básica. Como un dirigente señaló, incluso en esta fase de inicio "no hay ningún lugar en este país donde una familia tiene asegurada las cosas que aquí están garantizadas". A todos se proveía servicio de salud y educación, sin ningún pago. Los recursos más críticos -viviendas, tierra, talleres- eran propiedad colectiva y se distribuían equitativamente. Las nuevas viviendas en construcción eran chozas simples de madera, de un solo cuarto, con piso de tierra y techo de lámina, variando en su tamaño de acuerdo al tamaño de la familia. Estas construcciones y los terrenos van a quedar en propiedad de la comunidad, y sus habitantes los podrán utilizar mientras ellos o su familia vivieran ahí. Y las fábricas por construirse seguirán siendo propiedad de la comunidad, aunque podrían convertirse en cooperativas autónomas una vez que logren autosostenerse económicamente.

Todos los miembros de la comunidad todavía tenían derecho a recibir la alimentación básica donada por gobiernos y agencias (arroz, frijoles, maíz, azúcar, sal, aceite, y de vez en cuando, frutas y verduras), pero los demás artículos los tenían que comprar o cultivar. Como ya no eran refugiados, el nivel de la ayuda externa se había inclinado y su dieta se había deteriorado; la desnutrición infantil era una preocupación creciente. El plan era cambiar gradualmente hacia una economía de mercado para todos los bienes, incluyendo alimentos, con servicios como salud y educación gratuitos. En general, la gente viviría de sus salarios, y podrían aumentar sus ingresos vendiendo productos de cultivo familiar, artículos de artesanía u otros. Los que no podían trabajar -ancianos, lisiados, mujeres solteras con muchos niños- tendrían derecho a recibir ayuda de la comunidad para satisfacer sus necesidades básicas, aunque todavía no habían elaborado en detalle cómo pagar para esto.

Ciertos aspectos del estilo de vida comunal desarrollado en el refugio habían disminuido, sobre todo porque había otras prioridades. Por ejemplo, ya no había coordinadores de niños. Con miles de hombres y mujeres requeridos para trabajar en las construcciones, la comunidad simplemente no podía utilizar adultos para esta tarea. De hecho, la organización de la comunidad por sectores (por ejemplo hombres, mujeres, niños, jóvenes, etc.) estaba temporalmente suspendida, hasta que se concluyeran las primeras fases del desarrollo físico. La introducción del comercio significaba la acumulación de bolsas plásticas y otra basura en las áreas públicas, pero una campaña de limpieza tuvo que esperar hasta que estuvieran resueltos otros problemas más urgentes.

La producción de tortillas también se había vuelto más privatizada. Primero, se establecieron cocinas colectivas a nivel de la comunidad, pero debido a los recursos limitados cada cocina tenía que echar tortillas para más de 900 personas. Esta enorme carga de trabajo y su carácter agotador

hicieron difícil reclutar a las mujeres para las cocinas. Después de mucha discusión, se tomó la decisión de preparar tortillas sólo para la gente que estaba trabajando o que por otras razones no podían echar sus propias tortillas, como los ancianos. Para los demás, pusieron molinos para moler el maíz, así que una parte del trabajo seguía siendo colectivo.

Todas las mañanas, comenzando a eso de las cuatro, en todos los asentamientos se escuchaba el zumbido de los molinos y sus plantas. Una interminable oleada de gente -usualmente mujeres y niñas, pero también niños- desfilaría hacia los molinos, llevando en grandes recipientes el maíz lavado para las tortillas del día. Y a la hora del almuerzo, la gente en su trabajo recibía las pequeñas pilas de tortillas preparadas para ellos en las cocinas colectivas. Durante todo el día, el sonido de las manos fuertes de mujeres



*Una champa en medio de la milpa familiar, talvez el símbolo central de lo que significaba haber salido de la "cárcel de paredes".*



*Manta en la Ciudad Segundo Montes.*

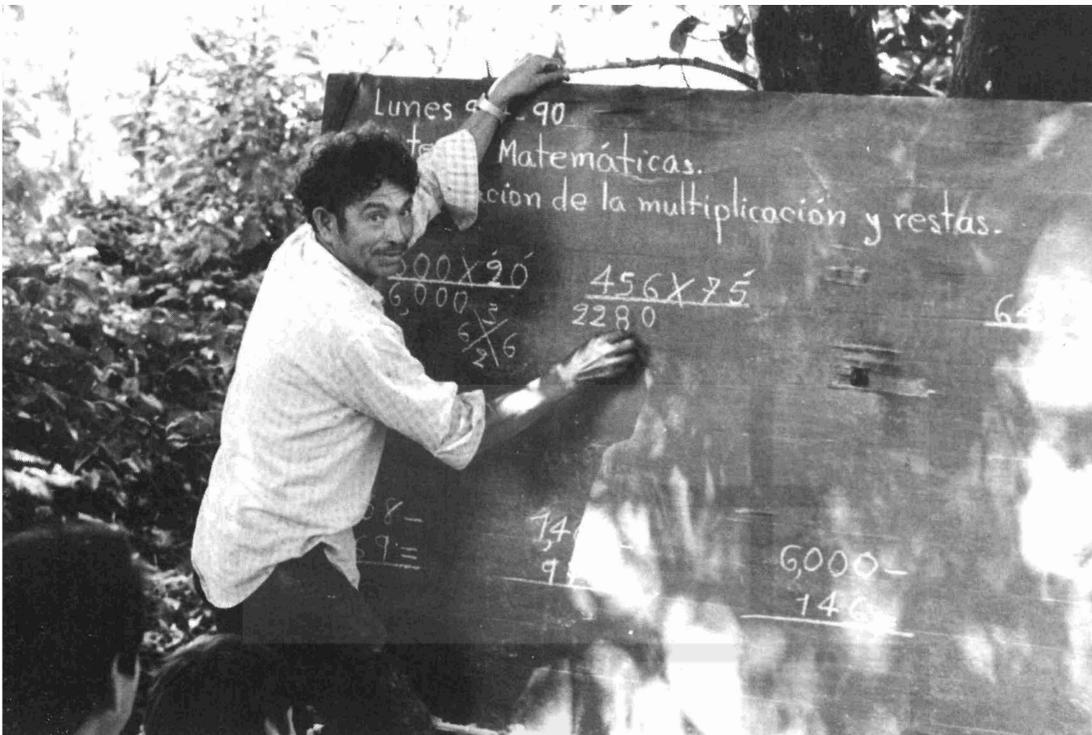
palmeando la masa se mezcló con los gritos de los niños y el canto de los gallos como sonidos de fondo de la comunidad.

Aunque las mujeres ahora tenían que echar cada una las tortillas para sus niños, muchas dijeron que no les importaba, ya que ahora podían servir tortillas frescas y calientes por cada tiempo. Alguna gente vio esto como un paso para atrás en la posición de las mujeres. Aleida, la responsable de las granjas de animales, expresó esta preocupación: "La única cosa que veo es que esto es bueno en este sentido: la gente decidió que esto es lo que quieren. Esto fortalece el derecho de la gente a decidir. Si nosotros [los dirigentes] dijéramos: 'No, es mejor de la otra manera,' entonces le quitaríamos a la gente su derecho a decidir".

\* \* \*

En cierta manera, los refugiados repatriados estaban cayendo en un estilo de vida ya superado, al mismo tiempo que navegaban hacia un nuevo porvenir. "Después de haber estado encerrados por nueve años, gente que antes tenía un montón de tierra alrededor de ellos, para ellos, la primera cosa importante de estar aquí era el espacio y la libertad", explicó Luis P., jefe de la Comisión de Desarrollo Urbano de la comunidad, reaccionando a quejas sobre las casas en construcción: que estaban demasiado pequeñas y amontonadas. Estas preocupaciones reflejaban lo complejo que es transformar a la gente con profundas raíces campesinas en habitantes de asentamientos urbanos.

"Los terrenos tienen 10 metros de ancho, lo que es estándar para terrenos urbanos en El Salvador," señaló Luis. "Hay espacio para ampliar las casas en profundidad, ya que los terrenos son largos. La profundidad



*Enseñando matemáticas en una aula provisional bajo los árboles.*

estándar de un terreno urbano es de 20 metros, pero aquí son de 30 hasta 50 metros, dependiendo del tamaño de la familia. El problema es que el concepto que la gente tiene de lo que es una ciudad es erróneo". Al fin y al cabo, continuó, "la conciencia de campesino se formó en siglos y siglos. Esto no se borra en diez años. No importa que tan intensa haya sido la experiencia y cuanto hayan aprendido en el refugio, sólo diez años no borran generaciones de experiencia".

Un conflicto similar surgió cuando los equipos de trabajo empezaron a construir las nuevas casas. Algunos se negaron a devolver las herramientas al final de la jornada para facilitar el mantenimiento del inventario. "Aquí hay un problema", explicó Luis. "Para un campesino, la herramienta es una cosa que utiliza para ganarse la vida confrontándose al mundo. Si usted le quita sus herramientas, le quita la vida. Pero eso es porque el campesino trabaja de manera individual, el campesino y sus herramientas peleando contra el mundo. El hecho que era tan difícil para los hombres devolver las herramientas era producto del proceso original de formación de su conciencia de campesinos. Pero esto es un proyecto colectivo, no individual. Entonces, esto se explicó a los trabajadores, por qué había que tener un inventario y por qué tenían que devolver las herramientas".

La evolución de la conciencia de estos ex-campesinos y refugiados se simboliza en su decisión de llamar su nuevo asentamiento ciudad en vez de pueblo o aldea. "La idea de vivir juntos en comunidad vino antes de la idea de una ciudad", explicó don Chico quien trabajaba con CODECO. "Antes de

la muerte de Segundo Montes, teníamos la idea de volver para acá y ser una comunidad. Pero la idea de formar una ciudad vino después. En el campamento, no hablamos de una ciudad. Sólo cuando llegamos para acá hablamos de una ciudad". Su colega Margarita C. agregó: "Nosotros no sabemos realmente lo que es una ciudad porque vivimos siempre en el campo. Muy pocos de nosotros han tenido la oportunidad de ir a una ciudad. Vemos que es totalmente diferente, en todo aspecto. La vida es diferente, hay más oportunidades para mejorar. En salud, hay más oportunidades de servicio. Las casas, las calles están siendo arregladas... Hay cosas que uno tiene en una ciudad, como parques. Necesitamos tener esas cosas aquí". Don Chico se volvió pensativo: "Una cosa que sabemos es que cuando existen ciudades, tenían sus fundadores. Aquí, nosotros somos los fundadores, y el fundador da la idea de cómo será una ciudad".

Para estos fundadores, una ciudad es un espacio donde la gente vive y trabaja juntos, de manera cooperativa, un principio incorporado en las estructuras formales de la Ciudad Segundo Montes -administración pública democrática, empresas cooperativas, distribución igualitaria de los recursos-



*Distribuyendo una camionada de papas donadas.*



*Limpiando la milpa.*

pero evidente en formas más espontáneas. "Algunas cosas maravillosas están pasando", describió con orgullo uno de los dirigentes. "¿No le contaron en El Barrial de la parcela colectiva que han desarrollado? Es una cosa bella. Cada familia recibió una parcela de tierra, pero hay alguna gente que no puede trabajar sus parcelas. Por ejemplo, madres solteras con un montón de cipotes, o ancianos que ya no tienen la fuerza. Entonces, juntaron las parcelas de alguna de esa gente, y otros en la comunidad apartaron algún tiempo cada semana para donar el trabajo en esa parcela". Esto no era un plan desarrollado por la directiva; era la base expresando el profundamente arraigado sentido de mutualidad generado en el refugio y que continuaba floreciendo en Meanguera.

Desarrollar una ciudad también significaba una base económica más industrial que agraria para la comunidad. Los refugiados repatriados eran

trabajadores habilidosos, no sólo campesinos; su intención era desarrollar industrias locales en los campos de producción que habían aprendido en Colomocagua. El Norte de Morazán, una región pobre cuya economía había estado reducida al cultivo de maguey y café y la explotación de la madera, tenía que volverse en gran medida autosuficiente; las poblaciones vecinas suministrarían productos agrarios, y la Ciudad Segundo Montes productos de industria liviana, como ropa, zapatos, herramientas y ladrillos. Pero todo esto dependía de la existencia de suficiente ayuda externa para levantar las fábricas y adquirir los materiales que se necesitaban para arrancar con la producción. Y en todo caso, todo estaba congelado mientras no se concluía la construcción de todas las casas de la nueva ciudad.

\* \* \*

El joven con el megáfono pasa entre las champas anunciando una asamblea general del asentamiento Los Quebrachos. Son las cinco de la



*Este anciano fue a las diferentes clases de "kinder", ensayando canciones con los niños.*



*La iglesia en el pueblo de San Fernando, destruida por una bomba de 500 libras tirada por un avión gubernamental. Antes de su destrucción, esta iglesia se podía ver desde el campamento de refugiados en Colomoncagua.*



*Familia llevando su maíz cocido al molino que comienza a trabajar a las 4 de la mañana.*

tarde, terminó otra jornada de trabajo. La gente se congrega lentamente; dentro de una hora hay tal vez unos 200 parados alrededor de las tablas rústicas que sirven de tarima. El comunal, un funcionario comunitario electo, usa el megáfono para dirigirse a la multitud.

"De ahí en una semana, tienen que empezar a hacer pequeños corrales para que los chanchos y las cabras no salgan para molestar a los vecinos, dañando sus cultivos. O los tienen que amarrar. Si no lo hacen y los animales causan daño, su dueño va a tener que pagarlo. Esto es para empezar una nueva vida. Queremos ser muy claros sobre esto, que dentro de una ciudad los animales no pueden estar corriendo por las calles... Aquí estamos hablando de una ciudad, se está construyendo una ciudad. Entonces, todo tiene que basarse en esas reglas".

Cuando pregunta si hay comentarios, una mujer grita: "Pero no hay materiales para hacer corrales", y otro la apoya: "No hay lazos para amarrar los chanchos". El comunal reconoce el problema: "Sí, tenemos limitaciones en materiales. Para hacer los corrales es la única razón que aceptamos para cortar ramas de árboles, porque no tenemos otra cosa que utilizar".

El comunal tiene otros temas en su agenda y frecuentemente revisa sus notas. Después de cada punto -evitar que los niños hagan daño a los árboles de fruta y las milpas; mantener limpias la letrinas, etc.- solicita reacciones de la audiencia. Ahora ya el parloteo y las risas excitadas de los niños hacen

difícil entenderlo bien. Pero, la gente queda paciente.

"Bueno, estos son los puntos que tenemos, esto es parte de como construir una nueva vida en la ciudad. No vamos a vivir como lo hicimos en el campo, como sabíamos vivir antes. No es lo mismo". Espera unos pocos momentos, revisando si alguien quiere hablar. "Ahora, la comunidad tiene la palabra para hacer preguntas, o si tienen alguna contribución que hacer". La asamblea ya dura una hora. "Si todo está claro, terminemos. Muchas gracias por asistir". La gente regresa a sus casas, el entusiasmo de los niños sobre el evento todavía reverberando en el aire del anochecer.

Los comunales son electos por las asambleas de cada asentamiento. Estando al cargo de comunicar a la base las decisiones tomados por las instancias de dirección de la ciudad y de transmitir preocupaciones de la base para arriba, ellos son parte de lo que la comunidad llama "democracia popular". De la misma manera, cada colonia elige a un coordinador.

En San Luis, el recién electo comunal convoca una asamblea, donde el tema principal es darle las gracias a la gente por expresarle su confianza,



*Poniendo piso de laja en la casa que sirve como oficina central de la Comisión de Desarrollo Urbano.*

reiterar su compromiso con la gente, y pedirles apoyo para cumplir con sus tareas. Después de la asamblea, nos explica el proceso electoral: "En la asamblea, alguien nominaría a otro, y la comunidad aprobaría por aclamación. Hubo cinco candidatos; tres de ellos mujeres. Cada uno fue presentado a la comunidad y dijo algo, para que supieran quienes éramos. Entonces, todos con 20 años o más votaron, y quedó electo quien tuvo más votos, yo".

\* \* \*

En cierta manera, los planes de la comunidad para la nueva ciudad parecieran grandiosos, en particular tomando en cuenta el estado primitivo de la infraestructura en los asentamientos de Meanguera, donde la gente vivía en chozas o champas sin electricidad, agua corriente y teléfono, sin calles pavimentadas, desagüe o aceras. También había que considerar que su situación económica era más o menos comparable -y, en algunos aspectos, incluso superior- a la del resto de población de Morazán. La gente en los pueblos tal vez tenían una mejor dieta y mejores casas, pero los refugiados repatriados trajeron más posesiones personales y recursos sociales que existían en el resto de la zona. Por ejemplo, en el área no había existido servicio de electricidad por casi una década; la repatriación significaba que plantas de diesel volverían a proveer electricidad a talleres y otras áreas comunes.

Pero los planes para la nueva ciudad existían, en los diseños de los arquitectos e ingenieros, en las publicaciones de la comunidad, en las descripciones entusiastas de tanta gente. "Esto no es como va a ser", comentó María Luisa y señala con el brazo el primitivo comedor en que trabaja y las champas del otro lado de la carretera. "Va a ser algo bello, nuestra ciudad. Esto es sólo el inicio".

\* \* \*

El equipo de la Comisión de Desarrollo Urbano explica como las ideas de la comunidad habían tomado forma. "Lo que veíamos era que [la construcción de las casas] no podía hacerse de una manera anárquica, necesitábamos orden y planificación. Tuvimos que definir zonas residenciales, zonas industriales, salud, educación, etc. Para esto, se necesitaba un proyecto profesional de planificación urbana, el que fue establecido por FASTRAS. Ellos contrataron a un grupo de arquitectos profesionales para hacer los planos. El resultado es este". Desenrollan grandes planos con diseños arquitectónicos y explican los detalles. Los diseños hexagonales de la comunidad han sido sustituidos por planos más complejos basados en el terreno específico de los cinco asentamientos y en funciones particulares. "Esto será el centro para instituciones gubernamentales, ANTEL, gobierno municipal. Las delegaciones de ministerios estarán aquí". Desenrollan otro plano, y los sueños siguen desbordándose. "Pensamos que una ciudad no



*Construyendo una de las viviendas mínimas. La madera, los clavos, y las herramientas han sido traídos de Colomncagua.*

puede ser completa sin áreas recreativas y culturales. Entonces, aquí tenemos las escuelas. Existe la idea de que un día vamos a tener aquí una universidad... Esto será un área residencial, sobre todo para los profesores. Y aquí tendremos un área de recreación, un jardín zoológico y un parque, así que la gente pueden ir de merienda. Tal vez pondremos un lago artificial; los ingenieros dicen que será posible. Y vamos a tener hoteles y lugares de hospitalidad para trabajadores y visitantes quienes vienen para acá".

Los dos dirigentes admiten, con una sonrisa, que no entienden los aspectos técnicos de los planos. "Estas cosas son profesionales, no sabemos nada de ellas. Pero hemos hablado con los ingenieros, y ellos van a empezar a enseñarnos, según nuestro nivel. Los ingenieros están muy abiertos a esto... Vamos a entrenar a alguna gente en dibujo y diseño técnico y de arquitectura. Tenemos que pagar por cada uno de estos planos, entonces, si podemos hacer este trabajo nosotros mismos, vamos a ganar".

Explican que antes de iniciarse los trabajos, hubo una discusión en la Asamblea General y en toda la comunidad sobre el diseño de la nueva ciudad. "Al principio, hicimos un levantamiento escrito de todas las

preocupaciones de la comunidad... Por ejemplo, familias de sólo dos o tres miembros estaban preocupadas que no recibirían casas, ya que no había suficiente material y que se daría prioridad a las familias grandes. Tomamos la decisión de hacer casas más grandes que podían subdividirse para dos o tres hogares. Otra preocupación era si iban a poder tener animales, y decidimos que sí podían".

Mientras hablan, trabajadores están poniendo el piso de losas traídas de un río cercano. Quieren dejar este edificio particularmente bonito, para mostrar cómo será la nueva ciudad y para moralizar los esfuerzos de la comunidad.

\* \* \*

Mientras tanto, la guerra continuaba en El Salvador. En las zonas controladas por el gobierno, se veía por todas partes a los soldados bien equipados, en tanques o camiones, sus armas poderosas siempre listas. Estos hombres jóvenes, muchos reclutados por la fuerza en las calles de sus ciudades o pueblos, parecían nerviosos y en defensiva. Sus oficiales se negaron a ser entrevistados y no permitieron que se les tomaran fotos.

Al Norte del Río Torola, en una de las zonas controladas por el FMLN, los únicos soldados que uno veía eran los guerrilleros en sus uniformes más informales, portando fusiles AK-47 o M-16 y mochilas livianas. Para no poner en peligro a la comunidad, los guerrilleros no entraban a la Ciudad Segundo Montes, pero uno los podía ver en los demás pueblos de la zona. Algunos eran mujeres jóvenes, con su pelo largo saliendo debajo de las gorras verde olivo. Unos pocos eran hombres mayores, con la caras curtidas de campesinos. Pero la mayoría eran hombres muy jóvenes. Estos compas se sintieron obviamente en casa y cómodos con la población civil. Tanto los efectivos como los oficiales involucraban a los visitantes fácilmente en conversaciones y no tenían objeciones de que se les tomaran fotos.

El gobierno recientemente había parado los bombardeos indiscriminados en zonas civiles, así que el frecuente sonido de los helicópteros y avionetas ya no causaba pánico; la mayoría de la gente sólo miraban al cielo y continuaban con sus trabajos. De vez en cuando se escuchaba tiroteos, pero la mayor parte de la gente reaccionaba con calma, aunque tenían curiosidad de identificar donde estaban teniendo lugar los combates. Y a veces, muy cerca había verdaderas batallas.

Como a las seis y media de la mañana, cuando estábamos saliendo del comedor donde habíamos desayunado, el helicóptero que antes habíamos escuchado dando vueltas de repente empezó a tirar con su ametralladora, estando casi directamente encima de nosotros. "Va a haber un combate aquí no más", dijo María Luisa mientras estaba limpiando la mesa. Poco después, se apareció uno de esos pequeños aviones A-37 y empezó a dar vueltas buscando blancos. Varias gentes estaban paradas observando, aunque la mayoría continuaba con sus trabajos. Después de un rato, el avión tiró roquets a un cerro, y salió. Un helicóptero nos sobrevoló y tiró una serie roquets que explotaron muy cerca. "Eso fue en el desvío de Jocoaitique", nos explicó uno de los vecinos; las explosiones se escucharon de menos de dos kilómetros de donde estábamos parados. Otros nos contaron que los soldados gubernamentales habían subido por la calle negra, en la noche.



*Cargando cuero traído de Colomoncagua, que será utilizando en el taller de zapatos cuando resuma su producción.*

Durante las próximas horas, pudimos escuchar alguna que otra ráfaga de fusil o explosión de granada de mano. Entonces, como a las diez, apareció un nuevo helicóptero y aterrizó sobre la carretera, cerca del lugar de combate, aparentemente para evacuar a bajas gubernamentales. Poco después, los soldados gubernamentales empezaron a bajar por la carretera, en dos grupos grandes, en total más de un centenar, o sea una compañía. Caminaron en silencio, evitando el contacto con los espectadores, algunos apartando sus miradas. La gente de la comunidad estuvo parada a la orilla de la calle observando a los soldados. La mayoría quedó silenciosa, aunque hubo algunas bromas bondadosas. Cuando pasó un soldado con una toalla en la cabeza, para protegerse la cara de sol ardiente, María Luisa gritó del comedor: "¿Qué te pasa? ¿Tenés dolor de cabeza?". Cuando pasó el último soldado, un grupo grande de cipotes le siguió para abajo, riéndose y gritando: "¡Tus fotos van a salir bonitas!" Poco después, pasó un pequeño grupo de guerrilleros, para revisar que los soldados realmente habían salido y, entonces, volver a perderse en las montañas.

El combate había terminado. (Después entrevistamos a la gente de Jocoaitique y nos dimos cuenta que hubo entre cuatro y seis bajas gubernamentales, pero ningún herido del lado de la guerrilla y la población civil. Una casa sufrió daños menores de un roquet.) La gente que había estado observando empezó a regresar al trabajo. Hubo un murmullo de discusión: todo el mundo tuvo curiosidad sobre los detalles del combate,

pero no hubo expresiones de temor, y poco después, la vida volvió a la normalidad.

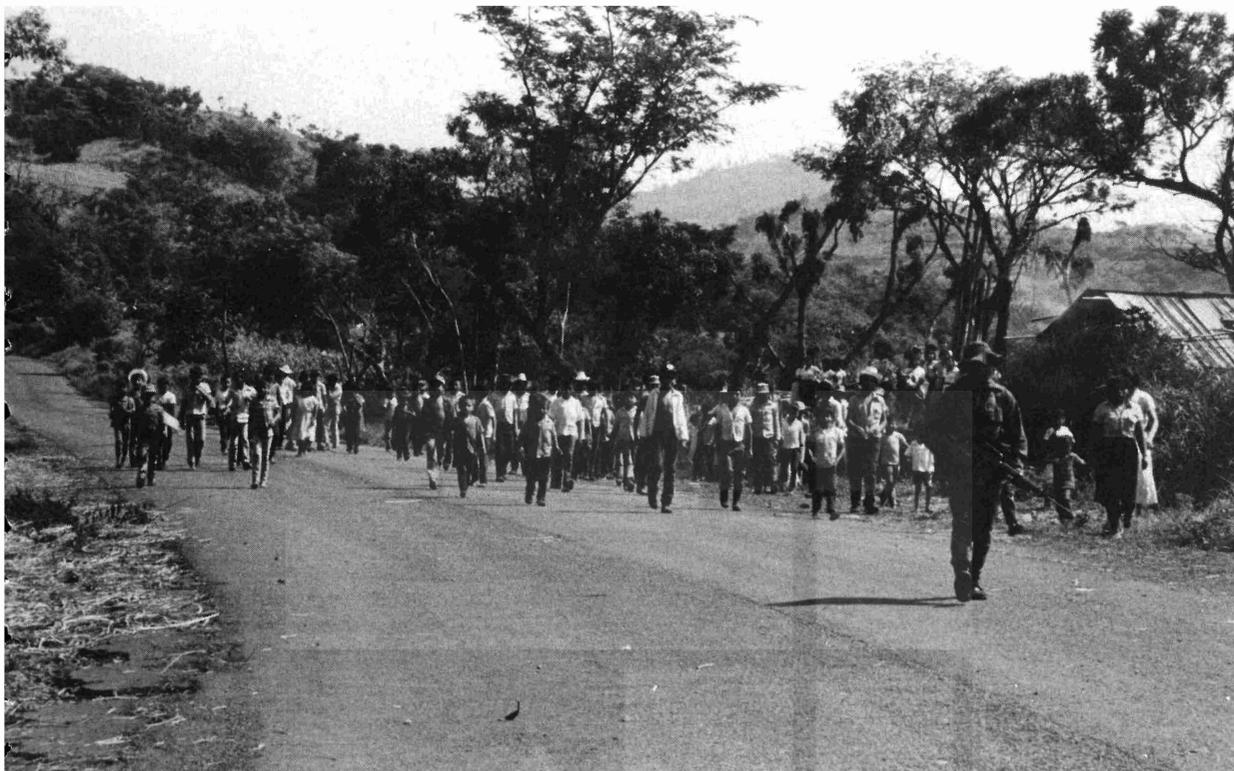
Todo esto era conforme las reglas. Como el FMLN quedaba fuera de la comunidad, los combates tenían lugar en las afueras o en los pueblos vecinos. La gente de la Ciudad Segundo Montes corrían más peligro durante sus frecuentes visitas a otros lugares. La guerrilla denunció que el ejército estaba haciendo de la calle negra como ruta segura y cómoda violaba la neutralidad del asentamiento y del nuevo puente; ellos habían asumido el compromiso de no atacar el puente mientras el ejército no lo militarizara.

"¿Ven esta manta?" nos preguntó Chona M., otra guía del Comité de Recepción, que atiende a los visitantes de la comunidad. Habían colocado una gran manta a la orilla de la carretera, llamando al FMLN y al gobierno a iniciar negociaciones serias y encontrar una solución pacífica al conflicto. "Estaba encima de la carretera. Una patrulla del ejército la bajó, y todos fuimos a quejarnos con su oficial, y el se disculpó, pero nunca volvimos a colocarlo encima de la carretera porque tuvimos miedo que la iban a bajar nuevamente".

Entonces, la gente de la Ciudad Segundo Montes no se encontraban atrapados en combates como muchas otras comunidades, y tampoco estaban experimentando los bombardeos a blancos civiles que habían destruido tantos pueblos vecinos. Sin embargo, sintieron la guerra de otras maneras. Algunos fueron capturados por el ejército cuando estaban de compras o visita en algún pueblo vecino, y sólo los liberaron después de grandes presiones por parte de la comunidad, muchos después de sufrir torturas. Vehículos y visitantes todavía necesitaban el permiso del Destacamiento Militar en Gotera para cruzar el Río Torola. Los camiones que llevaban abastecimiento muchas veces fueron retrasados y registrados; una vez, un envío de 200 libros, donados por el gobierno español, fue confiscado bajo el pretexto que incluía literatura subversiva. Era particularmente difícil llevar combustible a la comunidad porque los militares presumían era para consumo del FMLN. La autosuficiencia y el desarrollo económico se volvieron mucho más difíciles con esta constante sospecha y este frecuente hostigamiento.

La comunidad estaba aprendiendo a defenderse de estos ataques. Los dirigentes se habían vuelto hábiles negociadores con los funcionarios del gobierno, quienes ahora los trataban con más respeto. Gente ordinaria había aprendido cómo hacer escuchar sus voces cuando alguien estaba siendo amenazado; su experiencia de vivir en comunidad les dio una confianza y seguridad que nunca antes habían tenido. "Antes estábamos dispersos, pero es mejor de esta manera", expresó una mujer de edad madura, todavía sudando de su trabajo de cargar madera para la construcción de las nuevas casas. "Si alguien tiene un problema, si un soldado lo agarra, podemos ir juntos. Estando todos juntos, si uno tiene comida, comemos todos. Cuidamos uno del otro", agregó, con una gran sonrisa.

Para la gente de la Ciudad Segundo Montes, no son extraños la guerra y la adversidad. Durante toda su vida han tenido que luchar contra la pobreza, la represión y la violencia. Sólo con un enorme grado de coraje y persistencia supieron superar estos obstáculos y construir una nueva vida



*Niños de la comunidad observan a soldados gubernamentales que vienen bajando por la calle negra después de un combate con el FMLN.*

para ellos mismos, y es muy improbable que las futuras penurias los detengan. Cuando al fin la paz llegue a su país -especialmente cuando es una paz basada en el respeto por los derechos humanos- esperan cosechar los frutos de estos largos años de esfuerzo, para que sus niños puedan vivir en armonía y prosperidad.

La coordinadora de los programas para la juventud en la Ciudad Segundo Montes, Caty, una muchacha de 19 años que se ha criado en el campamento de refugiados, sintetiza la perspectiva para su generación, para aquellos jóvenes que van a ser los nuevos dirigentes de la comunidad: "Vivimos durante diez años en el exilio. Tal vez, si no hubiéramos estado allá, no habríamos hecho esas experiencias. Aprendimos tanto... La mayoría de nosotros estábamos muy pequeños cuando fuimos al refugio, y todavía no habíamos aceptado los valores del capitalismo, individualismo, egoísmo; aún no habían penetrado nuestra conciencia." Se quedó callada, reflexionando sobre la ironía de la situación. "Consideramos esto una condición muy favorable para nuestro desarrollo. Si hubiéramos vivido más tiempo aquí [en El Salvador], habría sido más difícil organizarnos, pensar sobre como servir a la comunidad... Hemos regresado a un sistema capitalista, el mismo en el cual vivieron nuestros padres, pero hemos tenido la experiencia de vivir en una comunidad autónoma, de decidir nosotros mismos sobre nuestros valores".



**CONCLUSION**

.....

# CONCLUSION

---

"¿Porqué están escribiendo este libro sobre nosotros ahora?" nos preguntó un miembro de la comunidad. "Estamos apenas empezando, deberían esperar unos cuantos años". Fue en julio de 1990; habíamos regresado a El Salvador para pasar un mes trabajando en el capítulo final de este libro. En cierta manera, Juan José tenía razón: las cosas apenas estaban comenzando, y la historia más interesante aún estaba por ocurrir. En este sentido, nuestro libro es sobre la prehistoria de la comunidad. La verdadera prueba de su capacidad de poner en práctica sus ideas, sus valores y sueños en El Salvador vendrá durante los próximos años.

Pero la historia de cómo esa gente extraordinaria se unió y creó una nueva vida parece suficientemente importante para que nosotros quisiéramos contarla, incluso si estuviéramos menos optimistas sobre el futuro de la comunidad. Comprendiendo porqué han podido lograr tanto, vamos a aprender algo sobre las posibilidades para un desarrollo democrático en la región, y tal vez en otras partes del mundo.

El Dr. Segundo Montes identificó diferentes razones para el éxito de la comunidad de refugiados en Colomoncagua. Su confinamiento bajo condiciones de hostilidad y aislamiento los cohesionó y los obligó a organizarse para sobrevivir. Su homogeneidad, especialmente en cuanto a valores y experiencias comunes, generó aún más cohesión. Y la asistencia que recibieron por parte de organismos internacionales los hizo avanzar en cuanto a habilidades, comprensión y capacidades.

Quisiéramos agregar dos factores adicionales. Primero, el mismo éxito. Cuando la comunidad empezó a protegerse ella misma y mejorar su situación, reconoció su propia capacidad de dirigirse por si misma. Cada logro -haberse organizado para asegurar la comida y resolver las demás necesidades, las campañas de alfabetización, la contención de ataques de soldados hondureños, la producción de bienes en sus talleres- los llevó más a la certeza que podían incluso ir más lejos, que una transformación más fundamental era realmente posible.

*Páginas anteriores: El área principal de trabajo en la construcción, que por su urgencia comprometió un porcentaje desproporcional de la mano de obra disponible. Aquí, los trabajadores construyendo cunetas, una precaución esencial para la estación de lluvias.*

El segundo era el papel jugado por los internacionales, el personal de las agencias y, aunque a un menor grado, los visitantes extranjeros. Además de proveer la comunidad con servicios y apoyos esenciales, estos individuos tenían un impacto más sutil y tal vez más profundo. Antes de llegar a Colomoncagua, los refugiados habían sido provincianos, en el sentido literal de la palabra. Muchos, sobre todo las mujeres, casi nunca habían salido de sus pueblos y sus alrededores inmediatos, conociendo muy poco de la vida en las ciudades. Pero, durante sus nueve años en el exilio, compartieron su vida con gente bastante estudiada de muchas partes del mundo. Durante todo el tiempo, había hasta 15 trabajadores de agencias trabajando dentro del campamento, hombres y mujeres altamente dedicados, quienes muchas veces se quedaron por varios años y empezaron a compartir la visión de los refugiados. Y cada mes llegaban hasta 30 visitantes -periodistas, académicos, religiosos y delegaciones de solidaridad- al campamento y después a Meanguera, para conocer de primera mano esta comunidad singular. A través de este contacto, los refugiados tenían un sabor de la complejidad del mundo exterior y se veían expuestos a una gama de experiencias y conocimientos inaccesibles para la mayoría de campesinos salvadoreños. Las preguntas y observaciones de los visitantes animaron a la comunidad a verse como otros la veían desde afuera, fomentando una conciencia y capacidad de articularse normalmente reservadas para gente con un nivel cultural más elevado.

La gente de la comunidad reconocen el aporte crítico que los voluntarios internacionales han dado a muchos de sus proyectos. "Cuando primero llegamos a Colomoncagua, era claro que no había la más mínima organización," explicó Cristina, miembro de la Junta Directiva de la Ciudad Segundo Montes. A esta altura, había un montón de gente que venían a ayudar, hondureños y extranjeros. Ellos trajeron ideas, y la gente agarró esas ideas".

De manera similar, Caty describió el aporte clave de los internacionalistas en el esfuerzo de la comunidad de construir una organización de jóvenes en el refugio. "Al principio, era difícil para nosotros, porque no teníamos ninguna experiencia en organizar nada como un club juvenil o cualquier cosa. Pero recibimos apoyo de los visitantes extranjeros. Ellos nos ayudaron a organizar". Con este apoyo, los refugiados establecieron un centro juvenil en Colomoncagua, ofreciendo una variedad de actividades recreativas y sociales. Caty y los demás coordinadores de juventud estaban esperando la llegada a Meanguera de un belga quien les ayudaría asegurar los fondos para reactivar aquí sus actividades con la juventud.

En la medida que la comunidad ganó más confianza y más claridad sobre sus metas, su relación con los internacionales se movió de dependencia hacia colaboración. Hablando de las contribuciones del personal de las agencias que continuaba trabajando con ellos aún después de la repatriación, Cristina señaló: "Cuanto más avancemos, más necesitamos gente preparada, no sólo técnicamente, sino quienes han desarrollado conciencia de la necesidad de apoyar a la comunidad, así que el proyecto de la comunidad pueda avanzar y no colapsar".

Finalmente, existe el asunto más complejo y políticamente delicado del papel jugado por los organizadores de grupos religiosos, organizaciones

populares e incluso partidos afiliados al FMLN en El Salvador, quienes proveían liderazgo y dirección a los refugiados. La comunidad siempre estaba bajo la sospecha de ser un escondite para guerrilleros, y sufrió ataques basados en estas acusaciones. "Siempre desde que estábamos en Colomoncagua, había algunos que nos acusaron de ser guerrilleros o comunistas", dijo Mercedes C., del Comité de Recepción. "Nuestra respuesta fue que éramos refugiados. Si fuéramos guerrilleros, estaríamos en El Salvador, y no allá. Y somos una comunidad de mujeres, niños, ancianos". Pero la situación política en El Salvador (y Honduras) era tal que los valores comunitarios y igualitarios abrazados por la gente de Colomoncagua los hizo vulnerables a cargos de subversión, y la represión lo hizo peligroso reconocer las influencias de afuera.

Debido a los peligros obvios que significaba ser vinculado al FMLN, era difícil que se reconociera abiertamente el papel de los organizadores. Por esta razón, no pudimos evaluar hasta qué grado el liderazgo en la comunidad venía de esas fuerzas externas o hasta qué punto era enteramente orgánica e interna. De manera similar, no pudimos identificar cuales organizaciones han genuinamente contribuido al desarrollo de la comunidad. Sin ninguna duda, esta parte de la historia sólo será contada en El Salvador, cuando los grupos e individuos en favor de la justicia social ya no estén vistos como amenaza al orden establecido.

La comunidad reconoció que mucha gente vino a Colomoncagua y Meanguera para ayudar, incluyendo algunos pertenecientes a organizaciones políticas radicales. "Si alguien viene, no importa de donde, y si es claro que se preocupa por los intereses de la comunidad, lo vamos a escuchar", explicó uno de los dirigentes. "Gente que tiene un mejor desarrollo ideológico pueden decir: 'Esto ha funcionado en otros lugares.' Pueden dar sugerencias que dan mejores resultados. Aquí somos una comunidad abierta que ha aprendido una nueva manera de pensar. Ahora, si alguien viene, no importa de donde, puede hablar con nosotros. Si nos gusta lo que dice, bien". Agregó: "Somos campesinos, ¿qué sabemos nosotros? Entonces, si alguien viene para ayudarnos... vamos a sacar ventaja de su oferta, no importa cuáles son sus políticas".

"Tienen que recordar que somos salvadoreños", señaló una de las mujeres. "Como cualquier comunidad en este país, algunos de nosotros tenemos familiares en la guerrilla, y otros tienen familiares en el ejército. Y otros no tienen ninguna conexión con ninguna de las partes armadas".

Lo que es claro que ningún organizador que tratara de mover la comunidad en una dirección que ella no compartía jamás hubiera tenido éxito. El fuerte énfasis en la participación y la franqueza, en el consenso y la voluntariedad, así como las estructuras y los procedimientos altamente democráticos establecidos en la comunidad hubieran frustrado cualquier intento de controlar la comunidad desde afuera o adentro. De vez en cuando se podía encontrar a un dirigente o un miembro de la comunidad con más nivel de educación que el resto o quien exhibía un estilo político más avanzado. Pero la capacidad de estos individuos de jugar el papel de líderes dependía de su capacidad de ganar apoyo a través de su eficiencia y dedicación. Entonces, aunque organizaciones políticamente afines pueden haber provisto cierto liderazgo que funcionaba en cooperación con los líderes internos, nadie estaba simplemente conduciendo las cosas desde



*El tráfico principal en la calle negra es pedestre. Con el retorno de los refugiados, los demás habitantes de la zona sintieron que era seguro volver a usar la calle negra.*

afuera, como la han denunciado las autoridades de Honduras, El Salvador y Estados Unidos.

Los dirigentes respondieron a la necesidad de estar en contacto con la base. Por ejemplo, un miembro del equipo a cargo del desarrollo urbano en la Ciudad Segundo Montes explicó porque habían pedido una motocicleta a una agencia internacional de desarrollo. "Es para que podamos movernos fácilmente, pero siempre estar en contacto con la gente", dijo, agregando que, si no se mantiene el contacto con la comunidad, va a haber serios problemas. "Primero, uno se pierde en su propia visión, y la gente de la base se pierden en la visión. Segundo, la gente pierde la confianza en uno y su capacidad de tomar decisiones. Aquí todo se trata de como construir un sistema de diálogo dentro de la cual puede tener lugar el proceso de desarrollo".

La filosofía de la comunidad de autogestión, nacida en los primeros días en Colomoncagua, marca su relación con el mundo exterior. Así como en el campamento insistieron que sus proyectos no las administraran las agencias internacionales, sino que entrenaran a refugiados (tal vez el origen clave del conflicto que en un momento tuvieron con MSF), hicieron demandas similares a las agencias gubernamentales y humanitarias en El Salvador. Cuando pidieron al Ministerio de Salud Pública que ayude en mantener el

programa de vacunación de niños, la comunidad insistió en asumir la administración de la campaña y que el gobierno les mandara las vacunas, las jeringas y otros suministros. Y una agencia humanitaria inglesa que mandó una delegación para considerar el financiamiento de una fábrica de ladrillos y otras empresas fue informada que el proyecto se aceptaba sólo bajo la condición que la misma comunidad, y no la agencia, administrara el programa.

\* \* \*

Entonces, ¿cuál es la visión que tiene la comunidad de su futuro? Quieren una sociedad en la cual la gente actúen apoyándose y considerándose mutuamente, para lograr un nivel de desarrollo económico, cultural y social que no fuera posible bajo las condiciones tradicionales en El Salvador. Ni explotación ni autoritarismo a nombre del progreso serían aceptables para ellos. En Colomoncagua aprendieron que se puede vivir de otra forma, y ahora están poniendo a prueba su capacidad de crear su nueva vida sin las restricciones ni la protección del campamento de refugiados.

En el campo económico, están promoviendo la iniciativa privada de miembros individuales, así como el involucramiento de empresarios desde afuera dispuestos a coexistir con cooperativas de producción y de distribución y con empresas y recursos de propiedad colectiva. En el campo político, están construyendo una democracia local abierta que responda a las iniciativas de la base. Su concepto ciertamente no cabría dentro de los esquemas ortodoxos comunistas o socialistas. La flexibilidad para confrontar problemas y desarrollos no previstos es apreciada como valor, y la retórica política e ideológica es muy difícil de encontrar en sus conversaciones, publicaciones y documentos. De hecho, una manera de descalificar una posición política en la comunidad es describirla como "esquemática" o "rígida".

Tal vez alguna gente puede detectar aquí la influencia del colapso de los regímenes stalinistas de Europa Oriental, y no negaríamos que ha tenido algún impacto. Pero lo que explica mucho más es la historia del movimiento revolucionario y popular de El Salvador. Durante el período de finales de los setenta hasta finales de los ochenta, estos movimientos -respondiendo a su propias experiencias de organización y represión- se movieron de una retórica de izquierda tradicional hacia una aceptación más pragmática de un pluralismo económico y político, y hacia una disposición a la negociación y acuerdos políticos. Posiciones no correspondientes a la realidad política e histórica fueron descritas como demasiado "ideológicas" o "radicales". En este contexto, la posición abierta y flexible que la comunidad adopta consciente y orgullosamente no es tanto una reacción a los eventos inmediatos de 1989-1990, sino más bien como resultado de una década o más de experiencia, tanto en El Salvador en general, como en Colomoncagua y Meanguera.

Además, la Ciudad Segundo Montes no está funcionando aisladamente. La comunidad trabaja con PADECOMSM para el desarrollo de toda la zona y con FASTRAS, una fundación que a nivel nacional trabaja para comunidades y cooperativas. Su repatriación no era la única; todo el



*Asistiendo a una asamblea de base.*

campamento de San Antonio y la mayor parte de los refugiados de Mesa Grande también han regresado y están estableciendo comunidades parecidas en diferentes zonas rurales, aunque tal vez ninguna con un proyecto tan ambicioso.

Finalmente, el éxito de esta comunidad, en última instancia, va a depender no sólo de su compromiso y capacidad, pero también del contexto salvadoreño más amplio. Aunque hasta finales de 1990 no había habido represión seria por parte del ejército, incluso las actividades muy básicas requerían, de permanentes negociaciones con el gobierno. En el poco tiempo que pasamos allá, se volvió extremadamente difícil para visitantes conseguir el permiso para entrar a la comunidad, porque el coronel al mando de la zona estrechó el control, insistiendo en un salvoconducto del alto mando de las Fuerzas Armadas que era válido sólo para tres días. La comunidad es muy consciente que la represión que experimentaron algunos pueblos repatriados en Chalatenango -incluyendo un ataque con roquets a varias casas del asentamiento de Corral de Piedra, con varios muertos- podría dirigirse también contra ellos.

Las principales armas de la comunidad para confrontar las incertidumbres y peligros son la experiencia del campamento, su compromiso con el propio proyecto y el apoyo de individuos y organizaciones tanto en El Salvador como a nivel internacional. Ellos representan para otras comunidades rurales en Centro América un modelo de desarrollo basado en la decisión consciente y colectiva de crear una nueva identidad, de determinar su propio rumbo y de construir su propio futuro - no en un aislamiento, sino con relaciones de apoyo mutuo con otros pueblos y otras comunidades.

\* \* \*

Al anochecer en Meanguera, la gente de la Ciudad Segundo Montes se reúnen alrededor de sus fuegos, concluyendo sus últimos quehaceres y alistando a los niños para la noche. El murmullo de las conversaciones y risas se mezclan con los noticieros y la música de los radios y el ruido de los insectos y sapos. El olor a humo de leña llena el aire. El cielo es muy amplio y muy oscuro; muy lejos, hay relámpagos que iluminan las montañas. Incluso para aquellos cuyas casas están más apartadas, el sentimiento de tener cerca a otros es fuerte.

Las coincidencias unieron a esta gente y les dieron su papel específico en la historia. Si la guerra no los hubiera desarraigados, sin ninguna duda hubieran terminado viviendo sus vidas de campesinos, labrando la tierra para comer y para dar a comer a sus niños. Su travesía saliendo de este punto de partido ha sido llena de tragedia y pérdida; si pudieran, muchos probablemente optarían por regresar en el tiempo y deshacer los eventos de la última década. Pero nunca tuvieron esta opción, así que enfrentaron cada desgracia y penuria con la determinación de perseverar y salir victoriosos. Las desgracias y penurias fueron gradualmente sustituidos por logros y alegría.

Ahora están entrando en un futuro que ellos mismos conscientemente han moldeado de sus experiencias y deseos. Si tienen éxito, sin ninguna duda se van a convertir en, como dice su lema, "una esperanza que nace en Oriente, para todo El Salvador".

**EPILOGO**



# EPILOGO

---

Queramos o no, nunca vamos a olvidar aquellos diez años en Colomoncagua. Era una vida feliz, era fácil. Todo el mundo era feliz. No ganábamos ni cinco allá, pero tampoco carecíamos de nada. Cambiar esta mentalidad, entender que ahora tenemos que ser autosuficientes, va a ser realmente duro.

Estamos en agosto de 1992. Han pasado más de dos años desde que la comunidad saliera del campamento de refugiados en Colomoncagua y retornara, para construir su nuevo asentamiento en Morazán. Estamos aquí por dos semanas, la tercera estadía extendida desde que se fundara la Ciudad Segundo Montes, y nuestra primera visita desde que, en septiembre de 1991, el ejército salvadoreño atacara y brevemente ocupara la comunidad, hiriendo a varios de sus habitantes y destruyendo una cantidad considerable de propiedad personal y comunal. También es nuestra primera visita después del cese al fuego.

El 16 de enero de 1992, el gobierno de El Salvador y el FMLN firmaron los acuerdos de paz, silenciando las armas después de 12 años de guerra civil. Aunque la paz armada apenas era el primer paso hacia la resolución, las causas del conflicto, los cambios son dramáticos. Hay un clima nuevo y abierto en el país que no deja de impactar fuertemente a los visitantes de afuera; uno ya no tiene que solicitar permiso para viajar a las zonas de guerra, han desaparecido los retenes militares, y se ha vuelto extraño ver a soldados gubernamentales o combatientes del FMLN portando armas. La gente habla de manera más franca sobre sus afiliaciones políticas, y hay quienes tienen el valor de andar las insignias del FMLN, incluso en la capital. Por todas partes se ven los Toyota Land Cruiser blancos de ONUSAL, el equipo de las Naciones Unidas que está supervisando el frágil cese de fuego, advertencia de que el mundo está observando lo que está pasando en El Salvador.

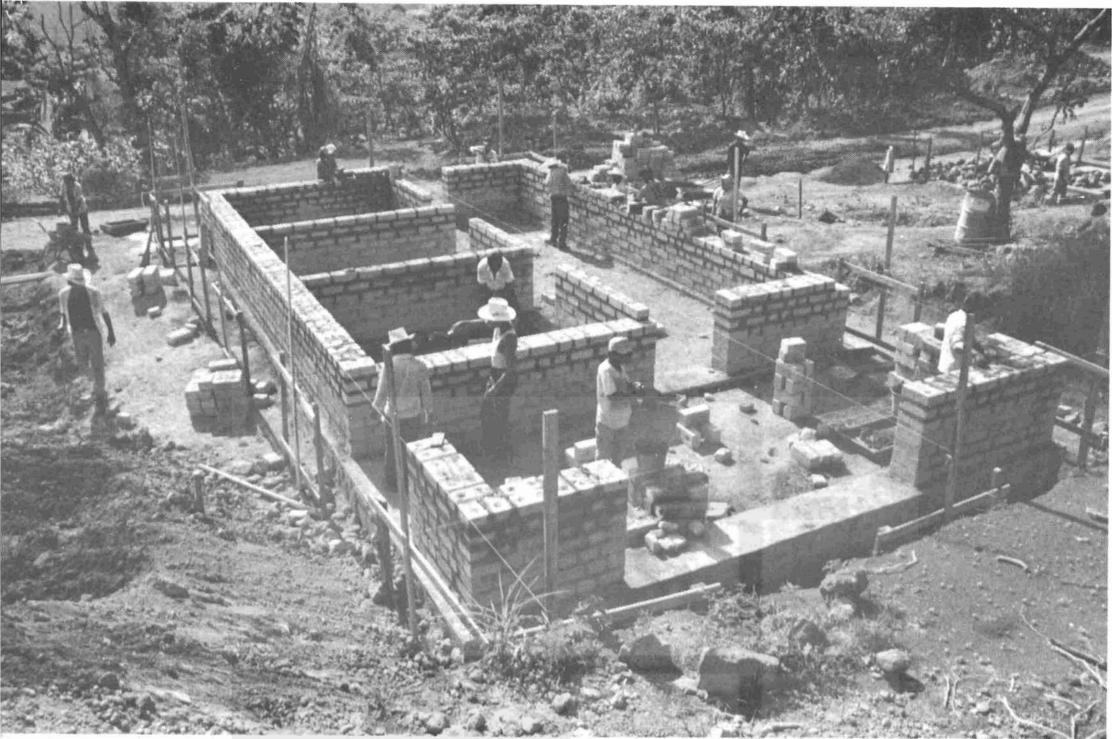
*Votando durante la reunión de la Asamblea Amplia del 21 de julio de 1993.*



*El Centro Cultural, visto del Cerro San Luis. En primer plano, el Centro de Educación, donde los educadores reciben capacitación.*

Ahora, que la gente de la Ciudad Segundo Montes puede entrar y salir libremente, hay más visitantes. Numerosos extranjeros llegan de visita, resultado del creciente reconocimiento que ha ganado la comunidad frente al movimiento internacional de solidaridad y las agencias humanitarias, y por su inclusión en algunas guías turísticas europeas. Otros llegan para trabajar, uniéndose a los aproximadamente veinte asesores internacionales y personal de apoyo técnico proveniente de Estados Unidos y Europa. También muchos salvadoreños llegan de visita, ansiosos de ver lo que anteriormente eran zonas de guerra y de llegar a conocer las actividades que han causado tanta controversia. Algunos llegan para renovar amistades o relaciones familiares cortadas por la guerra, para ver a los pueblos que abandonaron hacía años, o para ofrecer sus habilidades para el trabajo de reconstrucción que está por hacerse.

Mucho ha cambiado desde aquellas primeras semanas cuando los refugiados recién repatriados pusieron sus champas provisionales en medio



*Construcción de las primeras casas en un proyecto para proveer viviendas permanentes para la comunidad, financiado parcialmente por la Comunidad Económica Europea.*

del monte, llenos de la esperanza de comenzar una nueva vida en la tierra prometida. Por todas partes hay signos de progreso en esta nueva ciudad que nace en medio de las hermosas montañas del norte de Morazán, con el impulso del trabajo duro de los miembros de la comunidad y el apoyo de la ayuda internacional. Bulldozer han abierto calles, edificios han sido erigidos -tiendas, oficinas, centros de trabajo; varias pequeñas fábricas, bodegas y establos; mercados, escuelas y clínicas. Miles de arbolitos han sido plantados por todos lados, como parte de un programa de reforestación diseñado para proveer sombra y leña y para proteger el suministro de agua. Desde la cima de un cerro, el Centro Cultural -una estructura elegante, abierta, y suficientemente grande para reunir cientos de personas- ofrece una vista panorámica al valle del Río Torola. Cerca queda un centro de capacitación para educadores, con una de sus paredes cubierta de un gran mural a colores que representa a la figura de Segundo Montes observando las actividades de la comunidad que lleva su nombre.

Todavía están las pequeñas casas temporales, construidas dentro del programa transitorio de vivienda, muchas de ellas parchadas con pedazos de plástico, bambú u otros materiales provisionales, porque la comunidad no disponía de suficiente madera. Agrupados en colonias, las casas reflejan la individualidad de sus habitantes, adornados con macetas de plantas, un

jardín de flores o un corral hecho de estacas para los patos o chanchos de la familia. En varias áreas, los hombres y las mujeres de los equipos de construcción de la comunidad están trabajando en proyectos de vivienda permanente, una empresa algo grande financiada por varios gobiernos europeos. Las estructuras de varios cuartos, con sus paredes blancas de bloques de cemento, hechos de materiales producidos en la comunidad, brillan bajo el fuerte sol salvadoreño.

La calle negra es un centro de actividad; a sus rodillas, los vendedores callejeros ofrecen su mercancía; la gente la usa para andar caminando o en bicicletas, y cuando necesitan ir más lejos, para pedir "jalón" a los carros y camiones que pasan. Otros esperan para abordar a los ruidosos y sobrecargados autobuses, la mayor parte manejados por compañías privadas, pero uno operado por la comunidad, una donación de un grupo de solidaridad de Estados Unidos. Ya se necesita túmulos para reducir la velocidad del creciente tráfico, resultado de los vínculos fortalecidos entre la Ciudad Segundo Montes y el resto de El Salvador, y una advertencia de que la creciente integración con el resto del país es un logro de doble filo que conlleva no sólo beneficios, sino también problemas.

La mayor parte de la comunidad se ha mantenida unida, aunque un reciente censo muestra que la población ha bajado a un poco menos de



*"El bus amarillo." Una donación de la solidaridad norteamericana, el bus recorre una ruta entre el Río Torola en el desvío de Jocoatique, ofreciendo transporte a bajo costo, y compitiendo con las rutas comerciales que pasan por la calle negra.*

8,000. Algunos han salido en grupos organizados para reproducir el modelo de la comunidad en otras regiones, como el proyecto de Lempa Mar, donde se estableció una pequeña cooperativa agropecuaria en las tierras fértiles de la zona costera de Usulután; o el asentamiento agrícola de la Ciudad Martín Baró, en una zona remota de La Unión, fundado también por miembros de la Ciudad Segundo Montes. Otros han salido para unirse con sus familias o regresaron a las pequeñas parcelas de tierra que poseen en los cantones circunvecinos. Muchos jóvenes se integraron al FMLN y viven en los campamentos más al norte o en otras regiones del país. Con la inseguridad económica persistiendo, también aquí, como en otras partes del país, hay más gente que hablan, aunque muchas veces con reacio, de salirse para buscar trabajo o para encontrar más seguridad en un pedacito de propiedad que tal vez poseen en otra parte, algunos para regresar a la misma vida campesina que llevaban antes.

Otra gente se ha unido o regresado a la comunidad: familiares separados por años de guerra y represión, ex-combatientes y -cosa muy notable- un grupo de unos 80 lisiados del FMLN quienes en junio del 1992 regresaron de su rehabilitación en Cuba. Con orgullo visten las camisetas y cachuchas con las insignias de la Asociación de Lisiados de Guerra, captando respeto por la dignidad con que están superando los severos impedimentos que les dejó la guerra.

La población de la Ciudad Segundo Montes ahora es más variada, con nuevos habitantes y con visitantes, y con los ex-refugiados volviendo a establecer sus relaciones con el resto del país. El igualitarismo crudo de la vida de campamento ha sido sustituido por un creciente número de expresiones de estratificación social, con la gente de más recursos progresando más mientras que otros enfrentan crecientes penurias debido a la disminución de la asistencia externa y las oportunidades limitadas de trabajo. Sin embargo, aun los miembros más privilegiados de la comunidad son pobres, sea cual sea el parámetro de comparación, y el alcance de desigualdad es bastante estrecho.

El alojamiento de la cohesión comunitaria y la entrada de gente de afuera llevó a la creación de una fuerza policíaca comunal, con una pequeña "cárcel" para detener a borrachos u otros que atentan contra el orden público. El alcohol, antes prohibido en las zonas bajo control del FMLN, ahora es disponible. Ello ha vuelto a dar un cierto nivel de "normalidad" a la vida cotidiana, pero también introducido problemas sociales de los cuales la población antes había sido protegida durante muchos años. Como la "vida real" también invade en otros aspectos, la comunidad ya no es tan homogénea como era antes en cuanto a recursos, aspecto, actitudes, y ahora se expresan libremente los descontentos y resentimientos. El primer optimismo de la repatriación ha cedido el paso a una evaluación más seria de los muchos problemas que enfrentan. Y después de las alegres celebraciones de la firma de la paz ha venido una creciente ansiedad respecto al significado de esos largos años de lucha y sacrificio.

"La gente que está un poco mejor aquí son los que están trabajando, pero si uno sólo pasa en la casa, es duro", así explica una joven madre el porqué considera salir de la comunidad, aunque no quisiera: "Aquí, la tierra no es buena, y ahora no están contratando a nadie, así que la vida es difícil". Una mujer que trabaja en la construcción dice que ella comprende por qué

había que despedir a alguna gente de su centro de trabajo, pero que, no obstante, ella se enojó: "Yo sé que no había suficiente dinero, entonces no había de otra... pero cuando me despidieron, a veces hubo días que no tenía qué dar de comer a mis hijos. A veces no tenía ni una pelota de jabón para lavar la ropa". Un hombre de 89 años, comentando qué pacíficas son las cosas desde que se han firmado los acuerdos de paz, niega con la cabeza diciendo: "El problema es que la guerra la ha ganado el pueblo, pero ahora los coordinadores se están separando de la gente, volviéndose peces gordos". Las frecuentes quejas de los ancianos, quienes dependen de la asistencia por parte de la recién creada Comisión de Bienestar Social, se refieren a la limitada variedad de alimentos que reciben- ahora sólo tortillas y frijoles, sin verduras, frutas o carne. "Aquí la gente puede morir sin que nadie se de cuenta. No es como antes en el refugio", dice una anciana, con tristeza.

Uno de nuestros amigos más cercanos en la comunidad, una madre soltera con cuatro hijos, entiende la creciente desafección: "Nos prometieron un montón de cosas que no se cumplieron, así que la gente tiene de qué quejarse. A veces pasan cosas que son malas, como cuando uno es despedido porque estaba ausente del trabajo y nadie verificó si estaba enfermo. Pero por otro lado, hay un montón de gente que tiene actitudes malas -no vienen a tiempo al trabajo, sólo cuando les da la gana, y no trabajan mucho". Un miembro de la Junta Directiva, una de las mujeres más fuertes en la dirigencia de la comunidad, explica los problemas de manera más brusca: "La conclusión que hemos sacado es que durante los últimos dos años hemos luchado nada más por la subsistencia. Pasaron estos dos años y no hemos entrado en el proceso de cambiar la conciencia. La comunidad todavía piensa que es viable simplemente recibir comida. Pero no podemos vivir en subsistencia, sino sólo sobre la base de que todos trabajen para tener un ingreso. Es la situación de todo el país".

Estos comentarios revelan la profundidad y complejidad de los desafíos que está enfrentando la comunidad Segundo Montes, los mismos desafíos que confronta la nación en su totalidad cuando los acuerdos de paz empiezan a poner en la agenda los problemas de subdesarrollo y las consecuencias de doce años de guerra. Después de haber cumplido su primer año en Morazán, la comunidad ha pasado por un número de crisis, en realidad, un permanente estado de crisis, provocado por el recorte de la ayuda externa. Por casi dos años después de la repatriación, se mantuvo la distribución gratuita de alimentos, proveniente en gran parte de donaciones de la Comunidad Europea. Pero esto terminó en enero de 1992, iniciándose un período de mayor incertidumbre y ansiedad. La transición a la autosuficiencia resultó mucho más dura de lo que los dirigentes de la comunidad habían concebido, lo que socavó su confianza en que el modelo organizativo creado en Colomoncagua era el más adecuado para la difícil tarea del desarrollo económico.

El impacto que tuvo el fin de la asistencia evidenció hasta qué grado los elementos revolucionarios, tal vez utópicos, de su modelo producción y distribución basados en necesidades, toma de decisiones con base en participación y consenso, relaciones sociales igualitarias, habían dependido de la economía artificial del refugio. Un elemento clave de esa economía artificial era que los talleres y demás proyectos productivos nunca tenían que alcanzar autosuficiencia económica, en realidad, no podían lograrlo. Los



*El taller de carpintería.*

proyectos de servicio estaban relativamente libres de constreñimientos económicos, ya que el campamento como tal dependía de apoyo externo.

Irónicamente, era precisamente esta falta de autonomía económica la que hizo posible liberar a los individuos de las limitaciones de sus diferentes capacidades y experimentar con nuevos roles sociales, liberar a las mujeres de la dependencia económica (y, por lo tanto, social) de los hombres. Ello permitió a los refugiados concentrarse de manera tan intensa a satisfacer las necesidades individuales y colectivas -haciéndose cargo de los niños y otros grupos vulnerables; alentando la participación de todos los sectores en la administración; fomentando los valores sociales, la solidaridad y la espiritualidad; trabajando pacientemente para superar la pasividad, la timidez y el fatalismo generados por siglos de dominación y pobreza. Ahora que las condiciones materiales que dieron lugar a estas expresiones sociales habían sido sustituidas por otras diferentes, había que construir nuevas estructuras sociales e ideológicas para sustentar la vida comunitaria.

Enfrentados a la necesidad de volverse auto-suficientes económicamente, los miembros de la comunidad llegaron a darse cuenta que no estaban adecuadamente capacitados para la "vida real". El producir ropa,

zapatos y herramientas en los talleres del campamento, donde el auto-desarrollo de los trabajadores tenía prioridad sobre la calidad de los productos, no había fomentado las habilidades y actitudes requeridas para el rigor de la producción para el mercado. El énfasis que en el campamento estaba puesto en la autogestión y la manera participativa de tomar decisiones ahora parece estar en conflicto con la necesidad de capacidad técnica y eficiencia que impone la competencia económica. "Yo ya no duermo en la noche, pensando en todo esto", nos dijo un dirigente de la comunidad. "Es claro que para que los talleres tengan éxito económico, tenemos que encargárselos a profesionales y darles todo el espacio gerencial, incluso en su política de personal. Entonces, vamos a tener dinero para pagar los programas comunitarios. Pero aquí es donde entra la contradicción. Si lo hacemos así, entonces, por más exitoso que sea, es menos probable que la gente de la base pueda administrar las cosas. Nosotros seremos los burros que hacen el trabajo".

Esta aparente contradicción entre control democrático y éxito económico es el mismo problema que ahora es parte importante de la agenda para construir la democracia económica y política en todo El Salvador. Pero se hace sentir de manera más intensa en una comunidad como la Ciudad Segundo Montes, que tiene sus raíces en una experiencia tan profundamente igualitaria y comunitaria. Aquí, el ajuste a la nueva realidad económica requiere de una reconsideración fundamental de todos los roles y estructuras sociales. Por ejemplo, la alta cuota de trabajadores de servicio por trabajadores productivos simplemente no es sostenible sin permanentes subvenciones externas, por lo menos hasta que las actividades económicas de la comunidad produzcan un excedente suficientemente grande para financiar estos servicios, y para llegar a esto todavía falta mucho. Nuevamente, el problema central que enfrenta la dirigencia es cómo promover un rápido crecimiento económico, pero esto parece requerir de una ruptura significativa y dolorosa con las expectativas desarrolladas durante el exilio.

Es evidente que el ambiente protegido y aislado del campamento, aunque ha promovido el desarrollo personal y colectivo, también ha distorsionado este desarrollo de una manera que no era visible hasta que se recortó el apoyo económico. Lo más significativo es que diez años en un campamento de refugiados han fomentado lo que muchos dirigentes de la comunidad describen como "mentalidad asistencialista," la expectativa que las agencias externas aseguren la provisión de todo lo necesario, y el hábito de esperar que la dirigencia resuelva los problemas. La forma altamente concentrada de organización social, adecuada para la vida en el campamento, ahora se comienza a percibir como obstáculo para la iniciativa individual que interfieren tanto en la democracia económica como el crecimiento económico. Para desatar el potencial productivo de los miembros de la comunidad, se necesita una estrategia organizativa diferente a la simple movilización de la gente a que se unan para confrontar a un enemigo externo y darse apoyo mutuo.

Para muchos de los ex-refugiados, "estar en comunidad" consistía principalmente en recibir alimentos y servicios gratuitos; cuando esta distribución libre resultó económicamente ya no factible, cada familia tenía que asumir mayor responsabilidad para su propio sustento. El constante

énfasis en la auto-suficiencia económica significaba que cualidades como iniciativa, competencia y espíritu emprendedor comenzaban a desafiar a los valores comunitarios tan cuidadosamente alimentados en el campamento. "Mire, cuando estábamos en el campamento, todo lo que necesitábamos - nuestra comida, ropa- todo era donación", nos contó un hombre mayor de edad. "Esto significaba que cuando trabajábamos, lo hacíamos por conciencia. Era maravilloso... Ahora que llegamos para acá, por un tiempo también estábamos recibiendo ayuda. La gente todavía trabajaba por conciencia, y todavía era colectivo... Pero, algunos se aprovecharon de esta situación. No estaban en estructuras, o estaban pero no trabajaban toda la jornada así que podían trabajar en su propia milpa. Yo los llamaría chupasangres, aprovechándose del hecho de que algunos sí estaban trabajando para progresar".

Estas palabras duras de resentimiento son indicador del difícil ajuste que ahora están enfrentando los refugiados, y de la necesidad de construir un nuevo tipo de conciencia comunal. "Dado que somos campesinos y el poco desarrollo que tenemos, la principal tranca que tenemos que sobresaltar es ese cambio de mentalidad", explicó Rosaelia, un miembro de la Junta Directiva. "Tengo que entender que nadie me va a ayudar por el resto de mi vida. Tengo que preocuparme de mis propios esfuerzos". Argumentando que esto no significa un abandono de los valores de la comunidad sino más bien una adaptación necesaria a las realidades cambiadas que enfrentan, ella continuó: "Si ustedes van a la fábrica de ropa, van a ver mucha gente haraganeando. Ellos tienen que trabajar, no sólo por ellos mismos, sino también por los demás, por la comunidad... La comunidad se beneficia cuando todos trabajan. Si uno trabaja, lo hace en solidaridad con la gente que es vulnerable. La gente que trabaja objetivamente está ayudando a la comunidad".

Pero, no ha sido sencillo encontrar los mecanismos apropiados para vincular el esfuerzo individual con el bienestar comunal. Continuamente están surgiendo nuevas contradicciones, ya que las fuerzas del mercado chocan con las relaciones sociales muy especiales que distinguen la Ciudad Segundo Montes de otras comunidades pobres, haciendo indispensable la reformulación del contrato social. Por ejemplo, los salarios simbólicos que se daban a los trabajadores en programas como de construcción, educación o salud, desde un principio se convirtieron en fuente de resentimientos, ya que era evidente que la gente que dedicaba su tiempo a su milpa y a la venta de sus productos ganaba más que aquellos quienes se dedicaban al trabajo comunal. Ya que el bienestar individual ahora estaba relacionado al esfuerzo personal, había que pagar a la gente según su trabajo; la mayoría no estaba en condiciones de continuar contribuyendo simplemente por su sentido de solidaridad social.

De manera similar, la decisión de definir normas para cada centro de trabajo y despedir a trabajadores que no podían cumplirlas representaba una ruptura inquietante con la expectativa de que el trabajo es un derecho de cada miembro de la comunidad. Aun más dolorosa era la necesidad de despedir a cientos de trabajadores, porque la comunidad simplemente no tenía suficiente dinero para pagar sus salarios. En julio de 1992, había 1,600 miembros de la comunidad trabajando en estructuras comunitarias, de 3,000 que querían trabajar, dejando a un grupo grande -la mayor parte mujeres y



*Las letrinas son clave para la sanidad pública. Sin embargo, en el largo plazo, amenazan el acuífero, y habrá que buscar otros métodos.*

jóvenes- que tenía que buscar otros medios para sostenerse. Se consideró una política de distribuir los empleos, para eliminar la disparidad producida por el hecho de que en algunas familias trabajaban varios y en otras nadie, y para que la oferta de empleo sea más justa. Pero, esto a veces chocó con la necesidad de reclutar a trabajadores más experimentados y capaces, otra contradicción más que la comunidad tenía que resolver en su búsqueda de un nuevo balance entre pragmatismo y principios.

En comunidades repatriadas y reasentadas más pequeñas, uno o dos empresas económicas colectivas ayudaban a sostener un sentido relativamente claro de la comunidad como conjunto. Pero en la Ciudad Segundo Montes, la base económica de la nueva ciudad se volvió más compleja, con una gama de proyectos correspondiendo a diferentes propósitos y sectores de la comunidad, y muchas veces condicionados por los requerimientos específicos de las agencias donantes u otras fuentes de financiamiento externo. Por ello, la base a veces lo encontró difícil de comprender qué era lo que la comunidad le estaba suministrando. Se necesitaba una nueva base ideológica de solidaridad comunitaria para responder a los cambios de la



*Construcción de un tanque de agua para el proyecto de ganadería.*

realidad económica y material.

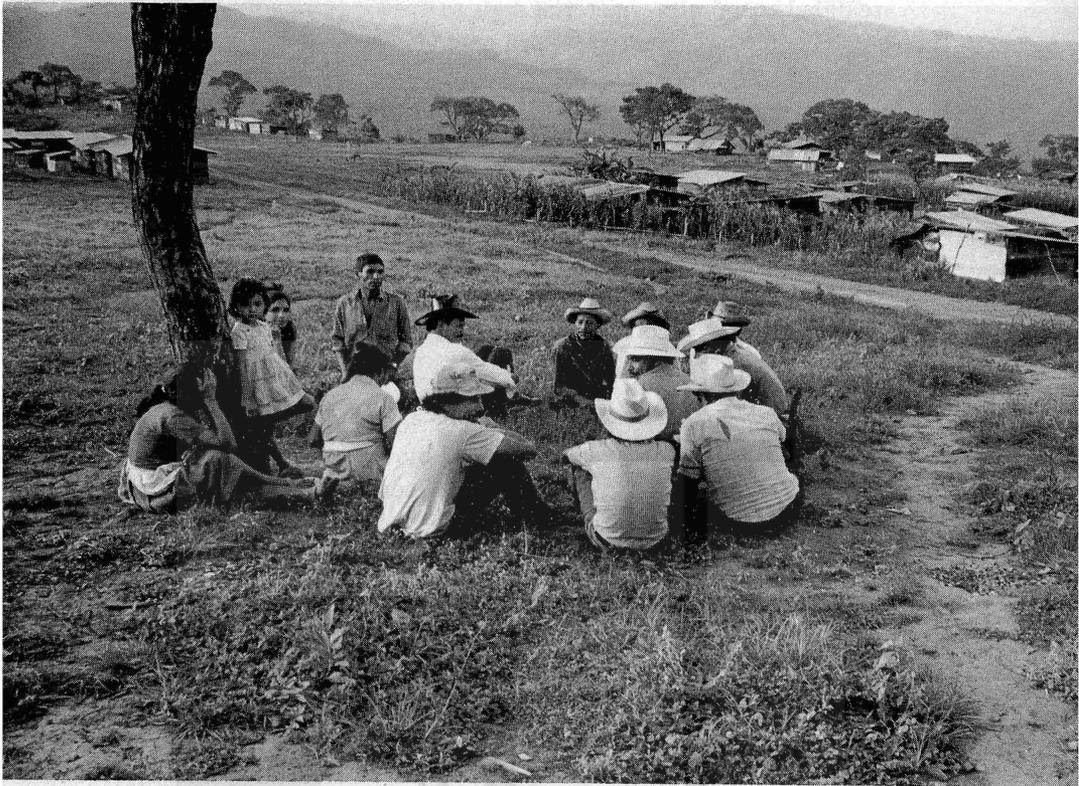
En el campamento, era fácil entender por qué los establos de chanchos o cabras se llamaban proyectos comunales. Cuando se mató a los chanchos, la carne fue distribuida entre todos los miembros de la comunidad, y la leche de las cabras la recibieron los niños en las guarderías. Pero es mucho más difícil para la gente entender de qué manera la ganadería en la Ciudad Segundo Montes es comunal, ya que ahora la leche se vende a clientes tanto afuera como dentro de la comunidad, y del dinero se paga los suministros y salarios. La idea de que es un proyecto comunal porque es propiedad de la comunidad como conjunto; porque sus utilidades, una vez que se lleguen a producir, serán de la comunidad y no van al bolsillo de individuos; porque hay numerosos beneficios indirectos, como la creación de empleo, es una noción mucho más abstracta. De hecho, escuchamos a unos pocos quejarse de que había algunos que se estaban enriqueciendo de los grandes proyectos comunales, aunque nadie podía decir quienes serían estos nuevos ricos.

Don Marcos, un hombre en sus sesenta y uno del grupo que pasó la frontera caminando en la primera repatriación en noviembre de 1989, nos contó: "El problema con los proyectos es que están haciendo dinero, pero, ¿adónde está yendo? Tiene que estar yendo a manos de los pocos que los están controlando, porque no está yendo a la comunidad." Cuando lo presionamos, insistiendo en el tema, admitió que, en realidad, no entendía bien la situación: "El problema es que estamos en la loma. No nos dan información; no sabemos qué está pasando".

Este tipo de malentendido es comprensible entre una gente que virtualmente no tiene ninguna experiencia directa con proyectos económicos, sean comunales o privados, aparte de la agricultura marginal. También indica que se necesita canales para una comunicación clara y abierta entre la dirigencia y las bases, así que se pueda desarrollar visiones y consensos nuevos y comunes. Encontramos a empleados en proyectos de CODEMO que se consideraban los dueños; y otros que temían los riesgos que implicaba el convertirse en dueños de los proyectos donde trabajaban. Encontramos a gente que pensaba que no podía pagar las mensualidades para las nuevas casas que estaban en construcción; cuando les contamos cuánto era lo que Desarrollo Urbano estaba calculando como pago mensual, dijeron: "Bueno, esto lo puedo pagar, desde luego". Escuchamos a alguna gente quejarse que era injusto que BANCOMO cobraba más intereses a los que pedían crédito de lo que pagaba sobre cuentas de ahorro.

Rumores e información incompleta eran comunes. Esto tal vez no es muy diferente de la situación de la mayoría de pueblos centroamericanos, pero debido a la historia y el significado de la comunidad, las consecuencias son mucho más serias. Creemos que esto representa uno de los desafíos más significativos para la dirigencia de la Ciudad Segundo Montes. Un desarrollo fuerte y democrático de la comunidad requiere de una población informada y activa. Y esto, por su parte, depende -especialmente por el carácter intrincado y la complejidad de los actuales problemas de la comunidad- del mantenimiento y fortalecimiento de las estructuras comunales, como la de Comunicación Social y "el Comunal". Sin embargo, estos se encuentran entre los más amenazados por los recortes presupuestarios.

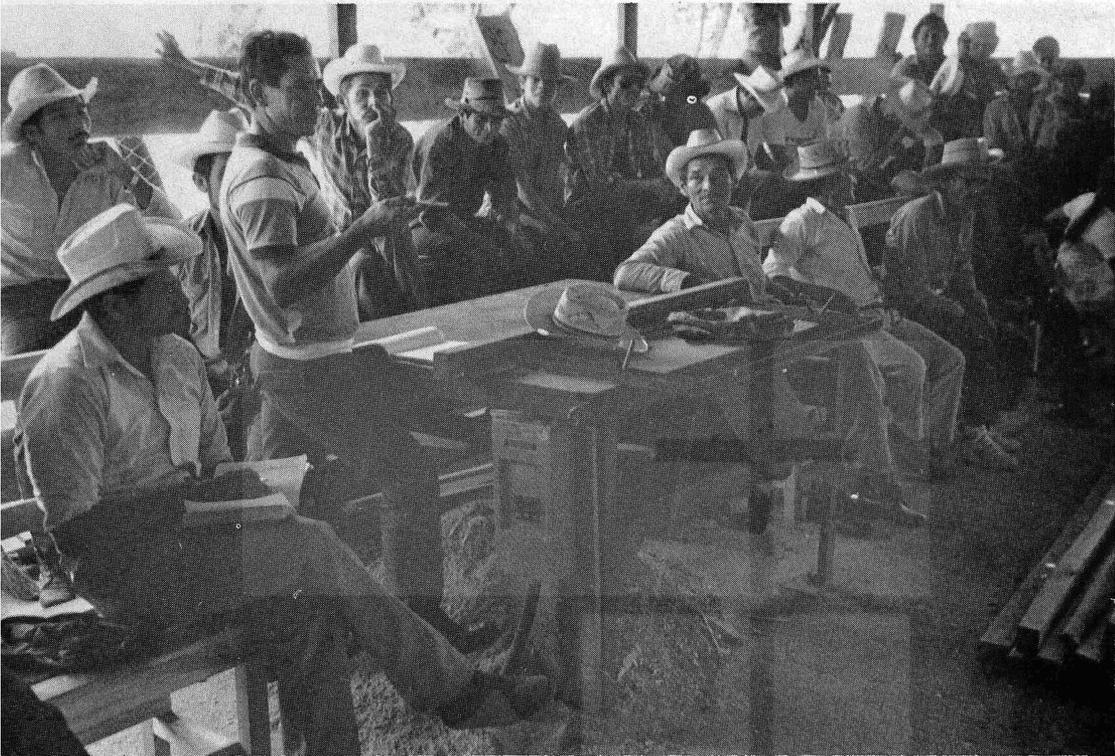
Particularmente preocupante es la situación desmejorada de las mujeres, un campo en el que la comunidad había hecho adelantos impresio-



*Una reunión al nivel de colonia, parte de la "campaña de debate".  
Quebrachos, julio de 1991.*

nantes en el refugio. Estos avances estaban basados en dos elementos: primero, en el campamento las familias no tenían que ganarse su vida, así que mujeres con niños no dependían económicamente de un hombre individual; segundo, la comunidad había desarrollado estructuras sociales para convertir tareas tradicionales de mujeres en asuntos de responsabilidad comunal, dando de esta manera a las mujeres la libertad de participar plenamente en la vida social. La reducción de servicios como las cocinas colectivas, los coordinadores de niños, y las guarderías, debida a falta de recursos, significaba que las mujeres nuevamente tenían que asumir la tradicional "doble carga" de labores domésticas y ganarse la vida. Esto es un problema de gran significado, ya que la mayoría de los hogares de la Ciudad Segundo Montes las encabezan mujeres.

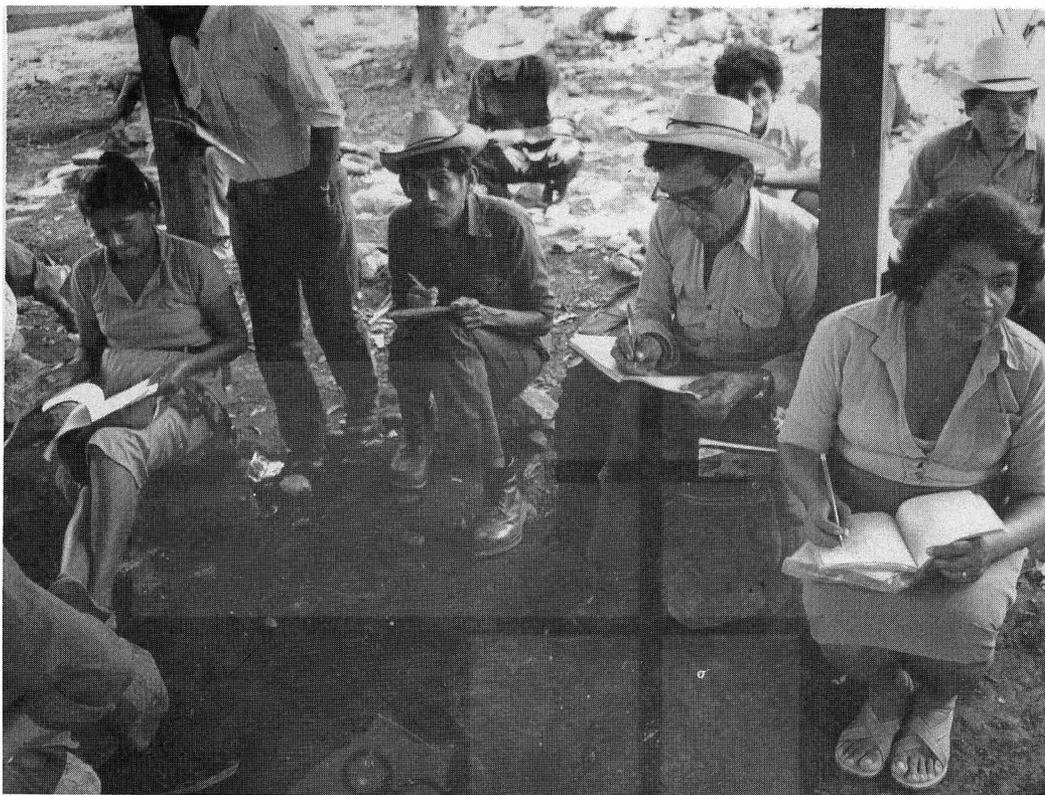
Este problema comenzó a destacarse en abril del año 1992 en la Asamblea Amplia, la instancia de decisión más alta de la comunidad, en una discusión sobre a qué grupo había que dar prioridad en la asignación de las casas modelos que estaban en construcción. Ya que el proyecto estaba subsidiado, sólo tenía que reembolsarse el costo de la mano de obra; esto se iba a hacer mediante créditos de bajos intereses de BANCOMO, pero había que tomar una decisión sobre cómo asignar el primer centenar de casas nuevas. Una propuesta fue darles preferencia a madres solteras, ya que sus necesidades eran grandes y sus recursos limitados.



*Una reunión en el taller de carpintería para discutir las propuestas y candidatos que iban a decidirse durante la reunión de la Asamblea Amplia. Parte de la "campaña de debate, julio de 1991."*

Después de dos días de debate intenso, el voto favoreció a otro grupo de personas en desventaja: trabajadores que todavía vivían en champas, porque la comunidad se había quedado sin madera y no podía construir suficientes casas de madera. Aunque muchos de estos trabajadores son mujeres, el hecho de que la Asamblea no reconociera los problemas especiales de las familias encabezadas por mujeres solteras fue una decepción amarga para mucha gente, incluyendo algunos miembros de la dirigencia. Esto provocó la decisión de establecer una Directiva de Mujeres, para dar a las mujeres una voz más directa para presionar por sus intereses, un paso que apenas se estaba implementando durante nuestra visita en agosto de 1992.

El intenso debate sobre el problema de la vivienda ilustra las decisiones difíciles que la comunidad tiene que enfrentar en una situación de disminución de recursos y de competencia entre diferentes necesidades. También subraya lo que desde nuestra perspectiva es un componente crítico del modelo de la comunidad, que merece tanto un escrutinio cuidadoso como apoyo. En diferencia a otros pueblos pobres, donde desarrollo económico significa que la gente tiene que esforzarse para buscar soluciones individuales para sus problemas, la comunidad de la Ciudad Segundo Montes ha creado estructuras para la toma colectiva de decisiones, basadas en años de experiencia en movilizar a la gente para superar sus dificultades. Aunque imperfectos, estos mecanismos institucionalizan la noción de que



*Una reunión de las Asamblea Permanente, julio de 1991.*

los individuos son más fuertes cuando se unen, y la idea de que las acciones de la dirigencia deberían reflejar la voluntad popular. Estos conceptos son centrales para una democracia popular y siguen siendo un elemento vital -y al mismo tiempo vulnerable- de la vida en la comunidad.

Este proceso de la toma colectiva de decisiones puede observarse en la manera en que la comunidad manejó la crisis provocada por la finalización de la asistencia alimenticia. Un año antes, en julio de 1991, la Asamblea Permanente -representantes electos de las colonias que se reunían frecuentemente para definir políticas- abrió un período de dos semanas de debate y discusión para recolectar ideas de la base sobre la creciente crisis económica, los logros y las fallas de los proyectos de la comunidad, y los cambios necesarios en cuanto a personal y dirección. Aunque el debate fue iniciado y dirigido por la dirigencia, ellos hicieron grandes esfuerzos para asegurar un libre flujo de ideas de todos los miembros de la comunidad. "Si hay cosas que deben ser corregidas, necesitamos conocerlas", argumentó Mabel, quien estuvo dirigiendo las reuniones de planificación de la Asamblea. "No vamos a resolver nada con los coordinadores haciendo todo. Queremos que los problemas se resuelvan, no por gente sacando sus machetes, sino mediante la discusión. Existe el peligro que la gente piensa que va a recibir respuestas. Tenemos que decir, ayúdenos, estamos llegando donde ustedes con preguntas. Esta es la vía de arrancarle ideas a la

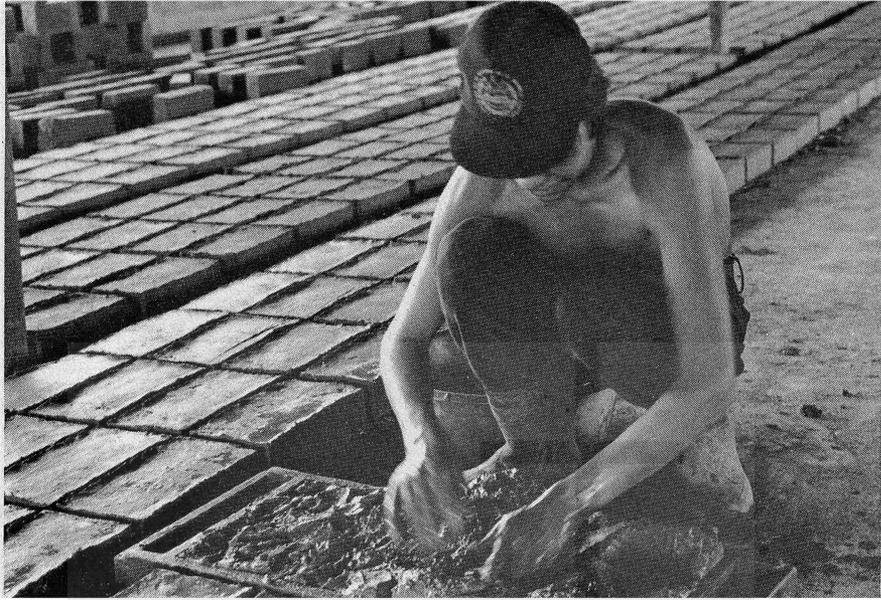


*Durante la reunión de la Asamblea Amplia, julio de 1991.*

gente".

Haciendo uso de las técnicas utilizadas en el campamento para alentar la participación de las bases, identificando preguntas específicas a contestar; partiendo las grandes reuniones en grupos más pequeños de discusión que pueden volver a unirse para compartir sus reacciones, los miembros de la Asamblea condujeron discusiones en los vecindarios y centros de trabajo en toda la comunidad. Algunas discusiones fueron animadas, con un nivel considerable de desacuerdos abiertos y un vivo intercambio de ideas; en otras discusiones, hablaron casi sólo los dirigentes y las bases se comportaron más reticentes. Al parecer, el que se diera uno u otro tipo de discusión, dependía de la habilidad y personalidad de los coordinadores de las discusiones, y de su capacidad de generar entusiasmo y confianza.

Este período de debate culminó en una reunión de todo un fin de semana de la Asamblea Amplia, compuesta por la Asamblea Permanente más los coordinadores y representantes de las diez comisiones de la Junta Directiva. Este grupo grande de representantes y administradores de todos los sectores de la comunidad se reunió para dos días enteros de discusión, para responder a las propuestas de la base, para definir nuevas direcciones para la comunidad, y para elegir a nuevos miembros de la Junta Directiva, cuyo período de dos años había concluido.

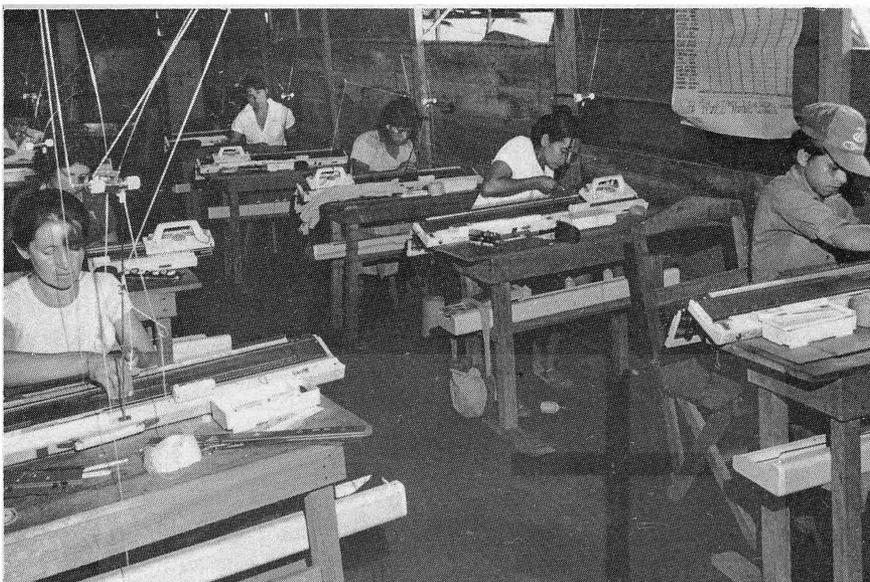


*La ladrillera, donde se fabricaban ladrillos, bloques de cemento, y tejas. Luego, esperaban generar ingresos al vender los productos en otras comunidades.*

\* \* \*

Los delegados -mucho más de 200, hombres y mujeres con casi igual representación- se amontonan en el Centro Cultural, sentados en sillas plegables de metal, saludando a amigos y compañeros de trabajo. Hay muchos observadores también, algunos internacionales y otros de la misma comunidad. Cara a cara a la asamblea, están sentados, en unas mesas, los miembros de la actual Junta Directiva. Encima de ellos está la manta de un grupo que promueve la hermanización de su ciudad con la Ciudad Segundo Montes, combinando los rayos de sol naciendo de un árbol, el logotipo de la comunidad, con la silueta de Cleveland en el Estado de Ohio. Hay grandes rótulos con consignas como "Democracia participativa: Es opinar, debatir, decidir" o "Derecho a elegir y a ser elegido". El ambiente es festivo pero serio, cuando la Asamblea inicia formalmente con las notas del himno nacional.

Del seno de los delegados vienen las nominaciones para la nueva junta; al escuchar los nombres se levantan manos en apoyo de la candidatura. Alguna gente declinan al sólo mencionarse su nombre; muchas veces las propuestas son acompañadas de gritos alentadores proveniente de uno u otro grupo o de los que presiden la sesión: "¡Tenés la capacidad si estás comprometido!" En cierto momento, una mujer miembro de la junta señala que no se han nombrado muchas mujeres, y la asamblea comienza a contestar con consignas como "¡Viva la participación de las mujeres! ¡Viva la democracia participativa!", y se agregan los nombres de algunas mujeres.



*El taller de tejidos. Un ejemplo de la necesidad de volver a considerar los proyectos económicos. Los suéteres y gorras de lana que se producen aquí no hacen falta en el clima caliente de la comunidad. Pero es posible que haya un mercado en Perquín y las demás comunidades de la montaña, donde frecuentemente hace frío.*

El propósito de la sesión de hoy es identificar a los candidatos y darles la oportunidad de presentarse a la asamblea; mañana se celebrará la elección. Al terminar con las nominaciones, se reciben los informes de los coordinadores de las diferentes estructuras sobre los serios problemas que enfrentan; el grupo escucha atentamente, algunos toman notas, otros comentan en voz baja con sus vecinos. Se identifican los logros y fallas de cada área -CODECO, CODEMO, Salud, Educación, Desarrollo Urbano, BANCOMO-, y se contestan preguntas. Es una discusión franca, en la que se reconoce abiertamente los errores. En cierto momento, se apaga la luz y la sesión queda suspendida hasta que alguien consigue una planta y los micrófonos vuelven a funcionar. Con el sol subiendo y quemando el techo, comienza a hacer calor en la sala.

"Cada mes, la comunidad necesita 1.9 millones de colones", explica cuidadosamente un miembro de la administración central. "Este mes tuvimos 1.2 millones, lo que significa que nos faltan 700,000 colones. Así que tenemos un problema, y es muy importante que ahora lo entendamos, porque vamos a tener que explicarlo a toda la gente en las colonias," señalando que el problema va a profundizarse ya que para los próximos meses habrá recorte de la asistencia alimenticia. "Tenemos el compromiso de que en la Segundo Montes nadie se va a morir de hambre", asegura a la asamblea, pero agrega que se necesitan cambios para poder, a largo plazo, enfrentar los problemas del estancamiento económico.

La Junta Directiva ha planteado cuatro propuestas para enfrentar estos problemas. Con ellas, el modelo Ciudad Segundo Montes se abriría hacia una estrategia económica más pluralista: mientras algunos de los mayores

proyectos económicos -por ejemplo, el gallinero, la ganadería, las fábricas de zapatos, ropa y ladrillos- continuarían como empresas propiedad de la comunidad, también se daría incentivos para formar pequeñas empresas privadas y cooperativas independientes en manos de los trabajadores. Dentro del sector productivo, se establecería una nueva organización para manejar los asuntos comerciales, separando estos del aparato existente de administración sociopolítica. Se introducirían salarios para los trabajadores en las estructuras comunitarias, con una escala de salarios diseñada para reconocer los esfuerzos y los niveles de responsabilidad, pero sin que se genere una desigualdad indebida. Estas propuestas habían sido discutidas en la Asamblea Permanente y serán sometidas a votación en la sesión de domingo, después de las discusiones de mesa redonda donde los delegados responderían a los debates que acaban de celebrar a nivel de toda la comunidad.

Juan José, el coordinador de la Junta Directiva, preside la sesión de la tarde. "En la última reunión hablamos de la necesidad de desarrollar una nueva conciencia de desarrollo, no de asistencia. Debemos tener conciencia de nuestros defectos, especialmente del hecho de que aquí no tenemos una vida normal, no nos estamos sosteniendo por nuestra propia fuerza, sino más bien vivimos de la asistencia. Todas nuestras instituciones económicas son centralizadas, y no existen actividades comerciales. El trabajo comunal es indisciplinado y la producción baja. Los proyectos comunitarios van demasiado lentos". Equilibra su tono severo con momentos de risa burlándose de la situación de la comunidad. "Aquí hay gente que vende sorbetes, pero no es gente de la comunidad. Ganan unos 40 colones al día -icasi un salario mensual! Pero hay poca actividad comercial hecha por nosotros. Nadie se siente dueño de nada". Los representantes responden, a veces disintiendo fuertemente o expresando sus propias preocupaciones. Todos tienen la oportunidad de hablar, aunque los moderadores tratan de mantener el horario, haciéndole llamados a la asamblea cuando podía ser necesario cortar el debate.

La mañana del domingo es reservada para discusiones de mesa redonda, con 15 hasta 20 personas en cada grupo. La gente está acostumbrada a este estilo de discusión, y colabora confortablemente. Los grupos consideran las propuestas de la dirigencia, "tomando en cuenta" o "en la luz de" las conclusiones de las discusiones que ha habido en la base, y expresando sus propias inquietudes. Después de un descanso con café, todos se vuelven a reunir en plenaria para someter a voto las propuestas de la junta.

Los delegados llenan sus boletas y estas son contadas por una comisión electoral, mientras los miembros de la asamblea almuerzan, primero haciendo cola para recibir su comida preparada por la cocina del Centro Cultural, y después otra para lavar sus platos. Las propuestas son aprobadas casi unánimemente, un resultado para algunos sorprendente, ya que las discusiones en los grupos demostraron una diversidad considerable de opiniones. Tal vez la asamblea se siente poco confortable con romper el consenso, o demasiado influenciada por la autoridad y persuasión de la dirigencia. También es posible que los delegados se sientan genuinamente unidos en su apoyo a las nuevas direcciones que la dirigencia ha propuesto.

La próxima elección es para sustituir la Junta Directiva; esto consume más tiempo, ya que los delegados tienen que elegir de una lista de más de



*Votación para elegir la nueva Junta Directiva durante la Asamblea Amplia, julio de 1991.*



*Un torno casero que se ocupa para producir piezas de muebles. Un ejemplo de la "micro-empresa" alentada por la comunidad y favorecida de créditos de BANCOMO.*

dos docenas de candidatos. La gente considera sus decisiones con cuidado; algunos son casi analfabetos y necesitan asistencia para llenar sus boletas. En una pizarra se lleva la cuenta de los votos, y cuando los trece ganadores, nueve hombres y cuatro mujeres, se presentan a la asamblea, son recibidos con un entusiasta aplauso. Debían de ser doce miembros, pero como dos candidatos recibieron el mismo voto, la Asamblea decide ampliar la junta. Muchos de los electos han estado en la anterior junta, pero hay cuatro miembros nuevos: uno sustituyendo a una mujer que se negó a una nueva candidatura, y tres de los nuevos recibieron más votos que los miembros de la anterior junta.

La sesión concluye a las ocho de la noche, cuatro horas más tarde que programado, después de cortos comentarios de los nuevos miembros de la junta y muchos gritos de aclamación por la exitosa conclusión del trabajo de la asamblea. Apurados, los delegados desaparecen en la oscuridad de la noche, algunos enfrentando una caminata de una hora para llegar a su casa.

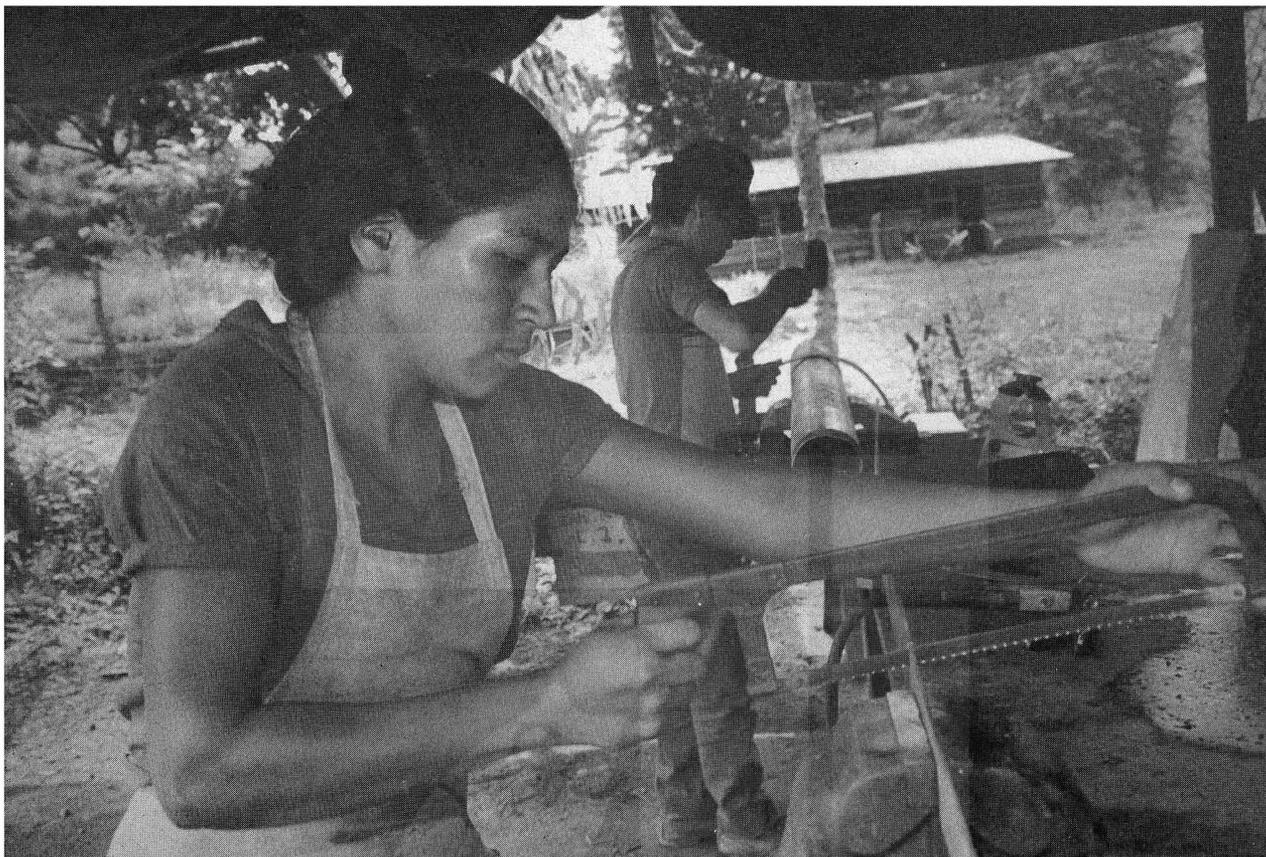
\* \* \*

Un año después, se puede ver el impacto de las reformas adoptadas en esta asamblea, reflejado en la expansión de la actividad comercial, con docenas de microempresas, la mayor parte financiadas mediante préstamos de BANCOMO, surgiendo en toda la Ciudad Segundo Montes -pequeñas ventas en los vecindarios que ofrecen gaseosas y galletas; comerciantes vendiendo frutas y verduras, papel higiénico y otras cosas para la casa; varias gentes estableciendo pequeños negocios en su casa. Pero aunque estas microempresas ayudan a diversificar la economía y proveen ingresos a muchos hogares, su viabilidad muchas veces parece precaria; las pequeñas tiendas generalmente compiten unas con otras para vender las mismas pocas cosas, y sus dueños normalmente tienen limitada comprensión de las técnicas de manejar exitosamente un negocio, incluyendo las necesidades de ser agresivos para atraer a los clientes. Además, aún no se ha encontrado un mecanismo para que el sector de las pequeñas empresas contribuya a los costos de servicios como educación y guarderías, o para apoyar a las poblaciones vulnerables como los ancianos y lisiados.

Otros aspectos de las reformas han tenido un impacto limitado o han sido difíciles de implementar. Aunque ahora se usa una escala de salarios para los trabajadores en los programas comunitarios, actualmente ofreciendo un máximo de 500 colones al mes, esto todavía es menos de la mitad de lo que necesitan la mayoría de hogares para cubrir sus necesidades básicas, y la comunidad ha tenido que despedir a muchos trabajadores por la falta de fondos para pagarlos. Además, algunos talleres designados a convertirse en cooperativas en manos de los trabajadores han mostrado poca disposición de cortar sus vínculos con CODECO y volverse independientes. La indecisión de la gente se basa en la duda en su propia capacidad de ganar suficiente para sostenerse y pagar los créditos para la compra de maquinaria y suministros. "No somos tan felices con la idea de volvernos independientes, porque esto significa una gran deuda", dice el responsable del taller de metalmecánica, uno de los más exitosos de los pequeños centros de producción. Señalando una pieza impresionante de maquinaria, adquirida con ayuda internacional, dice: "Un torno cuesta 200,000 colones. Todos estamos capacitados para hacer el trabajo, pero no podemos ser soltados tan rápidamente. Va a costar tiempo".

Darío, el jefe de CODECO, expresa simpatía con estos temores: "Abandonar estos proyectos ahorita e independizarlos sería un crimen. Es como decir a un niño que camine y entonces cortarle los pies. Tiene que ser un proceso gradual". Pero el paso lento del proceso significa que la gente de la base todavía está dependiendo de la administración central, la que es obligada a buscar la manera de financiar estos centros de trabajo hasta que se vuelvan auto-sostenibles. En gran medida, la toma de decisiones en el campo económico todavía no ha sido descentralizada, ni tampoco desvinculada del proceso general de decisiones políticas y sociales de la comunidad, como era la intención de la propuesta de la junta.

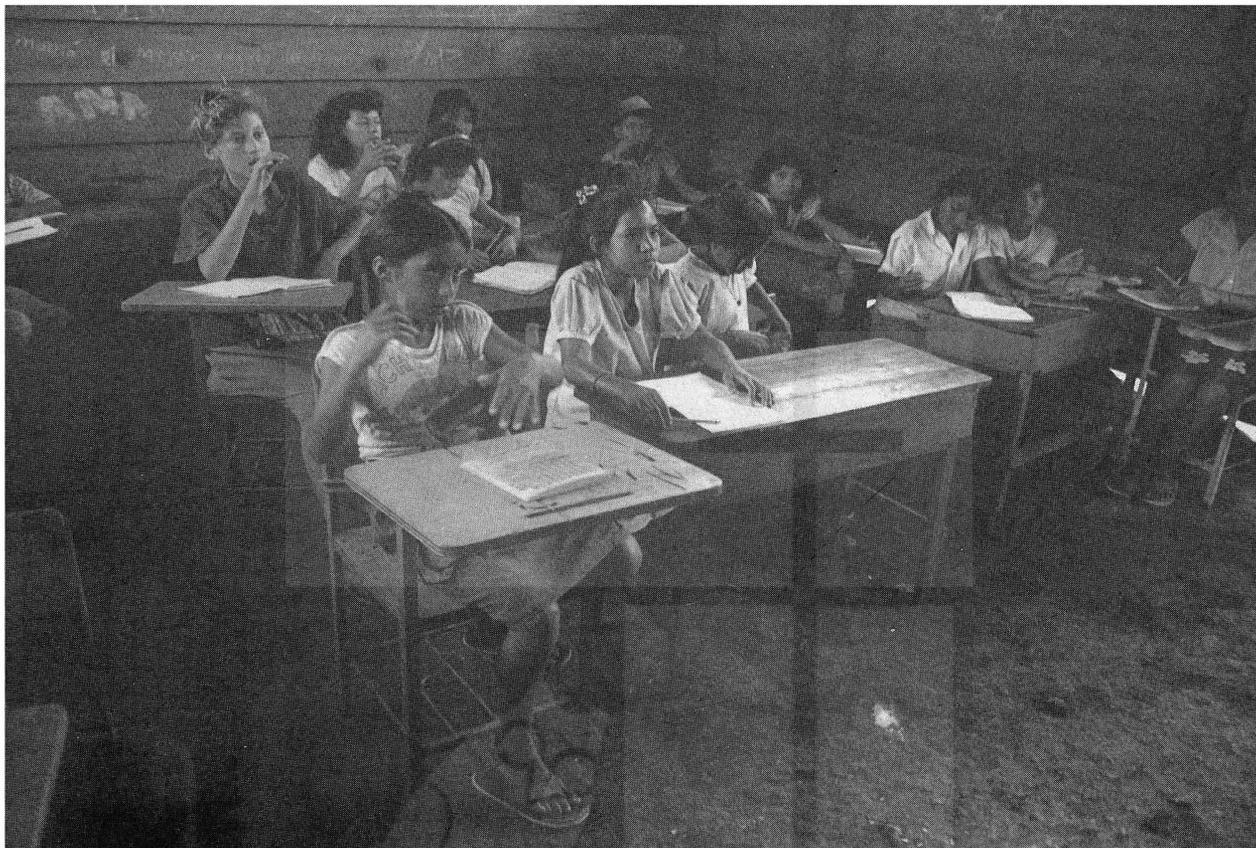
Hay cierta preocupación en la comunidad que volver independientes los centros de trabajo significa el abandono de los principios comunitarios y la aceptación del mismo tipo de privatización promovida por el gobierno.



*El taller de metal-mecánica, uno de los más rentables. Productos incluían rejas, muebles, piezas de construcción y similares.*

Alguna gente temen que la comunidad vaya a desechar las empresas potencialmente menos rentables, incluyendo a sus trabajadores. Pero la dirigencia lo ve de manera diferente. "¿Para qué estamos construyendo todo esto, si los proyectos no se pueden auto-sostener?", pregunta Aleida, la encargada del gallinero, una de las iniciativas económicas más exitosas de la comunidad. La comunidad simplemente no tiene el dinero para seguir pagando salarios y suministros para todos los talleres. Por otra parte, agrega Aleida, los proyectos que representan mayor inversión de recursos tienen que seguir siendo propiedad comunal. "Hablemos de esto aquí", dice Aleida señalando su centro de trabajo, "hay un millón de colones invertidos en la granja. Si el proyecto de cabras fracasa, no será demasiado serio. Pero si soltamos esto, perdemos un millón de colones. Esto es nuestra razón. Yo sé que la gente dice que estamos abandonando los proyectos menos rentables - pero no, estamos proyectando los que tienen más inversión".

Algunos proyectos, como el de las cabras o el taller de metalmecánica, podrían ser sostenibles solamente en cierto nivel -o sea, podrían generar suficiente ganancia para sostener a sus propios trabajadores y para cubrir



*Para julio de 1992, las clases se conducían dentro de las aulas recién construidas. Noten los pupitres, elaborados en el taller de metal-mecánica.*

sus propios gastos. Pero, explica Aleida, la comunidad además necesita proyectos más grandes que tendrán una rentabilidad social -o sea, proyectos que proveen ingresos para la comunidad como conjunto. Los pagos para cubrir los costos de la maquinaria y otras inversiones se sumarían a este fondo para necesidades de la comunidad. Aunque los detalles de este sistema aún no han sido elaborados, todas las empresas, incluso los pequeños negocios independientes y las cooperativas, son considerados parte de los recursos comunales. "Porque en todas esas discusiones", enfatiza Aleida, "nunca, jamás, hemos tenido la idea de crear aquí empresas privadas, no estamos hablando de esto, no es lo que queremos".

Este modelo nuevo de combinar la producción orientada al mercado con formas variadas de propiedad social -y todo diseñado para apoyar la comunidad como conjunto- apenas se encuentra en la fase inicial tanto en cuanto a concepción como de realización. Pero la dirigencia cree que no pueden darse el lujo de dejar pasar mucho tiempo experimentando con diferentes soluciones. Tienen que actuar inmediatamente para enfrentar la crisis económica, y tienen que hacerlo sin un concepto claro a seguir, y en un

ambiente político que está cambiando constantemente. El desafío más fundamental para la comunidad es la preservación de los valores que eran la base de la organización social en el campamento, la igualdad social y la solidaridad, ahora que han desaparecido los apoyos económicos que los hicieron posibles. Aunque todavía hay fondos disponibles para algunos proyectos económicos, normalmente se trata solamente de un fondo inicial, y es diseñado a responder a criterios comerciales, no necesariamente a responder a las necesidades más amplias de la comunidad que son tan difíciles de solucionar.

La dirigencia tiene que presentar estrategias de cómo ajustarse a las nuevas realidades económicas, y lo tiene que hacer suficientemente rápido para responder a la actual crisis económica y para mantener unida a la comunidad, pero sin ir tan lejos de sacrificar su modelo y capitular ante las fuerzas del mercado, en vez de ajustarse a ellas, y por lo tanto, perder la singular identidad de la comunidad. Para algunos, la dirigencia ya ha ido demasiado lejos en esta dirección, y ha llegado demasiado rápidamente a suponer que la administración democrática de los centros de trabajo no es factible económicamente. Sea esto cierto o no, es claro que las exigencias tanto a corto como a largo plazo presionan mucho sobre la dirigencia y la comunidad: ¿Van a poder ofrecer una alternativa viable a las estrategias neoliberales de desarrollo económico, especialmente en el contexto de una vigorosa competencia por parte de las iniciativas del gobierno y de la empresa privada? ¿Podrán cooperar e integrarse en el sistema establecido de autoridades nacionales y locales, sin poner en peligro los logros conquistados con tanta dificultad de autogestión y procesos democráticos de tomar decisiones? ¿Es posible poner la necesidad de competencia y consulta profesional en equilibrio con el objetivo de auténtica participación y control de la base? ¿Será que en la búsqueda de la legitimidad y respetabilidad -necesarias para obtener ayuda internacional y ganar acceso a fondos del gobierno- la comunidad traicionará las promesas que representaba cuando tan orgullosamente retornó al país para convertirse en un modelo alternativo de desarrollo social para los pobres de El Salvador?

Ya hay discusiones sobre la integración al municipio de Meanguera, donde la comunidad representa casi el 80% de la población. Esto significaría que los servicios de educación y salud serán asumidos por el gobierno nacional y municipal, y los miembros de la comunidad serán representados por el alcalde y el consejo municipal, sustituyendo el aparato administrativo de la Ciudad Segundo Montes -un paso muy significativo, y tal vez peligroso, hacia la normalización. Actualmente, dirigentes de la comunidad están negociando con los gobiernos municipales del área para establecer cómo se preservaría la integridad de los proyectos comunitarios y al mismo tiempo ganaría acceso a los fondos nacionales de reconstrucción, que están en manos de los alcaldes instalados en los años 80 sin apoyo popular.

"Nuestra expectativa es para el 1994, cuando esperamos lanzar candidatos y elegir nuestro propio alcalde en Meanguera", explica Lucas, de la Oficina de Tierras de la comunidad. Reconoce los riesgos que este proceso implica: "Sí, tenemos miedo. Ellos están vinculados con ARENA; ellos quieren desestabilizar nuestros proyectos y poder decir que están haciendo gran cosa para la comunidad, aunque en el pasado no hicieron

nada para estos pueblos. Es por esto que hay que elaborar acuerdos antes de que regresen los alcaldes".

La tierra es otro tema crítico que está importunando a la dirigencia. Cuando los refugiados negociaron su repatriación colectiva con los funcionarios del gobierno, les ofrecieron tierra agrícola de alta calidad en Nancuchiname, en el departamento de Usulután. Pero ellos insistieron en regresar a Meanguera, su lugar de origen, por razones prioritariamente estratégicas, ya que esto proveía apoyo al FMLN y otros movimientos populares en el norte de Morazán. Los alrededor de veinte kilómetros cuadrados ahora ocupados por la Ciudad Segundo Montes se han convertido en un tema importante, no sólo por su calidad pobre que seriamente ha socavado los proyectos agropecuarios de la comunidad, sino también por la problemática compleja de la tenencia de tierra y el creciente conflicto entre los reclamos individuales y colectivos sobre la propiedad de la tierra.

Los acuerdos de paz dan el uso de las tierras en los territorios controlados por el FMLN a quienes actualmente las ocupan, hasta que se pueda llegar a una solución definitiva de los reclamos de propiedad. La mayor parte de las tierras que ocupa la comunidad ha sido de pequeños propietarios, muchos de ellos campesinos, incluyendo a muchos de los mismos refugiados, en general con lotes de no más de uno o dos manzanas. Corresponde a la nueva Oficina de Tierras de la comunidad registrar a los propietarios de las tierras quienes buscan compensación para parcelas utilizadas por proyectos comunitarios o pobladas por miembros de la comunidad. Según los acuerdos de paz, el gobierno tiene la autorización de ofrecer a los propietarios pagos por tierras utilizadas por otros, y una comisión especial, con miembros del gobierno, del FMLN y de ONUSAL, tiene la responsabilidad de verificar cuales tierras no pueden ser devueltas y cómo se puede compensar a los antiguos propietarios.

"Vinieron aquí y verificaron que las tierras en La Joya, donde está la ganadería, es parte de un proyecto permanente, y los propietarios tienen que aceptar los pagos", explica Lucas. "Nuestra preocupación es que alguien quien es propietario aunque sea de un pedazo de tierra, no debería perder esta tierra. Queremos que nuestros proyectos sean legalizados, pero esto significa primero que todos los propietarios de las tierras tienen que ser pagados". La mayoría de la gente que tienen reclamos han querido aceptar los pagos, incluyendo algunos terratenientes más grandes, varios con hasta 60 manzanas quienes hacía mucho tiempo habían huido al sur del Río Torola. Irónicamente, sin embargo, algunos propietarios pequeños, incluyendo unos cuantos combatientes del FMLN, están insistiendo en recuperar su tierra y no aceptan una arreglo financiero.

"Queremos negociar con los combatientes para que entiendan que este proyecto aquí es parte de la causa por la cual ellos se incorporaron a la lucha", continúa Lucas, reconociendo el dilema. "Ellos están diciendo: '¿Es por eso que yo agarré las armas, para vivir en la calle?' Y ellos tienen derechos, tenemos que respetarlos". Lucas indica qué difícil ha sido esto para ambas partes. "Es complejo, porque ellos dicen: 'Yo pienso que el proyecto de Ustedes es bueno, pero yo no quiero que ocupe mi tierra. Las instalaciones pueden quedar, pero yo siempre quiero ser dueño de mi tierra'. Hemos propuesto hacer un canje por otras tierras en el norte de

Morazán, pero muchos dicen: 'Yo quiero mi tierra'".

La atadura a la tierra es comprensible, especialmente después de tantos años de lucha, en la cual la tierra llegó a simbolizar el conflicto central entre los ricos y los pobres en El Salvador. En esa parte del mundo, la palabra tierra tiene un gran significado para los campesinos: fuente de la vida, conexión con familia e historia, expresión cultural profundamente sentida. Pero es doloroso observar el desarrollo de un conflicto entre quienes quieren ver que los doce años de lucha armada les abren una oportunidad de llegar más allá de su condición de campesinos, y otros quienes quieren regresar a su manera de vivir de antes. Es un conflicto que existe en todo El Salvador, pero es particularmente inquietante verlo surgir en la Ciudad Segundo Montes. "La única manera de avanzar es mediante proyectos colectivos," nos dice uno de los miembros de la comunidad. "Si volvemos a ser pequeños agricultores de subsistencia, después de diez años de guerra, no tiene ningún sentido". Su compañero de trabajo le asiente: "Ambas partes tienen que demostrar la voluntad política de resolver esto. Si no se resuelve mediante negociaciones, será resuelto por la fuerza, porque nosotros estamos aquí. Es una cuestión de justicia".

La cuestión de la tierra adquiere aun más significado en la medida que no se han encontrado alternativas viables a la agricultura de subsistencia como medio de sustento para muchos miembros de la comunidad. Como comunidad en desarrollo en una nación pobre y destruida por la guerra en Centroamérica, la Ciudad Segundo Montes simplemente no tiene la base económica para ofrecer a todos que necesitan trabajo las oportunidades de generar suficiente ingreso, o para sostener el alto nivel de servicios que es esencial para una verdadera vida comunitaria. Una auténtica democracia popular requiere de un grado de igualdad social que es difícil de sostener cuando alguna gente se ve obligada a batallar todo el día para apenas cubrir sus necesidades básicas. Por esas razones, es comprensible que para la dirigencia el rápido desarrollo económico es un objetivo prioritario. Existe el peligro, sin embargo, que un enfoque demasiado estrecho en el campo económico socavará otros aspectos de la vida comunitaria que también necesita cuidadosa atención y esfuerzos.

Es particularmente urgente encontrar una manera de sostener el trabajo de los organizadores comunitarios quienes jugaron un papel tan importante para fomentar la solidaridad y la participación en el campamento, los de Comunicación Social, quienes mantuvieron informada a la gente; los trabajadores pastorales, quienes alimentaron los valores comunitarios; y los comunales, quienes fueron de puerta en puerta para darle ánimo a la gente y resolver sus problemas. Estos roles sociales no generan ingresos, y no es probable que las agencias externas los financien, porque no son proyectos de desarrollo económico y requieren permanentes subsidios. Sin embargo, su trabajo es esencial para mantener vínculos estrechos entre la dirigencia y la base, y para que los miembros de la comunidad sienten que son informados sobre las decisiones y que ellas son tomadas con su participación activa y en su interés. Esto es especialmente importante dada la creciente complejidad de la vida en la Segundo Montes, donde la gente no siempre siente la misma conexión tangible con la comunidad que sintió cuando los bienes y servicios fueron directamente repartidos a todos los lugares. Estos roles y programas especiales son un



*Emitiendo un programa de la Radio Segundo Montes. Con equipos humildes, las emisiones alcanzaron a la gente de la comunidad, a pueblos aledaños, y a pueblos al otro lado del Río Torola.*

elemento importante de la democracia popular que va más allá del gobierno representativo y las estructuras formales de autoridad y toma de decisiones, y este elemento podría pasarse por alto en la pelea por proyectos que generen ingresos.

Los comunales, electos en cada asentamiento para resolver problemas y organizar a nivel de los vecindarios, todavía están funcionando, pero existe la amenaza que pierdan sus posiciones ya que se están acabando los fondos para poderlos pagar. Son un importante vínculo entre la base y la dirigencia, y un vehículo crucial para mantener la cohesión de la comunidad. "Nuestro trabajo", explica Juan, un miembro de la Junta Directiva quien trabaja con los comunales, "es encontrar la forma para motivar y orientar a la gente para que vayan a las asambleas, para que no se pierda el espíritu de solidaridad, nuestra manera como vivimos en el refugio". Las condiciones de su trabajo pueden haber cambiado, debido a la disminución de la asistencia, pero los objetivos son los mismos. "Tenemos que acostumbrar a la comunidad para que no se pierda la vida colectiva", continúa Juan. "Por ejemplo, los jóvenes deberían tener juegos de recreo, habilidades culturales y artísticas. Y tenemos el trabajo pastoral. Estamos buscando nuevas formas de hacer avanzar a la comunidad, porque no podemos ser los mismos que antes

cuando todo dependía de la asistencia. En vez de esto, tenemos que promover la autogestión... Tenemos que fortalecer las áreas de servicio y buscar una metodología para ver cómo volverlas estables".

La búsqueda de esta "metodología", o sea de encontrar maneras de generar fondos para los programas y servicios comunitarios, es intensa. Los comunales organizaron rifas para recaudar fondos para su trabajo, las guarderías cobran a los padres de familia 50 centavos al día por cada niño, y la emisora de radio publica campos pagados y está considerando cobrar por los anuncios de servicio público. El conjunto musical ya no hace funciones gratuitas, sino cobra por su trabajo, incluso para eventos comunales. Hay una tabla de tarifas para el uso del Centro Cultural, tanto para grupos externos como para organismos de la comunidad. Las guarderías dependen de bailes, donde cobran entrada y venden refrescos. El banco también organiza rifas para animar a miembros de la comunidad a depositar dinero en su cuenta bancaria, y vende gorras con el slogan "BANCOMO: Tu Banco Alternativo". Se han introducido formas estrictas de cálculo de costos y comercialización, de los cuales la comunidad antes estaba protegida, muestra de progreso, tal vez, y muy probablemente inevitables, pero sin embargo, inquietantes.

Pero la comunidad va a tener que desarrollar un nuevo tipo de contabilidad social, y si quiere continuar desarrollando su modelo, no podrá confiar ni en el mercado ni en los métodos tradicionales de contabilidad establecidos por la organización capitalista. Para hablar del problema más evidente: mientras que puede ser posible que el conjunto musical o la estación de radio encuentren maneras de sostenerse económicamente, para las guarderías y los servicios para los ancianos es completamente imposible volverse económicamente autónomos. Aunque tengan que cobrar cuotas para establecer una relación responsable con sus "clientes", nunca se pueden sostener mediante cuotas o fiestas. Más bien, los costos de mantener este tipo de servicios tienen que ser asumidos por la comunidad como tal, mediante impuestos, la asignación de las ganancias de las empresas comunales, u otros métodos -tal vez mediante la creación de ONG's (organizaciones no gubernamentales), una estrategia propuesta por la dirigencia. No hay estructura particular que sea imprescindible para garantizar el apoyo necesario, pero la existencia de este apoyo es esencial para mantener lo más valioso de la comunidad. Y esto significa que la posibilidad de cubrir los costos para las necesidades sociales de la comunidad mediante el mercado es limitada.

No es solamente la gente de la Ciudad Segundo Montes que está enfrentando estos cambios y desafíos, sino que son visibles en todo El Salvador, donde los acuerdos de paz abren una nueva era de competencia económica sustituyendo la confrontación militar de las últimas décadas. Todo el mundo involucrado en el movimiento popular parece estar solicitando fondos y buscando apoyo para sus proyectos. "¿Usted es de un grupo de solidaridad?", nos preguntan siempre cuando visitamos un proyecto de base en cualquier parte del país. "¿No nos puede ayudar a conseguir dinero para nuestro trabajo?". Ex-combatientes -muchos de ellos campesinos, con poca educación o capacitación formal- muchas veces se han quedado sin un papel claro en la reconstrucción de su país, después de tantos años de sacrificio para defender los intereses de los pobres y para

combatir el sistema de saqueo de los militares y la oligarquía. Han ganado una gran victoria, pero las nuevas reglas exigen habilidades que ellos no tienen: escribir propuestas de proyectos, experiencias empresariales y de administración. "Tenemos este gran problema", nos dice un representante del FMLN en San Miguel. "Toda esa gente que ha estado en la guerra y no saben hacer otras cosas. Cuando nosotros trabajamos con los gremios, tenemos muy poco que ofrecerles, porque no sabemos nada".

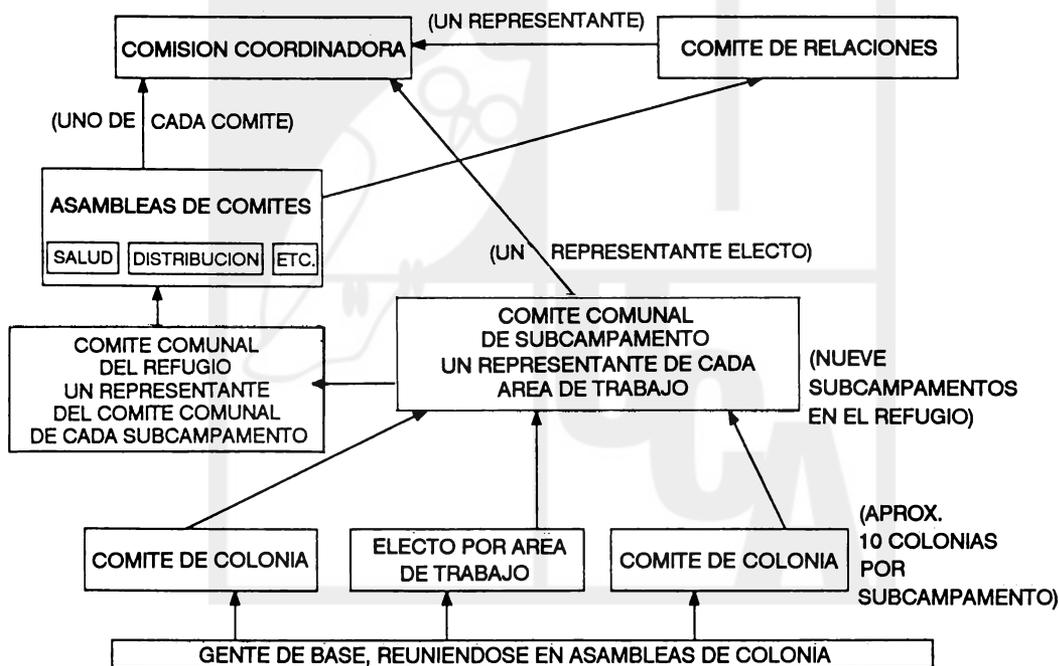
En la medida que los combatientes del FMLN deponen sus armas y buscan nuevos papeles a jugar, y el FMLN se convierte de un ejército guerrillero en un partido político buscando votos electorales, se vuelve mucho más clara la importancia de proyectos como la Ciudad Segundo Montes. Es la más grande y mejor organizada entre varias docenas de comunidades similares en El Salvador, muchas creadas por refugiados repatriados o desplazados que se habían quedado en El Salvador, y vinculadas a otros proyectos de base del multifacético movimiento popular salvadoreño. Representan un importante experimento social que comprobará si en esa era post-revolucionaria todavía hay posibilidad para significativos cambios sociales. Tratando de esculpir alternativas viables a las políticas gubernamentales de privatización, desarrollo económico desde arriba y producción para la exportación, estos esfuerzos desde la base están creando diariamente, de su propio sudor, visión y audacia, un futuro diferente que ofrezca esperanza a todos que se encuentran en el sótano de la sociedad salvadoreña.

Todavía no es claro si la comunidad de la Ciudad Segundo Montes u otros que han convertido a El Salvador en un punto de atención a nivel mundial, tendrán éxito en esta empresa muy ambiciosa. Pero sí es claro que los logros hasta ahora conquistados son enormemente impresionantes. Han demostrado que campesinos comunes -con un poco de ayuda externa- pueden transformarse de refugiados atemorizados y desorganizados en una comunidad vibrante y cohesionada, capaz de defender sus intereses frente a poderosos enemigos. Ahora están saliendo del enclave experimental para demostrar cómo esas experiencias pueden crear la base para una vida de dignidad, cooperación y oportunidades.

Fue el mismo Dr. Segundo Montes quien definió el gran significado de los esfuerzos de la comunidad de refugiados que después llevaría su nombre. Cuando todavía estaban en el campamento de Colomoncagua, les dijo: "Yo creo que una enorme responsabilidad que tienen ustedes es presentarle a El Salvador algo distinto, algo diferente, un modelo que funcione. No teoría, porque hablar de teoría, eso es fácil, hablar sobre proyectos es fácil. Allí hay un ejemplo de cómo se puede vivir y cómo se puede atender las necesidades de toda la comunidad... Bueno, entonces, esto es un modelo para El Salvador y -repito lo que siento- todos ustedes tienen que construir este tipo de sociedad, porque creo que es la única solución para los pobres de El Salvador..."

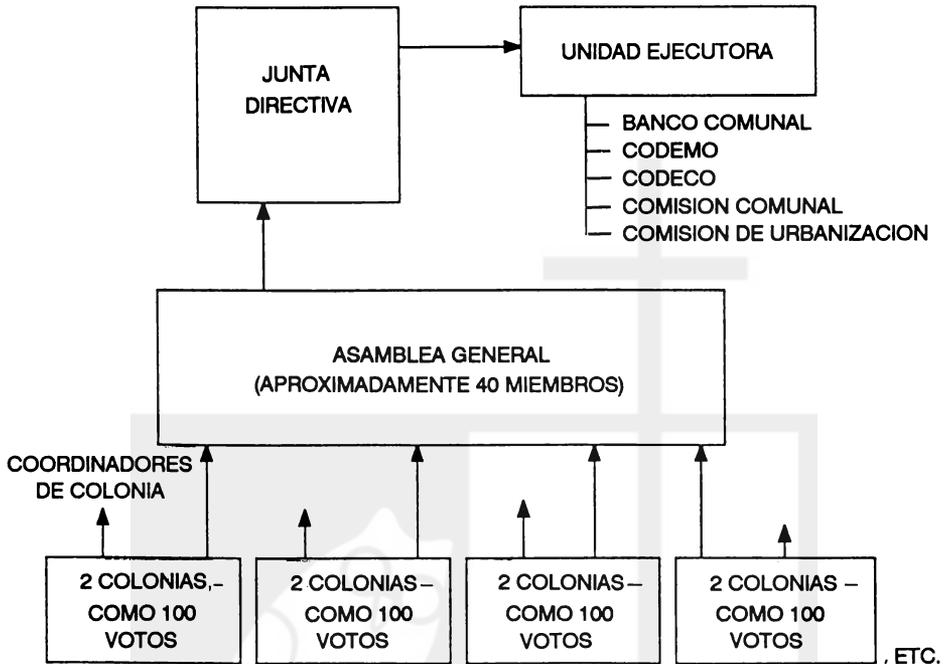
# ESQUEMA ORGANIZATIVO

LA ESTRUCTURA ADMINISTRATIVA EN COLOMONCAGUA,  
1988-1989



• 226 **ESQUEMA ORGANIZATIVO**

LA ESTRUCTURA ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD SEGUNDO MONTES, JULIO DE 1990



ADEMAS, CADA UNO DE LOS CINCO ASENTAMIENTOS ELIGE A UN COMUNAL, QUIEN TAMBIEN ES DELEGADO A LA ASAMBLEA GENERAL.

# ORGANIZACIONES QUE TRABAJAN CON LA NUEVA COMUNIDAD

---

La organización que representa la comunidad de Ciudad Segundo Montes en Estados Unidos es:

Voices on the Border  
P.O. Box 53081  
Temple Heights Station  
Washington, D.C. 20009  
Tel. (202) 332-1421

Representación de la Ciudad Segundo Montes en San Salvador:  
Fundación Segundo Montes  
Apartado Postal 3357  
Centro de Gobierno, San Salvador  
Teléfono 25-1659

# GLOSARIO DE ABREVIACIONES, SALVADOREÑISMOS, ETC.

---

## ABREVIACIONES:

<b>ACNUR</b>	Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados
<b>ANTEL</b>	Administración Nacional de Telecomunicaciones; la compañía estatal de teléfonos de El Salvador.
<b>ARENA</b>	Alianza Republicana Nacionalista
<b>BANCOMO</b>	Banco Comunal de Morazán; un proyecto de la CSM
<b>CEBES</b>	Comunidades Eclesiales de Base de El Salvador
<b>CEDEN</b>	Comité Evangélico de Desarrollo y Emergencia Nacional (Honduras)
<b>CIREFCA</b>	Conferencia Internacional sobre los Refugiados en Centroamérica
<b>CODECO</b>	Comité de Desarrollo Comercial de la CSM
<b>CODEMO</b>	Comité de Desarrollo y Emergencia de Morazán
<b>CRS</b>	Catholic Relief Service; Servicio Católico de Socorro
<b>CSM</b>	Ciudad Segundo Montes
<b>FASTRAS</b>	Fundación de Autogestión y Solidaridad de los Trabajadores Salvadoreños
<b>FMLN</b>	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
<b>IDHUCA</b>	Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana
<b>MSF</b>	Médecins Sans Frontières; Médicos Sin Fronteras
<b>ONUSAL</b>	Misión de Observadores de las Naciones Unidas en El Salvador
<b>PADECOES</b>	Patronato para el Desarrollo Comunal de El Salvador
<b>PADECOMSM</b>	Patronato para el Desarrollo Comunal de Morazán y San Miguel
<b>UCA</b>	Universidad Centroamericana; universidad jesuita

**230 • GLOSARIO DE ABREVIACIONES,  
SALVADOREÑISMOS, etc.**

**SALVADOREÑISMOS, etc.:**

<b>atol</b>	bebida dulce de maíz
<b>brigadista</b>	encargado de salud; promotor de salud; para-médico
<b>calle negra</b>	la carretera pavimentada Gotera-Perquín
<b>cantón</b>	aldeas pertenecientes a la jurisdicción de un municipio
<b>caserío</b>	pequeña unidad población rural, muchas veces de casas dispersas
<b>catracho</b>	hondureño
<b>cipote/a</b>	niño/a, muchacho/a
<b>colón</b>	moneda salvadoreña
<b>colonia</b>	vecindario
<b>comal</b>	plancha grande de metal o barro para cocer tortillas
<b>compa</b>	compañero/a; referencia cariñosa a los guerrilleros y toda la gente vinculada al movimiento popular
<b>comunal</b>	en la CSM: encargado de una colonia o un asentamiento
<b>cuche</b>	cerdo
<b>cuilio</b>	soldado, policía
<b>cuma</b>	herramienta básica del campesino salvadoreño, versión curvada del machete
<b>champa</b>	casa provisional, muy usual en los barrios pobres de las ciudades
<b>chancho</b>	cerdo
<b>charamusca</b>	jugo de fruta congelado en bolsa de plástico
<b>chucho</b>	perro
<b>fresco</b>	en El Salvador: bebida de fruta y agua
<b>guanaco</b>	salvadoreño

**GLOSARIO DE ABREVIACIONES, • 231  
SALVADOREÑISMOS, etc.**

<b>guardia</b>	miembro de la Guardia Nacional, uno de los tres cuerpos de seguridad
<b>invierno</b>	estación de lluvias (mayo-octubre)
<b>maguey</b>	especie de agave; cultivo tradicional en Morazán y materia prima para la producción de lazos, hamacas, sacos, etc.
<b>masa</b>	maíz molido para hacer tortilla
<b>masas</b>	población civil simpatizante al FMLN
<b>milpa</b>	cultivo de maíz
<b>muchacho/a</b>	manera de referirse a los guerrilleros/as
<b>norte</b>	viento fuerte
<b>pipián</b>	especie de calabaza
<b>repatriación</b>	retorno organizado de refugiados
<b>responsable</b>	en las organizaciones populares: alguien encargado de un trabajo; superior
<b>roquet</b>	cohete; parte del armamento moderno introducido a la guerra salvadoreña por los Estados Unidos, a partir de 1983-84; lanzado por helicópteros y aviones
<b>roquetear</b>	tirar cohetes
<b>sobador</b>	masajista popular
<b>tamal</b>	comida típica en Centro América y México: masa de maíz con diferentes rellenos, cocida en agua
<b>verano</b>	estación seca (noviembre abril)
<b>zopilote, zope</b>	buitre

Allí, a principios de los noventa establecieron una nueva ciudad con el nombre de uno de los padres jesuitas asesinados, el Dr. Segundo Montes, donde ellos esperaban mantener su propio estilo comunitario de trabajo y organización.

Esta importante historia está ilustrada con más de 100 excelentes fotos de los refugiados y su comunidad. Las ilustraciones y el texto trabajan juntos, inspirándonos a creer que la gente puede mantener la esperanza y puede trabajar para mejorar las condiciones de vida, aún en las peores circunstancias.



*Beth y Steve Cagan en una reunión con los líderes de la comunidad, Oscar Cabrera y Chona Martínez. De izquierda a derecha: Beth, Oscar, Chona, Steve. Foto de Jim Harney.*

**STEVE CAGAN** es fotógrafo y profesor de fotografía en la Universidad Rutgers en Nueva Jersey, Estados Unidos. **BETH CAGAN** es profesor asociado de trabajo social en Cleveland State University.

Portada:  
Mirando al otro lado de la quebrada que divide Colomoncagua.



"Quiquiera que sea suficientemente estúpido para proclamar que la historia ha llegado a su fin o que la gente no tiene nada que decir en la definición de su futuro, debería leer este libro alentador, la historia de cómo una comunidad pobre de salvadoreños sobrevivió en el exilio, superó el miedo y encontró un camino para regresar a la tierra que había sido negada a sus miembros". *Ariel Dorfman, escritor chileno.*

---

"Los extraordinarios logros de los refugiados de Colomoncagua... no sólo son un triunfo de la determinación y el coraje sino también una inspiración para todos aquellos que buscan algún tipo de escape a la desesperación y las tormentas que están oscureciendo Centro América y buena parte del Tercer Mundo". *Noam Chomsky, lingüista y filósofo norteamericano.*

---

"En esta extraordinaria historia..., Steve y Beth Cagan nos ofrecen una oportunidad de observar un gran coraje enfrentando la brutalidad, de sentir la profundidad del amor que surge en medio de inimaginables trastornos, y de fortalecer nuestra fe en el poder de la comunidad. Lean esto para el pueblo salvadoreño, pero sobre todo léanlo ustedes mismos". *Holly Near, cantante norteamericana.*

---

"Entender lo que han sufrido los campesinos de El Salvador y cómo esto los ha transformado significa entender porqué, luego de 4,000 millones de dólares de asistencia norteamericana, su gobierno no ha sido capaz de derrotar a la guerrilla. Beth y Steve Cagan han logrado captar, de una manera conmovedora, el microcosmos de este sufrimiento y esta transformación de los refugiados de Colomoncagua". *Charles Clements, médico, autor del libro "Testigo de Guerra" sobre su trabajo médico en Guazapa.*

---